

100

st

88







5 vol

RAST

Ast R 2238 (1-5)

01881989262

R265097113





**LA CONJURACION DE MÉJICO,**

Ó LOS HIJOS

**DE HERNAN CORTES.**

Ast R 2238 (1)

LA COOPERACION DE MEXICO

DE MEXICO

LA COOPERACION DE MEXICO



# LA CONJURACION

DE MEJICO,

6

## LOS HIJOS DE HERNAN CORTÉS.

NOVELA HISTORICA, ORIGINAL

DE DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.



TOMO I.

BIBLIOTECA PROVINCIAL  
ESCOLA PIA  
CATALUNYA

MADRID.—1850.

IMPRESA DE LOS SEÑORES ANDRES Y DIAZ.

Plazuela del Duque de Alba, núm. 4.

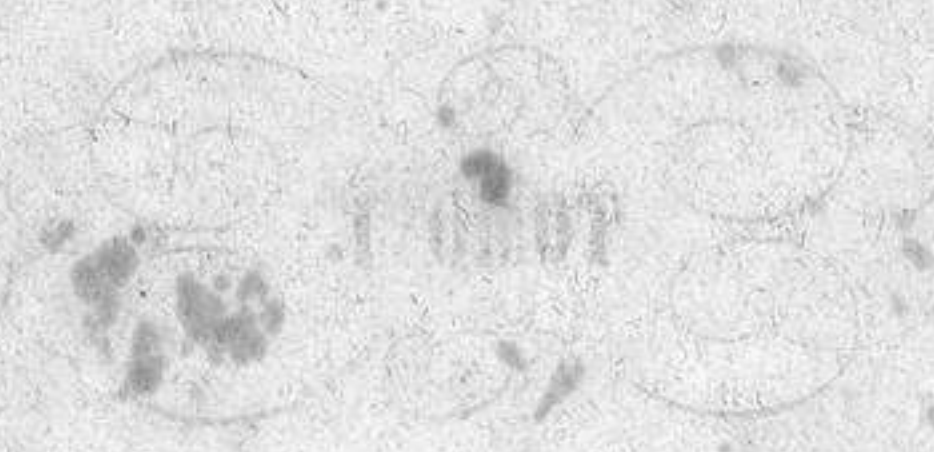
LA CONSTITUCION

DE MEXICO

LIBRO PRIMERO DE LEYES

LIBRO PRIMERO DE LEYES

DE LOS PUEBLOS DE LA ESPERANZA



LIBRO PRIMERO DE LEYES  
DE LOS PUEBLOS DE LA ESPERANZA

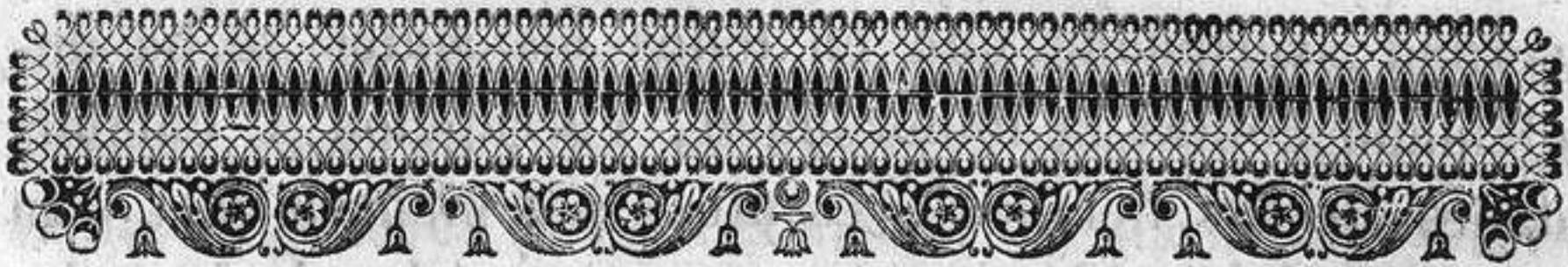




CASTELLO 90

Alfonso 1174

Hernan Cortés.



# LA CONJURACION DE MÉJICO,

Ó LOS HIJOS

# DE HERNAN CORTÉS.

---

## INTRODUCCION HISTORICA.



### CAPITULO I.

DE COMO HAY DESDICHAS QUE NO SON EN ESPAÑA COSA NUEVA.



UCÉDELE al tiempo precisamente lo contrario que á las mugeres: agradan y son alabadas las mozas, fastídan las viejas y murmúrase de ellas: mas en tratándose de tiempos, todos ó los mas de los hombres ensalzan los antiguos, lamentándose de los modernos que les parecen ásperos, corrompidos y desordenados.

Sin ser erudito, ni mucho menos, que soy yo muy de mi época para quemarme las cejas leyendo libracos, tengo, sin rembargo, por

verdad averiguada que en todos los siglos se ha declamado contra la inmoralidad, corrupcion y calamidades de los tiempos presentes: por manera que, ó la humanidad ha sido siempre perversa; ó los declamadores constantemente injustos; ó bien, y es acaso lo cierto, atormenta tanto el dolor que por el momento nos aflige, que nos parece siempre el mas agudo é insoportable de los dolores.

Mas como quiera que sea, sirva de consuelo á nuestra asendereada generacion la idea y convencimiento de que las anteriores no fueron menos desdichadas que ella. Tal es la *moraleja* que me propongo deducir del presente capítulo primero de la Introduccion á la novela que voy á escribir para solaz y entretenimiento del público español.

Dicho esto, sin mas ambages ni circunloquios, procedo á mi propósito.

Hubo en el mundo á principios del XVI siglo de la era cristiana, un loco sublime, á quien pareciéndole estrecho el antiguo continente, que bastó sin embargo á saciar la ambicion de los Alejandro y de los Césares, se le ocurrió la peregrina idea de dejar á Hércules por embustero, y lanzarse á la inmensidad de los mares en busca de ignotas tierras, de incivilizadas naciones, y del *Preste Juan de las Indias*, todo con el científico objeto de verificar las geográficas elucubraciones de Tolomeo y de Marco Polo; y el fin piadoso de reconquistar en Jerusalem

«La joya rica

»Del sepulcro de Cristo, con desdoro

»Del francés Lusiñan, antes perdida.»

Prometia el bueno de *Colon* á los que ayudarle quisieran, magníficos reinos, feraces tierras é inagotables te-

soros, que de buena gana aceptaran ingleses y portugueses: mas como era necesario comenzar dándole al inmortal genovés dos ó tres naves, los marineros y soldados para tripularlas y guarnecerlas, y en fin los maravedises indispensables para el sustento y manutencion de unos y otros, en Portugal como en Inglaterra, tuiéronle por loco, y vino el pobre hombre á España, donde un fraile y una muger, el Prior de la Rábida y la Reina Católica, hicieron por él y por el mundo lo que reyes, ministros y doctores calificaron de delirio, y la posteridad de inmortal hazaña.

Debemos, pues, el descubrimiento de las *Indias occidentales* á un Geógrafo con sus puntas y collar de místico visionario, como ya digo, á una muger y á un fraile; y ahora debo añadir que á un puñado de calaveras, tan resueltos á todo, tan poco amantes de sí propios, que no vacilaron en arrojarse á la inmensidad de los desconocidos mares dentro de tres cáscaras de nuez, llamadas entonces *carabelas*.

Ya tenemos la América descubierta, y llevando en vez del nombre de su ilustre inventor el de un oscuro aventurero: mas como, si solo se descubrieran las Antillas y costas de la *Tierra firme*, fuera imposible que de mi pluma saliese la novela que voy urdiendo *cálamo corriente*, comprenderá el lector benévolo que lógica y forzosamente debo esplicarle como y cuando se ganó para la corona de Castilla el reino de *Nueva España*.

Sucedió, pues, y va de cuento, que cierto estudiante estremeño enviado por sus padres á Salamanca á cursar Binios y trastear Bártulos, hallándose dotado de un instinto diametralmente opuesto al del raton, alimaña bibliógrafa segun todos los naturalistas, tuvo por conveniente dar de mano á los libros, y dedicarse pertinaz, ya á cultivar las gracias de las salamanquinas, buenas mozas entonces como ahora, ya á estudiar con la punta

de su tizona la anatomía en los cuerpos de los maridos celosos, de los hermanos impertinentes, y de los rivales importunos.

Tal método de vida, alegre, bullicioso y entretenido, tiene sin embargo sus quiebras, entre las cuales se cuentan, como las mas importantes, las pérdidas de curso, la estenuacion del bolsillo, el deterioro de la salud, y el enojo económicamente feroz de padres y tutores. Tal aconteció á nuestro estudiante, quien mal parado en todos sentidos, y enfermo y pobre y reñido, acabó por decidirse á dejar el antiguo mundo para ir á buscar, en el entonces novísimo, la gloria y la fortuna que en su patria no encontraba.

Ni en Santo Domingo ni en Cuba pareció serle propicia la inconstante Diosa: verdad es que el mancebo no daba tampoco muestras de haberse enmendado. Su afición á las hijas de Eva y su insubordinada turbulencia, tan mal le pusieron con los caudillos de los descubridores, que estuvo á punto de ser ahorcado: mas en cambio la gente alegre y regocijada, la turba multa de valientes y desesperados que en las Antillas se hacinaba, reconocia en él á su natural señor y gefe.

¿Adivinó Velazquez, Adelantado y Gobernador á la sazón de Cuba, al grande hombre en el indomable calavera, ó intentó salir de él, lanzándole á una desesperada empresa? Quizá fue la segunda razon la que le determinó á confiarle el descubrimiento de la *Tierra firme*, en que hasta entonces fueron infelices cuantos lo intentaron; y quizá tambien un presentimiento instintivo le movió á querer quitarle el mando apenas se lo habia entregado. Mas era tarde: el calavera habia terminado su papel, y el héroe iba á comenzar el suyo: Hernan Cortés habia resuelto hacerse inmortal y supo lograrlo.

¿Quién no ha leído siquiera á Solís? ¿Quién no sabe de memoria la quema de las naves, los grillos de Mote-



zuma, la batalla de Otumba, la conquista, en fin, de Nueva España, magnífica epopeya que ni la poesía misma acierta á engrandecer? Lo que se sabe menos es la negra ingratitud con que fueron pagados tan altos merecimientos; lo que se ignora por muchos es que aquel Hércules de nuestra historia fue acaso tan desdichado como el de la fábula; y algo es preciso que yo les diga del asunto á mis lectores, si han de comprender la narracion que despues me propongo hacerles.

Y ahora va de historia. Todavía no estaba ganada la ciudad de Méjico, cuando, á principios del año 1521, el obispo de Burgos, Fonseca, presidente del Consejo de Indias, gran partidario de Velazquez, y por tanto enemigo de Hernan Cortés, daba comision, con escándalo de todos los buenos, á su criado *Cristóbal de Tapia*, á la sazón residente en la isla española con cargo de *Veedor*, para que pasando á la entonces problemática *Nueva España*, tomase por el Rey su gobierno.

Sirva de consuelo á los lectores, que es añeja costumbre en esta tierra, que los grandes señores hagan de sus criados gobernantes de los reinos, y prosigamos con nuestra narracion. Tapia no deseaba mas que tomar posesion de su gobierno *in partibus*; pero el Almirante D. Diego Colon y la Audiencia de la Española, sabiendo por una parte, y de primera mano, las dificultades inmensas que vencía, y las hazañas que obraba Cortés; y temerosos, por otra, de que triunfando en Castilla las *Comunidades*, en aquel tiempo armadas en justa, aunque infeliz defensa de sus fueros y libertades, por la flamenca parcialidad hollados, Fonseca y sus hechuras naufragasen con los gobernadores del reino; comenzaron por aconsejar al Veedor que suspendiese el viaje á Méjico, y acabaron por mandárselo, no sin anuncio, ya que no fuese intimacion, de prenderle, si otra cosa intentaba. Empero con la noticia de la para siem-

pre funesta batalla de Villalar, en cuyos campos se enterraron nuestras antiguas leyes para tres siglos, cobró fuerza el poder de los Gobernadores, desmayaron en su racional oposicion el Almirante y la Audiencia, y enva-lentonado Tapia, trasladóse á Nueva España, pensando, sin duda, que con presentar allí su comision, doblarian todos la cabeza, sometiéndose á su autoridad. Realmente Fonseca se habia despachado á su gusto, autorizando á Tapia para *procesar*, y en caso necesario *prender* á Cortés y secuestrarle los bienes, nombrando fiscal que entendiese en las actuaciones, y *sentenciando* como lo creyese conveniente, si bien suspendiendo toda ejecucion, hasta dar cuenta al Consejo, que se proponia hacer *rigorosa justicia*; y en fin, para que gobernase por sí y ante sí aquel recién conquistado territorio. Iba, pues, el Veedor armado de punta en blanco, para consumir el acto mas inícuo de ingratitude que nunca gobierno ha intentado; mas habíaselas con un hombre á la par sagaz político, que capitán insigne y soldado valeroso, amén de gran conocedor, por instinto indudablemente, que por esperiencia no, de los artificios de la gente cortesana. Hernán Cortés, y esta es circunstancia notabilísima, desde sus primeros pasos en la conquista comprendió que Velazquez habia de tener mas raices y mejores amigos en la corte de Castilla, que el oscuro aventurero hasta entonces desconocido; y sea, como he dicho antes, natural instinto, sea, como me inclino á creerlo, que su genio adivinase lo que no le podia sugerir su inesperiencia, ello es que procuró constante y discretamente apoyarse en el elemento popular. No quiso, al desembarcar en el suelo mejicano, que sus soldados, como tales, le aclamaran caudillo de aquella empresa; fácil le fuera conseguirlo, y pasos y tiempo economizara intentándolo. Mas no cumplia así á sus profundos desig-nios, y prefirió fundar la *Villa-rica* ó *Veracruz*, y que

su ayuntamiento y ciudadanos le eligiesen y nombraran capitán general del ejército. ¡Singular homenaje rendido al antiguo poder municipal, que casi simultáneamente espiraba en la madre Patria! Fiel á su sistema, en cuantas poblaciones fundó, comenzaba Cortés por nombrar alcaldes, justicia y regimiento, á los cuales dejaba el gobierno interior de las nacientes colonias, interesándolos de esa manera, tanto en el afianzamiento de la conquista, como en el de su propio poderío; y por eso al llegar Tapia á Veracruz, hallóse con que su ayuntamiento le contestó que *obedecía* la comisión régia, diferenciando empero su *cumplimiento* hasta que Hernán Cortés, enterado de ella, dispusiese lo conveniente. El Conquistador, gran capitán, pero no tan marcial en sus procedimientos como otros de nuestros días, mucho menos grandes, pero también mucho más *Bajaes* que el inmortal Estremeño, en vez de tomar por la calle de en medio contra un hombre que no llevaba más armas que sus pergaminos, contemporizó y negoció por medio de embajadores, y para dar una idea al Veedor de su popularidad, hizo fundar á su vista cierta villa, á la cual los nuevos pobladores dieron el nombre de *Medellin*, lugar del nacimiento de Cortés. Cuán desorientado quedaria Tapia con tal recibimiento, no hay para que decirlo; y si bien por su parte no perdía el tiempo, pues se puso en relaciones con los descontentos, que nunca faltan entre españoles, aunque sean soldados, dando por lo menos lugar con sus intrigas á que el tesorero Juan de Alderete se dispusiera á asesinar alevosamente al Conquistador, y á que otros intentasen volarle con pólvora en su propio aposento, hubo al fin de levantar el campo, protestando de la fuerza que se le hacia. Pudo la fuerza, en efecto, ó por lo menos el recelo de que contra él se emplease, decidirle á retirarse; pero sin duda alguna, lo que más temor puso en su corazón, fue el notable

medio que Gonzalo de Sandoval y otros, á la cuenta de acuerdo con su General, propusieron para dirimir la competencia entre ambas autoridades. El expediente era sencillo : reunir los *procuradores* de tódas las nuevas poblaciones, y que ellos en junta resolvieran el negocio. ¡Simplemente unas Córtes de Nueva España! Un grano mas de obstinacion, ó un tanto menos de miedo en el corazon de Tapia, y quizá Méjico tiene en el origen de su civilizacion un gobierno representativo. Asombra á veces la pequeñez de las causas, comparándola á la inmensidad de sus efectos.

Una vez libre de Tapia, y aunque amenazado por Velazquez, su implacable enemigo, Cortés, enviando algunos procuradores á España para enterar al Rey de la verdad de las cosas, pasó á pacificar la provincia de Panuco, sin embargo de las pretensiones de Garay á la conquista de aquel territorio.

Entre tanto Fonseca prendia á los procuradores, y secuestraba el cargamento de sus naves en España ; pero vuelto Carlos I de Alemania, admitia la recusacion del obispo hecha por la parte de Hernan Cortés, y nombraba una comision imparcial para que examinase el negocio. Por el héroe de Medellin abogaban sus hazañas, y la comision régia no pudo menos de serle favorable : redujose á pleito ordinario la reclamacion de Velazquez, y el Rey, en Octubre de 1522, nombró á Cortés gobernador y capitán general de Nueva España, regularizando asi su posicion, hasta entonces, por lo menos, anómala.

Dos años consagró el Conquistador á estender la obra de la dominacion española en la tierra de Anahuac y al descubrimiento de nuevas regiones en las costas del mar del Sur ; dos años fueron aquellos de continuas luchas, ya contra las asechanzas de sus constantes enemigos, ya contra las exigencias de sus peligrosos amigos ; ora con indios que mal sufrían el nuevo yugo ; ora con subalter-

nos siempre prontos á rebelarse ; constantemente contra la escasez de medios , para las colosales empresas que le era fuerza acometer cada dia.

Fonseca , por su parte , no perdía aquel tiempo , pues dejado el ataque directo en que la evidencia de su violenta parcialidad le hizo infeliz , emprendió , ó mejor dicho , prosiguió la lucha por un sendero tortuoso , pero seguro. Ponderábanse entonces aun mas allá de los límites de la natural exageracion , las riquezas del continente ó imperio Mejicano ; y cuanto Cortés enviaba como perteneciente al Rey por el *quinto* del botin , que era su derecho , parecia poco , sin embargo de que el Conquistador , lejos de cercenar aquel tributo , tenia por costumbre acrecentarlo á costa de su propio peculio. Para el héroe de Otumba el dinero no era mas que un medio de acometer las grandes empresas : aumentar su particular hacienda fue asunto en que pensó poco por entonces : mas si su notoria liberalidad bastaba á conciliarle el respeto de los indios y el amor de sus soldados , no alcanzó á redimirle de la infame envidia de los cortesanos que sin rebozo le acusaban de villanas concusiones. A pretesto , por tanto , de poner orden en los negocios de la hacienda pública , logró Fonseca que se nombraran para Méjico ciertos *Oficiales reales* , sus hechuras é instrumentos por decontado ; y con el carácter de tales , y las intenciones mas hostiles posibles contra Hernan Cortés , llegaron en efecto á la capital de Nueva España el año de 1524 , Alonso de Estrada , tesorero ; Rodrigo de Albornoz , contador ; Gonzalo de Salazar , factor ; y el veedor Peralmindez Chirinos.

Hernan Cortés veía en la América el teatro de su alta gloria , del engrandecimiento de su patria , de la propagacion de la fé de Cristo : como capitan , como político , como civilizador religioso , pudo cometer errores y acaso incurrió en crueldades ; pero la codicia sórdida estaba tan

lejos de su carácter, era tan incompatible con sus buenas y con sus malas dotes mismas, como la oscuridad con la presencia del Sol en la bóveda celeste.

Por el contrario los oficiales reales, gente rutinaria, amamantada en las doctrinas avarientas del fisco, envidiosa de toda grandeza, nunca codiciosa de fama, siempre insaciable de riquezas, no veían en la Nueva España mas que la mina que había de enriquecerlos, primero á ellos, luego á los cortesanos cuyos intereses representaban.

Para la consumacion de aquella obra de rapacidad estorbaba Cortés, y era por tanto forzoso desacreditarle con el emperador Carlos V, quien como gran capitán él mismo, no podía menos de simpatizar con su ilustre vasallo; pero los oficiales reales comprendieron desde luego que había un medio seguro para conseguirlo, y ese medio el de alarmar al Monarca por su poder. Así comenzaron por exagerar á un tiempo las riquezas de la tierra y las del Conquistador, suponiéndole tesoros ocultos, ya que ostensibles era imposible justificar que los poseyese escesivos; y para llegar á sus fines encarecieron el poder que en Nueva España alcanzaba la gloria del vencedor de Tabasco, insistiendo en los inconvenientes que tal influjo produciría cuando el héroe *no quisiese ser fiel*. Estas últimas palabras, literalmente copiadas de los informes de los *oficiales*, pintan con sobrada elocuencia las torcidas intenciones que los animaban, y la infame conjuración contra Hernán Cortés urdida. Irritarle para que diese pretexto á la persecución, era también medio que pareció conducente á perderle: mas él sufrió resignado que aquellos miserables le tomasen estrecha y maliciosa cuenta de los gastos hechos en la conquista, sin embargo de que ni un solo maravedí le había costado al Real erario; ni bastó á sacarle de su estóica resignación y noble desden que le rechazasen una partida de

*sesenta mil ducados*, que justificaba haber invertido en construir y equipar naves para descubrimientos en el Seno mejicano y en la mar del Sur. Mientras sus perseguidores decían á la corte que no eran de abono aquellos sesenta mil ducados, *pues habia hecho las armadas para sus malos fines*, Cortés proseguía estendiendo y afianzando la conquista. Así el generoso monarca de las selvas desdeña, en la conciencia de su fuerza, atender á las mordeduras del insecto imperceptible, que alentado con la impunidad acaba sin embargo por destruirle.

El insecto ponzoñoso proseguía, en efecto, su obra de destrucción, siempre indiciando á Cortés de conatos de independendencia, siempre abultando sus riquezas; dando razon á los que contra él se revelaban, llamando asesinatos á sus justicias, y sobre todo prometiéndole montes de oro á los que en Castilla apoyasen la parcialidad de los oficiales. «*Favorecednos con tinta y papel* (escribia el Contador á Francisco de los Cobos) *y volveremos todo lo de allá en oro y perlas para el Rey.*» Inútiles serian los comentarios á tan claro testo.

Pero hay en las acusaciones y solicitudes de los enemigos de Hernando algunos puntos que exigen considerarse aparte, y voy á esponerlos brevemente.

Acusábanle de que tenia mucha artillería: «*Ballestas y escopetas bastan para aterrar á los indios. ¿A qué, pues, la artillería? Prohíbesele fundir mas, recójasele la que tiene en la fortaleza, y nómbrese alcaide independiente de su autoridad.*»

«*Mándesele (solicitaban) que cuanto provea sea de acuerdo con los oficiales reales; dése á estos voz y voto de regidores en los cabildos.*» ¿Puede estar mas claro que Cortés se apoyaba en el poder municipal; que por eso se le queria hacer sospechoso de traicion; que, en fin, los verdaderos traidores pretendian introducirse en aquel elemento, entonces único de libertad civil y poli-

tica, para sofocar á entrambas en su origen en la Nueva España? Parece que no, y sin embargo los oficiales mismos se encargan de probar que aún puede ponerse mas en evidencia su siniestra intencion. «*Acuden (decian) muchos comuneros á las Indias; prohibaseles el pasage, porque en estas partes trae peligro la residencia de tal gente.*»

Despues de las sangrientas ejecuciones que, en ausencia del Rey Emperador, siguieron á la batalla de Villalar, el generoso Monarca habia concedido ámplia y sincera amnistía á los vencidos Comuneros; pero por ámplia que sea una amnistía, siempre el amnistiado padece en su amor propio, siempre tiene que sufrir el orgullo de los vencedores, no pocas veces las vejaciones de agentes subalternos del Gobierno. ¿Qué mucho que abundasen en la emigracion á América los desvalidos Comuneros? ¿Qué mucho que fuesen unos á consolarse en lejanas tierras de la esclavitud de la suya; otros á buscar la fortuna, en España perdida en los incendios y ruinas de la civil contienda?

¿Y cómo habia de recibirlos, sino á brazos abiertos, el capitan illustre que, extraño á las revueltas intestinas de la madre patria, y á millares de leguas de ella, no podia ver en los emigrados mas que compatriotas valerosos é infelices?

¿Pretendíase, por ventura, que á vista de los recién conquistados indios, y para darles cabal y magnífica idea de la union que reinaba entre sus nuevos señores, alzase un rollo á imágen y semejanza del de la picota de Villalar, y alli coronase sus hazañas prosiguiendo en la degollacion de los mejores caballeros de Castilla?

Hernan Cortés no tenia nada de la estofa de los verdugos políticos, y natural era que los enemigos de Juan de Padilla lo fuesen tambien del conquistador de Méjico.

Este, sin embargo, ni decaia de ánimo, ni perdía de



vista á sus contrarios, que íntimamente unidos para combatirle, se detestaban cordialmente unos á otros, como acontece siempre entre malvados, los cuales como se conocen á fondo, no pueden menos de odiarse. Asi sucedia entre los oficiales reales; y Gonzalo de Salazar, el mas ambicioso y astuto de todos ellos, tenia formado el designio, que llevó á cabo, de deshacerse de sus compañeros para tiranizar la tierra á su arbitrio, luego que se viese libre de Hernan Cortés, de una ó de otra manera.

Y en efecto, en Honduras habíase rebelado Cristóbal de Olid, y perecido á manos de Gil Gonzalez y Francisco de las Casas, capitanes fieles á su General, sin que por eso quedase sumisa la provincia, sino por el contrario alborotada ya por Bandos entre castellanos, ya por sublevaciones de los indios que, aprovechando la ocasion, procuraban recóbrar su independendencia. ¿Creyó Hernan Cortés que su presencia era, en efecto, indispensable en las Ibueras; parecióle oportuno que por esperiencia aprendiesen los mejicanos y supiera el Rey lo que sus oficiales valian; ó bien quiso, saliendo á campaña, libertarse de las insoportables impertinencias de sus enemigos? Por alguna de esas causas, si no por todas, el hecho es que resolvió partirse, y se partió de Méjico á pesar de las súplicas de muchos de sus amigos; de las protestas que los mismos oficiales reales hicieron por contradecirle, ocultar mejor sus designios ambiciosos, ó temiéndose unos á otros; y del riesgo que á su clara inteligencia no podia ocultarse, de dejar en tales manos el gobierno del Reino.

Las consecuencias ni se hicieron esperar mucho tiempo, ni dejaron de ser tan funestas como pudiera preverlas el espíritu mas pesimista.

Cortés, porque no se dijese que favorecia con exceso á sus parciales, dejó la gobernacion encargada á los oficiales reales: ellos empezaron persiguiendo sin justicia,

piedad , ni pudor , á todos los amigos del Conquistador , por saquear á los ricos , por oprimir á los pobres ; y aunque de acuerdo para tales iniquidades , tardaron poco en hacerse la guerra unos á otros , sobre quién habia de coger su fruto. Vana fue la intervencion de varones prudentes , vana la en aquella época predominante de los frailes mismos : uno tras otro fué Salazar inutilizando , encarcelando , despojando y deportando á sus colegas , y acabó por quedarse dueño y señor absoluto de vidas y haciendas , con el Veedor Chirinos su esclavo y cómplice. Méjico humillaba la cerviz á la desastrosa tirania de aquel criado del comendador Francisco de los Cobos ; pero Hernan Cortés podia volver ; pero sus parciales , aunque abatidos los mas por el momento , y retraidos en el convento de San Francisco los principales , podian levantar la cabeza auxiliados por los indios , que veian en el Conquistador mas un Dios que un hombre , y por los misioneros de la órden seráfica , que , en honor de la verdad cumple decirlo , estuvieron siempre de parte de la razon del Héroe , y en defensa del pueblo conquistado. Salazar no se paraba en barras : hizo esparcir la nueva , por él inventada , de haber sido Cortés vencido y sacrificado por los indios ; prohibió que se dudase de ella ; y mandó azotar públicamente á la honrada esposa de uno de los que en su espedicion acompañaban al Gobernador , solo porque se negaba á creer su muerte. Dado aquel primer paso , los demas eran consiguientes. Rodrigo de Paz , primo y apoderado general de Cortés en Méjico , hombre de livianos cascos y presuncion sobrada , habiase dejado enlazar por el pérfido Factor , y contribuido no poco á su engrandecimiento ; Salazar , en premio de tales servicios , faltando al juramento y pleito-homenaje que tenia hecho de respetar su persona , prendióle , y para descubrir los supuestos ocultos tesoros del Conquistador , dióle tan bárbaro tormento , que el fuego

le consumió hasta los tobillos , y aún no satisfecho , desenlazó el horrendo drama , haciéndole ahorcar en la plaza pública. Libre de aquel estorbo , apoderóse de la casa y bienes de Hernando , que vendió á vil precio en pública almoneda ; y dió rienda suelta á sus infames pasiones y brutales instintos , entregándose á todo género de crueldades y torpes placeres. Increible parece , pero es cierto , que en el siglo XVI y en los dominios de la católica España , aquel bárbaro usurpador , para dar mas peso á la noticia de la falsa muerte de Cortés y de sus compañeros de expedicion , no solo autorizó á todas las esposas de estos á que pasaran á segundas nupcias, como si en efecto fueran realmente viudas , sino que obligó é indujo á muchas de ellas á que lo hiciesen , y entre otras, á su manceba y á la de Chirinos , á las cuales dió por nuevos maridos dos miserables de entre sus secuaces , y á ellos , en precio de su sacrilegio y deshonra , la facultad de robar y oprimir á los desdichados indios , con tal que fuese fuera de la ciudad de Méjico.

En tanto luchaba Cortés con inmensas dificultades y numerosos enemigos para penetrar hasta *Trujillo*, y la corte creia recompensar sus inmortales hazañas , concediéndole el título de *Don* , el hábito de Santiago , y un escudo de armas que añadir al de sus padres heredado, no sin imponerle por tales mercedes un cuantioso servicio en oro. ¿Qué diria *Don Hernando Cortés* , si viera cómo se premian hoy servicios y batallas , que desdeñara el último de los capitanes sus subalternos?

Pero dejando las reflexiones , porque advierto que voy engolfándome mas de lo que debiera en las profundidades de la historia , y volviendo al pendiente episodio, digo que llegaron , al fin , nuevas al Conquistador de lo que en Méjico pasaba , siendo tan grande el sentimiento que le causaron , que en el primer momento determinó partirse á la metrópoli del por él arruinado imperio , y

dejada incompleta la empresa de Honduras , sin embargo de los imponderables trabajos que ya le llevaba costados, atender personalmente al castigo de los culpables y reparacion de sus agravios. Intentó, en efecto, dos ó tres veces el viaje ; pero el mar se opuso á ello con sus habituales inclemencias , y al cabo decidióse á enviar por *Martin Dorantes*, su lacayo, despachos, destituyendo del Gobierno á los oficiales reales , y nombrando en su reemplazo gobernador al capitan Francisco de las Casas, á quien suponía en Méjico , como en efecto lo estuvo algun tiempo antes : pero á la sazón habiase ausentado, por temor á las iniquidades de Salazar.

En el convento de S. Francisco , al abrigo del altar, y protegidos por Fr. Martin de Valencia, superior de aquella comunidad, y váron , por su celo apostólico y caridad ferviente , de gran valía entre los indios , y de mucho respeto para los castellanos , estaban retraidos, como ya dije , los principales entre los proscritos amigos de Hernan Cortés. Intentó una vez el Factor violar el sacro asilo ; la comunidad, abandonando el convento , se puso en marcha para *Tlascala*, y fué tal la sensacion de ira que aquel suceso produjo en conquistados y conquistadores, que el mismo Salazar tuvo que salir de Méjico, á rogar á los frailes que regresasen , devolverles la presa que ya en su poder tenia , y someterse , no sin blasfemas protestas y sacrílegas murmuraciones , á ser absuelto por Fr. Martin de las censuras que contra él se habian fulminado. Habia, pues, en Méjico dos focos de rebelion: uno poderoso y triunfante en las casas de Cortés, ocupadas por el Factor con sus satélites, y guarnecidas por hasta mil castellanos, y la numerosa artillería de que se hizo capítulo de culpas al Héroe ; otro en la apariencia flaco, pues no pasaba de veinte hombres , si bien principales, de que hacia cabeza el capitan Andrés de Tapia , pero que tenia de su parte el derecho y la razon , mas el pres-

tigio de la gloria de Hernando , mas la sancion de los religiosos de S. Francisco , mas las simpatías de los indios ya en via de civilizarse.

Añádase á tales elementos que el tesorero Alonso de Estrada y el contador Albornoz , maltratados por su antiguo cómplice y entonces vencedor , conspiraban por su parte tambien contra él , aunque sin dejar el retraimiento que eligieron á unas dos leguas de la ciudad , y se comprenderá como , ya alarmada esta , y no menos alarmado el Factor por ciertas cartas , desmintiendo la muerte de Cortés , que los de San Francisco fraguaron , al llegar Martin Dorantes , que no lo hizo sin trabajo , con los despachos de su amo , tardase muy poco en inflamarse y estallar la preparada mina.

Gonzalo de Salazar vaciló entonces por vez primera , y de ahí su ruina : en la senda de la usurpacion la violencia es una necesidad fatal que mata satisfecha , y desatendida precipita.

Como quiera que sea , en vez de saltar por completo la valla , apoderándose de los retraidos en S. Francisco para aterrar á los muchos parciales que en la ciudad tenían , y dar aliento á sus propios cómplices , comprometiéndolos en un crimen mas , el Factor creyó bastante hacer alarde de sus fuerzas y poderío , en un paseo y banquete que tuvieron lugar desde Méjico á una huerta próxima , el primero , y en la huerta misma el segundo. Mas de mil personas armadas formaban su séquito ; Chirinos , previendo la tempestad , se hallaba en Guajaca ; muchedumbre de curiosos se agregó á la comitiva , como en tales casos acontece , y Gonzalo , acatado , temido como un monarca absoluto , pudo por vez postrera hacerse la ilusion de que su poder era incontrastable.

¿Qué hacian entre tanto los veinte proscritos de San Francisco? Comprar armas y caballos , reunir hasta doscientos amigos , y celebrada junta , en la cual , atendida

la ausencia de Francisco de las Casas, nombraban gobernadores, durante la ausencia del legítimo, al tesorero Estrada y al contador Albornoz, sin duda para reforzarse con los que su parcialidad seguían, convocar á los Alcaldes y Regidores para mostrarles los despachos traídos por Dorantes, y requerir su cumplimiento. Un alcalde y varios concejales acudieron al convento, y dado que hubieron por bueno todo lo hecho, á la luz clara de la luna lanzáronse, en fin, á la calle los conjurados, apellidando favor al Rey y al Gobernador, y guerra á quien su autoridad usurpaba.

Salazar con noticia de lo acaecido regresó á Méjico con su gente: mas, falto de resolución, temeroso del pueblo que le detestaba, ú obcecado por el crimen, en vez de atacar en el acto á sus enemigos, diez veces inferiores en número á su tropa, é imperfectamente organizados aún, retrájose á las casas del Conquistador, limitándose á ocupar las calles inmediatas con la artillería y algunos peones. Tapia, nombrado capitán general por los de Cortés, tomó por el contrario vigorosamente la iniciativa, asediando la fortaleza, arengando á los que sus aproches defendían, y levantando muy alto el pendón de su caudillo. Con la flojedad del uno y la energía del otro, con la nueva rápidamente esparcida entre los indios y castellanos de que Cortés no era muerto, y con el ódio que á todos inspiraba la tiranía de Salazar, en breve fue éste batido y preso en una jaula, que como á fiera le hicieron; y muriera de mala muerte, si la generosidad de sus contrarios no lo estorbara.

Y mientras tales cosas pasaban en Méjico, allá en España se daban tan buena maña los enemigos de Cortés, que hubo momentos en que se llegó á pensar, estremece el decirlo, en enviar á América quien le cortase la cabeza! El Emperador, sin embargo, repugnaba dar asenso á las infames calumnias que contra el insigne

caudillo se reproducian incesantemente; pero celoso de su poder tomó un término medio, malo como suelen serlo las transacciones entre lo justo y lo injusto, nombrando *Audiencia* para Nueva España, y dando ademas comision especial al licenciado Ponce de Leon para que residenciase á Hernan Cortés. A este se le escribió oficialmente, que la residencia tenia por objeto confundir á sus enemigos; al Licenciado se le dieron instrucciones secretas para que despojase al Héroe del legítimo fruto de sus trabajos, ya que de la gloria no se encontró medio de privarle.

Cuando Ponce de Leon aportó al imperio Mejicano, ya Cortés habia regresado á su metrópoli, y perdonado generosamente á todos sus enemigos, á escepcion de Salazar y de Chirinos, á los cuales mandó procesar judicialmente, mas que por la usurpacion del mando, y mas aún que por los agravios á su fama, bienes y persona inferidos, por el infame y cruel asesinato por ellos perpetrado, con formas jurídicas, en la persona del infelice Rodrigo de Paz. Jamás fue su poder tan grande como entonces, nunca su razon tan evidente, nunca tampoco mas clara la villania de sus enemigos; y los indios escarmentados con la pasada reciente tirania, no vaciláran ni un instante en sostenerle en cuanto intentase. En tales circunstancias llega un Licenciado, sin mas armas que su vara de Justicia, á despojarle de la autoridad, á escudriñar su vida, á regatearle el oro que le han valido sus hazañas, á disputarle palmo á palmo la tierra que él ha conquistado á centenares de leguas en cada paso, y cuyos confines trazó con su propia sangre: sus parciales indignados, y sus parciales eran los conquistadores, aquellos que habian derribado el trono de Motezuma, acuden á él á rogarle que no se deje asi maltratar, á ofrecerle sus victoriosas espadas, á mostrarle el pueblo que brama iracundo á vista de tan negra ingratitud. Una

palabra suya, un ademan, su silencio mismo, bastáran á inflamar el volcan, y sabe el cielo cuáles pudieran ser las consecuencias de aquel incendio; pero Cortés dobla la cerviz ante la voluntad del Emperador, contiene á sus amigos, llega hasta á amenazar á los turbulentos, y allí mismo donde sus manos ligaron con grillos de oro al Monarca Mejicano, allí rinde su espada invicta á los piés del inerme togado.

Tal era entonces el prestigio de la autoridad, la fuerza de la ley civil, que los mas grandes capitanes comprendian la necesidad de acatarla.

Hoy hemos inventado los *Estados de sitio*, para que la bayoneta de un recluta desnivele con su peso la balanza de la justicia.

Comprendiendo Cortés que solo en España y personalmente podia conjurar aquella tempestad, dejó á Ponce de Leon proseguir su *residencia*, y él regresó á la madre Patria. Oirle y absolverle, debieron ser, y fueron, en efecto, para Carlos V una misma cosa: aquellos dos hombres, tratándose directa y personalmente, se hubieran entendido siempre; si el Emperador fué ingrato con el ilustre Conquistador, solo puede atribuirse á los cortesanos que entre ellos se interpusieron.

Como quiera que sea, por entonces pareció que brillaba pura y sin nubes la estrella de Cortés: hizosele marqués del Valle de Guajaca; concediéronsele tierras, repartimiento de indios y riquezas; y por último, su casamiento con doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga, hija y hermana de los condes de Aguilar, le entroncó con una de las mas ilustres familias de la aristocrácia española. Sin embargo, la corte no desistia de sus recelos, y retardaba devolverle el gobierno de Méjico, al cual no volvió nunca de hecho; pues si bien se le dió por algun tiempo el mando de las armas en Nueva España, poniendo el civil á cargo de la Audiencia, fue con

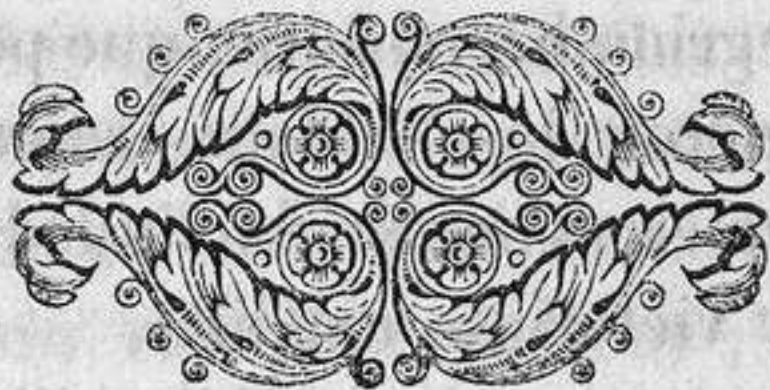


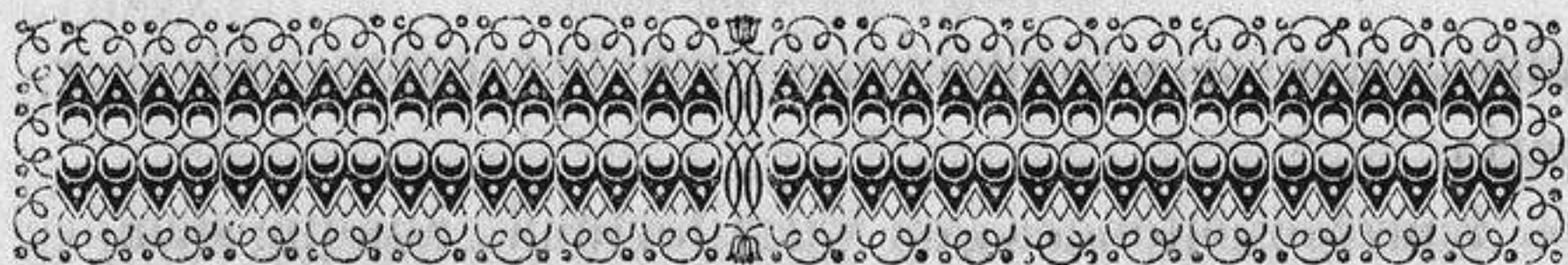
tales cortapisas y limitaciones , que le era imposible ejercerlo.

Lanzóse entonces con varia fortuna , aunque siempre con heróico esfuerzo y preclaro ingenio , al descubrimiento en las costas del mar del Sur ; mas alli tambien fueron á perseguirle la envidia de sus émulos y las injusticias del Gobierno.

Si entraba en mi propósito dar idea á los lectores de la recompensa que recibieron en el teatro mismo de sus principales hazañas los servicios de Hernan Cortés á su patria , no asi hacerme su cronista en lo restante : básteme decir que , desalentado á fuerza de mezquinas contradicciones , y viendo renacer de continuo bajo sus pies la hidra que con ellos aplastaba , regresó á España el año de 1540 , y catorce despues , á la edad de sesenta y nueve , terminó su carrera , olvidado de la corte , y mal pagado de sus victorias , pero con la conciencia, sin duda , de su propia grandeza , y de la gloria inmortal que para su nombre habia conquistado.

De cierta conjuracion en que sus hijos se hallaron complicados , tomo asunto para esta novela histórica , y paréceme que no está demas , ni haber dado á conocer, aunque rápidamente, al padre , pues que por el árbol puede colegirse la especie del fruto ; ni consolar á mis lectores, demostrándoles que las ingraticudes con los buenos , las persecuciones á los inocentes , y los asesinatos jurídicos , no son cosa exclusiva de nuestra época, sino muy antigua en España.—Dios mejore sus horas.





## CAPITULO II.

QUE LOS HÉROES , CUANDO NO FABULOSOS , SUELEN SER DE CARNE  
Y HUESO , COMO CADA HIJO DE VECINO .



UENTA la historia , y cuando digo que cuenta , ni afirmo que sea cuento , ni lo contrario aseguro ; pero ello es que cuenta como memorable triunfo el que , dice , consiguió sobre sus propias pasiones Escipion en Cartagena . ¿Y saben mis lectores (hablo con los que no sepan la historia) á qué se reduce la tal decantada victoria ? Voy á decírselo : á devolver incólume á su marido cierta dama española de peregrina hermosura , que por esa dote precisamente escogieron los soldados romanos , entre las cautivas de la recién conquistada ciudad , para ofrecérsela á su jóven y victorioso caudillo .

Ahora bien , y ruego al público lleve en paciencia

mi amor incurable á la discusion : ó los historiadores son unos sandios personajes , que dan importancia á lo que en sí no la tiene, en cuyo caso habrémos que suprimir la famosa *Continencia de Escipion* de entre los actos memorables de los héroes; ó renunciar á una muger hermosa , pertenezca ó no al prójimo , guste ó no guste de aquel que de ella disponer puede , es acto difícil de acendrada virtud , aun en los que llamamos héroes porque del comun de los mortales se diferencian en la grandeza de ánimo y escelsitud de los hechos.

Y si el anterior dilema es insoluble , como á mí me lo parece , me atrevo ademas á sentar que se puede muy bien ser héroe en otras materias , no obstante la disculpable flaqueza, inherente á la frágil condicion humana, de perder los estribos ante los encantos del sexo que Dios formó para que el hombre no se aburriese , como se aburria sin él , aun estando en posesion de todas las delicias del terrenal paraíso.

Hizo Dios á la muger de una costilla del hombre , y para compañera del hombre mismo ; y verdaderamente los *moralistas* debieran parecernos dementes, si no supiéramos que son viejos (casi todo viejo es moralista , y pocos moralistas hay que no sean viejos), cuando cifran la perfeccion humana en huir de lo mas bello entre lo creado , en abstenerse de trato y comunicacion íntima con aquel sér que el Omnipotente formó para consuelo de nuestras penas , solaz de nuestros trabajos, y modificacion de los salvajes feroces instintos que , por desdicha , predominan en el sexo *feo* mas aún que *fuerte*.

Perdonen , pues , los moralistas , y con ellos los maridos infelices , los amantes engañados , los célibes atrabiliarios , los afligidos de enfermedades crónicas , y los viejos , que tienen en sus canas , como dice cierto poeta, *unas riendas sin caballo* : perdone , digo , la turba-multa de los que , por exigir de las mugeres lo que á

ellas no le es dado , ó por sentirse incapaces de agradecerlas , maldicen sus encantos , como la zorra del apólogo desdeñaba las ubas que veia fuera de su alcance; pero ni yo comprendo la vida sin la muger hermosa (lo cual nada prueba, porque yo no soy héroe , ni mucho menos) ni el mismo Hernan Cortés acertaba á irse á la mano en la materia , y esto ya prueba mucho ; porque no sé que nadie haya tenido la audacia de negarle la heroicidad al Conquistador de Méjico.

Pintando , ó mejor dicho , deseando pintar á este , á quien desde mi mas tierna infancia profeso una admiracion que frisa en los límites del culto , escribí años hace unas octavas en cierto poema inédito , y no muy adelantado aun, y voy á reproducirlas aqui, no porque las crea buenas , sino por amenizar un tanto estas páginas, y ademas porque con exactitud completa esplican mi juicio en cuanto al héroe.

Dicen , pues , los versos á que aludo :

- »Era el de Medellin alto , membrudo ,
- »De bello rostro y de agradable porte ;
- »Agil , sereno , intrépido , forzado ;
- »Como bravo en la lid , diestro en la corte.
- »Blando á las damas , si á contrarios rudo ;
- »Amor y gloria de su vida el norte ;
- »Fiel á su Dios , al Rey , á su nobleza ;
- »Y casi igual á *Cárlos* en grandeza.

- »Rasgados ojos , frente de alta esfera ,
- »Barba poblada , varonil bigote ,
- »Negra , abundante , hermosa cabellera .
- »Breve en los rojos lábios el escote ;
- »Aguileña nariz de curva fiera ;
- »El pecho á prueba de estocada y bote ,
- »Morena la color , grave el semblante ,
- »La espalda envidia del robusto Atlante.

- »Cuando á corcel fogoso el fuerte lomo ,
- »Blandiendo el asta , rígido oprimia ,
- »Cual nunca Olimpia viera en su hipodrómo

»Ginete audaz , gallardo lo regia.  
 »Al silbo agudo del ardiente plomo ,  
 »Y al hierro del venablo no temia :  
 »Tal se lanzaba osado en la batalla ,  
 »Cual si vistiera impenetrable malla.  
 »Cuerdo en pensar ; en resolver maduro ;  
 »Discreto en el decir ; sábio en consejo ;  
 »Jamás en opiniones prematuro ;  
 »Si en brios jóven , en prudencia viejo ;  
 »Cauto y sagaz ; en los trabajos duro ;  
 »Nunca ante los obstáculos perplejo ;  
 »Severo alguna vez en el castigo ;  
 »Y muchas indulgente á su enemigo.  
 »Tal fué Cortés ; y si homenaje oculto  
 »A la humana flaqueza no prestára ,  
 »*Rindiendo á la beldad sobrado culto* ,  
 »Perfecto á nuestros ojos se mostrára :  
 »Halle en el juicio de la historia indulto ,  
 »Que sombra da la luz cuando mas clara ,  
 »Y al pecado de amor , allá en el cielo ,  
 »Piedad le cubre con su casto velo ! »

En resúmen , poesía y frases á un lado , Hernan Cortés era español castizo ; por sus venas discurría ardiente la sangre meridional ; sus sentidos perspicaces percibían con prontitud y energía los encantos de la belleza , y como en aquel hombre excepcional percibir y sentir eran una misma cosa , y lo que sentía lo deseaba , y lo que deseaba lo quería , y su voluntad nunca reparó en obstáculos , acontecióle ver pocas mugeres hermosas que no apreciase , sintiera , desease y consiguiera.

Es preciso hacerle justicia : belleza y discrecion le bastaban , por lo demas , ni en la cuna , ni en la nacionalidad , ni en la religion , ni en el traje , ni en el grado de civilizacion se detenía. Desde la serrana salamanquina hasta la india mejicana ; desde la pobre hidalga espatriada hasta la princesa imperial , hay una inmensa variada escala de hermosuras , caractéres y condiciones sociales , que Hernan Cortés corrió en todas sus gerar-

quías , sin aristocráticos escrúpulos , ni democráticas preocupaciones : pero es de notar que , á escepcion de una muger sola , todas las demas que poseyó fueron para él , y no él para ellas , á lo menos en saliendo de los límites estrechos del teatro de sus amores.

Fenómeno verdaderamente digno de admiracion : ni amigos , ni enemigos , ni sus panegiristas mas ciegos , ni sus detractores mas fanáticos , conviniendo , sin embargo , todos en su aficion un tanto escesiva al bello sexo , aciertan á indicar siquiera un hecho , un momento , una circunstancia , en que , dominado Cortés por aquella su flaqueza , sacrificase los intereses de su gloria ó los designios del Político , ó los deberes del General y del Gobernante , á la satisfaccion de cualquiera de sus frecuentes pasiones.

Mientras fue el aventurero desconocido , mientras no arriesgaba mas que su propia vida , anduvo pródigo de ella en obsequio de sus damas : pero desde el momento en que ya con la quema de las naves comprendió que habia inmortalizado su nombre , no quiso consagrarle al amor , aunque tampoco renunciar á sus deleites , mas que el tiempo , afanes y pensamientos que para la gloria le sobraban ; y con ser tanta la que ganar supo , no tiene el Dios de Citerea razon para quejarse de la parte que le tocó en suerte.

No es mi ánimo , ni cumple al propósito que me puso la pluma en la mano , relatar menudamente la vida íntima del vencedor de Otumba ; mas como han de ser asunto de esta novela los *hijos de Hernan Cortés* , sospecho que ni estará fuera de su lugar , ni ha de pesarle al lector , hallar aquí una breve noticia de sus principales aventuras , y de las mas notables de las mugeres que lograron el envidiable triunfo de ver á sus pies postrado y manso aquel leon , cuya sola mirada hacia estremecerse al Nuevo Mundo.

Diez y nueve años de edad tenia Cortés en el de 1504, cuando dejados los estudios, en que no pasó de la gramática latina, y obtenida la venia de sus padres, no pesarosos acaso de desembarazarse de un mozo que á gobernar no acertaban, resolvió irse por el mundo en busca de sus aventuras, ni mas ni menos que un caballero andante. Su familia era pobre aunque hidalga; *lo que en riquezas le faltaba, sobrábale en honra*, dice un historiador de las Indias; pero Hernando, que no estaba satisfecho con sola su nobleza heredada, podia estarlo, y estábalo, en efecto, mucho menos con los maravedises que heredar no podia, careciendo de ellos sus padres. Vaciló, pues, al lanzarse jóven é inesperto al mundo, entre dos senderos, al parecer entonces, diametralmente opuestos: el de la gloria militar, que monopolizaba á la sazón en Italia el inmortal Gonzalo de Córdoba, y el de las riquezas, que el descubrimiento reciente de las Indias occidentales abria á la codicia de los aventureros. Una pica en Italia podia conducirle, siguiendo la rutilante estrella del *Gran Capitan*, ó á morir oscura, aunque honradamente, en los primeros pasos de su carrera, ó cuando la fortuna le amparase amorosa, á conseguir una *gineta* de capitan de caballos; y contando con un prodigio de la suerte, al puesto de *Maestre de campo* y al mando de algun *Tercio*. Y para llegar á esa casi fabulosa altura: ¿Qué de reputaciones ya formadas que eclipsar? ¿Qué de rivales meritorios que vencer? ¿Qué de envidiosos émulos que reducir á silencio? Y por otra parte, en un pais esquilmado, como la Italia lo estaba por incesantes continuas guerras, ya civiles, ya extranjeras; en un ejército mandado por el hombre que contaba

De palas, picos y azadones,

Cien millones:

¿Qué caudal que de pobre le sacase , podia prometerse juntar el heróico mancebo de Medellin?

Optó , pues , por el viaje á Indias , y entonces de ellas poseiamos solamente la Isla Española , si bien Cuba, algunas otras de las Antillas , y algo de las costas del Continente americano se conocian imperfectamente. Ignorábase aún si en aquellas lejanas tierras habia imperios poderosos , ni siquiera una civilizacion medianamente adelantada ; lo que de los indios, hasta el momento descubiertos se sabia , era la ferocidad salvaje de algunos, y la inocente debilidad de los mas ; y por tanto , los que atravesaban el Atlántico , haciendo rumbo al Seno mejicano , iban en busca de oro mas que de laureles , pues que el valor que habian menester mas era el del tenaz minero , que el del audaz soldado.

Al considerar , pues , la incomprensible preferencia de Hernando , hay que decirse que el Destino previsor, por una parte, no quiso que alentáran juntos en Europa dos hombres como Gonzalo y Cortés ; porque para la gloria de cada uno de ellos apenas bastaba un mundo ; y por otra , que en el último la naturaleza fué como perezosa en su desarrollo y complemento. Hasta los catorce años, en efecto , aquel cuerpo que despues habia de soportar fortísimo los mas duros trabajos , increíbles privaciones, heridas y golpes sin cuento , estuvo enfermizo y valetudinario. A los diez y siete solo sabia Cortés el latin , y abandonaba los estudios. A los diez y nueve , parecia mas sensible á los estímulos de la codicia que á los de la gloria ; y hasta mas de veinte y cinco , resignóse á desempeñar el humilde papel de escribano del Ayuntamiento de la villa de *Azua*, en la Isla Española , dedicándose con empeño á mezquinas grangerías , propias, cuando mas , de un montañés calculador.

Tal era su estado en 1512 ; y sin embargo , la viveza de su ingenio , su gracia en el decir , su arrojo cuando



la ocasion lo requeria , y mas que eso la ligereza aparente con que , acaso sin cálculo de su parte , pero con provecho positivo para su porvenir , ocultaba la profundidad de altas miras que latente germinaba en su privilegiado entendimiento , fueron parte á que el Comendador Nicolás de Ovando , entonces Gobernador de la Española , el Almirante D. Diego Colon , hijo del inmortal descubridor del Nuevo Mundo , Diego Velazquez , criado que fué de D. Bartolomé , tio del Almirante , y en una palabra: los principales de entre los nuevos pobladores, le mirasen con particular predileccion.

Velazquez , enviado en 1512 á conquistar á Cuba con unos 300 hombres , quiso que fuese Cortés de la espedicion , y fuélo, en efecto ; pero era aún tan escasa su importancia , que solo se le hizo oficial subalterno del Tesorero Real , Miguel de Pasamonte. ¡Por estraños caminos y con singulares disfraces , iba la fortuna acercándole al teatro de su gloria!

Entre los compañeros de Cortés en aquella espedicion habia un hidalgo granadino , pobre, y afligido ademas por el cielo con cuatro hermanas , á la verdad hermosas , pero que por falta de dote no hallaron maridos en España. Por dicha ellas y su madre fueron recibidas al servicio de la esposa del Almirante , Doña Maria de Toledo , hija de D. Fernando , Comendador mayor de Leon, y sobrina carnal de D. Fadrique , duque de Alba ; que tan pronto suplió la gloria de Colon lo que en aristocrática nobleza le faltaba á su hijo para enlazarse con aquella ilustre y poderosa familia.

Con la primera duquesa , pues , de Veragua , y á su servicio pasaron á Sto. Domingo las hermanas de *Juan Suarez* , que asi se llamaba el granadino ; pero no hallando tampoco en aquella isla los maridos que anhelaban , tan pronto como su prisa los quisiera , pasaron á Cuba con su hermano , y en la espedicion

de que Cortés formaba parte y Velazquez capitaneaba.

Una vez la Isla conquistada, y fundándose *Baracoa*, su primera villa, Hernando entabló amorosas relaciones con Catalina, la mas bella, honesta y discreta de las hermanas de Juan Suarez, y con este hizo compañía para sus tratos y granjerías. Velazquez, amante de otra de las doncellas, hizo á Cortés su segundo secretario, porque en clase de primero tenia ya á *Andrés de Duero*, dándole ademas repartimiento de indios, tierras que cultivar y minas que hiciese valer.

Algun tiempo marcharon las cosas á satisfaccion de todos: la actividad ingénita de Hernando atendia fácilmente al despacho de los negocios del Adelantado; á sus propios amores; á la explotacion de las minas de oro; á la crianza, aclimatacion y comercio de ganados de toda clase; y á dirigir la construccion, improvisándose arquitecto, de la Casa de fundicion, del Hospital y otros edificios, sobrándole todavia tiempo para ejercitarse en las armas, y departir tanto con superiores é iguales, que se le acusaba de ser menos reservado de lo que á su destino de secretario convenia. En cambio, el conocimiento del latin le hacia superior á su colega Andrés de Duero, hombre cuerdo, prudente, y siempre fiel amigo de Hernando.

Este, empero, amando tiernamente á Catalina, no tenia á la cuenta tanta prisa de renunciar al *estado honesto*, como la familia de la novia de salir de ella; y Velazquez, sin duda por complacer á su dama, hermana de Catalina, como sabemos, quiso con su autoridad acelerar el consorcio de su secretario. En aquel primer choque de la fuerza contra el héroe futuro, se dejaron ya ver la energía que su alma atesoraba, los recursos que en su entendimiento habia, la incontrastable perseverancia de que su ánimo estaba dotado.

Apenas se inicia la lucha, apenas Velazquez intenta

imponer su voluntad al Secretario, y Juan Suarez precipitar la boda de su hermana, y todos los émulos de Hernando, coligados, imaginan triunfar de su voluntad: él, sin dar ni por un momento señales de plegarse á tantos y tan poderosos contrarios, ni apartarse tampoco del galanteo á Catalina (y esta última circunstancia es la mas notable), reúne datos contra Velazquez y los suyos, pónese en relacion con los descontentos de la nueva colonia, y forma el temerario proyecto de atravesar en un frágil esquife, y solo en él, las diez y ocho leguas de golfo que separan á Cuba de la Isla Española. A nadie, antes ni despues, pudo ocurrírsele tal idea; pero de las naves grandes disponia el Adelantado, y por consiguiente solo en un barquichuelo era posible llevar ante la Audiencia de Sto. Domingo las quejas y acusaciones contra Velazquez, medio seguro, una vez probadas, de desembarazarse de tan poderoso enemigo. Cortés quería el fin, y no se paraba ante lo difícil de los medios.

Quizá no concibió, ó mas bien no formuló claramente en su cabeza tal proyecto en los primeros pasos de aquel negocio; pero sí es evidentemente cierto que, desde que comenzaron las hostilidades con el Gobernador por causa del matrimonio á que se negaba, hizo de su casa Hernando como el cuartel general de los descontentos, y en ella se murmuraba sin cesar y sin misericordia, de Velazquez. Hiciéronselo saber á este sus parciales, y sintiendo, como de razon, que uno de sus secretarios precisamente fuese cabeza de aquellos que le malquerian, trató á Hernando muy mal de palabra ante numerosa concurrencia. Replicó audaz y nada menos que subordinado, el altanero mancebo, y el Gobernador entonces sepultóle en un calabozo, mandándole poner en el *cepo*, como le pusieron en efecto; y dispúsose, ó al menos asi lo dijo á todos, á castigar con la horca una falta, grave tal vez, mas no digna por cierto del último suplicio.

Engañábase el Adelantado: la Providencia reservaba á Cortés para mayores y mas altos riesgos, para ser uno de los mas bellos florones de la corona de gloria de su patria; y aquellos hombros, á que era un imperio leve carga, no estaban hechos para soportar el infame peso del verdugo.

Considérese, no obstante, que de precipitarse Velazquez, de flaquear un instante la resolucion de Cortés, ó de ocurrir un azar de esos que no se calculan siquiera, pudo resultar que, terminando entonces la vida del último en un suplicio, cambiase la faz de la conquista de Méjico, y por consiguiente la del mundo; y mucha presuncion será menester, para no confesar que los mayores efectos dependen las mas de las veces de muy pequeñas causas.

Pero, dejando á parte las reflexiones, digamos que Cortés, comprendida toda la gravedad de su situacion, porque en las colonias, por regla general, y en las recién conquistadas con mucho mayor motivo, son los Gobernadores tan prepotentes, como poco escrupulosos en abusar de la autoridad delegada que ejercen, para satisfaccion de sus propias pasiones; Cortés, digo, conociendo á Velazquez, y seguro de que éste hallaria testigos prontos á declarar cuanto quisiese, conoció que su hora era llegada, si no lograba huir de la prision en que yacia.

¡Oh! En aquellos momentos, solemnes para todo cautivo, en que á solas consigo mismo en la lobreguez de un calabozo, y viendo sobre su cuello pendiente la cuchilla con que sus enemigos se aprontan á suprimir su entidad de entre los vivientes; en aquellos momentos en que ya parece oirse el rechinar de las puertas de la Eternidad, que prematuramente van á abrirse para el mísero indefenso proscrito; al recordar lo pasado, contemplar lo presente y pensar sobre el porvenir que se le

ataja , no hay hombre , si el terror no le anonada antes que el verdugo le mate , que no sienta redoblarse su apego á la existencia , sus aspiraciones á la inmortalidad ; no hay hombre , en quien el amor á la ya condenada vida no crezca y se desenvuelva con insólita y hasta feroz energía!

Y si tal acontece al comun de los mortales : ¿Qué será de aquellos á quienes el Hacedor Supremo imprimió en el alma el sello de la inmortal grandeza , que en vida los hace superiores á sus coetáneos , y despues de muertos perpetúa su nombre?

Seguramente Cortés , á vista de la horca que para él alzaban los esbirros de Velazquez , tenia , cuando menos , intuicion de que en su garganta iba el verdugo á sofocar un imperio , á extinguir en su origen un raudal de inmarcesible gloria para España ; y la conciencia de su propio valer , mas aún que el apego natural á la vida , debió de ser la que le dió alientos , y le inspiró recursos para salvarse.

En efecto , raya en lo maravilloso que un preso á quien se trata de ajusticiar , y ya por temible puesto en el cepo , quebrante el pestillo de aquel villano instrumento ; y luego , sin ser visto , se apodere de la espada y rodela del Alcaide de la cárcel , con cuyas armas , descolgándose por una ventana , fue á retraerse en la iglesia de Baracoa.

Asi sucedió , no obstante , segun conforme testimonio de nuestros historiadores de Indias.

Eran las iglesias en aquellos tiempos asilos impene- trables á la justicia humana , donde los criminales ó los perseguidos daban tiempo á que se mitigára el rigor de los jueces , ó la pasion de los enemigos se aplacase , ganando cuando menos , salvos rarísimos casos , libertar la vida que , si es mucho siempre , en ciertos negocios equivale á salvarlo todo : mas tal era ya la pasion de Ve-

lazquez contra su ex-secretario, que primero con halagüenas promesas, y luego con la fuerza, trató de sacarle de sagrado. Todo fue inútil: Cortés, una vez en su elemento, que lo eran los grandes riesgos, se mostró tan hábil como valiente, y ni las promesas le sedujeron, ni con la violencia se logró mas que la vergüenza de verse por él vencidos sus poderosos enemigos.

Recuérdese que toda aquella persecucion pesaba sobre nuestro Héroe, solo por no casarse con Catalina Suarez; y ciertamente, quien por la superficie juzgue de los hombres, no comprenderá que Hernando, sabiendo á ciencia cierta que salir de la iglesia era entregarle el cuello al verdugo, dejara, sin embargo, aquel asilo cierta noche, sin mas escolta que su valor, sin otras armas que la espada y rodela robadas al Alcaide de la cárcel. Y ¿para qué? Para rondar la calle de la misma Catalina, con la cual le bastaba casarse para vivir pacífico y tranquilo.

Mas como quiera que sea, es cierto que lo hizo, como de decirlo acabo; y aunque quizá confiaba en que estando la casa de Suarez frontera á la iglesia, le seria fácil retraerse á ella, en caso de verse atacado por fuerzas demasiado superiores á las suyas, avínole muy mal el suceso; porque Juan Escudero, alguacil de Velazquez, que sin cesar acechaba los pasos del prófugo, apenas le vió fuera de su asilo, cuando auxiliado por otros esbirros, y usando, no de las armas, que contra Cortés aprovechaban poco, sino de la astucia y la alevosía, acertó á tomarle tan bien las vueltas que, arrojándosele encima con su gente, de improviso y por la espalda, logró, aunque no sin pena, reducirle de nuevo á prision.

Como fácilmente se comprenderá, aquel lance traia tan alborotada la colonia que Velazquez, no osando ya tomarse la venganza por su mano, entregó el preso á la jurisdiccion de los Alcaldes ordinarios, quienes siendo

hechuras y servidores suyos , no escrupulizaron ni mucho menos , en sentenciar á muerte al audaz ex-secretario. Apeló el reo de la inicua sentencia ante Velazquez mismo ; y fuese generosidad de este , satisfecho ya su orgullo con la humillacion á que Cortés se sometia , reconociéndole por árbitro de su existencia ; ó bien que Catalina por medio de su hermana, la dama del Adelantado , lograra ablandarle el ánimo , si no que la opinion de los conquistadores declarada casi unánimemente en favor de Hernando, como las crónicas lo asientan, retrajese al Gobernador de consumir su venganza , el hecho es que Velazquez perdonó la vida á Hernando , conmutando la pena por los Alcaldes impuesta , en destierro á la Isla Española. ¿Era su ánimo que allí quedase Cortés en libertad, ó enviábale preso ante la Audiencia de Santo Domingo , solo para que aquel tribunal , ateniéndose á los datos que de Cuba se le remitian , le condenase de nuevo y con visos de imparcialidad? Difícil es hoy atinar con lo cierto, pero el interesado, viendo que en la nave en que le embarcaron comenzaban por amarrarle con una cadena al pié , como si un facineroso fuera , persuadióse de que Velazquez , retrocediendo ante la impopularidad de su apasionada venganza , diferia sí el satisfacerla, pero no renunciaba á ella. Verdad es que en su segunda prision , lo mismo que en la primera , Hernando no perdió jamás la esperanza de salvarse , ni mudó su propósito de devolver á Velazquez con creces el mal que le hacia ; y para ello sustrajo á las pesquisas de sus carceleros , y conservó con prodigioso artificio y no poca ventura , ciertos papeles relativos á la conquista , gobierno y repartimientos de Cuba, que publicados, podian cuando menos, comprometer gravemente al Adelantado.

En consecuencia de tales designios y disposiciones el primer cuidado de Cortés , apenas se vió á solas con el criado que para servirle le dejaron, fue probar á li-

bertar el pié de la cadena que le sujetaba; lo cual, con gran trabajo y no menores padecimientos, logró al cabo ya en las altas horas de la noche. Dueño de su persona, trocó de trage con el criado, para evitar que á bordo le reconociesen, y luego con cautelosos pasos, silenciosos movimientos y agilidad suma, logró deslizarse por la bomba y saltar en el bote que, sin guarda, flotaba al costado del buque. Tan sereno, tan dueño de sí mismo iba, que viendo cerca del bajel que de cárcel le habia servido, la embarcacion de otro amarrada á un cable, y calculando que fuera fácil perseguirle con ella, antes de emprender su rumbo cortó el cable y dejola suelta á la ventura. Proponíase Cortés, sin duda alguna, ganar de nuevo lo interior de la Isla de Cuba, ocultarse en ella favorecido por sus amigos y parciales, y dejar que el tiempo y las ocasiones le aconsejasen lo que hacer debia: mas para desembarcar tierra adentro habia forzosamente de remontar el rio *Macuanigua* que desagua en la playa de Baracoa, y su corriente era á la sazón tan impetuosa, que resistió á los desesperados esfuerzos que hizo remando el hombre mismo que mas tarde habia de dar inequívocas muestras de una fuerza física casi fabulosa.

Entonces, sin embargo, luchando contra la naturaleza, fue vencido: sus lasos miembros abandonaron los remos; y, á merced el esquite de los encontrados impulsos de la corriente del rio y de las olas del mar, puede decirse que estuvo Hernan Cortés por algun tiempo entre la vida y la muerte, pendiendo la una ó la otra del capricho del mas pérfido é inconstante de los elementos. La noche huia presurosa; el dia se acercaba veloz, palideciendo ya el brillo rutilante de las constelaciones ante las primeras luces de la aurora; descubierto y preso en la bahía, empeorábase la situacion de Hernando; lanzarse en el barquichuelo al Atlántico, sin víveres, sin vela, sin aguja, sin fuerzas para remar, era lo mismo



que suicidarse; luchar contra la corriente del rio, descabellada temeridad. ¿Qué hacer, pues? Entre morir sin acometer siquiera la defensa de la vida, ó procurar salvarla á nado, no habia término medio: Hernando optó por el último extremo, y despojándose del vestido, pero atándose á la cabeza con un paño los papeles en que estribaba su defensa contra Velazquez, arrojóse, en efecto, al mar con tan buena suerte, que arribó sano y salvo, si bien desnudo y proscrito, á la orilla inmediata.

La fortuna le protegió visiblemente para llegar hasta su propia casa sin tropiezo alguno. Vestirse y armarse en ella, pasar despues á la de su amada Catalina, y satisfecho el deseo de su corazon con verla y hablarla, personarse con el mismo Juan Suarez, y declararle que mientras él y Velazquez no desistiesen de perseguirle, jamás se casaria con su hermana, fue todo obra de pocos instantes.

Historiador imparcial, cúmpleme confesar que la declaracion de Hernando, por lo mismo que asentaba su resolucion de no ceder nunca á la fuerza brutal, contenia implícitamente la promesa de casarse en el momento en que no se le ostigase: mas con todo parece-me admirable la constancia con que, puesto el pié, por decirlo asi, en el primer escalon de la horca, luchaba el de Medellin, oscuro aun y solo, contra el poder de un favorito del Almirante don Diego Colon, Gobernador y Adelantado de Cuba á mayor abundamiento.

Como quiera que sea, desde casa de su amada pasó Cortés de nuevo, pero muy bien armado, á retraerse por segunda vez en la iglesia, y alli esperó sobre aviso el resultado del negocio. Juan Suarez que hubo de convencerse de que las habia con un hombre cuya voluntad era de hierro, y que por otra parte entrevió que solo casaria á su hermana si el asunto llegaba á una solucion pacífica y conciliadora, no perdió momento para ver á Velaz-

quez y referirle lo acaecido; y el Gobernador, ó cansado de la lucha, ó dominado por el tenaz valor de su adversario, ó mas bien comprendiendo cuánto partido podia sacarse de tal hombre en aquellas tierras y circunstancias, no solo convino en dar al olvido lo pasado, sino que ofreció de nuevo á Cortés su amistad, y propúsole que le acompañara en la expedicion que, contra ciertos isleños á la sazón sublevados, proyectaba.

Parecia natural, y con cualquiera otro aconteciera así, que el retraido se apresurase á aceptar las ofertas de Velazquez; pero Hernan Cortés que habia en aquel lance descubierto su propio valer, aceptando el olvido de lo pasado, rehusó, sin embargo, la amistad del Adelantado, y abstúvose de dar respuesta en cuanto á si le acompañaria ó no á la proyectada expedicion.

Lo que sí hizo nuestro Héroe, porque su corazon se lo aconsejaba, fue casarse con Catalina Suarez en el momento en que en su mano estuvo dejarlo de hacer si no quisiera, mostrando así que, ni aun lo que deseaba, habia de hacer cuando por fuerza se le exigiese.

Su carácter empezó, pues, á desarrollarse y mostrarse tal cual era á propósito de una aventura amorosa, si no la primera, ni mucho menos en su vida, notable tanto por los riesgos á que le espuso, cuanto por la idea que de él pudo dar á quien algo entendiese de achaque de hombres; pero antes de pasar á otro punto, paréceme que no les ha de pesar á los lectores, tener conocimiento de como se reconciliaron Velazquez y Cortés despues del pasado lance.

Fue de esta manera: mientras preparaba el Gobernador la expedicion pasaron dias, y Hernando, novio entonces, parecia por una parte completamente absorto en la posesion de su amada y arreglo de sus negocios; y á mayor abundamiento, no fiándose gran cosa de las promesas de su enemigo, vivia en la iglesia retraido, ni mas

ni menos que antes de la avenencia. En tal estado, reunida ya la gente para la jornada, y hallándose Velazquez con solos sus criados en una granja poco distante del pueblo en que se alojaba la tropa, á deshora de la noche y en el momento en que el Gobernador examinaba las cuentas del gasto de su casa sin compañía de persona alguna, aparecióse Cortés en la puerta, armado de lanza y ballesta, pero demandando con urbana modestia licencia para hablar con el *Señor Adelantado*.

Era Velazquez hombre de valor indisputable y serenidad conocida, mas con todo eso, sobresaltóle verse de súbito cara á cara y á solas con un hombre á quien tan ofendido tenia, que acababa de dar muestras de un ánimo indómito, y que, en fin, iba armado y le tenia la acción ganada.

No obstante, preguntóle con entereza qué era lo que le queria; y contestándole Cortés, siempre mesurado aunque resuelto, que iba solo á *saber las quejas que de él tenia, á satisfacerle, y á ser su amigo y servidor*; entablaron la plática sosegadamente, terminándola por darse las manos en señal de renovar la amistad pasada, y acostándose juntos en prueba de mútua confianza en un mismo lecho, el que Velazquez tenia para sí preparado, y en el cual con asombro universal los hallaron profundamente dormidos á entrambos al siguiente dia los servidores del Adelantado. Acompañó, pues, Hernando á Don Diego, no ya como secretario, sino como amigo y capitan en la expedicion contra los indios rebeldes, y en la misma amistad regresaron á su tiempo á Baracoa.

Catalina dió un hijo á Cortés y Velazquez le sacó de pila, dándole el nombre de *Martin*, que era el de su abuelo paterno.

Poco despues, y fundada la villa de Santiago de Cuba, fue por el Gobernador nombrado Hernando su primer Alcalde ordinario, y en aquel puesto, atento por enton-

ces solo á ganar parciales y adquirir bienes de fortuna, hízose rico para la época, pues llegó á verse dueño de tres mil *pesos de oro*; y adquirió una popularidad entre los conquistadores que fue la base de su grandeza futura.

Pero aqui dejaremos á los historiadores seguir al ambicioso en sus afanes para elevarse, y al gran Capitan en las hazañas que su nombre inmortalizaron, para proseguir nosotros, aunque, por falta de datos, con menos proligidad que en lo referido hasta aqui, en la investigacion de las galantes aventuras del padre de los que serán nuestros protagonistas.

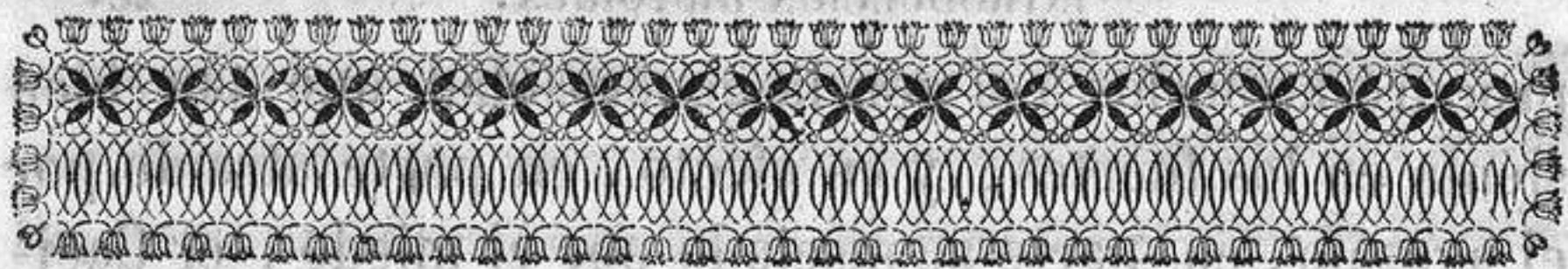
¿Murió Catalina Suarez antes de que Hernan Cortés terminase la conquista de Méjico, y si no, cuando? Confieso á mis lectores que no he podido averiguarlo; los Cronistas no hacen mencion de ella despues de haber referido su casamiento, y aun hay alguno que duda hasta de que ella fuese la madre de Don Martin, el ahijado de Velazquez. Lo que puedo afirmar, es que Hernando se condujo en Méjico, por lo que á la galanteria respecta, como el mas suelto de todos los viudos imaginables.

No haré, por cierto, ni mencion siquiera de las aventuras que de paso le ocurrieron con las bellas españolas, tlascaltecas ó mejicanas, que en sus distintas expediciones pudo conocer y cautivar; pero seria imperdonable omision no hacerla especial y detenida de la famosa *Doña Marina*, célebre, no solo por lo útilmente que le sirvió en el discurso de la conquista, sino por haberle ademas dado un hijo que tambien se bautizó, como su mayor hermano, con el nombre de su abuelo paterno, D. Martin Cortés de Monroy.

Ganada la batalla de Tabasco, el primero y uno de los mas notables hechos de armas de aquella para siempre memorable conquista, Hernan Cortés, para quien la victoria nunca fué mas que un medio de lograr sus profundos fines, en vez de ensañarse contra los vencidos,

procuró atraerlos á sí con la generosidad que tan bien sienta en los fuertes ; y en efecto , en parte atraído por el agasajo , en parte aconsejado por el miedo , el Cacique , de cuyo nombre tomaron los españoles el especial que á la tierra dieron , entró en relaciones con los conquistadores , abasteciéndolos de víveres , y haciéndoles , entre otros regalos que pasar pudieran por tributos , el de veinte esclavas indias , todas jóvenes , todas bellas , y algunas de principal linaje. Doña Marina fue una de ellas ; pero de lo que á su persona concierne , haremos capítulo aparte , si el lector no lo há por enojo.





### CAPITULO III.

DONDE , PROSIGUIENDO LA MATERIA DEL ANTERIOR , SE TRATA DE LA INDIA DOÑA MARINA , Y DE VARIAS OTRAS COSAS DE SABROSO ENTRETENIMIENTO .



ENTRE las sencillas costumbres de los inocentes indios mejicanos, cuando por los españoles fueron descubiertos y conquistados , merece detenida consideracion la que puntualísimamente observaban de hacer esclavas á las hijas y esposas de los enemigos que vencian , despues de haber pasado á cuchillo , por supuesto , á los varones , y de comerse alegremente, ya asados , ya en diferentes salsas, que en esto el ritual no estaba esplicito , á todos aquellos , cuyo estado de salud y robustez les hacia apetitosos , y singularmente , por lo tierna sin duda , á la chiquilleria de ambos sexos. De esa manera, ni al vencedor

le estorbaban largo tiempo los prisioneros , ni á los vencidos , al padecer los tormentos en que , en honor de sus dioses , eran inmolados , les inquietaba la futura suerte de sus familias , pues no habia que dudar mas que entre la cacerola ó el utensilio á ella equivalente , y el asador primitivo de palo. De tan santa , filantrópica y aprovechada costumbre , esceptuábanse por regla general las mugeres ; y digo por regla general , porque de vez en cuando , y en ocasiones solemnes , tambien se sacrificaba á muchas en las aras del culto idólatra ; pero en verdad que la suerte de las miseras cautivas no era mucho menos desdichada que la de sus devorados deudos , pues descendian de la entidad de humanos séres al degradante estado de bienes muebles , de *cosas* , para decirlo de una vez sola. Cuanto mas bellas , mas pronto y con mas frecuencia se veian infamadas , amen de servir como esclavas á sus dueños , labrando en los *Metates* ó morteros de piedra , el pan de maiz , suplente allí del de trigo , semilla para los indios desconocida.

Asi regalaba un indio poderoso y rico una esclava , como una joya de oro ó una ropa de algodón , ó un arco con sus flechas ; y las desdichadas , á tal condicion reducidas , pasaban de mano en mano , ni mas ni menos que bolsa de titiritero , variando de yugo , pero siempre oprimidas , y nunca sino como máquinas domésticas , ó instrumentos de brutales placeres consideradas.

No quiero yo ciertamente provocar á singular batalla á los partidarios del estado primitivo de la sociedad , ni mucho menos habérmelas con los que , émulos y sucesores de Daniel y Jeremías , levantan hoy su voz contra *la gran Prostituta* , la moderna civilizacion , prediciendo en fatídicos acentos el próximo fin del mundo , solo porque los mozalvetes no siempre respetan la muger del prójimo , ni las esposas las cabezas de sus cónyuges ; porque se ha inventado el caminar á impulso de una olla de

agua caliente ; porque , en fin , los que trabajan y no comen , han dado en la flor de preguntar por qué comen los que no trabajan.

Respeto tanto la fé cándida y poéticas ilusiones de los *patriarcales* , como temo el espíritu ferozmente pacífico de los *conservadores* ; y aunque no puedo irme á la mano en esto de las digresiones , no trato de romper lanzas con nadie. Por tanto , dejo que cada cual piense como le convenga , y solamente pido permiso , y lo que es mas , me lo tomo , para declarar aquí como opinion mia , inofensiva y personalísima , que no me haria gracia ninguna pertenecer á una sociedad , en la cual tuviese que temer de continuo caerle en gracia á algun gastrónomo aficionado á huesos (pues en cuanto á carne no soy gran cosa) , el cual , á pretesto de blanco ó de negro , diese un dia con mi persona en manos de su diestro cocinero. Malo es andar de calabozo en calabozo , y de emigracion en emigracion ; malísimo ser vecino de Ceuta sin desearlo , y por determinado tiempo ; ó ir sin ganas hasta Manila : pero todo eso lo prefiero , y cada cual tiene su gusto , á la perspectiva de que me sirviesen en *pepitoria* , á la mesa de cualquier Senescal , un dia de regocijo para S. E. y sus favorecidos.

Creo , ademas , que nuestra moderna civilizacion , que tiende hasta á abolir la pena de muerte , y que ya de hecho la escasea mucho , no es menos digna de la tolerancia del cielo que la incivilizacion antropófaga , la de las guerras á sangre y fuego , la de los tormentos judiciales , y la de las hogueras de la Inquisicion , que nos precedieron ; y tomándome , en consecuencia , la libertad de no creer en el próximo fin del mundo , sobre todo tan próximo que no me permita concluir este relato , voy á proseguirlo sosegadamente.

¿Y á propósito de qué me he extraviado , engolfándome en las azarosas cuestiones que agitan hoy el orbe



civilizado al compás de la Polka y la Redowa?... Ya lo recuerdo : á propósito de la costumbre que tenían los mejicanos de comerse á sus prisioneros y hacer esclavas á sus prisioneras; costumbre que de mis lectores conocen, sin duda, *los leídos*, pero que ni estará demas recordársela á ellos, ni hacérsela conocer á los que por amor al *dolce non far niente*, ó por desden al maravilloso invento de *Guttemberg*, no se han tomado la molestia de estudiar la historia.

¿Y qué les importan á los lectores de novelas las costumbres de los indios? Me diria algun crítico severo, dado que en España hubiera críticos.

Impórtanles, en cuanto sin ese dato mal podrian comprender que una señora de principal linage, belleza insigne, claro ingenio y varonil esfuerzo, se contase en el número de las esclavas que para amasarles el pan de maiz, regaló á Cortés el cacique Tabasco, despues de perdida la batalla que aquel nombre lleva ; y tal era el caso de doña Marina.

Habíala dotado, en efecto, la naturaleza de estremada simpática hermosura, sin duda en compensacion del fatal signo en que fue concebida; y asi como al ciervo dió ligereza para huir de sus adversarios, al tigre la flexibilidad, y al leon la fuerza, á Marina el don, por decirlo asi, de lenguas, la perspicuidad de los sentidos, la agudeza de entendimiento que menester habia para conllevar sus desdichas, y elevarse en medio de ellas y sin embargo de todo género de obstáculos.

Nació, segun Gomara y otros autores, en *Xalisco* y de su alta nobleza, como supo acreditarlo mas tarde de un modo evidente para que en la órden de Santiago se cruzase su hijo D. Martin: pero aquel, hoy estado de la república mejicana, era en los tiempos de Motezuma, y aún relativamente á la civilizacion que su imperio alcanzaba, un distrito semibárbaro, cuyos naturales, de recia

complexion, nervudos miembros, y rústicas costumbres, de tal manera recordaron á los descubridores nuestras provincias septentrionales, que dieron á aquella tierra y á sus adyacentes los nombres de *nueva Galicia* y *nueva Vizcaya*.

Confinante con los *Zacatecas*, cuyo territorio es abundante en ricas minas de plata, y por tanto difícil y agresivo, y con los *Chichimecas*, montaraces guerreros, rara vez gozaba Xalisco de las dulzuras de la Paz, de continuo se hallaba en relaciones hostiles con el resto del Imperio.

Tales circunstancias esplican la especie de contradiccion aparente que á nuestros ojos pudiera hallarse entre el aristocrático indudable origen de doña Marina, y las dotes que ya en ella hemos enumerado; y aún mas que con esas, con su habilidad en toda clase de trabajos domésticos. Téngase en cuenta que el refinamiento que escluye á las mugeres de cierta cuna de las faenas interiores de la casa, llega muy tarde, y por decirlo así solo en el punto culminante de las civilizaciones. Nuestras abuelas hacian todas, por lo menos, almíbares y conservas; la mayor parte de nuestras visabuelas presidian á la mantanza; y si nuestras madres ya han desdeñado la cocina, y nuestras mugeres ignoran hasta la situacion geográfica del hogar doméstico, no por eso hemos de negarle á la india que nos ocupa la nobleza del origen.

Cómo desde un territorio situado á mas de ochenta leguas al noroeste de Méjico, fue á parar la cautiva á Tabasco, ó lo que es lo mismo, á Yucatan, península que internándose en el Seno mejicano, lo limita al sudeste, y está tan inmediata á la isla de Cuba que parece darse con ella la mano, es lo que la historia no dice, ni yo puedo esplicar por conjeturas siquiera.

Quizá, hecha esclava por los *Chichimecas*, fue vendida á algun mejicano, que la revendió á su vez á los de

Tabasco; quizá, y no es menos probable, algun guerrero del Yucatan, de los que por contingente iban á servir en el ejército imperial, la hubo en su parte de presa ; pero sea lo que fuere, el hecho es que el año de 1519 la halló siendo del cacique Tabasco, al aportar Hernan Cortés por vez primera á las playas continentales de Norte-América.

Una historia manuscrita que se conservaba, con otros curiosísimos documentos, en la librería del colegio de San Pedro y San Pablo de los Jesuitas de Méjico, hace á doña Marina natural de *Huilotla*, pueblo de la provincia de *Coatzacoalco* en el imperio de Motezuma ; y le da por padre á un Cacique feudatario de aquel príncipe. Muerto el Cacique, su viuda, madre de Marina, casó en segundas nupcias con otro noble, del cual hubo un hijo varon; y para asegurar á este la herencia de todos los bienes, asi paternos como maternos, la desnaturalizada madre, de acuerdo con su nuevo esposo, vendió secretamente su hija á ciertos mercaderes de *Xicalanco*, ciudad confinante con el estado de Tabasco.

Explicada asi la esclavitud y traslacion de Marina al Yucatan, añade el manuscrito á que nos referimos, por testimonio del sábio Clavigero, que cuando la noble india acompañando á Hernan Cortés hizo la jornada de Méjico á Honduras, acertó á pasar por el pueblo de su naturaleza donde aún vivian su madre y medio hermano. La elevacion y grandeza en que Marina se hallaba entonces, sino despertaron en el corazon de su perversa madre los sentimientos de la naturaleza, quizá desarrollaron los gérmenes de la ambicion, y ya por ella, ya porque temiendo el merecido castigo, contase con la generosidad de su hija para eludirlo, el hecho es que con el hijo de su segundo matrimonio, desecha en lágrimas y con apariencias de sincero arrepentimiento, fue á echarse á los pies de la ilustre cautiva, implorando el perdon de su

delito. Una palabra, un gesto, la indiferencia sola de Marina, bastaran á que Hernan Cortés vengara severamente los agravios de su dama: mas para el noble corazon de la india era la venganza un sentimiento desconocido. Perdonó, pues, y no solo perdonó, sino que recibió á su madre y hermano con tanta ternura como si solo beneficios y sentidas caricias les debiera.

Dice el mismo autor que despues de la conquista fue casada doña Marina con Juan de Jaramillo, uno de los conquistadores, capitan entre ellos, y que se hizo notable así en la espedicion contra *Pánfilo Narvaez*, como en la retirada de Méjico á Veracruz el año 1520, en la cual mandó la vanguardia. En el reparto que se hizo despues de la conquista de las provincias de Méjico, tocóle á Jamarillo en encomienda la de *Xilotepequec* que está al Noroeste de la capital.

Adopte el lector la que mejor le cuadre de las dos versiones que acabamos de apuntar de la historia de Marina: nosotros por la última estamos, y ahora por proseguir el cuento de la esclavitud de nuestra india.

¡Singular destino el de aquella infeliz hermosura! Al verse entregada á seres de cuya naturaleza misma dudaban los indios, tanta era la semejanza de sí propios que en ellos advertian, tan honda y sobrehumana impresion la que en sus ánimos produjeron, y producir debieron los rostros barbados, el aspecto marcial, el hierro, en aquel clima desconocido, de que se armaban, el culto religioso de que hacian estudiada y conveniente ostentacion, los caballos que renovaban con visos de realidad la ya en Europa olvidada fábula de los centauros, y las armas de fuego, en fin, que al parecer ponian en sus manos el rayo celeste; al verse digo, en manos de aquellos entes prodigiosos que, en número apenas de quinientos, acababan de vencer fácilmente á un ejército de sesenta mil hombres, y en seguida al son del canto mo-

nótono de un anciano sacerdote, rendian humildes las armas, doblaban las rodillas, y hundian en el polvo las victoriosas frentes ante una tosca cruz de mal labrados leños, ¿No debió Marina creerse la mas desdichada de las humanas criaturas, y maldecir una y mil veces el instante que fecundó á su despiadada madre? Ciertó que bien puede compararse lo que entonces pasaria en su espíritu, á la horrible angustia de las vírgenes Atenienses destinadas á ser pasto del mónstruo de Creta, cuando al pisar en el Pireo el puente de la fatal Galera, viesén tenderse á un tiempo la negra vela, y desaparecer para siempre ante sus ojos las caras orillas de la madre patria. Tambien la india era entregada al *mónstruo*, tambien en las naves de los conquistadores iba... Ni calcular podia siquiera á dónde iba. ¿Y qué Teseo podia esperar que de las manos de aquellos entes sobre naturales la libertase?

Hay que considerar, sin embargo, que Cortés y los suyos no llegaban á usar de las armas sino en casos estrechos, y que como su objeto no era esclusivamente el de talar la tierra, pues que asentar en ella la dominacion española pretendian, procuraban conciliarse el afecto de los naturales, tratándolos blanda y amorosamente siempre que con su propia seguridad les pareció compatible la dulzura. Tales circunstancias, unidas á la de que los españoles de aquella época, en la cual el espíritu caballeresco estaba muy lejos de haberse estinguido, eran mas galantes que nosotros con tercio y quinto, deben hacernos presumir con fundamento que el susto de las regaladas esclavas, si bien grande, debió ser al menos de corta duracion; porque el agasajo de sus nuevos dueños, tengo para mí, que hubo de consolarlas muy presto.

Cortés, que á la sazón no era en resúmen mas que un subalterno de Velazquez á sus órdenes inobediente, y

que por tanto no tenia mas poder que el que su moral superioridad le daba sobre los capitanes de sus tropas, hombres todos de fogosa condicion, inquietos ánimos é insubordinada voluntad, comprendió desde luego toda la importancia de tenerlos satisfechos, y que ningun medio mas á propósito para conseguirlo podia presentársele que el de mostrarse liberal y desinteresado, no solo en cuanto al oro, sino en aquello en que el egoismo es siempre mas exigente y esclusivo, quiero decir: en lo que á la posesion de las mugeres toca.

Como habia cursado las humanidades el conquistador, aunque no mucho, debió de acordarse de la discordia que entre los sitiadores de Troya produjo la contienda de Aquiles con Agamenon sobre la posesion de la esclava Briseida; y esperando, ademas, con fundamento que no le faltarian ocasiones de proveerse de aquel género, renunciando á la parte que en el regalo de Tabasco pudiera reclamar, repartió las esclavas entre sus capitanes.

Tocóle Marina en suerte á *Alonso Hernandez de Portocarrero*, hombre de buen linage y ánimo esforzado, uno de los primeros á quienes el rey concedió vecindad, caballería y repartimiento de 150 indios en la isla española, el cual, habiendo pasado á Cuba con Velazquez, embarcóse á las órdenes de Hernan Cortés, mandando una de las compañías de aquel pequeño ejército. Distingúiale el Conquistador, y debia ser persona tan de cuenta en lo político como en lo militar valeroso, pues no solo se le hizo alcalde de Veracruz, al fundar aquella villa para que por su medio fuese aclamado Hernando Capitan general, sino que mas tarde fue enviado como procurador del mismo á Castilla, donde, venciendo preocupaciones y allanando obstáculos, agenció bien los asuntos de su principal, y no mal los suyos, pues obtuvo plaza de regidor en Méjico y la Tenencia de la villa de Segura de la frontera.

Marina, sin embargo de ser su dueño persona tan principal, debió de sentir, ya que esclava la hizo su mala suerte, no pertenecer desde luego al que allí descollaba como el cedro del Líbano sobre los árboles que le circúndan, por lozanos que ellos sean; y su proceder en lo sucesivo justifica, á mi entender, la conjetura de que se propuso ser de Hernando á toda costa.

La fortuna tardó poco en ofrecerle ocasion de hacerse útil ó mas bien indispensable para la conquista, y por lo mismo de llamar la atencion del caudillo de los españoles.

Desde Tabasco pasaron estos á San Juan de Ulua, y entablado relaciones, por el momento solo mercantiles con sus naturales, echaron luego de menos un intérprete que los tratos facilitase. *Gerónimo de Aguilar*, que hasta entonces habia hecho aquel oficio, sabiendo el dialecto de Yucatan, ignoraba completamente la lengua mejicana.

Dos palabras sobre aquel primer intérprete: era natural de Ecija, ordenado de Evangelio, y habiendo naufragado en cierta espedicion desde el Darien á la isla Española, con el capitan *Valdivia*, cayó con aquel y otros compañeros en poder de cierto Cacique de Yucatan. Tuvo Aguilar la fortuna de estar flaco á la sazón, lo que le valió que, con otros cuatro que se hallaban en igual caso, no se le sacrificase y comiese desde luego, como aconteció á los demas; sino que le encerrasen en una *caponera* (asi lo dijo) para cebarle ni mas ni menos que á un pavo en vísperas de Navidad. Ante tan lisongera perspectiva no vacilaron los cautivos en intentar una empresa desesperada: rompieron, en efecto, los palos de su jaula, y volaron como pájaros espantados á ocultarse en los montes vecinos. Allí deparóles la fortuna otro Cacique enemigo del que huian, y mas que él humano ó menos antrópofago, quien los redujo á servidumbre, pero

renunció á comérselos. Tres, incapaces de soportar la aspereza de la vida salvaje, murieron pronto. Aguilar y otro español lograron aclimatarse, soportar el peso de la esclavitud, y con el tiempo hasta hacerse importantes entre los indios. El compañero de nuestro Diácono, cediendo por completo á la fortuna, horadóse orejas y narices para adornarlas con pendientes; y ya á favor de aquella carta de naturaleza, pudo casarse, y se casó con una señora principal de la tierra. En cuanto á Aguilar, vistióse, ó mas bien desnudóse á usanza del pais; peleó con los enemigos de su dueño y venciólos; pero segundo José en la ejemplar castidad, resistió tentaciones y hasta provocaciones directas que de órden del amo le hicieron varias indias, y entre otras una, hermosa y de catorce años de edad, ofreciéndole á solas, de noche, y en la orilla del mar, y haciendo frio (circunstancia agravante), la mitad de su hamaca, único asilo que la playa ofrecia. Mas tarde, y por efecto de una casualidad felicísima, reunióse á los españoles en la isla de *Cozumel*, y sirvióles de intérprete, como dije, en el *Yucatan*; pero una vez en las costas de Méjico propiamente dichas, su ignorancia de la lengua del pais parecia hacerle inútil.

Si se atiende á lo escaso de la fuerza que intentaba la conquista, se comprenderá que el no entenderse con los naturales equivalia á hacerla imposible; porque la palabra era allí instrumento aun mas poderoso que las armas mismas.

En grande apuro estaba, pues, el caudillo castellano, cuando su buena suerte quiso que se echase de ver que la india *Melinche* (con perdon de mis amables lectoras, tan ingrato nombre parece que era el de la que bautizada despues se llamó Marina) conversaba y se entendia con las de las vecinas costas que á las naves venian á trocar por cuéntas de vidrio, tijeras, espejuelos y otras tales bujerías, el oro de sus ricas minas. El descubrimien-



to de las del Potosí no fue acaso tan celebrado, y contribuyó menos seguramente á la conquista de América, que el azar de encontrarse entre las esclavas una que supiera el idioma mejicano; y tal importancia dieron, con justicia, los nuestros á aquel acontecimiento, que desde entonces llamaban á Marina *la Lengua*; porque, en efecto, ella fue por mucho tiempo la del ejército y su general.

Es cierto que á la sazón ignoraba la esclava el idioma de Castilla; pero traducía á Gerónimo de Aguilar en dialecto del Yucatan lo que en Mejicano le decian, y á su vez el Diácono se lo repetía á Cortés en nuestro romance: método largo y embarazoso sin duda, mas al cabo preferible al imperfecto lenguaje de la pantomima.

Lo importante para nuestro cuento es que desde el instante en que *Melinche* fue el medio de comunicacion forzoso entre los españoles y mejicanos, no solo dejó de pertenecer á un dueño para ser, como la Providencia, de todos, sino que de la condicion de esclava pasó á la altura de ministro y confidente inevitable del Conquistador. No señala la historia el momento en que de la privanza saltó á ocupar mejor puesto aún en el corazon de Cortés: mas siendo él, como era, galan seductor y de corazon tierno; y ella jóven, hermosa, y al fin esclava, de presumir es que ni el ataque se hiciese esperar, ni la defensa fuese obstinada.

Como quiera que sea, la posicion de Marina desde los primeros pasos de la conquista revela con evidente claridad: primero, que poseía la confianza completa de Hernando; y segundo, que amaba sincera y apasionadamente á su dueño, pues no solo le servia con celo inteligente en lo que se la encomendaba, no solo hacia por sí todo aquello que á la gloria é interes de los españoles era conveniente, sino que con esa vigilancia esquisita y delicada que únicamente el amor inspira, para que la pasion es-

clusivamente da fuerzas y facultades, velaba por la seguridad de Cortés dia y noche, como la mas tierna de las madres por el hijo de sus entrañas.

Digna en todo del Héroe con quien por tan estraña senda la enlazó el Destino, Marina supo en breve hacerse popular y considerada entre los españoles; y entre los indios adquirir tal prestigio que, mas como á Diosa que como á criatura de su propia raza la consideraban. Verdad es que ella, con el trato de la gente civilizada, rápidamente desarrollado su ingenio eminente, no desperdiciaba ocasion de herir, ya con predicciones fundadas en datos de que los demas carecian, ya con ostentar un valor en su sexo insólito, la imaginacion supersticiosa de sus compatriotas. Y al propio tiempo, utilizando la facilidad que la posesion del idioma y el conocimiento del carácter y costumbres de los mejicanos le proporcionaban, espiábales palabras, acciones y hasta los ademanes, para referírsele todo puntualmente á Cortés entre caricia y caricia. Quizás entonces agradecia el Héroe los importantes servicios de *la Lengua*; pero mas tarde, amen de continuas infidelidades que en su carácter no son de tomar en cuenta, la ambicion le decidió á casarse por segunda vez en Castilla. Cortés vió siempre en las mugeres, ademas de séres para él hechiceros, un medio de llegar á otros fines mas importantes.

Asi, en *Cempoala*, de una señora ilustre hizo su mas fiel aliado, su mas celoso agente; y en Marina tuvo, no obstante, su primer ministro para con los indios.

Ella, antes de que hiciesen alianza los nuestros con los Tlaxcaltecas, y hallándose el ejército de Cortés sin viveres y cercado por innumerable multitud de aquellos esforzados guerreros, fortalecia la fé de los ya vacilantes Cempoales, y asi hacia posible la victoria, que al fin coronó á los españoles con sus laureles.

En recompensa de tan insigne servicio, el Conquistador,

de trescientas mugeres de que le hizo don la república de Tlaxcala, tomó solas algunas y esas para dárselas por sirvientas á Marina, tratándola ya como á principal señora. ¡Tan poco tiempo hubo menester *la Lengua* para encumbrarse á una altura envidiada de las mas ilustres mejicanas!

Mas ni sus servicios en la ocasion ya citada; ni la destreza y habilidad verdaderamente diplomáticas con que Marina, conocida ya la intrínseca debilidad del ejército á cuyo general amaba, supo sin embargo inspirar al pueblo y nobleza tlaxcaltecas la mas alta idea del poder, fuerza y recursos de los españoles; con ser cosas grandes y de suma importancia, pueden compararse siquiera con su conducta en *Cholula*.

La ciudad de este nombre era una especie de *Roma* en el imperio mejicano, por lo que á la religion respecta, siendo en ella donde radicaban esencialmente los misterios del culto, los colegios de los sacerdotes y sacerdotisas, los ídolos milagrosos, en una palabra: cuanto á las creencias populares afectaba.

Cortés, resuelto á marchar sobre la metrópoli, porque antes que el gran Napoleon descubrió aquella máxima de que atacar el centro de los paises, equivale á tirar al corazon en vez de entretenerse en destruir miembro por miembro, tenia por una parte que pasar por Cholula, y comprendia por otra cuán importante le era no dejar á su espalda, sino competentemente asegurado, el foco del fanatismo religioso, enemigo el mas temible de cuantos á su empresa se oponian.

Procuró, por tanto, llevar las cosas por pacíficos trámites; pero apenas anunció la idea de tal jornada, cuando los tlaxcaltecas mismos, con ser, no solo enemigos de Motezuma, sino tambien de los Cholulenses, intentaron disuadirle de aquel designio, ya porque el vulgo participaba de las en aquella tierra universales preocupaciones, ya

porque los magnates temieron que á la voz de religion y en nombre del interés de los ídolos, habian de provocar los sacerdotes de la ciudad santa una sublevacion general contra los españoles y sus aliados. Permítaseme, de paso, observar cuán difícil era la posicion de Cortés, habiendo por fe y necesidad de hacer forzosamente la conquista en provecho de la Religion cristiana, y por tanto viéndose en la precision absoluta de herir al pueblo, que con tan escasas fuerzas someter pretendia, en lo mas sensible para todos: en las creencias de sus padres y abuelos heredadas. Y no se trataba allí del culto puramente esterno, de la belleza plástica casi exclusivamente, que era la base y fundamento de la gentilica fé greco-romana. Nada de eso: el paganismo mejicano, por una singular coincidencia, era una religion, de la cual puede decirse muy bien que parecia la parodia en serio de nuestra verdadera creencia.

En efecto: los ritos, los ayunos, el Carnaval, la Cuaresma, la confesion auricular, una especie tambien de comunión, en lo esterno y en cuanto á prácticas; la tradicion sacra de los viages de *Quetsacoatl*, su Dios mas importante, que ofrece notabilísima analogía con lo que de Moises refiere la Biblia, en lo que respecta á la historia sacra; lo místico del razonamiento, lo singular del trage, la afectacion ascética en las costumbres, y la influencia poderosa del sacerdocio, en fin, daban á la religion mejicana, por supuesto humanamente y no mas que humanamente hablando, un poder análogo, sobre aquel pueblo, al que en sus mejores tiempos ejerció el catolicismo en Europa.

Cortés, no obstante, resolvió pasar y pasó en efecto á Cholula con su pequeño ejército, y solos tres mil auxiliares tlaxcaltecas, pues aunque aquellos fieles aliados, previendo los sucesos, quisieron hacerle acompañar por hueste mas numerosa, ni el caudillo español queria que

la importancia del refuerzo eclipsara el brillo de los suyos, ni acaso se fiaba todavía lo bastante de los tlaxcaltecas para ponerse en sus manos enteramente.

Cholula, grande y bella ciudad, que en el asiento y general aspecto recordó con su vista á los castellanos la de Valladolid, en la época principalísima en España, constaba de seis distintos barrios ó cuarteles, tres de los cuales eran independientes á manera de las ciudades anseáticas en Europa; y los otros tres, vasallos de Motezuma. Era, como ya hemos dicho, principal sede de la religion mejicana, y árbitra de sus ritos; y sus pobladores, con pocas escepciones, pertenecian ó al sacerdocio y sus inferiores ministerios, ó á la clase de tratantes y mercaderes.

Ascendia á mas de cuarenta mil almas el número de las que le tributaban vasallage, y tenia su Señor ó Regulo particular que el Estado mismo elegia, elevándole en vida de su antecesor á una dignidad equivalente á la de los *Césares augustos* en los últimos tiempos del imperio de Occidente; y consagrándole, á su tiempo, con ceremonias religiosas, asombrosamente parecidas al ungimiento de los reyes en Europa durante la edad media.

Dada esa idea general y sumaria de Cholula, comprenderáse fácilmente que una República de sacerdotes y mercaderes, luego que vió agotados en vano sus recursos fantasmagóricos (pues que Hernando no se curó de las amenazas de asombros y prodigios con que en nombre de los ídolos le conminaron), ni estaba en el caso de acudir á los medios de fuerza, oponiéndose con las armas á la entrada de los españoles, ni era probable que se resignase de buena fe á dar paso y albergue á los enemigos de la religion que, por decirlo así, personalizaba.

Cholula, pues, abrió sus puertas á los nuestros, pero

con ánimo resuelto de encomendar á la alevosía la venganza que en buena guerra ni intentar osaba.

Civilizados políticos no hubieran inventado mas que los cholulenses para encubrir sus designios y preparar hábilmente el logro de sus traidores fines. Ellos enviaron embajadores para aplacar á Cortés; ellos rindieron solemne y oficialmente (por auto ante escribano) vasallage á los reyes de Castilla y de Leon; y ellos, hombres y mugeres, ancianos y niños, sacerdotes y seglares, salieron á recibir á los nuestros á dos leguas de la ciudad, en número de hasta diez mil, repartidos en tantos escuadrones ó tropas como barrios contaba aquella; llevando en las manos flores, frutas, pan de maiz, aves, ídolos, incensarios, ó diversos instrumentos, como cornetas, atabales y otros, con los cuales hacian estrepitosa ya que no agradable música. Asi entraron los nuestros por las puertas y recorrieron las calles de Cholula, adornadas todas como en dia de festividad solemne, de la misma manera que en Jerusalem fue recibido el Redentor del mundo. La segunda parte de aquel drama debia de ser, segun el ánimo de los sacerdotes idólatras, no menos sangrienta que lo fue la catástrofe sublime del Calvario; y, en efecto, no se engañaron sino en la designacion de las víctimas.

Hernan Cortés no era hombre á quien las apariencias pudiesen deslumbrar del todo por hábilmente combinadas que estuviesen; y, á la cuenta, ya de niño aprendió en Salamanca que para tratar con doctores y teólogos no está nunca de mas cierto prudente recelo; porque son hombres habituados á sutilizarlo todo, y la verdad honrada es en general incompatible con las sutilezas.

Mas fuese lo que fuese, el Conquistador se condujo desde los primeros momentos en Cholula de distinto modo que en Tlaxcala; todo confianza en medio de los que,

valerosa, aunque infelizmente, acababan de medir con él las armas: una vez su aliado, consideróse como en pais completamente amigo; y por lo contrario, en la ciudad clerical que con palmas y ovacion triunfal le recibia, obró, y cueradamente, como si al frente del enemigo se encontrase. Hízose, pues, alojar con todos los españoles y auxiliares tlaxcaltecas en un mismo edificio; y no fue poca fortuna, ni debe considerarse como escasa muestra de la grandeza que alcanzaban á la sazón la civilizacion mejicana en general, y el estado de la ciudad en particular, el que se hallase albergue capaz de contener á cerca de cuatro mil personas, amen de la artillería y bagages, y eso sin ser palacio de Rey, ni templo de los Dioses.

Alojado, ó mas bien, atrincherado así, atendió Cortés á proseguir las armadas negociaciones pendientes con Motezuma, sobre la ida que los nuestros pretendian á la capital del imperio.

Habia hasta entonces el Emperador prodigado los presentes y adulaciones á Cortés por medio de sus embajadores, oponiéndose constantemente, bajo diversos pretextos, á lo que solicitaba aquel; y ora empleando el razonamiento, ora haciendo ostentacion de su gran poderío. Pero mientras Cortés estuvo en Tlaxcala y con cien mil hombres de aquellos valerosos indios, no solo disponibles, sino impacientes de combatir al monarca su enemigo, Motezuma ni quiso irritarle, ni acaso creyó indispensable llegar á un rompimiento definitivo, que por otra parte repugnaba á su carácter irresoluto.

Mas luego que vió á los españoles burlarse de las amenazas que en nombre de los Dioses se les hacian, y ocupar la ciudad santa, sin mas causa que la de hallarse en su camino á Méjico, hubo de comprender, ó el cuerpo sacerdotal con él muy influyente supo persuadirselo, que el esterminio de Hernando y los suyos era indispensable á la quietud y conservacion del imperio.

En consecuencia sus embajadores, atentos solamente en la apariencia á las negociaciones con el caudillo español, ocupábanse en realidad y con muy buen éxito en los preliminares, en conspirar de acuerdo con los sacerdotes, con la aristocrácia de la ciudad, y con su pueblo mismo, para concluir en solo un golpe de mano con aquellos audaces extranjeros.

El Nuevo Mundo estuvo muy próximo á ver en su suelo repetida la sangrienta escena de las famosas *Visperas Sicilianas*, y preciso es confesar que los europeos pudieran envidiar á los indios la astucia, la actividad y el secreto con que en brevísimo plazo hicieron sus preparativos todos.

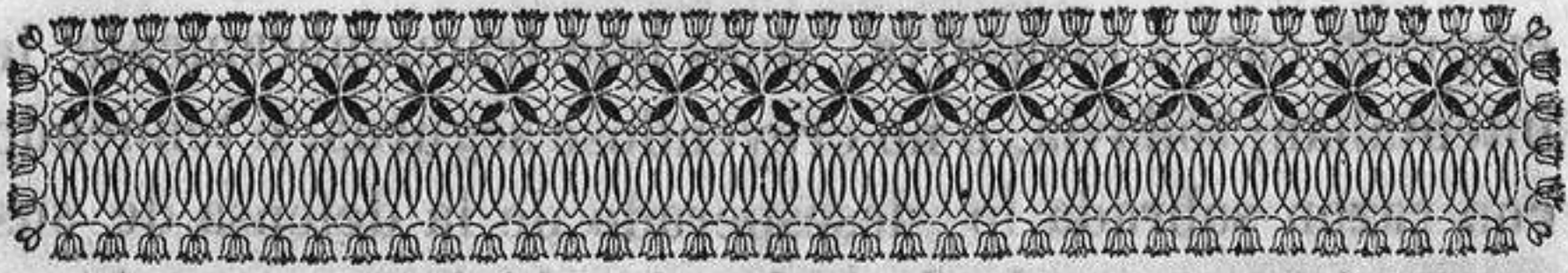
Unas tras otras y como por encanto, fueron viéndose atajadas las calles con diversos obstáculos, que podían pasar por casuales accidentes, y no eran sino *barricadas* en toda regla; en las azoteas de las casas se acumulaban montones de piedras y otros proyectiles, que hubieran bastado á triturar á los nuestros; los templos, y singularmente el mayor, se llenaban de armas y servían de fortalezas á los guerreros de la ciudad, capitaneados por su gobernador y Caciques; y en tanto treinta mil hombres del ejército imperial iban silenciosamente aproximándose á Cholula. De tal forma estaban dispuestas las cosas, que si la Providencia no hubiera, casi milagrosamente, salvado á los españoles, los que hubiesen logrado libertarse de los proyectiles de las azoteas, de los fosos de las calles, de las flechas de las barricadas, y de las armas de los guerreros en los templos alojados, perecieran indudablemente á manos de los treinta mil hombres que la ciudad bloqueaban.

Y sin embargo, tal era el espanto que en los indios ponía el aspecto varonil y á sus ojos extraordinario de los nuestros, que con ser tan superiores en número, haber tomado tan esquisitas precauciones, y acometer la



empresa casi á mansalva, pues que traicioneramente la intentaban; todavía, ó no creyéndose seguros, ó temiendo con razon sobrada lo desesperado de la defensa de sus contrarios, antes de dar el golpe hicieron sucesiva y disimuladamente salir de Cholula á los ancianos, niños y mugeres, al menos en su mayor parte, y pusieron á buen recaudo lo mejor de sus haciendas.





capitulos, antes de dar el golpe decisivo sucesiva y  
 disminuyendo salir de Cholula á los alrededores, niños  
 y mujeres, al menos en su mayor parte, y pusieron á  
 buen recaudo lo mejor de sus haciendas.

## CAPITULO IV.

### DEL CASTIGO DE CHOLULA.



n tanto que así se les minaba la tierra bajo sus plantas, ni castellanos ni tlaxcaltecas se apercibían del abismo pronto á devorarlos; tanto les deslumbraban los mentidos agasajos, las falaces lisonjas, y las continuas fiestas con que hábilmente supieron los cholulenses ocultar su traición. Dos personas solas en el ejército, ignorantes en realidad, como los demás, de lo que se preparaba, tenían sin embargo uno de esos vagos presentimientos que á ciertas naturalezas excepcionales y privilegiadas avisan, por decirlo así, del riesgo que les amenaza. Verdad es que á entrambas tenían en un estado de so-

bre-escitacion perpétua sus propios sentimientos: á Cortés la alta ambicion, la sed de gloria; á Marina el amor apasionado que al Héroe tenia; porque, en efecto, Marina y Cortés eran los únicos que en alarma vivian en Cholula.

Al primero, el aspecto preocupado de los ciudadanos y el material de la ciudad, unidos al cambio de tono de los embajadores de Motezuma, le hicieron desde luego sospechar una celada; á la segunda, su trato con las damas cholulenses le proporcionó descubrirla.

Marina por su posicion en el ejército conquistador tenia, ya lo dijimos, gran prestigio entre los indios; pero ese prestigio le sirviera de poco, si ella, naturalmente sagaz y simpática, no cautivase, como cautivaba, con su trato los corazones de cuantos la frecuentaban, y sobre todo los de las personas de su propio sexo. ; Dote rara en una hermosura la de ser bien quista de las mugeres mismas!

Pero tenía la Marina, y merced á ella arrancó el secreto de la conjuracion á una señora de Cholula que, doliéndose del peligro á que la veia espuesta, fue á ofrecerle un asilo en su propia casa.

Si aun entre amantes vulgares, hay no solo placer sino necesidad de que hasta los pensamientos mas insignificantes sean comunes, figúrese el lector lo que la noble esclava tardaria en dar noticia á Cortés de la importantísima revelacion de la india su amiga.

Una palabra bastó para que la vista de águila del ilustre estremeño apreciase la profundidad de la sima en cuyo borde se hallaba; y tomada instantáneamente su resolucion, procediese sin demora á ejecutarla. Dos sacerdotes indios, gefes de la conjuracion, se hallaban á la sazón en el alojamiento de los españoles; hizolos prender Cortés, y habiéndolos, y no blandamente, examinado por sí mismo, y con separacion al uno del otro, obtuvo de

entrambos la confirmacion del dicho de Marina, y cuantos pormenores apetecer podia sobre la proyectada traicion.

Entonces, sin perder tiempo, ni darse tampoco aun por entendido de lo que sabia, convoca y reúne á los principales sacerdotes y seglares de la ciudad; y declarándoles su resolucion de proseguir á Méjico la jornada, sin embargo de las protestas de los embajadores de Motezuma, y burlándose de los ejércitos, fieras y prodigios con que aquellos le amenazaban, concluye diciendo á los cholulenses: «Conmigo las disimulaciones son inútiles: si sois mis amigos, servidme; si mis enemigos, declaradlo de una vez.»

Ignoraban los conjurados la prision y confesiones de sus dos cómplices, por lo cual, mas firmes que nunca en su propósito, respondieron á Cortés: «que eran muy servidores suyos, y estaban prontos á probárselo proporcionándole cuantos auxilios de ellos requiriese para la jornada de Méjico, y aun acompañándole armados para defenderle de los mejicanos, si necesario fuese.» Nadie mas pródigo de juramentos, protestas de lealtad y generosas ofertas, que lo son los traidores en el momento mismo de consumir su alevosía.

El caudillo español declaró que al siguiente dia habia de partirse, y enumerando, como si en la sinceridad de las palabras de aquellos hombres creyese, los bastimentos é indios de carga que requería, señaló hora para emprender la jornada, y despidió la junta. Los indios se fueron satisfechos de haberle engañado, y concertáronse para ejecutar su hecho cuando, ya fuera Cortés y los suyos del alojamiento, estuviesen enredados en el laberinto de fosos y barricadas que en las calles les tenían dispuesto.

Hasta entonces, y era ya la noche vispera del crítico dia, Hernan Cortés y Marina sabian solos la situacion pe-

ligrosa del reducido ejército español: mas una vez cerradas las puertas del alojamiento, convocó el caudillo á consejo á sus capitanes todos, y refiriéndoles el suceso, pidióles su parecer. El asombro en unos, el espanto en otros, y la sorpresa en todos, paralizaron las lenguas y entorpecieron los entendimientos. «*Que el general disponga:*» ese fue el parecer unánime, esa la única resolución del consejo. ¿Ni cómo habian de ser otros? Hernan Cortés, como todos los hombres de primer orden, era mas bien el alma que el cabeza de los suyos, y no le sorprendió, sin duda, la respuesta de sus capitanes. Sin embargo, como el caso era gravísimo, comun el riesgo, y de la resolución que se adoptara dependia, no ya solamente el éxito de una empresa tan temeraria como gloriosa y con faustos auspicios comenzada, sino la vida misma de todos, compréndese, y con harta evidencia, que debia Hernando de asociar, como asoció, á sus capitanes en la responsabilidad del acuerdo allí tomado.

Por otra parte, Cortés presintió, sin duda, que el mundo que apenas tenia entonces noticia de su existencia, andando el tiempo y no mucho, habia de fijar en él los ojos, de escudriñar sus acciones, y de juzgarlas severamente; y creyendo necesario hacer en Cholula un ejemplar castigo, no tanto para vengarse, cuanto con objeto de que lo terrible del escarmiento apartase para siempre á los indios hasta de la tentacion de conjurar alevosamente contra su ejército y persona, claro está que ninguna precaucion de forma debió de parecerle escesiva.

Castellanos y tlaxcaltecas le aprobaron la resolución, y al siguiente dia alumbró el sol una escena de esas que la guerra engendra forzosamente, y que, si á los corazones sensibles ofende, no han de juzgarse, sin embargo, mas que tomando en cuenta las circunstancias todas en que ocurren.

¿Qué podia hacer Cortés en las que se hallaba? Su

ejército llegaba apenas á quinientos hombres; la alianza de los tlaxcaltecas, fruto combinado de su derrota por los españoles y de sus inveterados odios á Motezuma, era auxilio harto precario por el momento; millares de leguas le separaban de la madre patria; su resolución heroica al quemar las naves le habia colocado en la forzosa alternativa de morir ó vencer; y aun cuando naves tuviera, ¿Qué hiciera con ellas, careciendo de amigos en la Española, y sobrándole poderosos enemigos en Cuba? En la desesperada y desigualísima lucha en que se hallaba empeñado, no vencer era morir, y morir dejar consignados en la historia el nombre y fama de un temerario aventurero. ¿Y cómo vencer, cómo no morir, cómo no pasar por locamente temerario, sino cortando de raiz, estirpando y para siempre, en lo posible, el gérmen de las traiciones entre los indios, tan humanos, tan filantrópicos, tan cándidos en su ignorancia, que, como dogma de su religion, profesaban la práctica de los sacrificios humanos, coronándola con la abominacion de sus nefandos banquetes?

Que si Cholula opusiera las armas á las armas; que si en defensa de su independencia pelease hasta desesperada, pero lealmente, hubiera sido bárbara crueldad y crimen indisculpable castigarla, una vez vencida, con el hierro inflexible ¿Quién ha de negarlo? ¿Quién se atreverá ni á ponerlo en duda? Pero Cholula que abre sus puertas despues de haber hecho pleito homenaje á la corona de Castilla, que siembra de flores la senda que han de hollar nuestros soldados, que les tiende los brazos, que parte con ellos el *pan y la sal*, como dirian los Arabes; y que adormeciéndolos al son de sus instrumentos músicos, y embriagándolos con el humo del quemado nopal, y prodigándoles los festines, afila el puñal alevoso en los propios espaldares de los invictos guerreros, Cholula es una ciudad traidora, digna siempre de

ejemplar castigo; y en la posicion y circunstancias de Hernan Cortés, dejarla impune equivaliera, no solo al suicidio del Héroe, sino á lo que de su parte fuera peor aún: á entregar inermes á los suyos en manos de los asesinos.

Si te escandalizan, lector benévolo, tan sérias incursiones en el terreno puramente histórico, ruégote que para disculparme tomes en cuenta: primero, que estos renglones no son aún de la prometida futura novela, sino de su introduccion, que de propósito y por necesidad del asunto hago *histórica*; segundo, que los españoles de hoy se curan poco de las hazañas de sus gloriosos ascendientes, y no me parece que está de mas, ya que no quieren libros sérios, darles en los de puro solaz y entretenimiento alguna noticia de lo que se obstinan en no aprender, cumpliendo yo asi con aquel precepto de Horacio que habla de la mezcla de lo útil con lo dulce; y tercero y último, que como acá nosotros damos escasa importancia á lo que nos atañe, y los estrangeros no pierden ocasion para pintarnos como un pueblo salvaje, como una congregacion de bárbaros bandidos, hay libros, que se llaman de *historia*, en los cuales se trata á Hernan Cortés, uno de nuestros mas esclarecidos varones, poco menos mal ó mucho peor que si fuera un Atila (no el de la ópera, sino el rey de los Hunnos), y eso por varios de sus hechos en general, y principalmente por el castigo de Cholula. ¿Era ó no mi obligacion el defender su fama, pues que de sus cosas trato? Tú, amigo lector, eres libre de absolverme ó de condenarme: yo escribo como bien me parece, que en todo caso con saltar algunas páginas estás fuera del paso.

Digo, pues, que el castigo de Cholula fue una dura necesidad, pero al cabo necesidad; y considerando los saqueos, incendios y matanzas que en la culta Europa y en nuestros mismos dias, hemos presenciado; aquellos

de que nuestros padres en la época del *gran Napoleón* fueron testigos, cuando no víctimas; los hechos del ejército francés, el primero entre los civilizados, en la recién conquistada Argelia; y los bombardeos de ciudades, por causas políticas, afirmo que Cortés, no solo no fue cruel, sino que anduvo piadoso en su venganza y escarmiento.

Voy en breves palabras á referirla. Durante la noche y despues del consejo, habíase ocupado el general español en disponer su gente, armándola y preparándola convenientemente para el combate; y los indios en hacer por su parte los últimos aprestos para el esterminio de los castellanos. Antes de romper el alba, ocupando ya cada cual su puesto, y en el templo mayor, especie de pirámide truncada, á la cual se subia por competente número de gradas, y en cuyo plano menor que, como se concibe fácilmente, era tambien el superior, estaba el adoratorio ó tabernáculo, reunidos los principales conjurados con los embajadores de Motezuma y el cuerpo sacerdotal, dieron principio á la empresa, como entre espíritus religiosos se acostumbra, invocando el auxilio de los Dioses. ¿Y quiere saber el lector cómo presumian conciliarse el favor del cielo aquellos fanáticos? Para decirselo dominaré, si puedo, el horror que mi corazon estremece: comenzaban sacrificando en aras de los ídolos, con increíble, pero en ellos habitual barbarie, diez niños, mitad varones, mitad hembras!!! No lo dice la historia, pero es mas que probable, atendido el uso constante del imperio mejicano, que al sacrificio siguiese el banquete; y seguro que en él se servirian condimentados los restos de las inocentes víctimas. ¡Digno alimento de traidores asesinos!

Terminado el *acto religioso* acudieron todos, con mentidos semblantes de amistad, al alojamiento de los españoles, en son de despedirlos, y llevando consigo los



bastimentos y los indios de carga (conjurados tambien) que el Conquistador habia pedido. Cuatro puertas tenia el alojamiento, y en ellas repartidos se apostaron los capitanes de los conspiradores con sus guerreros, ocultas empero las armas, y como si respeto á sus huéspedes ó curiosidad sola les llevase á aquel sitio. Las azoteas estaban ya guarnecidas de gente; los mas notables soldados de la ciudad en el templo; y el ejército imperial marchando sobre Cholula.

Asi las cosas, formadas en buen orden la infantería castellana y la tlaxcalteca, á caballo y lanza en ristre los ginetes, Hernan Cortés acompañado solamente de su *Lengua* y de pocos soldados, recibió con muestras de agasajo y como si cuanto pasaba ignorase, tanto á los embajadores de Motezuma, como á los sacerdotes y principales señores de la ciudad; pero apenas los vió en las estancias del alojamiento, dejando en una á los embajadores, y reuniendo en otra á los otros conjurados, con voz de trueno y semblante airado, hizoles saber que su traicion conocia y que el momento de castigarla era llegado.

Al oírle temblaron los criminales: «*Es (decian) como los Dioses: todo lo sabe: no hay para qué negarle nada.*» Y en efecto, confesaron de plano su delito, si bien disculpándose con las sugerencias y preceptos de Motezuma por medio de los embajadores transmitidos.

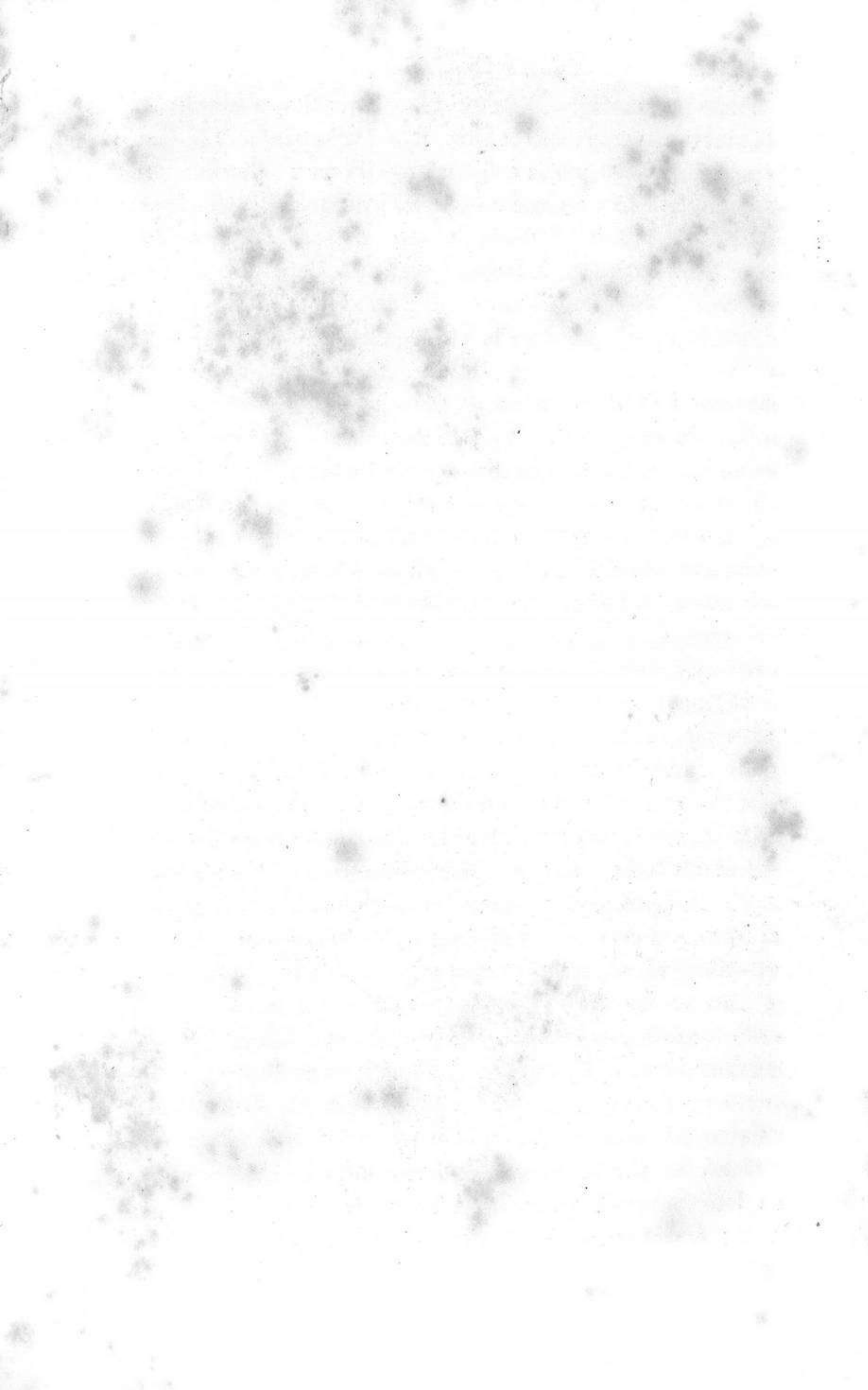
Pasando entonces Cortés á la estancia en que estos le esperaban tan impacientes como temerosos, refirióles lo que acaecia, como si creyese que ellos lo ignoraban, y aunque tambien les dió cuenta de la acusacion de los cholulenses contra su Señor, fue añadiendo que no le daba crédito. Confundíanse en protestas de inocencia y lealtad los aterrados embajadores: «*Os creo, decia Hernando: ¿Cómo habia yo de presumir esa infamia de un tan gran Principe, á quien tengo por señor y amigo? La ciudad ha delinquido; ella será la castigada; vos-*

«*otros no temais, que ya sé que estais inocentes.*»

Adviértase que Marina era el instrumento forzoso, la compañera necesariamente inseparable del caudillo en aquellos críticos momentos, y se comprenderá, sin dificultad, toda la importancia de sus servicios, toda la razón con que Cortés debiera amarla constante, ya que no fielmente.

¿Pero llamaremos cruel al hombre que, no solo no estiende el castigo mas allá de los culpables, sino que de entre los mismos ahorra toda la sangre que le es posible? No por cierto: un hombre verdaderamente cruel hubiera comenzado por inmolar á los embajadores, verdaderos cabezas de la conjuracion; porque la saña le privara de la sangre fria necesaria para calcular que la venganza podia costarle un imperio. Hernando fue severo, pero justa y friamente severo, haciendo en los de Cholula un indispensable escarmiento, y dejándose el camino espedito para Méjico, cuya posesion era su definitivo objeto.

Llegamos á la catástrofe: al disparo de la escopeta de Cortés, que era la señal convenida, suenan los clarines y los atambores de los castellanos; lanzan los tlaxcaltecas al aire su tremebundo alarido de guerra; la infantería, pica y espada en mano, rompe el movimiento; la caballería, lanza en ristre, se arroja á rienda suelta fuera del alojamiento; hace fuego la mosquetería, truena la artillería; y en un instante, sorprendidos los que á sorprender á los nuestros se preparaban, Cholula, la ciudad mística del imperio mejicano, se convierte en teatro de encarnizado combate y horrible matanza. Cortés habia mandado que ni á muger, anciano ó niño se tocase; y su órden—; cosa maravillosa!--fue puntualmente observada. ¡Mas ay del varon armado que en las calles, en las azoteas ó en los templos se encontraba! Su muerte era inevitable. La descripcion del incendio de Troya, tan magistralmente hecha por el inimitable cantor de Dido, bastara apenas á





ALCARRA

dar una idea de la escena de Cholula. Peleábase allí á la luz del dia, para que nada ocultase las angustias del moribundo, las convulsiones del herido, la palpitation de los desechos miembros del despeñado, la faz lívida y demoníaca del que en las llamas perecia, la ira del vencedor, y el miedo del vencido. Cada torre, cada casa de alguna apariencia, cada capilla ó templo, eran otras tantas fortalezas desesperadamente defendidas, con furor incontrastable atacadas. La pólvora, el plomo, el hierro, la piedra, la flecha y la bala de cañon; las manos y los dientes; la cabeza y el corazon; cuantas armas se conocian ó la ocasion inventaba, cuantos medios de accion tiene el hombre para ofensa y defensa, todo lo que el ingenio, en fin, y los sentimientos pueden inspirarle de saña y venganza, otro tanto se empleaba en aquella lucha carnicera, y todo parecia poco, nada alcanzaba á satisfacer el furor de los combatientes.

Seis mil Cholulenses fueron pasados á cuchillo en las calles; matanza horrible, sin duda; pero, no lo olvidemos, aquellos desdichados estaban allí y armados para asesinar alevosamente á los españoles.

Al templo mayor se retrageron los mas principales y esforzados que de la matanza primera se salvaron. Allí se les puso cerco, y no habiendo querido rendirse murieron abrasados; porque asaltar el templo, fuera malgastar tiempo y prodigar la sangre de los nuestros.

Llegaban los alaridos de los moribundos, envueltos en el estruendo del cañon y en el rechinar de los abrasados edificios, hasta los sacerdotes y señores presos en el alojamiento español; y no hay para qué decir si pondrian espanto en sus corazones y terror en sus conciencias. ¿Cómo no habian de temer que se coronase el castigo de los conjurados con el suplicio de aquellos que ya se habian confesado gefes y fautores de la empresa, aunque seducidos por los embajadores? ¿Y aquellos ministros de

Motezuma, podrian estar tranquilos? No lo presumo: si no los remordimientos, debia el miedo de tenerlos inquietos. Pero los de Cholula que veian perecer á sus conciudadanos, valiéndose del piadoso ministerio de Marina, con lágrimas de arrepentimiento, protestas de fidelidad y humildes de razones, consiguieron de Cortés no solo su personal indulto, sino que pusiera término al castigo de la ciudad y permitiera á dos de ellos, personas de grande autoridad, salir á pacificar la parte del vecindario que las armas no habia tomado.

¿Fue aquel acto de hombre cruel, ó de político á la par humano que sagaz? Dígalo el juicio imparcial de la historia.

Al siguiente dia la ciudad estaba poblada de nuevo, y del combate del anterior solo quedaban la sangre en las calles, las ruinas en los edificios, el terror en los vencidos, una preocupacion grave en el ánimo de los vencedores mismos.

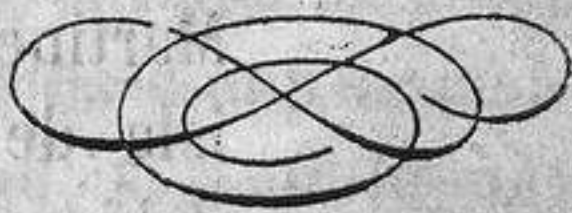
Hernan Cortés respetando los fueros de Cholula y su territorio, hizo elegir, segun las tradicionales acostumbradas formas, un nuevo Señor, por haber muerto el que antes lo era: concertó las paces entre tlaxcaltecas y cholulenses, y prosiguió á Méjico su jornada, sin que ni estorbárselo intentasen los treinta mil imperiales que, vergonzosamente, puede decirse que asistieron á la matanza de Cholula sin disparar ni una flecha en defensa de sus cómplices y compatriotas.

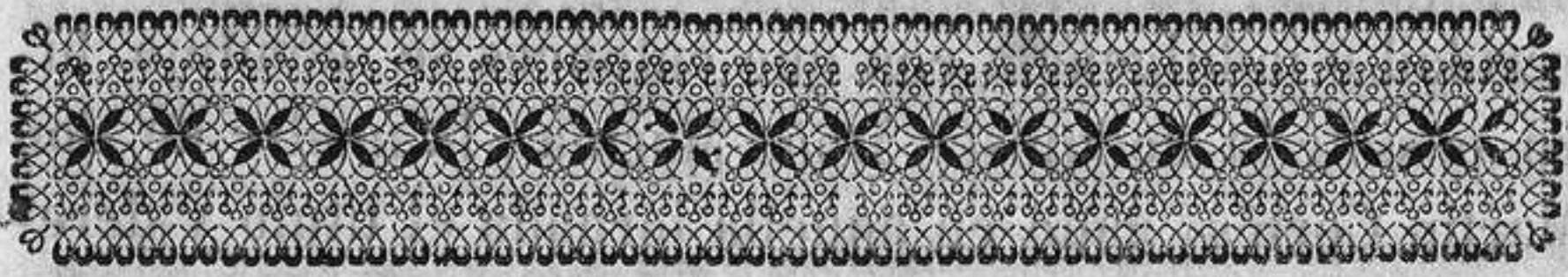
Motezuma lanzando á la ciudad santa del Anahuac en la conjuracion contra los españoles, y abandonándola con impasible egoismo á la venganza de los mismos, dió el primero y mas trascendental de los pasos que, de debilidad en debilidad, le condujeron á su ruina y al desprecio de sus súbditos; Cortés hiriendo de muerte el foco de la religion mejicana, asentó los cimientos del catolicismo en América, y en virtud de la hábil mezcla de se-

veridad é indulgencia con que entonces se condujo hizo posible la conquista. Doña Marina, la madre de don Martin Cortés, ganó en aquella jornada el título y derechos de legítima esposa: pero merecer casi nunca es lograr, y su mala estrella la condenó á no pasar de Dama del Héroe, á cuya fortuna contribuyó tan poderosamente.

En cuanto á Cholula, la ciudad santa, la de las veinte mil casas en su casco, con otras tantas en la campiña, la de los cuarenta mil vasallos, y tantas torres de otros tantos templos como dias tiene el año, la Jerusalem, en fin, del Occidente, su importancia acabó en el para ella funesto dia en que fue descubierta y castigada su conjuracion.

Hoy es una modesta poblacion de diez y seis mil almas en el estado mejicano, que lleva el nombre de la *Puebla de los Angeles*, antigua capital de la diócesis del mismo nombre, en la que fue Nueva España.





## CAPITULO V.

QUE SUPONE LEIDOS LOS CUATRO ANTERIORES Y, TENIENDO TODAVIA MAS DE HISTORIA QUE DE NOVELA, TERMINA ESTA INTRODUCCION.



oco á poco, y no sin trabajo, hemos ya dado á luz dos de los hijos de Hernan Cortés, ambos llamados Martines, naturales de la isla de Cuba el primero, del imperio mejicano el segundo. En cuanto á las épocas de sus respectivos nacimientos, no poseyendo

el novelista dato alguno positivo, se ve en la necesidad de fijarlas por conjeturas, si es que puede decirse que se fija una fecha dejándola entre límites de no poca estension. En efecto, del Don Martin 1.º, el hijo de Catalina Suarez, solo podemos decir que hubo de nacer



forzosamente del año 1513 á la mitad del 1519, pues que sus padres se casaron en el duodécimo de aquel siglo, y Hernan Cortés no volvió á reunirse con su primera esposa, desde que la dejó en Santiago de Cuba al emprender el descubrimiento y conquista de Nueva España. Y todavía son mas vagas las conjeturas que nos es lícito formar con respecto al *Don Martin 2.º*; porque Marina era ya del Conquistador á principios del último tercio del año de diez y nueve, y en su expedicion á Honduras, que fue seis mas tarde, y despues todavía le acompañaba, viviendo en su intimidad como hasta entonces. No consta tampoco, ni hay razon plausible para suponerlo, que Cortés se apartase de Marina hasta que en 1528, comprendiendo, en fin, que le era necesario gestionar sus negocios personalmente en la corte, se trasladó á España, casándose á poco en Sevilla con doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga: por manera que tenemos nada menos que diez años de tiempo disponibles para colocar en ellos el nacimiento del hijo segundo del Marqués del Valle de Guaxaca.

Protesto, ante todo, que lejos de afirmar que no haya persona mejor informada en el asunto, supongo que sí habrá quien al dedillo sepa, y aun tenga olvidado, lo que yo ignoro; y creo ademas que, lanzándose á cuerpo perdido en el piélago de archivos y bibliotecas, á fuerza de consultar crónicas, hojear códices y revolver documentos, se resolverian con trabajo, pero al cabo con buen éxito, las dudas cronológicas á que yo tengo que resignarme; pero el hecho es que á mí me faltan nada mas que el tiempo, la paciencia, y el dinero necesarios para dedicarme á tan prolija indagacion, que por otra parte importa poquísimo á los aficionados á novelas. Bástales saber que les daremos la edad que nos convenga á los dos *Martines*, respetando, no obstante, para cada uno de ellos los límites que de indicar acabo.

Todavía tuvo Cortés otro hijo fuera de matrimonio, además del de Marina, y no digo que no tuviera más, sino que de ese conservamos recuerdos históricos, aunque hartos escasos, pues que á decirnos su madre y nombre se limitan; pero á bien que el novelista suplirá lo que los historiadores omitieron. Digamos ahora algo sobre las circunstancias á que debió la vida.

Cortés estaba en Méjico por vez primera (1519—1520) con hartos disgustos de Grandes, Sacerdotes y pueblo: solo Motezuma, al parecer, le miraba bien, mas no porque se le ocultasen las ambiciosas miras del castellano, sino porque no osaba combatirle de frente. Por su parte el caudillo español no podía hacerse ilusiones en cuanto á la sinceridad del cariño que el Emperador indio le manifestaba; pero á su vez no osaba tampoco precipitar un rompimiento, cuyo éxito final era, cuando menos, hartos dudoso, atendida la exigüidad del número de los nuestros y la muchedumbre del de los contrarios.

En tal estado de cosas, indecisas y en recíproca observación una de otra, ambas partes esperaban un suceso cualquiera que les marcara la senda que seguir debían; porque en política las situaciones de equilibrio por irresolución del ánimo ó equiponderación de fuerzas, ni son, ni pueden ser duraderas.

Cortés era él solo, por entonces, toda su existencia: lo crítico del estado en que el pequeño ejército castellano se encontraba, excluía del pensamiento de capitanes y soldados hasta la idea de la posibilidad de pensar distintamente que su caudillo; porque cuando el peligro es grave é inminente, nadie disputa, al que la tiene, la superioridad en el valor y el talento.

Motezuma, por el contrario, siendo en tiempos bonancibles un Monarca absoluto, señor de vidas y haciendas con hartos escasas restricciones, en la crisis que su imperio y corona atravesaban veíase ruducido, por una parte

à ser juguete y víctima de las circunstancias, y por otra á que la aristocrácia, el sacerdocio y el pueblo mismo, achacasen á su impericia y falta de carácter, no solo sus errores, sino los acontecimientos de su voluntad independientes. Todos eran vencidos por los españoles en las batallas; pero al emperador solo culpaban de sus derrotas. Los  dolos dej banse insultar impasibles; y á Motezuma se acusaba de impio. Las stratagemas de los hombres de estado eran tan inútiles contra Hernan Cortés como los ritos de execracion de los sacerdotes idólatras; y tambien Motezuma era responsable de la torpeza y desdicha de sus ministros y los del culto.

V ese, pues, que cuanto de menos tenia en número y fuerza física el Conquistador, compens balo la falta de unidad   inteligencia en la accion de sus contrarios.

Tales eran las situaciones relativas cuando dos tlaxcaltecas llegaron secretamente á Méjico con la triste noticia de haber muerto, durante la jornada de Cortés, Juan de Escalante, su teniente, alcaide y alguacil mayor en la Villa-Rica   Veracruz, á consecuencia de las heridas que recibio en una desigual batalla contra el ejército de Motezuma mandado por el general *Couahtlpopoca*. De éste aseguraban, y con datos demostraron los tlaxcaltecas y cempoales aliados de los nuestros, que nunca rompiera la paz por su Señor asentada con los castellanos, si el Emperador mismo no se lo mandase espresamente.

Era, pues, á parecia por lo menos evidente, que Motezuma, mientras con mentidas caricias y continuos dones se mostraba grande amigo de Hernan Cortés, procuraba por insidiosos medios la destruccion parcial y sucesiva del ejército castellano; y lo reducido de este no consentia, so pena de perecer á manos de los indios, que tal estado de cosas se prolongase ni un solo dia.

Pero   Cómo salir de tan angustiosa situacion?   C -

mo con un puñado de hombres , perdido ya con la evidencia de los hechos el prestigio de la inmortalidad, lanzarse desde el centro mismo del Imperio á lidiar contra todas las fuerzas mejicanas? Grande fue la consternacion de los nuestros: pesóles á muchos haberse aventurado en tan temeraria empresa ; y los amigos de Velazquez , que algunos habia , comenzaron á levantar la voz mas de lo que solian. Otro riesgo, otro inconveniente mas para aquel grande hombre predestinado á conquistar su gloria á costa de sobrehumanos esfuerzos. Despues de Dios solo su genio podia salvarle: mas no le faltó en tan criticos momentos, antes supo inspirarle un designio de aquellos que, aun despues de realizados, sobrepujan la verosimilitud racional de las cosas.

Cortés consultó al consejo de sus capitanes: algunos fueron de opinion de que el ejército se retirase de Méjico á la costa , que equivalia á abandonar la empresa y ponerse á merced de Velazquez: el Conquistador les demostró fácilmente que ni uno solo llegaria con vida á las playas de la Veracruz. Los fieles, los creyentes, por decirlo asi, se entregaron á discrecion en manos de su caudillo, que tantas veces los habia salvado de graves riesgos, y él entonces revelóles su proyecto. ¿Hubo alguno que bien lo comprendiese? Quizá no; pero subyugados por el ascendiente de aquel hombre superior, cuya estrella era su norte, ofrecieron ayudarle sumisos y celosos.

Todos los dias pasaba Cortés con algunos capitanes á visitar á Motezuma, y departir con él sobre la sumision que al emperador Carlos V le exigia; aquel dispuso que le acompañasen hasta treinta guerreros bien armados, y que todo el ejército, evitando sin embargo llamar con extraordinarias precauciones la atencion de los indios, se mantuviese, dispuesto á lo que acontecer pudiese, en el alojamiento.

La presteza en el obrar, importa siempre en las em-

presas aventuradas; pero entonces era urgentísima, porque con las nuevas de la desgracia de los castellanos en la Veracruz, envalentonados los indios, trataban ya de romper los puentes y calzadas, únicos pasos en las lagunas que la ciudad rodean, privando así hasta de la posibilidad de retirarse á los nuestros. Por eso Cortés no quiso perder un instante solo.

Entró, según acostumbraba y como decíamos, en la régia estancia de Motezuma, donde el monarca indio no solo le hizo grato recibimiento, sino que para ocultar mejor, sin duda alguna, los sangrientos designios en que los suyos le empeñaban, ofrecióle ricos dones en oro y joyas; y á mayor abundamiento varias señoras, y entre esas *una hija suya* para que con ella casase.

Cualquiera otro menos cauto que Hernan Cortés hubiera caído en el lazo; cualquiera otro menos leal á su patria hubiera asido aquella ocasion propicia que la fortuna le deparaba para allanarse el camino á la imperial diadema; porque ¿Cómo no creer que Motezuma al darle una hija, su carne y su sangre, estaba de buena fé en su amistad? ¿Ni como podia ocultarse á ingenio tan claro como el de Hernando, que una vez aliado á la familia del emperador, con poco que á las preocupaciones idólatras concediese, le fuera fácil ser declarado heredero del trono, con tal que al servicio de la independencia mejicana consagrarse su invicta espada? Los que despues recelaron, ó aparentaron recelar, de su lealtad á la madre Patria, fueron tan ilógicos como injustos.

—«Estoy casado ya, y mi religion no consiente mas que una sola muger legitima á cada hombre;» contesta Hernan Cortés á Motezuma.

—«Con todo eso, replica Motezuma, llévate mi hija, que quiero tener nietos de tan grande hombre.»

A vista de tales frases es lícito dudar de la mala fé absoluta del emperador: su conducta no admite mas es-

plicacion que la debilidad ingénita de aquel carácter. Hernan Cortés, le dominaba fascinándole con su grandeza; sus sacerdotes le aterraban amenazándole con el enojo de los ídolos; sus grandes vasallos le escitaban echándole en cara su cobardía; y él, fluctuante entre unos y otros, era del que en su poder le tenia por el momento.

Cual seria su sorpresa, cuando despues del episodio que de referir acabo porque la madre de D. Fernando Cortés fue aquella infanta entonces regalada al Conquistador; cuál seria, repito, la sorpresa de Motezuma, cuando revistiéndose Cortés de su natural gravedad, hasta entonces templada, ya por deferencia á la corona, ya por su afabilidad simpática, hizo lacónica relacion del suceso desgraciado de Juan de Escalante, y quejándose amargamente del general *Couahtlpopoca*, concluyó con decir, que, para que en lo sucesivo nadie osase escudarse con supuestas órdenes del emperador, en que él (Cortés) no creia, era conveniente que el príncipe habitase desde aquel momento el alojamiento de los españoles!!!

Hernan Cortés, significó, en resúmen, al monarca de Méjico que le prendia, en su capital y palacio, rodeado de sus grandes y guardias, y eso en el momento en que por concubina acababa de darle espontáneamente á una hija; y eso cuando él acababa de experimentar un descalabro en Veracruz; y eso, en fin, viendo en fermentacion y pronto á sublevarse á un pueblo numeroso y fanático, y contando con un puñado de hombres españoles para sujetarlo.

Tres horas resistió Motezuma con diferentes subterfugios: ora negando tener conocimiento del hecho, ora atribuyéndoselo exclusivamente á inobediencia de sus vasallos; ya alegando razones contra razones, ya, en fin, prometiendo castigar al general culpado. Todo fue inútil, y el emperador pasó en hombros de los grandes dignatarios de su corona al alojamiento de los españoles,

del cual ya no debía salir sino cadáver, por efecto de la sublevacion y desprecio de sus vasallos.

La infanta, que luego se bautizó con el nombre de doña Isabel y que dió el sér al tercero de los hijos de Córtes, fue á poder de este en el mismo dia y hasta en el mismo momento en que sobre la corona imperial de su padre cayó la armada mano de su nuevo dueño.

¿Cuál fue luego la suerte de aquella Princesa? No lo dice la historia, pero es de presumir fundadamente que fuese una de las *cuatro hijas de Motezuma* que el Conquistador, de acuerdo con la corte de España, casó con principales caballeros en Méjico el año de 1529, dándoles señorío en varios pueblos, por via de dote. Son, por tanto, de ocho á nueve años los que tenemos para colocar en ellos el nacimiento de D. Fernando.

Otros hijos legítimos tuvo el Conquistador de su esposa doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga, y fueron don *Martin*, luego marqués del valle de Guaxaca: doña *Juana* que casó con D. Fernando Enriquez de Ribera, duque de Alcalá; y doña *Maria*, que fue casada con el conde de Luna.

Hemos terminado, por tanto, la noticia histórica que nos propusimos dar en esta introduccion en cuanto á los hijos de Hernan Cortés; y parece que pudiéramos, saliendo ya de los límites de la verdad estricta, arrojarnos al ancho campo de la imaginacion, es decir en prosa, comenzar la novela. No obstante, el lector habrá de permitirnos que antes echemos siquiera una mirada sobre el que ha de ser teatro del futuro drama, y sepamos su estado al comenzar la accion de nuestro cuento.

A igual distancia próximamente del Océano Atlántico que de la mar del Sur, ó lo que es lo mismo, equidistante de *Veracruz* y de *Acapulco*, y en un valle siete mil pies elevado sobre el nivel del mar; el de *Tenuchtitlan*, se encuentra en el continente norte americano la ciudad de

Méjico. «Aquella gran ciudad (dice Solís) tendria en aquel tiempo (el de la conquista) sesenta mil familias (300,000 almas) de vecindad repartida en dos barrios, de los cuales se llamaba el uno *Tlatelulco*, habitacion de gente popular, y el otro *Méjico*, que por residir en él la corte y la nobleza dió su nombre á toda la poblacion.» Despues de interminables argumentos y prolijas investigaciones, han tenido los sábios modernos y principalmente el ilustre Humboldt, que reconocer la exactitud del cálculo de nuestro historiador en cuanto al número de habitantes de la antigua metrópoli mejicana; y á la verdad que fuera curioso que los extranjeros la conociesen mejor que sus conquistadores. Sin desdeñar, pues, lo que fuera de casa encuentre digno de memoria, aténgome por regla general á lo que hallo en los autores españoles.

El asiento de la antigua Méjico, casi en el centro de la tierra innundada por los dos lagos de *Chalco* y *Tezcucuo*, le daba un carácter de bella originalidad, y al mismo tiempo recordaba involuntariamente á la imaginacion la reina del Adriático, la poética Venecia. Ni las calles, en su línea central corridas por acequias ó canales; ni los *Acales* ó *Canoas*, barquichuelos de una sola pieza, y que hacian el servicio de las Góndolas; ni las calzadas, único medio de comunicacion con la tierra firme; ni los puentes, aunque de madera, sólidos y de agradable aspecto; ni las casas con sus dos puertas, una sobre la calzada, otra al canal, faltaban para completar la semejanza; pero la Venecia de los indios, mayor dos veces que el Milan de entonces, y ostentando en la riqueza de los edificios la que las entrañas del suelo escondian, superaba en grandiosidad y hermosura á la Europea.

Sembradas las lagunas de innumerables *Acales* (pasaban de cincuenta mil los barquichuelos que la ciudad sola empleaba) y á trechos interrumpidas con vergeles flotantes, llamados *Chinampas*, retrataban en sus aguas



innumerables palacios, quintas y alquerías, que embellecían los alrededores de la capital del imperio, sin contar con mas de cincuenta poblaciones, algunas de ellas considerables, comprendidas dentro de los límites de aquellos dos colosales estanques.

Uno de ellos, el mas alto, que es de agua dulce, desagua en el segundo, que la tiene salada; en este no se cria pescado, y sí alguno en aquel, aunque chico.

Gradúan los cronistas en sesenta mil el número de casas que contaba la ciudad en entrambos barrios, y en otro tanto el de las de sus arrabales y cercanías; y ponderan, aunque sin exageracion, á juzgar, no solo por lo conformes que estan todos ellos, sino por los vestigios, aunque escasos, que los viageros modernos han descubierto, la magnificencia y buena disposicion de los edificios públicos, que eran muchos y espaciosos.

El Alcázar de Motezuma, en cuyo emplazamiento edificó luego Cortés las que en su tiempo y siglos posteriores se han llamado casas del Marqués, era una pequeña poblacion, que encerraba dentro de sus muros hasta cinco palacios, y en todos ellos no menos de mil estancias, entre las cuales un egregio salon capaz hasta de tres mil personas. Allí se alojaban el Emperador, sus esposas y concubinas en Serrallo murado; los principales ministros de la corona; la guardia noble, compuesta de seiscientos caballeros, el que menos con tres criados y algunos con veinte; cuatrocientos pages, hijos de caballeros; y la servidumbre de escalera á bajo consiguiente á tal y tan numerosa comitiva.

En el mismo sitio donde hoy se levanta el convento de San Francisco, porque quiso la suerte que los pobres hijos de la seráfica obediencia ocupáran con su monasterio aquel lugar que fue escándalo del lujo imperial, tenia Motezuma dos casas de placer con bellos jardines y deleitosos estanques, destinadas principalmente la una al

entretenimiento y conservacion de pescados y peces de mar y agua dulce, y la otra á encerrar aves de variadas infinitas especies. Trescientos hombres atendian de ordinario al cuidado de pájaros y peces, y para su mantenimiento se consumian diariamente, amen de las hiervas, guisantes, maiz y otras semillas, mas de diez arrobas de pescado.

Alli, ademas de los pájaros preciosos por los matizados brillantes colores de su plumage, y la pluma era mercancia de grande estima entre los mejicanos, criábanse y eran doctrinadas las aves propias para la caza que llamaban en Castilla de *Cetreria*; y aquel era tambien el cuartel de los *monteros* imperiales, y el alojamiento de los juglares, enanos y jorobados; porque aquellos príncipes, ni mas ni menos que los del antiguo mundo en la edad media, solo deponian la majestad y daban licencia á la risa para retozar en sus labios, en presencia y compañía de los séres mas abyectos de la creacion. Tambien tenian su departamento y especial representacion las fieras cuadrúpedas del nuevo continente, y las culebras y vívoras; y cada dia se inmolaba para su sustento un crecido número de pabos y venados, mientras que los desdichados vasallos del *gran* Motezuma, abrumados por el tributo de la *capitacion*, que sin misericordia se les exigia, perecian á centenares en la miseria.

Los templos acababan la obra de los palacios: su fábrica suntuosa como la de estos, es decir: compuesta de mármoles, jaspes, pórfidos, y cierta piedra negra veteada de rojo, dura, brillante y peculiar de Méjico, que se llama *obsidiana*; su fábrica, digo, tambien como la de los régios palacios levantada, no con el sudor bien ó mal retribuido del jornalero, sino con el trabajo forzado y alternativo de los desdichados proletarios, ofrecia en general, y salvas las diferencias de magnitud y riqueza, una misma forma; la de una pirámide rectangular truncada,

circuida por un muro que la encerraba en su recinto. Tal era el del mayor *Teocalli* (templo de Méjico) que, segun Cortés, hubieran podido edificarse en el espacio interior, comprendido desde el pié del muro de circunvalacion hasta los lados del plano inferior de la cuadrada base de la pirámide, hasta quinientas cómodas y espaciosas casas. Subíase á los tales templos por escalinatas cortadas en las caras de la pirámide, y á cuyos costados se veian nichos ó capillas con imágenes de diferentes ídolos. En la base ó cara superior estaban el tabernáculo ó adoratorio del principal Dios de los mejicanos, *Vizliputli*, el altar, el ara de los sacrificios, y las horribles ofrentas que se le hacian.

Un cuerpo numeroso y rico de sacerdotes de distintas gerarquias, y de ministros subalternos de aquel nefando culto, vivia en la opulencia á costa de los sudores del pueblo; y cerca de las moradas de aquellos privilegiados mortales estaban las cárceles, donde, por un refinamiento de bárbara crueldad, se obligaba á nutrirse suculentamente á los prisioneros, cuyo término habia de ser, pasando por la negra piedra de los sacrificios, figurar humeantes en los banquetes sacerdotales.

Todos los grandes vasallos de Motezuma, entre los cuales dos reyes coronados, aunque feudatarios; todos los próceres por nacimiento ó dignidad; todos los nobles de alguna valia, tenian obligacion de residir en Méjico, á pretesto de ostentacion y servicio á la imperial persona, en realidad para que no pudiesen sustraerse al yugo de la corona. Agregábaseles, como de razon, un enjambre de zánganos intrigantes ó ambiciosos que, conseguido su objeto en la córte, es decir, un cargo público en las provincias, volvian á estas tan altivos cuanto fueron bajos en palacio, tan rapaces como habian aprendido que era necesario serlo para satisfacer las necesidades insaciabiles del príncipe, la avidez de sus áulicos, y la propia codicia.

Lujo y miseria; fanatismo y lubricidad cínica, en algunos magnates; despotismo y esclavitud; un poder débil para el bien, casi omnipotente para el mal, ese era, en resúmen, el estado del imperio mejicano, cuando Cortés arribó á sus playas; y tal, tambien en compendio, la situacion de la metrópoli.

Asi y solo asi se esplica que menos de mil castellanos, en dos años no cabales, conquistasen tan poderosa monarquía. La novedad del aspecto, el terror supersticioso á los caballos, la superioridad de las armas todas y singularmente la de las de fuego (entonces muy imperfectas), bastaria á que comprendiésemos una ó mas victorias; pero sin el odio de muchos y la indiferencia con que la inmensa mayoría de los mejicanos miraba á su emperador y gobierno, con huir no mas, acabaran aquellos fácilmente con los españoles.

Prodigios obraron el valor de aquel puñado de valientes, para siempre inmortales, y el genio de su incomparable caudillo: pero si el pueblo, satisfecho de su gobierno, hubiera intentado al menos defenderle; si aquel pueblo no se hallase, como estaba, degradado por la esclavitud, tengo por cierto que sucumbieran Hernan Cortés y los suyos.

En prueba de ello, considérese la resistencia que hizo la capital, donde, habiéndose reunido todos los privilegiados, residiendo la corte, y siendo, despues de Cholula, el emporio del culto, hubo interés verdadero en la defensa; y se verá que con pocas semanas que el sitio se prolongase, no le hubieran quedado al Conquistador españoles para alcanzar la victoria.

Tenaz fue el asedio: los mejicanos se defendieron con desesperacion, ya destruyendo en parte las magníficas calzadas que los unian á la tierra firme, ya inundando sus calles; ora convirtiendo cada casa en una fortaleza, y desde ella sirviéndose de cuanto tenian como

proyectiles; ora lanzándose, en campo abierto y desnudo el pecho, contra las picas y mosquetes de sus enemigos. Cortaron los víveres, emponzoñaron las aguas, incendiaron los edificios, bloquearon á veces á los sitiadores: todo fue en vano. Rotas las calzadas, Cortés hizo construir bergantines para surcar las lagunas; sobre las inundaciones echó puentes; asaltó las fortalezas; fortificó sus estancias; ganó palmo á palmo calles y plazas; al valor opuso la temeridad, á la desesperacion el propósito impávido y frio; al incendio el incendio mismo; y triunfó al cabo; pero de la antigua Méjico conquistó apenas algunos escombros, y de sus defensores los pocos inválidos que la piedra, el hierro, el plomo, la espada, el fuego, el hambre ó la peste dejaron con vida.

¡Triste, horrible cuadro en verdad! Pero ¿cuándo ofrece otros la guerra á nuestra contemplacion? ¿A qué se reducen, en suma, las victorias todas de los grandes Capitanes, sino á campos talados, ciudades incendiadas, sangre copiosamente vertida, víctimas sin misericordia inmoladas?

Plegue al cielo que llegue el dia en que la palabra *Guerra* no tenga otro sentido entre los hombres que el de un horrible recuerdo de lejanos tiempos; pero mientras asi no suceda, mientras la guerra sea el mas seguro, como el mas corto de los caminos para el templo de la Fama, no acusemos á nadie de hacer aquello sin lo cual nunca consiguiera su intento.

Y ha de saber el lector benévolo que me arranca esas exclamaciones la lectura de mas de un autor extranjero, de esos que hacen profesion de calumniar á la pobre España, en cuyas páginas encuentro horribles diatribas contra Hernan Cortés, porque no acertó á tomar una ciudad sino con los mismos medios que antes de él lo habian hecho todos los capitanes, desde Agamenon hasta el macedonio Alejandro; desde los Escipiones á

César ; desde César hasta el gran Napoleon inclusive.

Zaragoza, por ejemplo, y si no, Gerona y Tarragona, pudieran responder por mí á los censores de allende los Pirineos; pero dejando esa cuestion por ahora, veamos qué hizo el heróico Castellano, una vez dueño de la imperial metrópoli de Motezuma.

La ciudad fue saqueada; cupo á los nuestros, que serian entonces unos novecientos, contando con los procedentes de la espedicion de Pánfilo Narvaez, el oro, plata y plumería; y á los indios aliados, tlascaltecas, cempoales y otros, cuyo número se dice que no bajaba de cien mil hombres, la ropa y despojo de los vencidos.

Despedidos y satisfechos los aliados, hizo Cortés purificar el aire, emponzoñado por la corrupcion de los cadáveres de los sitiados, por medio de fuegos encendidos en las calles, que si de dia fueron precaucion sanitaria, de noche lo eran ademas militar contra cualquier evento de los muy posibles en tales circunstancias.

El ejército español tenia concebida una idea extraordinaria de los tesoros de Motezuma: estos no parecian, y el clamor público, y las exigencias de los *oficiales reales*, representantes del fisco, buitres insaciables, obligaron á Cortés á dar tormento (horreriza escribirlo) al infeliz *Quauhtemotzin*, último rey de Méjico, el *Aguila moribunda*, como con poética verdad le llamaban los suyos. Aquel crimen, de que no acierta mi buen deseo á absolver al Conquistador, fue inútil: el cautivo Monarca, ó no tenia que declarar, ó negóse á hacerlo con heróica constancia; y hasta hoy se ignora qué fue del tesoro de Motezuma, que muchos tienen por fabuloso, pero que sirvió de pretesto luego, como ya lo hemos dicho, á los perseguidores del mismo Hernan Cortés.

Acabábase de ganar la ciudad cuando de España llegaron á ella doce frailes de San Francisco, y á su frente el Venerable Fr. Juan de Valencia (de D. Juan), varon

verdaderamente apostólico. Recibiólos Cortés como él sabía, y no las hubo con desagradecidos, pues no tuvieron nunca ni él ni los suyos, ni los Indios mismos, defensores mas ardientes y celosos que los individuos de la Orden Seráfica, de la cual, en honor de la verdad, cumple decir aquí que fué en Nueva España civilizadora, benéfica, y en sus tendencias ilustrada, al menos en el primer siglo inmediato á la conquista. Ya hemos dicho que Cortés dió á los franciscanos el emplazamiento de las casas de las Aves, Peces y Fieras de Motezuma, para que en él fundasen, como fundaron, su convento de Méjico.

Por el momento no le fué dado á Cortés atender á otra cosa mas que al afianzamiento material de su conquista, pues aunque estaba hecho lo mas difícil, no lo estaba todo, ni mucho menos. Corrida la voz de la toma de Méjico, muchas provincias se sometieron de grado á los españoles; los reinos de *Mechoacan* y de *Cuio-can* se rindieron mas al amago que al golpe; y con eso, y con enviar á sus principales capitanes á las regiones que, por distantes ó belicosas, exigian que se emplease la fuerza, pudo ya Hernando en 1522 dedicarse á reedificar la capital de Nueva España.

Hízolo, en efecto, cuidando de que la nueva ciudad estuviese toda en tierra firme, de donde procede que carece de las calles á la veneciana que la antigua tenia, y en vez de estar enclavada en la laguna dista de ella como un cuarto de legua. Poblaron los españoles barrio aparte, en número de hasta mil doscientos vecinos, porque á los casados mandó el general llevar sus mugeres, y con franquicias hábilmente concedidas supo atraer á muchos de los aventureros que ya afluían á Cuba, Jamaica, y la Española. Entre ellos habia cierto comendador llamado Leonel de Cervantes, sobre el cual descargó el cielo la plaga de siete hijas, á la cuenta pobres,

y por tanto en Europa incasables. Su llegada a Nueva España causó grata sensacion en el vulgo de los célibes; y en pocos dias el noble comendador casó, y bien, á sus siete pimpollos. «¡*Oh fortuna!*» Esclamarán mas de cuatro demasiado fecundas madres al leer estas líneas.

Tocóles tambien á los Indios Mejicanos razonable parte en las concesiones y franquicias hechas á la ciudad nueva, pues para no citar, entre muchos, sino á los mas notables, dió Cortés el Señorío de un barrio con cargo de poblarlo á *D. Pedro Motezuma*, hijo del difunto Emperador, y otro tanto otorgó á *Xihuacoa*, capitán general que habia sido de Quauhtemotzin, y á la sazón prisionero.

En cuanto á las provincias y distritos comarcanos, salvos aquellos, como Teztuco que se dió á *D. Carlos Iztlixuchitl*, cuyos primitivos señores eran aliados de los españoles y á la fé cristiana se iban convirtiendo, repartiéronse, no en feudo, sino en *Encomienda*, especie de gobierno vitalicio, entre los principales de los conquistadores y de los indios amigos y conversos.

Jamás se apartó Cortés de lo que la razon y la política aconsejaban, y por tanto procuraba y conseguia ligar á los naturales del pais tan estrechamente con los españoles, que anduviesen confundidos los intereses de todos, ó mejor dicho, en uno solo se refundiesen.

Sabia aquel grande hombre que la religion es el vínculo mas poderoso de todos los lazos sociales, y era sinceramente cristiano, razon y sentimiento que esplican el afan constante con que al negocio importantísimo de la conversion de los Indios atendia. Así es que todos sus repartimientos los hizo con carga y obligacion precisa al *Encomendero* de mantener clérigos ó misioneros para la predicacion del Evangelio, de edificar iglesias y de sostener el culto en ellas.

Dióles el ejemplo á todos, atendiendo con preferen-



cia en Méjico á la traza y ereccion de las Iglesias, y particularmente de la Mayor, mas tarde Metropolitana, que levantó en el solar del Adoratorio capital de los Indios, y enterrando en sus cimientos, con intencion significativamente alegórica, las columnas, capiteles y aun ídolos del arruinado templo pagano.

Acúsase á los Españoles de intolerancia porque destruyeron los templos y los ídolos. ¡Ridícula acusacion! ¿Era posible ni mantener la conquista, ni identificar con la civilizacion Europea á los Mejicanos, mientras fuesen idólatras? ¿Era posible que dejasen de serlo mientras que no viesen desaparecer impunemente ante sus ojos los adminículos de su culto? Lamentemos, como arqueólogos y como historiadores, la pérdida de aquellos antiguos monumentos; mas comprendamos tambien que los conquistadores hicieron lo que era forzoso que hicieran, y no otra cosa.

Cortés fue en ese punto inexorable: con actividad incesante derribaba y hacia derribar los adoratorios, sustituyendo en todas partes á los ídolos ridiculos ó feroces el leño, sublime en su sencillez, del Calvario; y castigando con una severidad nunca desmentida los humanos sacrificios.

Tambien por esto se le llama cruel, como si tan bárbara, tan horrenda costumbre, fuese llaga que pudiera estirparse mas que con el hierro y el fuego.

Inútil casi es decir que Méjico y todas las demas villas de castellanos en tiempo de Hernando, y bajo su dominacion fundadas, tuvieron desde su origen alcaldes ordinarios, regidores, procuradores síndicos, alguaciles mayores, y todos los demas oficios de República que en aquella época constituian el en España moribundo poder municipal.

¿Seria la tendencia innegable de Cortés á establecer sólidamente en Nueva España la autoridad y fueros mu-

nicipales, una de las causas porque siempre fue mal visto en la corte? Averígüelo Vargas.

Ya digimos que el palacio de Cortés se edificó donde antes estuvo el de Motezuma, en la actual plaza mayor de Méjico, y enfrente á la Catedral; añadiremos ahora que á él se le deben tambien la apertura del camino de Veracruz á Méjico, la introduccion en la ciudad de las manufacturas de seda, lana (paño) y vidrio; la fundacion de su primer *estudio* de humanidades, la casa de moneda, y el establecimiento de la primera *imprensa* del Nuevo Mundo, que se llamó *la Estampa*, todo en el año mismo de 1522.

A esas importantísimas creaciones agregó la introduccion, aclimatacion y cultura de semillas, plantas, árboles, y ganados Europeos, sin abandonar los indígenas en manera alguna; de modo que aquel hombre prodigioso, á un tiempo mismo hacia que Méjico renaciese, como el Fénix, rejuvenecida de sus propias cenizas; organizaba un reino y conquistaba otros; destruia una falsa religion para asentar la verdadera; atendia á la industria, agricultura y comercio, y al adelantamiento de las letras; conciliaba, en fin, reuniéndolos en solo un pueblo á vencedores y vencidos; y como si tales maravillas fuesen para sus colosales fuerzas carga liviana, una mano la tendia á Castilla para defenderse contra la envidia, y la otra á las costas del mar del Sur para incorporarlas á los dominios españoles.

Pongamos aquí término á nuestro trabajo histórico, aunque superficial é incompleto, mas vasto ya de lo que la índole de este libro consiente; y rogando al lector que no desdeñe el humilde tributo que á la inmarcesible gloria de Hernan Cortés hemos pagado en la introduccion que se termina, preparémonos á contar las vicisitudes de sus hijos en la *Conjuracion de Méjico*.

FIN DE LA INTRODUCCION HISTÓRICA.

# LA CONJURACION DE MÈJICO.

## PARTE PRIMERA.



### CAPITULO I.

QUE DA PRINCIPIO Á LA NOVELA HISTÓRICA.



CUARENTA y cinco años hace en este  
» mismo día (era el 25 de abril de  
» 1566), cuarenta y cinco años hace  
» justos y cabales, hijo D. Fernando,  
» que la cabeza de tu padre, mila-  
» grosamente salva en la batalla, fue  
» proscrita en Castilla! Cuarenta y  
» cinco años, sí, cuarenta y cinco  
» han pasado desde aquella sangrien-  
» ta catástrofe; y téngola tan pre-  
» sente, tan vivo es mi dolor, tan  
» fresca la herida como si de ayer fuese!!!»

Así decia con varonil, aunque amargo acento, un hombre que no bajaba de los setenta años realmente, pero cuya complexion enjuta y nervuda, grave aspecto,

mirar severo, y resuelto continente, le daban un aire, si no de juventud, al menos de vida y fuerza, poco comun en edad tan avanzada. Escuchábale atento un mozo de hasta veinte primaveras, poco mas ó menos, en el cual se retrataban las formas del anciano, como en el capullo se presienten las de la rosa, ó en el vástago las del árbol se reproducen, contorneadas, mórbidas, jóvenes en fin, que la juventud es, bien examinado el negocio, la fuente y artífice de toda humana belleza. *Don Fernando*, que asi se llamaba como á su padre acabamos de oírsele, era uno de esos privilegiados mortales en quienes la naturaleza se complace en reunir circunstancias y condiciones, al parecer entre sí opuestas, pero cuyo conjunto constituye, como acontece con ciertas disonancias músicas, un todo armónico, seductor é indefinible. Ni era bonito, ni atlético; pero en su varonil semblante todos los lineamentos estaban en perfecta consonancia; sus ojos parados, elegantemente rasgados, por largas pestañas defendidos, con castañas pobladas cejas coronados, parecian como dormidos en circunstancias ordinarias, y cuando la belleza de una muger contemplaban, deshacíanse en un mar de voluptuosidad mas fácil de sentir que de explicar; pero sí en el corazon ó en la cabeza vibraban, heridas por pasión ó recuerdo, las irritables cuerdas de su esquisita sensibilidad ¡Oh! Entonces un fuego eléctrico irradiaba de ellos como de un foco ardiente, y pocos hombres eran capaces de soportar serenos sus miradas de leon colérico.

Entonces era cuando mas semejanza tenia con su padre; entonces cuando éste, palpitante el corazon, tirantes los músculos de su ya macerado rostro, y acariciando convulsivo el cano y ralo bigote, creia verse reproducido exactamente en aquel su hijo único, á quien amaba como tal, y como á la sola prenda que de sus últimas ilusiones le quedaba.

En el momento en que á entrambos los hemos puesto en escena, serian las ocho de la noche del dia 23 de abril del año del Señor de 1566.

Padre é hijo estaban de luto rigoroso, las puertas de la casa cerradas, y una sola lámpara de plata, descansando en una mesa de madera, limpia aunque antigua, alumbraba el patio adornado de macetas en torno de la fuente de su centro, cerca de cuyo pequeño estanque, de pececillos poblado, parecian sentados en sendos sillones con asiento de labradas palmas nuestros dos interlocutores.

En el fondo del cuadro veíase una Dueña con blancas y minuciosamente plegadas tocas, que cerca de la lámpara leia atentamente en su devocionario; y paseándose, cruzados los brazos, baja la cabeza, á compás como centinela, un servidor encanecido, cuyos años debian de correr parejas con los del dueño de la casa.

Por último, en un ángulo del patio y tendidos sobre un petate ó estera de palma, un lebrel y un indio, éste envuelto en su manta de algodón, dormian ó cuando menos reposaban profundamente.

El padre y el hijo hablaban en voz alta como si solos estuviesen, porque en la época á que nos referimos, y mas aún que en la antigua en la Nueva España (el lector sabe que estamos en Méjico), los criados eran parte integrante de la familia y con sus intereses identificados.

D. Fernando, al terminar D. Pedro, que así se llamaba el anciano, la dolorosa exclamacion que dejamos referida, alzó enternecido los ojos al rostro venerable de su padre, tomóle respetuosamente la mano, y besándosela con fuego, dijo:

—«Y bien, padre, ya yo tengo veinte años cumplidos; ya mando un caballo, enristro una lanza, manejo la espada, y empuño la daga á satisfaccion de vuesa merced; la hora de la venganza ha llegado.»

— «¡La hora de la venganza! exclamó el viejo; no, Don Fernando, no; esa venganza ya Dios la habrá tomado: ya hoy todos ó la mayor parte de los verdugos fueron por él juzgados. ¡Paz á los muertos, y perdonemos á nuestros deudores para que nos sean perdonadas nuestras deudas!»

— «¡Amen!» dijo en voz temblona y contrita la dueña; el indio del petate levantó la cabeza un tanto, mostrando sus blancos apiñados dientes al sonreirse sardónicamente; y el anciano servidor, deteniéndose en medio de uno de sus paseos, y gruñendo, como le estuviera bien al lebrel, cambió con el jóven D. Fernando una significativa mirada de inteligencia.

La palabra de la dueña, la sonrisa del indio, la mirada del servidor y de su hijo, todo lo oyó, todo lo vió D. Pedro; mas sin darse por entendido, y despues de una breve pausa, durante la cual, por el movimiento de sus labios, pudiera creerse que rezaba, prosiguió diciendo en voz sosegada:

— «A vuestros años, D. Fernando, tampoco podia yo es-  
»cuchar la voz *agravio*, sin que mi boca pronunciase in-  
»mediatamente la palabra *venganza*, sin que mi mano  
»empuñase involuntariamente el acero. La edad y con  
»ella la esperiencia, las penas y el santo temor de Dios  
»que ellas engendran, han hecho de mí otro hombre; y  
»si el cielo me asiste, espero preservaros de mas de un  
»error en que yo he incurrido.»

— «¡Ah! si Padilla, si Brabo, si los Maldonados, pen-  
»saran como vuesa merced, padre mio...

— «Mancebo, replicó, no sin visibles muestras de vio-  
lenta emocion el anciano ¿Quién os ha revelado como  
yo pienso? ¿Quién os ha dicho á vos, nacido y criado  
en este pais de conquista, entre indios casi esclavos,  
aventureros codiciosos, y conquistadores brutales, cómo  
se pensaba en Castilla, cuando en Castilla habia leyes; có-  
mo pensaban, sobre todo, esos gloriosos mártires de los

patrios fueros, cuyos nombres pronunciais sin comprenderlos?»

Mientras su vehemente apóstrofe pronunciaba D. Pedro, los ojos centelleantes, encendido el rostro, en tension los músculos, nerviosamente contraídas las manos, y asiendo los brazos del sillón en que sentado estaba, contemplábale su hijo, con respeto sí, mas sin señal de temor alguno; la Dueña, doblando, para marcarla, la página del devocionario que leía, cerraba el libro y calábase bien las gafas para escuchar mejor; el criado viejo, siempre los brazos cruzados sobre el pecho, acercábase resueltamente á sus amos; el indio, moviéndose como la culebra entre la yerba, con flexibilidad silenciosa, tendía la oreja para no perder una sílaba de lo que decirse podia; y el lebrél mismo, cual si le revelase su instinto la importancia de aquella conversacion, alzaba el cuello y alargaba el hocico, como si la pista de la caza oliese.

Tendió el anciano la vista sobre los circunstantes, y prosiguió diciendo:

—«¡Pensar en venganzas Padilla! No, D. Fernando, no: en aquel noble corazón, en aquella alma cándida no cupo nunca sentimiento tan egoísta. Si empuñó las armas, si llamó en torno del pendón de Castilla á las *Comunidades*, si solo abandonó su empresa cuando le faltó la vida, hizo en pró de los fueros y libertades de su patria, no para servir sus propias pasiones. ¿Sabeis los que se alzaron para vengar agravios personales? Pues fueron los Girones y los Lasos, D. Fernando; y esos, cuando vieron que no era aquel alzamiento lo que la *Santa liga* en otros tiempos, un medio de amenguar el poder de la corona en pró de los Grandes, retiráronse de la empresa, y bien hicieron, hijo; porque la libertad y la ley solo con desinteresado corazón defenderse pueden. ¿Sabeis quién nos tenía ya vendidos antes de la funesta jornada de Villalar, cuyo triste aniversario celebramos hoy con mas luto en

el corazon que en las vestiduras? Pues fueron los que á nosotros se habian unido , ó para vengar ofensas , ó con ambiciosas miras. ¡Ah, D. Fernando! *El mejor caballero de Castilla* , y los que con él dejaron sus cabezas en la picota de Villalar, solo aspiraban á libertar á su patria de la rapacidad flamenca, de las demasías de mercenarios aúlicos, y de la pérdida de sus fueros y libertades, durante siete siglos de encarnizada lucha contra los sarracenos conquistadas. Llamóles traidores al degollarlos el verdugo : la fama proclamará heróicos sus nombres en los futuros siglos!!»

Lágrimas de entusiasmo bañaban las áridas mejillas del anciano al pronunciar esas palabras; lágrimas de ternura al escucharlas, corrian por el sonrosado rostro del jóven ; la cólera centelleaba en los ojos del servidor ; la dueña tomaba un aspecto compungido ; y el indio , con aire de satisfaccion visible, acariciaba el cuello del lebel su compañero. Despues de una breve pausa continuó D. Pedro diciendo :

—«Veinte y cinco años tenia yo entonces, D. Fernando; era rico, llamábanme galan, y acababa de unirme á una doncella de noble linage, modesta hermosura, y de cristianas costumbres, en Valladolid mi patria y la suya. ¡Pobre Magdalena! ¡Dios la tenga en su gracia! (La dueña suspiró, llorando entonces sinceramente.)

«Mi corazon, como el vuestro ahora, hijo mio, palpataba al solo nombre de gloria y nombradía: parecíame que para merecer los heredados blasones era menester conquistar otros que los igualasen, si no los superaban; y criado en el amor á las costumbres y tradiciones castellanas, no era posible que fácilmente me avezase á las flamencas ceremonias, ni menos á que la corte tratase á nuestras ciudades como á lugares de villanos pecheros poblados.

»Tomé, pues, parte, sin que lo fuesen á estorbárme-



lo las instancias del conde de Benavente y del Almirante de Castilla mis convecinos, en las Comunidades, y muy desde sus principios. Valladolid me hizo capitán de una de sus compañías, cuyos valerosos soldados perecieron casi todos en los cenagosos campos de Villalar. D. Fernando, de aquellos hombres unos eran ó habían sido criados de mi casa, otros labraban mis heredades, de todos sabía los nombres, de la mayor parte conocía también las familias..... ¡Y tuve que verlos sucumbir uno á uno al plomo ó al hierro!..... ¡Y tuve que obligarles á esperar en su puesto la muerte!..... Pero Padilla nos veía, y lidiábamos por nuestras leyes..... Un arcabuzazo y tres lanzadas me tendieron como muerto en el campo, donde para pasto de los buitres abandonó el vencedor los cadáveres de los vencidos; y allí pereciera vuestro padre, antes de que vos existiérais, sin la lealtad de Millan.....

—¡Bah! ¡bah! Esclamó entonces el viejo servidor, con rudo pero enternecido acento.

—«Silencio, replicó D. Pedro con gravedad templada por la gratitud; silencio, Millan; bueno es que sepa mi hijo.....

—Pero señor, volvió á decir el escudero, si todos los años, hace cerca de veinte, le cuenta vuesa merced en tal día la misma historia.....

—Y todos, interpuso el jóven, la escucho como nueva. Siga vuesa merced, padre, si le place.

Agradeció el padre con una benévola mirada á su hijo aquella complacencia, y prosiguió, en efecto, de esta manera:

—«Millan, herido, aunque levemente, al verme en tierra y exánime, dejóse caer á mi lado haciendo el muerto; y apenas alejados del campo los del ejército contrario, olvidando sus propios padecimientos, cargó con mi inerte cuerpo y me condujo á la casa de cierto labrador honrado, donde mi juventud y la cordial asis-

tencia que tuve, triunfaron de la gravedad de mis heridas.

»Mi cabeza fue proscrita y confiscados mis bienes, sin que el *perdon* que dió en Valladolid el Emperador me alcanzase tampoco. Magdalena, mi primera y santa esposa, vendió sus joyas, y con el importe de ellas y el favor de algunos amigos, nos embarcamos ambos en Sevilla, bajo nombres supuestos, para este Reino de Nueva España, que el inmortal Hernan Cortés conquistaba entonces. Habíamonos conocido en Salamanca Cortés y yo; y merced á su amistad generosa, hallé aquí un albergue en que llorar tranquilo mis desgracias, y medios para labrarme el caudal que hoy en decente medianía nos sustenta. Perdí en el mar á Magdalena; y hace veintidos años me uní con vuestra madre, principal señora tlaxcalteca, como sabeis, D. Fernando. Tambien ella me ha dejado en la tierra, y goza, sin duda, en el cielo el premio de sus virtudes, mientras yo ni aún el apellido de mis padres á llevar me atrevo.—¿Y decisme, padre, que no piense en la venganza!!—Os lo mando, D. Fernando, os lo mando. Cuarenta y cinco años han devorado casi entera la generacion á que pertenezco y de que soy deplorable resto. Mi nombre se ha olvidado en Castilla, y en Méjico solo se conoce el que para ocultarme en mis desgracias me ha servido. ¿Quereis resucitar los muertos para inmolarlos de nuevo á vuestra venganza? ¿Quereis que paguen los hijos las culpas de los padres? ¿Y lo podriais cuando lo intentárais?

»Lloremos en la soledad del hogar doméstico la triste suerte de los desdichados y heróicos defensores de las libertades de Castilla: pero pensar en vengarlos es un delirio.

—¿Y esas libertades perdidas, no puede reconquistarlas el Reino?

—No me prive el Señor de la esperanza que tengo de

que así suceda en lo futuro: mas hoy..... D. Fernando, con un pié ya en el sepulcro, las ilusiones me son imposibles: hoy no puede acontecer lo que yo espero de los siglos, y vuestra impaciente juventud quisiera realizar instantáneamente.

«La gloria de Carlos V ha encadenado á España; y la devocion de su hijo le remacha los grillos; mientras el oro del Nuevo Mundo corrompe las costumbres, las hogueras de la Inquisicion sofocan el pensamiento. Don Fernando, os lo repito, para que renazcan los fueros de Castilla han de trascurrir siglos: para que la España se regenere, ha de purificarse antes en el crisol de la desgracia.

—Pues bien, padre, si en el antiguo mundo, como vos me habeis dicho muchas veces, no quedan ya mas que aúlicos y soldados; si el ócio y la riqueza han corrompido á los castellanos; si, en fin, no le es dada en España á un alma hidalga y entusiasta, como lo fue, como lo es aun la vuestra por mas que pretendais ocultarlo, si no le es dada la esperanza de vivir como nuestros abuelos vivieron, ¿Hemos por eso de renunciar para siempre á quebrantar el yugo que nos oprime? ¿Bajareis á la tumba sin llevar antes á la faz del mundo vuestro noble y legítimo apellido? ¿Moriré yo sin haberme envanecido nunca con él?»

Oyendo á su hijo espresarse con candoroso entusiasmo y respetuoso vigor, experimentaba el corazon de D. Pedro un sentimiento que solo un padre, y un padre del temple de aquel viejo comunero, acertará á comprender cumplidamente: mas al mismo tiempo su existencia ya solo pendia de aquel lozano vástago, y la sombra siquiera de un riesgo que al jóven amenazase, haciale estremecerse.

Espliquémonos, sin embargo: si un agravio en la honra, si una obligacion legítima exigieran del mancebo

hasta el sacrificio de la vida, fuera su padre el primero que en brazos de la muerte le arrojara; porque no cabia en su mente que un hidalgo viviera sin honra. Lo que D. Pedro temia, y sin embargo fomentaba involuntariamente con sus relaciones incesantes de lo pasado, y sus máximas de pertinaz comunero, era el espíritu que hoy llamariamos *revolucionario*, espíritu que fermentaba de continuo en el corazon del muchacho.

Hijo de una señora tlaxcalteca de noble sangre (mas adelante hablaremos de ella otra vez), y de un proscrito castellano, habiase el jóven D. Fernando criado en singulares ideas. Decir que era enemigo de Castilla seria calumniarle; pero debemos confesar que la *Castilla* de su imaginacion, no era el pais real, sino la *Castilla* tal como los comuneros de buena fé la querian, un agregado de municipalidades con fueros y libertades, con hidalgos y pecheros, con su monarca y sus Córtes, en una palabra: otra cosa diametralmente opuesta á la real y positiva. Castilla, pues, no existia para aquel mozo, y Méjico sí, con su templado clima, su vegetacion lozana, sus entrañas en plata abundantes, sus indios comenzando apenas á civilizarse á lo europeo, y esos indios mirándole á él con respeto y veneracion, como á descendiente de uno de sus antiguos nobles; y esa antigüedad no pasaba de cuarenta y algunos años.....!

Asi, pues, fermentaba, como dijimos, en su espíritu la levadura revolucionaria, y el padre, á cuya tierna perspicacia no pudieran ocultarse los síntomas de tal fenómeno, aun cuando el mozo pretendiera escondérselos, que no lo pretendia, ni mucho menos, temblaba que sus ya casi amortiguados ojos volviesen á contemplar el siniestro brillo de la cuchilla de Villalar, y para la prenda á su corazon mas cara. Díjole, pues, en tono severo:

«D. Fernando, hay pensamientos que son tentacio-

nes del enemigo comun; y hay tentaciones que llevan al cadalso: mirad las canas de vuestro padre, contemplad sus ya caducos miembros, y ellas y ellos os dirán que no tendreis mucho que esperar para hacer lo que os plazca, sin amargarle sus últimos dias.»

La dueña abrió de nuevo el devocionario, Millan volvió á sus paseos; el indio cerró los ojos que durante los últimos instantes de la conversacion referida le brillaban como encendidas brasas; y el mancebo, doblando una rodilla ante su padre y llevándose á la boca su mano, exclamó enternecido:

—«Yo no tengo mas voluntad que la de vuesa merced, padre y señor mio, y no creo merecer que me aflija con recordarme que puedo perderle.»

Abrió los brazos el padre, arrojóse en ellos el hijo, y en el mismo instante sonaron en la puerta de la casa tres golpes con el aldabon descargados, por mano á la cuenta forzada, y de seguro poco cuidadosa de humanos respetos.



## CAPITULO II.

DONDE SE PRESENTA EN ESCENA UN NUEVO É INTERESANTE  
PERSONAGE.



IFÍCIL es que el lector del siglo XIX comprenda, si á reflexionar no se detiene, todo lo que en el XVI tenia de irregular, y sobre todo en la casa de D. Pedro de Valdestillas, interrumpir pasada la oracion el sosiego claustral de la metódica vida de familia. Hoy no tenemos horas para nada, ni respetos á personas, ni consideracion á los hábitos establecidos: entonces, por el contrario, el curso de la existencia era, como el de un reló, acompasado y simétrico; cada período del dia y de la noche, cada dia del mes, cada mes del año, tenian previstos y señalados placeres, tareas ó descanso, como trage y alimentos; cada clase en la sociedad, encerrada en los lí-

mites de su relativa categoría, cuidaba de no entrometarse en las mas altas, lo mismo que de no permitir en su esfera intrusion alguna de las inferiores; y por lo mismo que la vida política era nula para casi todos, y la religiosa una necesidad sin escepcion, cualquier novedad, por pequeña que fuese, en lo puramente social, alteraba y descomponia los ánimos.

Y si por regla general la llegada y ruidoso anuncio de un extraño á cualquier casa de Méjico, precisamente á la hora del *Rosario* ó poco despues, hubiera causado sensacion y sorpresa en sus moradores, para la familia de que hemos procurado dar sucinta idea en el capítulo anterior, fue aquel un acontecimiento verdaderamente extraordinario. D. Pedro, en efecto, desde que á Nueva España llegó á fines del año de 1521, y por Cortés fue nombrado capitan de una compañía de su ejército con el supuesto apellido de *Valdestillas*, en parte por necesidad y para asegurar su proscrita cabeza, en parte porque los reveses políticos y la pérdida simultánea de su hacienda y primera esposa naturalmente le inclinaban á la melancolía, adoptó un método de vida tan solitario y abstraído, como se lo permitian sus militares obligaciones y sociales deberes. Advirtamos, de paso, que la graduacion de capitan de infantería con que, en la época presente, se satisface apenas la pueril ambicion de los imberbes hijos de nuestros improvisados próceres, era en aquellos tiempos, ó el término de una larga y meritoria carrera, ó la recompensa de altos servicios, ó el escándalo del ejército, cuando al nacimiento ó al favor se concedia. Verdad es, y no para omitida, que tambien aquellas compañías constaban de una fuerza equivalente á la de un pequeño batallon, que cada una tenia su bandera, y que reclutarla era cargo y carga de sus respectivos capitanes.

Estos, pues, y sobre todo en el Nuevo Mundo, tenian entonces toda la consideracion é importancia que deseá-

ramos tuvieran hoy, militarmente hablando, nuestros actuales coroneles, y algunos quizá mas de la que ya goza el comun de los oficiales generales. Volvamos á Valdestillas: empleado por Cortés en todas las expediciones de alguna importancia, supo por su gravedad, valor, inteligencia y circunspeccion grangearse el respeto de los soldados, la estimacion de sus compañeros, y la consideracion de sus caudillos. Estraño á las pasiones y ambiciosas miras de las pandillas que dividian á los poseedores del Nuevo Mundo, y atento solo á su obligacion de soldado, fue gran protector de los indios en los diferentes puntos en que ejerció autoridad, y habiendo reunido honrada y laboriosamente un razonable caudal, establecióse definitivamente en la metrópoli del *Anahuac*, hácia el cuadragésimo año de aquel siglo, con Millan, mas su amigo que su criado, y con doña Gomez, dueña que habia sido de su primera esposa. La lectura, la devocion y la caza, fueron entonces sus esclusivas ocupaciones; pero su vigorosa constitucion, que á los setenta y dos años le daba el aspecto de un hombre que apenas contase cincuenta y cinco, no le consentia con veintiseis menos vivir en eremítico celibato, ni física ni moralmente. Quiso ademas la fortuna que á la iglesia del convento de San Francisco, á que concurría diariamente Valdestillas, ya para sus devociones, ya por amistad con alguno de aquellos religiosos, en su época representantes del posible liberalismo en América, asistiese tambien con frecuencia, entre otros indios á quienes los frailes esplicaban el santo Evangelio, la viuda de un noble tlaxcalteca de los que asistieron á Hernan Cortés en el sitio de la ciudad de Méjico. Aquella señora, á quien el generoso Conquistador habia procurado consolar de la pérdida de su marido, muerto durante el sitio, con ricos presentes, tenia sola una hija, tan bella, que en la lengua de su pais era conocida con el nombre de la *flor del Chalco* (una de las la-



gunas de Méjico), y tan modesta, tan recatada, que pudiera servir de modelo á las mas santas doncellas. Candorosa y alegre, ademas, encantaba á Valdestillas con sus inocentes libertades, por manera que á poco el Comunero pidió su mano como un don celestial, y recibióla lleno de amor y gratitud. Veinte años eran los de doña Blanca, tal fue el nombre cristiano de *flor del Chalco*, cincuenta tenia su esposo, y sin embargo vivieron felices entrambos diez años que duró su enlace: prueba innegable de la virtud de ella y de la discrecion de entrambos. D. Fernando, á quien ya conocemos, fue el único fruto de aquella union que deshizo la parca despiadada, arrebatando á Blanca en la flor de su edad, y dejando solitario y triste en este valle de lágrimas al castellano proscrito. Su sólida piedad y el tierno cariño que le inspiraba la inocente prenda de aquel su último amor, bastaron á libertarle de la desesperacion, pero no á evitar que creciendo ó desarrollándose la melancólica tendencia de su espíritu, acabase de retraerse casi absolutamente del trato y comunicacion con las gentes.

La iglesia y el convento de San Francisco diariamente, el campo pocas veces, y su casa en lo restante del tiempo, eran los únicos parages que le veian; los ejercicios piadosos y la enseñanza de su hijo, sus exclusivas ocupaciones. Entre D. Pedro y Millan hicieron del hijo de Blanca un cumplido caballero, que á los veinte años era notable en todo cuanto á la equitacion, manejo de las armas y ejercicios gimnásticos correspondia; verdad es que en la última parte habíale tambien doctrinado el indio Cristóbal (el que hemos visto tendido en el petate), antiguo y fidelísimo servidor de su familia materna. Por lo que respecta á la instruccion literaria, debió el jóven á un fraile Franciscano, Padre Maestro jubilado, abundante doctrina en las humanidades, y á su padre no poca en punto á historia y política.

Aquel mancebo era, por consiguiente, para su tiempo un jóven notable; su figura simpática y su carácter apasionado; sentándole maravillosamente cierta tinta melancólica que de su padre heredara, mezclada con la poética sensibilidad que á su madre debia. Por lo demas hacian en él los pocos años su oficio como en todos, y su padre le daba juiciosamente aquel ensanche que su edad necesitaba, sin perjuicio de la compasada disciplina doméstica en su casa establecida.

Con tales antecedentes ya se comprenderá fácilmente que, al escuchar la estrepitosa salva de aldabonazos de que hablamos, se suspendiesen y maravillasen el anciano, la dueña, el jóven, el escudero y hasta el indio mismo, si bien éste, fiel á las tradiciones de su pueblo, reprimió y contuvo dentro de sí mismo el efecto que aquel estruendo le causaba.

—¡Jesus, María y Josef!! Esclamó doña Gomez persig-nándose simultánea y velozmente.

—¿Quién diablos llama asi á estas horas? Gruñó Millan, como el perro de guardia cuando siente á deshora insólitos pasos.

—Abrid y lo veremos; dijo el amo de casa gravemente; y luego: «Abre, Cristóbal.»

Entonces, el indio, levantándose perezosamente, se encaminó al zaguan, siguiéndole con la vista todos los circunstantes; y á poco volvió á parecer precediendo á un caballero de gallarda postura y desembarazado continente, quien con gentil donaire y suelta cortesanía, hizo al anciano un profundo respetuoso saludo, y estrechó afectuosamente la mano á D. Fernando.

Era el visitante un hombre á quien de noche, sobre todo, y á primera vista nadie daría arriba de veinticinco años; pero que consideradas ciertas ojeras de color entre violeta y negro, y unas malhadadas arrugas inmediatas á las sienas, que llama el vulgo *patas de gallo*, bien pu-

diera tener pasados de treinta. Su rostro mas varonil que regular, sus ojos menos tiernos que voluptuosos, una sonrisa con sus puntas y collar de sardónica, y una expresion en el conjunto de la fisonomía de suficiencia y negligente desden, á que no contribuian poco, por cierto, sus negros bigotes alzados y retorcidos á la *borgoñona*, su barba puntiaguda, y sus cabellos cortados á cepillo, como hoy se dice, eran otros tantos síntomas de que un fisonomista inteligente dedujera que aquel hombre debia de tener mas de *D. Juan Tenorio* que de los padres del yermo. Y en efecto, era así, que la naturaleza y el arte le habian hecho el prototipo en Méjico de los que entonces se llamaban burladores, y ahora conocemos con los varios nombres de *Lovelaces*, leones, etc., etc.

D. Alonso de Avila, así se llamaba, era galán, valiente, entendido, jugador, gran caballero con los hombres, y el mas temible de los mortales para las mugeres; porque, cual otro Proteo, sabiendo afectar todas las formas, ser aquí tierno y allí imperioso, con unas tímido, si con las otras osado, para esta rendido y para la de mas allá inconstante, decia la fama (pero la fama siempre exagera) que aquel hombre era para padres, maridos y dueñas mas temible, que para los indios las viruelas que horribilmente los diezmaban.

No puede, sin embargo, decirse que D. Alonso fuese un Adónis en lo lindo, ni un Apolo en la perfeccion de las formas, pero habia en el conjunto de su figura y modales ese encanto sin nombre, ese *no sé qué* de indefinible gracia, de natural elegancia, de magnético atractivo, de que el cielo dota en sus dias de generosidad á ciertos hombres privilegiados, que seducen y cautivan sin hacer para ello extraordinarios esfuerzos.

Y acontecíale al que nos ocupa, lo que suele ser triste compensacion tales dotes: que, satisfechos con ellas los que las logran, y avezándose á respirar la voluptuosa

femenina atmósfera, si adquieren tacto especial y esquisita destreza en amorosos lances, y en los duelos que son su natural resultado, pierden tambien el hábito, y con frecuencia hasta la aptitud, para los negocios sérios de la vida. Los Alcibiades son raros; y para el comun de los mortales la regla es: que aquel que á la molicie se entrega, sea rara vez útil en las empresas que, no solo requieren el valor de un instante, sino la perseverancia de muchos y la entereza de ánimo en todos.

Asi D. Alonso de Avila, á quien aquejaban en ocasiones los instintos de la ambicion, sentimiento tan natural en la edad madura como el amor en la juventud, era capaz de cualquier temeridad mientras el acceso le duraba, pero en pasándole, que no se tardaba, ante el mas leve obstáculo retrocedia su pereza, ya que su valor no desmayase.

La noche de que tratamos vestia, bajo un ligero y elegante gaban de seda, un colete de ante perfumado, pero duro aunque flexible; llevaba en la cinta dos escelentes hojas de Toledo, una en la espada de taza y gabilanes, y otra en la daga, instrumento de razonable longitud; y con eso, las botas sin espuelas, el guante fuerte, el sombrero de castor con cintillo de diamantes y una airosa pluma, y su ademan resuelto y placentero, pudiera tomársele por el mas acabado modelo de los calaveras de aquel siglo, revelando en su trage que se preparaba á una nocturna aventura galante con asomos y probables indicios de terminarse en pendencia. No olvidemos, porque eran circunstancias esenciales en aquel siglo, lo fino de la holanda en la camisa, cuyas mangas se descubrian por las cuchilladas del jubon, ni lo esquisito de los encajes de *Brujas* en valona y vuelos, ni, en fin, el suave olor á ámbar que de toda la persona de D. Alonso se desprendia; y hecho conocer asi el sugeto, digamos todavia dos palabras antes de que á hablar comience.

D. Alonso, como la mayor parte de los hombres de su siglo, combinaba la mas sincera creencia en los dogmas de la religion cristiana, con la sistemática habitual infraccion de los preceptos de su moral divina. El, como los demas, llevaba escapulario, no faltaba á misa los dias de precepto, confesaba una vez al año *por Pascua florida*, y hasta cumplia puntualmente la penitencia impuesta por su director espiritual; pero con el escapulario al cuello aprovechaba las ocasiones, en misa ojeaba las damas, y la víspera de cumplir con la iglesia, como el dia despues de haberlo hecho, atendia solícito á la prosecucion de sus amorosas aventuras.

No estrañe, pues, el lector que el jóven D. Fernando y D. Alonso de Avila se hubiesen conocido en el convento de San Francisco, y que bajo el patronato, por decirlo asi, del director espiritual de aquel, se hubiese trabado entre ellos íntima amistad.

A D. Alonso encantábanle y servíanle como de cordial y confortante en la estragada vida que llevaba, la varonil inocencia, la candidez de las ilusiones del mancebo; á éste le sorprendian y cautivaban la mordacidad cáustica, la despreocupacion en cuanto á mugeres, el punto de vista singular desde el cual contemplaba don Alonso las cosas del mundo.

D. Pedro habia vivido demasiado para no hacerse cargo de que á los veinte años no le cuadraba á su hijo la vida de un cenobita, y por tanto, aunque algo receblaba mas bien que sabia, de las desordenadas costumbres del Avila, como al fin *era caballero*, y nunca en sus aventuras hubo lance que le desdorase, resignóse el Comunero á que el hijo de Blanca frecuentara su trato.

El 25 de abril de 1566 fue, sin embargo, la segunda ó tercera vez que D. Alonso puso los pies en la casa de los Valdestillas, y como en sus anteriores visitas anduvo mas atinado en escoger las horas, no hay razon

para estrañar la sorpresa que aun despues de verle causó en la familia toda.

—Guarde el cielo al Sr. D. Pedro, dijo, saludando, D. Alonso.

—Sea vuesa merced muy bien venido, le respondió cortés el anciano, aunque mirándole con cierta significativa atencion.

—Adios, valiente mancebo, prosiguió el elegante.— Doña Gomez, buenas noches.

Millan, parece que no estamos hoy de muy buen temple.—¡Eso, Cristóbal! Tiéndete, hijo, que Dios hizo la noche para dormir, y el dia para descansar!

—¡*Ya bebí!* repuso lacónica y gravemente Cristóbal, dando á entender en esa frase proverbial entre los indios, que por aquel dia se habian terminado sus faenas. Cuando un indio dice: *ya bebí*, inútil es ofrecerle nada para que trabaje: sus necesidades del momento estan satisfechas, y no comprende por qué ó para qué ha de molestarse.

En cuanto á los demas interpelados, cada cual hizo su ademan ó su gesto para responder á D. Alonso, sin duda porque éste sin darles tiempo para desplegar los labios, tal era la volubilidad con que hablaba, prosiguió diciendo á su jóven amigo:

—No os he visto ni en S. Francisco, ni á caballo en el campo, ni en el juego de la pelota esta tarde, y dije para mi sayo: ¿A que está enfermo, ó su padre y señor nos le secuestra? Y cuando á mí me ocurre duda sobre la salud ó la libertad de un amigo, no sosiego hasta disiparla. Por eso he venido, Sr. D. Pedro, á hora tan intempestiva.....

—Cualquiera hora es buena para quien viene á honrarnos, contestó ceremoniosamente el Comunero, á quien D. Alonso correspondió con un saludo profundo; y luego volvió á decir, dirigiéndose á D. Fernando:

—La noche está magnífica. ¿No rondaremos algunas horas? ¡Ea! ¡Fuera pereza: vestíos el colete, tomad la tizona, y con la vènia de mi señor vuestro padre, venios conmigo, D. Fernando! ¿Pero qué lutos son esos?

—Hoy, interpuso el viejo sin dar lugar á que su hijo contestase, es un dia de tristes recuerdos en esta casa, señor D. Alonso.

—En ese caso, perdonad á mi ignorancia de vuestras penas lo intempestivo de la visita.—Y con vuestra licencia.....

—«No, D. Alonso, no; suplicoos que no os vais, y solo, sobre todo. Precisamente cuando vinísteis á favorecernos estaba yo pensando que no conviene á los pocos años y ardiente sangre de mi hijo, la soledad en que vive. Que salga, pues, con vos; que salga por lo que he dicho, y porque cuando un caballero requiere á otro su amigo para que *con armas* le acompañe, no es bien visto que el *requerido* dilate un momento siquiera la compañía. Id, pues, con Dios entrambos: vos, don Fernando, tened presente que antes que á todo en el mundo os debéis á vuestra honra; y vos, D. Alonso, pensad que os llevais mi tesoro.»

Pronunciadas las últimas palabras con mal reprimida emocion, levantóse el anciano, y despidiéndose con ademán tan noble y elevado que no daba lugar á la réplica, entró en su aposento, sin que ni D. Alonso ni su hijo tuviesen tiempo de proferir un solo acento. La dueña y el escudero siguieron á su amo; el indio permaneció inmóvil en su estera.

—¿Adivinó mi padre? Preguntó el jóven á su amigo. ¿Necesitareis de mi espada?

—¡Qué diantres de viejos! Todo lo olfatean, nada se les escapa.

—¿Con qué?.....

—Sí; y no: sí, probablemente; no, porque no es,

en efecto, seguro que andemos á cuchilladas, aunque...

—Voy , pues , á armarme.

—No perdais tiempo.

D. Fernando se dirigia ya á lo interior de la casa cuando le atajó los pasos Millan saliéndole al encuentro con una especie de *jaqueta* ó casaca de algodón acolchado ; llamábanla los indios *Ichachuepilli*, y los primeros conquistadores *Escaupil*, y por burla, *albardilla*, sin embargo de que les fue utilísima como arma defensiva contra las de filo y punta , así como contra las flechas. Vestida aquella cota, ciñóle Millan, con su ancho cinturón de búfalo mejicano , una espada que en Villalar hizo justicia, antes de que su dueño sucumbiese, de algunos soldados de los regentes; y entrególe la daga correspondiente. Cubierto aquel arsenal con una gran capa negra, y puesto airosamente en la cabeza de D. Fernando el sombrero, asidos del brazo salieron á la calle nuestros dos amigos.

El escudero que, al armar á D. Fernando, lo habia hecho, no solo con toda la inteligencia de un hombre hábil y experimentado, sino además con un esmero solícito, claro indicio del amor casi paternal que le profesaba, al verle atravesar el dintel de la cancela ó berja de hierro que del zaguan separaba el patio, con aire resuelto y cierta afectación de varonil desenvoltura que caracteriza de ordinario el tránsito de la adolescencia á la juventud en los hombres que han de ser algo andando el tiempo; el escudero, decimos, contemplando al mancebo con cariñoso interés, y moviendo su encanecida cabeza en son de no estar muy satisfecho, murmuró entre dientes, pero inteligiblemente, estas palabras:

—Este D. Alonso, este D. Alonso, no me gusta gran cosa: es caballero, es valiente; pero tiene unos sesos de chorlito, y una afición á las hijas de Eva,



que pueden costarle caro, y que por de pronto.....

Aquí llegaba Millan de su monólogo, cuando volviendo la vista al petate, echó de ver que Cristóbal tenía en él clavados sus penetrantes ojos con espresion tan intensa, que claramente probaba no haber perdido ni una sola sílaba de sus palabras.

—¡Ola! (esclamó entonces entre colérico y socarron el anciano escudero.) ¿Con que el bueno de *Cristóbal* me estaba escuchando?

El indio, como la serpiente de su clima pisada acaso por algun imprudente viagero, al oír aquel apóstrofe, replegándose súbito sobre sí mismo, púsose en pie de un solo salto, y acercóse á Millan; pero eludiendo la pregunta de aquel, díjole:

—¡*Amo chiquito*, no estar bien con D. Alonso!

—¡Vaya en gracia! El Sr. Cristóbal censura lo que el amo anciano consiente!

—Sr. Millan, tambien censurar amo viejo.

—Sr. Millan tiene una daga con que cortarles la lengua á los que repitan palabras que no debieran haber escuchado.

—Indio Cristóbal, aprender de Padres Franciscos á no temer sino á Dios del cielo.

—¡Cristóbal, tengamos la fiesta en paz! Si me has oído, olvídale; y buenas noches.

—Sr. Millan, pensar y hablar: Cristóbal, pensar y hacer.

—¡Indio! ¿Qué quieres decir?

—Que si amo chiquito no estar bien con D. Alonso, ser bueno que Cristóbal seguir á D. Alonso y amo chiquito.

—Eres un hombre de bien, Cristóbal; y yo un basilisco que me encolerizo sin causa alguna. Tienes razon; sigue á *nuestro hijo*: pero antes venga esa mano de amigos.

—Sr. Millan, estar un buen español, como Cortés, como amo viejo; y Cristóbal un buen indio de Tlaxcala.

—Bien, bien: anda y no pierdas tiempo, aunque ya ¿Cómo has de dar con ellos?

—Cristóbal ser, antes de Cristiano, la *Serpiente* de Tlaxcala; serpiente muy astuta.....

—¿Con que sabes dónde van?


El indio sin responder palabra, sonrióse maliciosamente, estrechó la mano de Millan que conservaba entre las suyas, y de un salto salió de la casa seguido por el lebel su inseparable compañero.

D. Pedro, que desde la galería ó corredor que el patio coronaba, fue mudo testigo de la escena entre sus dos criados, suspiró desahogando el pecho al ver la salida de Cristóbal; porque, en efecto, si sus ideas severas en puntos de honra, si su convicción de que á la juventud es preciso aflojarle la rienda mas que tirársela, le obligaban á consentir la amistad entre Avila y su hijo, costábale el resignarse á ello lo que solo el corazon de un padre amante comprenderá cabalmente.

### CAPITULO III.

---

QUE COSA ERA EL PUEBLO DE MEJICO EN AQUELLOS TIEMPOS, Y  
CÓMO SE PASEABAN POR SUS CALLES LOS GALANES NOCTURNOS.

A decorative floral vignette on the left side of the page, featuring intricate scrollwork, leaves, and a small crown-like element at the top. The design is symmetrical and detailed, typical of 19th-century book ornamentation.

As calles de Madrid, Valladolid, Toledo, Sevilla y demas ciudades de primer orden en España eran, no solo en el siglo XVI, sino tambien mucho mas tarde, unos tan estrechos como oscuros y mal empedrados callejones, de cuya suma y conjunto resultaba cierta especie de confuso laberinto lleno de riesgos, sembrado de accidentes, y fecundo en aventuras, no siempre amorosas, con frecuencia sangrientas. Desconociéndose, ó poco menos, el público alumbrado, cuando no hacia la triforme Diosa rodar su argentado carro en los cielos, quiero decir, cuando no estaba visible la Luna; para andar de

noche por las calles no se conocia entonces otro arbitrio que el de hacerse acompañar por criados con hachones de viento ó faroles, salva la modestia de llevar uno mismo su linterna, cuando no se contentaba con las tinieblas naturales, y dejaba á la suerte que dispusiese de su vida. De tal estado de cosas era legítima consecuencia la de retirarse á sus casas, cuando el Sol lo hacia del horizonte ó poco mas tarde, las mugeres y demas personas de buen vivir; quedando solo en las calles, con los enamorados y los *sereneros*, donde los habia, la gente alegre y regocijada, la turba multa de calaveras, valientes, tahures, rufianes, y las hembras de las respectivas especies. Fácil es que se comprenda que las armas ofensivas y defensivas eran, en tal época, sazon y hora, elementos tan indispensables como cualquiera prenda del trage; y que para salir pasadas las nueve de la noche á la calle, sin llevar cuando menos espada y daga, requeriase ó estar loco, ó ser muger, cura ó fraile, sexos todos respetados entonces.

Prévia la anterior y rápida noticia de las costumbres nocturnas de la época en España, noticia quizá no intempestiva, para que no juzgue el lector capricho nuestro las precauciones que para salir tomaron Valdestillas el mozo y su amigo D. Alonso de Avila, bueno será añadir tambien, que los españoles pasaron el Atlántico llevando consigo y trasplantando al suelo mejicano los hábitos buenos y malos, quizá mas los malos que los buenos, de la madre patria.

Asi, pues, aunque las calles de Méjico eran anchas, tiradas á cordel, y formadas por manzanas de casas de regular construccion y agradable aspecto, por los miradores y azoteas que las coronaban; aunque su piso superaba en bondad con tercio y quinto al de Madrid, dejáronlas á oscuras sus pobladores ni mas ni menos que las de España, y convirtieronlas tambien durante la no-

che en teatro de aventuras como las de nuestra Europa.

Méjico, entonces, ganaba la palma á la metrópoli por los elementos de que su poblacion se componia; elementos heterogéneos y entre sí opuestos; elementos aptos para toda especie de fermentacion; elementos, en fin, como todos los de un pueblo formado, ó mejor dicho, improvisado, á la manera con que los aluviones talando unas tierras forman otras.

Los hijos de los conquistadores y los pocos que de ellos mismos quedaban el año de 66; los soldados y capitanes que sucesivamente habian ido retirándose de los descubrimientos á gozar de sus ganancias, ó á vivir de su industria en la capital, y algunos nobles arrojados de España por vicisitudes diversas, constituian la aristocracia europea, que despues se llamó de los *Godos* ó *Gachupines*.

Rivalizaba con esta en la importancia de representacion, y positivamente la escedia en influencia sobre los indios, la clase compuesta de las familias de la antigua nobleza mejicana, que la profunda política de Hernan Cortés quiso, con razon sobrada, refundir y aunar con la española; pero que la falta de habilidad ó los errores de la corte contribuyeron á tener harto descontenta.

De lazo y medio de comunicacion entre ambas citadas clases, servia la raza de los mestizos, esto es, la compuesta de aquellas familias en que uno de los cónyuges era español de nacimiento y el otro indígena. Algunas de esas familias se han perpetuado hasta nuestros dias.

Siempre los letrados, jurisconsultos y jueces, formaron clase distinta de las demas en la monarquía española; pero en Méjico, durante la época á que nos referimos, puede decirse que componian una especie de tribu aparte, como en el pueblo de Israel la de los Levitas, con hábitos, costumbres, trages, y lo que era peor, in-

tereses opuestos á los de las restantes. Esto es grave y requiere esplicacion.

Hemos visto en la introduccion que, aún no concluida la conquista, los *oficiales reales* (empleados de Hacienda en nuestro nuevo lenguaje), se pusieron en abierta pugna con Hernan Cortés, y que las cosas llegaron á tal punto, que el factor *Salazar* ejerció una real y funesta Dictadura en Nueva España. A consecuencia de tales excesos, y porque en España, desde la fundacion del Consejo de Castilla en tiempo de San Fernando, la preponderancia del elemento judicial-administrativo (entonces aún indiviso) habia ido siempre en aumento, creyendo la corte que era llegado el caso de organizar definitivamente la gobernacion de Méjico, se creó la Audiencia de Nueva España. Aquella institucion encontró las dificultades y obstáculos que no podia menos de hallar en un pais que, como recién conquistado, estaba á merced de la espada de sus vencedores; estos, escepccion hecha de su caudillo, quien, como se dijo, á todo se sometió, sufriendo con dificultad la autoridad rígida, aunque compasada, de los jueces; y los jueces, desconociendo el carácter de su santo ministerio, haciendo cuestiones de orgullo personal de las que debieran serlo solo de razon y oportunidad; apasionándose, en fin, que vale tanto como decir, arrojando la toga para armarse la coraza, comprometieron mas de una vez el sosiego público, dando lugar á quejas, murmuraciones, asonadas y bandos.

Por manera que, ademas de las diferencias de origen, ó nacionalidad como ahora diriamos; ademas de la diversidad de las castas y de la aristocrática importancia de las familias, estaba la nobleza profundamente dividida en dos banderías, poco numerosa y menos considerada la una, que se inclinaba á los odores por intereses mas ó menos mezquinos; grande, rica, altanera,

mas poderosa de lo que ella misma imaginaba, la otra, que seguia la parcialidad llamada *del Marqués*, del Marqués del *Valle de Guaxaca*, hijo de Hernan Cortés y su segunda muger legitima, doña Juana Ramirez de Arellano de Zúñiga, y heredero de sus títulos y rentas.

Habia, y es de notar, una gran diferencia en la índole respectiva de cada uno de esos bandos; porque el de la Audiencia, moralmente el mas flojo, poseia la autoridad y la fuerza pública; y por conservarlas y utilizarlas luchaba; mientras que el del Marqués, aunque mas numeroso, y bien quisto, tenia por una parte que doblar la cerviz ante la vara de la justicia, y por otra no sabia á punto fijo á lo que aspiraba. Su querer era, por decirlo asi, negativo: *no queria* que se le vejase; *no queria* que los oidores absorviesen la autoridad pública; *no queria* que se le privara de sus fueros: mas si se les preguntara cómo presumian que pudiera conseguirse que nada de lo que les repugnaba aconteciese, ó qué harian una vez vencidos sus enemigos, puede asegurarse que ninguno de los parciales del *Marqués*, generalmente hablando, hubiera sabido qué responder. Sin anticiparnos á los sucesos, bien podemos decir aquí, que sola la *fé* es fecunda, y que partidos que al lado de la *negacion* de las doctrinas contrarias no tienen un símbolo que *afirme* las suyas; partidos, en fin, que no visan clara y distintamente á un blanco, no son partidos á los cuales el porvenir guarda el triunfo.

Como en el discurso de este libro hemos de ver, Dios mediante, desarrollarse los elementos del bando á que aludimos, contentarémonos por ahora con lo dicho, y prosiguiendo la pendiente tarea de dar al lector sucinta idea de los habitantes de Méjico en 1566, asentaremos, sin temor de engañarnos, que por bajo de la aristocracia ya descrita, bullian y se agitaban, creciendo y for-

mándose el uno y disolviéndose el otro, dos pueblos diversos: el español y el mejicano.

Aventureros de todas especies, profesiones y procedencias, cándidos, pocos, arrestados los mas, bastantes con criminales antecedentes, muchos dispuestos á vender su dudosa honradez por menos que una lenteja, codiciosos todos, con rarísimas escepciones, formaban la masa del pueblo castellano, importando poco para invalidar nuestro juicio, que en ella estuviesen, como incrustadas suelen estar en las rocas las plantas submarinas, algunas individualidades escepcionales en uno ó varios conceptos.

Por lo que respecta á los indios, cuya principal mansion era el barrio ó arrabal de *Tlatelolco*, ó sea de *Santiago*, ofrecian entonces el aspecto tristemente curioso de una raza que se descompone y trasforma, no por la accion lenta y sucesiva del tiempo y de la civilizacion, sino por la prematura y violenta de la conquista. En honor de la verdad, las leyes de Indias, muy desde el origen de la conquista, atendieron cuidadosamente á la proteccion de aquellos indígenas; y las declamaciones del Padre Lascasas, juzgadas ya hoy con imparcial criterio, estan muy lejos de ser la copia fiel de lo que en Méjico, al menos, pasaba; pero el hecho es, que los indios, perdiendo en meses su nacionalidad y religion, eran un pueblo condenado por ello solo á perecer por completo. Los unos se refugiaron á montañas y bosques impenetrables, retrocediendo en civilizacion todo lo que hasta Motezuma habian adelantado; los otros convirtiéndose á la fé de Cristo, y acomodándose á las leyes y costumbres de sus vencedores, aceptaron la servidumbre.

Como quiera que sea, no solo no se les maltrataba, generalmente hablando, en Tlatelolco, sino que tenian en los misioneros dedicados á su conversion y ensenanza, y particularísimamente en los frailes Franciscos, ademas



de catequistas celosos, maestros benévolos y directores gratuitos, los mas ardientes y osados defensores cerca del gobierno, de la corte, y del monarca, que fuera posible hallar en aquella época.

Los indios de Tlatelolco iban combinando sucesivamente los hábitos antiguos con las costumbres castellanas; y baste por ahora de generalidades en la materia.

Réstanos solo que hablar, y completaremos nuestro bosquejo, de la situación religiosa de Méjico en la época á que aludimos.

Los extranjeros, apoderándose con supina ignorancia é insigne mala fé, de algunos hechos verdaderamente atroces que manchan, como feos lunares, la grandeza de la conquista, pero que lunares y solo imperceptibles lunares son, por mas que el doblado lente de la envidia procure abultarlos; los extranjeros, repito, pretenden que la fé de Cristo fue introducida en América con el hierro y el fuego, queriendo hacer de Cortés un Omar, y de los suyos una horda de fanáticos.

Nada mas contrario á la verdad histórica: los rigores del Conquistador se ejercieron, en materia de religion, contra las cosas, nunca sobre las personas, fuera de los casos de reincidencia por parte de los indios en sacrificar víctimas humanas, práctica abominable que se propuso estirpar con severidad inevitable. Los templos fueron arruinados, los ídolos desechos, es cierto, y fue necesario; pero la fuerza no intervino, en la forma que se pretende al menos, en la conversion de las conciencias. Los indios eran un pueblo infante, sus ideas y sentimientos religiosos estribaban mas en las sensaciones esternas que en el convencimiento íntimo; y al ver que sus dioses toleraban pacientes la profanacion de sus santuarios, al contemplarlos incapaces de proteger á los que humilde culto les tributaban, despreciáronlos y no sin visos de fundamento. Ya asi dispuestos, la predicacion ardiente

de los misioneros reclutados en la democràcia española, hijos exclusivamente de sus obras, asc ticos por sentimiento, colocados en la única senda por donde entonces se llegaba á todo, sin que á nadie se le preguntase, * Qui n fue tu padre?* produjo, y no podia menos de producir,  pimos frutos.  Y cuál fue la conducta de los primeros apóstoles del cristianismo en Méjico, y singularmente siempre la de los franciscanos? La que no podia menos de ser: hijos de un pueblo pobre, los frailes comprendian las miserias de aquel pueblo conquistado, las compadecian, las consolaban y muchas veces se alzaron entre el opresor y el oprimido, teniendo el acerado casco del noble que humillarse ante la cogulla del hijo de San Francisco. All  y entonces los frailes fueron buenos; porque eran necesarios!

Por lo demás ni Hernan Cortés, ni sus capitanes participaban en general del espíritu de intolerancia que dominaba en España; y la razon es obvia: lejos de Europa no podian sentir por entonces la influencia de las pasiones político-religiosas que durante el XVI siglo abrasaron el continente:

Por eso, lo mismo que los comuneros, huyeron   ocultarse en el Nuevo Mundo, y en número considerable, varios españoles, portugueses, y otros extranjeros que, por profesar las doctrinas de Lutero y Calvino   la religion de Moisés, eran en Europa sin misericordia perseguidos.

Hasta el año de 1532 no se encuentra vestigio siquiera de que nadie en Nueva España pensara en inquietar la libertad de las conciencias; y aunque entonces el obispo D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, presidente de la Audiencia de Méjico, ya dijo *que habia gran necesidad de que se pusiese el Santo oficio de la Inquisicion, por el comercio de los extranjeros y por los muchos cosarios que platicaban por las costas, que podian introducir*

*sus malas costumbres en los naturales y en los castellanos*, como todavia la influencia de Cortés no se habia anulado por completo, quedóse todo en el dicho obispo presidente.

Lo singular es que durante el poderío del cardenal, despues papa Adriano, y entonces inquisidor general en España, se estableció el famoso tribunal de la fé en la isla Española; y que, sin embargo, no pudo penetrar en Nueva España por aquel tiempo: prueba inequívoca del espíritu tolerante del Conquistador extremeño.

Asi permanecieron las cosas, hasta que en el año de 1570, cuatro despues de la época en que nuestra novela comienza, Felipe II á los catorce de su reinado, y no antes á pesar de su innegable funesto fanatismo, decretó el establecimiento de una *Audiencia del Santo Oficio de la Inquisicion* en las respectivas capitales de cada uno de los vireinatos de Méjico y del Perú: mas hizolo con cláusula espresa *de que no conociese* (la Inquisicion) *de las causas de los INDIOS APÓSTATAS, sino solamente de los castellanos y otras naciones que se hallasen en Indias.*

Resulta, pues, probado con evidencia que, no solamente no se martirizó á los indios de Méjico para que abrazasen la fé de Jesucristo, sino que á los cincuenta años de conquistados se trataba con mas indulgencia aún á los APÓSTATAS, que á los naturales súbditos de la corona acusados de la mas leve omision en las prácticas exteriores del culto.

Gozábase, por tanto, en Méjico de envidiable sosiego en punto tan importante como lo es la conciencia religiosa, y aunque habia rivalidades de comunidad á comunidad, de orden á orden, y entre clérigos y frailes, como es de costumbre, no se alteraba por eso el orden público con frecuencia.

Sin embargo, el alto clero y en general los Dominicos, se inclinaban al bando de la Audiencia, al paso que

los Franciscanos, haciendo su papel de misioneros y protectores de los indios, eran de la faccion del Marqués del Valle. Porque es de notar que, con haber sido Hernan Cortés el autor esclusivo de la ruina del imperio de los Aztecas, profesaban no obstante los indios á su memoria un culto casi idólatra, á su familia una veneracion supersticiosa.

Tal era bajo su aspecto moral considerado el pueblo á cuyas calles se lanzaron, en medio de la oscuridad de la noche, Fernando de Valdestillas y Alonso de Avila, y en pos de ellos el indio Cristóbal.

Hasta diez minutos andarian los dos amigos, el uno al lado del otro, con paso uniforme y no perezoso, y sin decirse palabra: Avila fue quien al cabo de aquel tiempo entabló la conversacion siguiente:

—¿No os mueve la curiosidad á preguntarme á donde vamos, D. Fernando?

—¿Para qué, D. Alonso? Vos debeis curaros de eso, que á mí bástame saber que habeis menester mi compañía.

—¡Viven los cielos, que vuestro padre es, en carne y hueso, el *Doctrinal de caballeros*, y vos el mas aventajado discípulo de tan buena escuela! Con ser tan mozo, podeis darnos lecciones á los que ya empezamos á dejar de serlo.

Al llegar á esta reflexion lanzó D. Alonso un sincerísimo suspiro; y prosiguió diciendo:

—Mas, dejando aparte por un momento vuestra discrecion, decidme, si os place, qué conjeturais de esta nuestra nocturna espedicion.

—Conjeturo, D. Alonso, que tenemos en campaña nueva dama con padre, hermano, ó tal vez marido, porque vos no os parais en barras, de condicion celosa y ligeras manos.

—¡Válate Dios por mancebo, y cómo aprovecha el

tiempo en cuanto aprende ! Por el santo de mi nombre, que comienza á conocerme tan bien ó mejor que yo propio me conozco.

—¿Quiere eso decir que no me engaño?

—No es eso; pudiérais engañaros en la ocasion presente; y ser, sin embargo, acertada vuestra conjetura en lo general.

—Ya sabeis, D. Alonso, que no soy diestro en retóricas sutilezas ; asi esplicaos, si os conviene esplicaros, y si no guardad en buen hora vuestro secreto; pero no pretendais que adivine complicados enigmas.

—Bien, D. Fernando; asi ha de ser el caballero: prudente, lacónico y poco amigo de perder el tiempo en conversacion, con los hombres se entiende; que con las mugeres suele ser recurso indispensable cuando las citas se prolongan.»

Habituado Valdestillas al estilo de la conversacion de Avila, sembrado, á semejanza del que usa el Ariosto, de digresiones y episodios; y como jóven deleitándose sin poder remediarlo con la tinta de picante pero culta mordacidad de sus reflexiones, importábale ademas poquísimo saber ó no el objeto del comenzado paseo; y por eso le dejó que á su sabor soltara la rienda á la imaginacion y á la lengua.

—«Bien hecho, noble mancebo, bien hecho; y solo os falta para ser un galan modelo perder algo de ese aire pudoroso y encogido de doncella recatada, que tomais en presencia de cualquiera muger..... Y á propósito, la mia se queja de no veros por casa, y á fé que la razon le sobra. ¿Qué diablos os hemos hecho que asi nos abandonais?»

Si la noche no estuviera oscura y D. Alonso se cuidara de ello, fuérale fácil haber observado que un subido color de carmin enrojecia las mejillas de su amigo, quien, evitando contestar directamente á la pregunta, y hacien-

do un esfuerzo para que en su acento no se notase la menor emocion, respondió:

—¡No sé, Avila, como en tales momentos teneis valor para hacer mencion de *mi señora* vuestra esposa: basta y aún sobra que la ofendais, sin que la profanacion de su nombre agrave el delito!

—¡Dios nos asista! Tendísteis el paño, y descargásteis sobre mi pecadora cabeza el rayo de vuestra santa indignacion! Todo lo que con la espada en la mano y en lances de honra teneis de varonil espíritu, sois de inesperimentado y de niño cuando se trata de estas cosas. ¿De dónde diablos habeis sacado que hemos de ser los maridos, pues que marido soy ya mal que me pese, como las severísimas matronas de que nos hablan las crónicas, y cuya raza tengo para mí que, si no se agotó por completo, escasea tanto, que no se hallarán tres de ellas en Méjico, ni para un remedio?

—¡Por el cielo santo que no seais asi, D. Alonso! ¡Cómo! ¿Vos que procedeis de tan honrado linage; vos, hijo, segun la fama, de una santa madre, hermano de una dama de piadosas costumbres, y esposo de una señora de perfecta hermosura, aventajada discrecion y pundonor tan sólido, que con ser vos lo que sois, no consiente su conducta ni las mordeduras de la envidia, ni las invenciones de la calumnia, vos negais asi la virtud de las mugeres?

—¡Soberbio, por quien soy! Si alguien nos oyera diria que, resucitado mi difunto padre (Dios le tenga en su gloria), entreteníase en predicarme uno de los edificantes y, siento decirlo, inutilísimos sermones con que *su merced* acostumbraba á favorecerme!... ¿Cómo he de creer en lo que se llama la virtud de las mugeres, yo, que de mozo, y de casado tambien (pésame escandalizaros), las he cursado y las curso mas años há de lo que á mi ya prófuga juventud conviniera?... Las he visto

libres é independientes: con galan ó galanes. Las he visto en clausura de celosías , dueñas , escuderos , padres , hermanos y maridos : con galan ó galanes. Las he visto hasta en poder de una suegra , y siempre con galan ó galanes. Las esposas del mancebo mas ardiente , apetecen el canónigo reposado.....

—¿Ni la Iglesia se libra de esa terrible lengua ?

—La Iglesia de Dios es una cosa , y otra son los clérigos y frailes. Esos lo entienden , que tienen el celibato por privilegio , no por privacion ciertamente.

—¡Silencio, por Cristo , D. Alonso ! ¡Si nos oyeran !

—A bien que por acá no tenemos todavia el Santo Oficio.

—Pero, en fin, ¿dónde vamos? Porque al cabo escítasteis mi curiosidad.

—En castigo del sermon que me habeis predicado, tendreis que adivinarlo. Veamos

—¡Gran dificultad por cierto!

—Pues adivinad, ya que tan fácil os parece ; y si en tres tanteos no dais con ello, perdereis.....

—El potro alazan , de que me parece os pagásteis el otro dia.

—Sea; y contra él os juego..... ¿Quereis una de mis damas, á escoger?

—Lo agradezco, pero no me conviene.

—¿La coraza y armadura que compré últimamente á los mercaderes milaneses?

—Que me place.

—Pues á la lid. ¿A dónde vamos?

—Vamos á rondar á Beatriz.

—¡La muger del Oidor ! No por cierto: esa cuenta ya tres semanas de fecha, y no me molesto yo por dama tan antigua á estas horas de la noche.

—¿Tres semanas son mucho tiempo?

—¡Pecador de mí ! Quince dias hace ya que estoy

cansado de ella, y solo por no desmentir mi bien sentada reputacion de *constancia*, no la he dejado; pero asi que cumpla el mes la despido. Va una, mas os la perdono, aunque el potro me agrada sobremanera.

—Aguardad..... Ahora sí que lo acerté..... ¿A que es Inés la que á rondar vamos?

—Punto para mí.

—Pues esa no es antigua.

—No en rigor: quince dias.

—Linda, modesta, entendida...

—Demasiado entendida; sabe casi tanto como el Doctor su padre: sublima y sutiliza los afectos: llora con mas facilidad que nuestro cielo se nubla en verano; si ve un raton se azora; si toso fuerte se desmaya..... Preveo que no llega á doblar. Otra y os faltan dos solas.

—Todas las demas que os conozco son anteriores á esas dos. ¿A no ser aquella que antigua y todo os cautiva por mas que digais? ¡Y es alhaja, por vida mia!

—¿Hablais de Catalina?

—De la misma.

—Y bien, teneis razon: Catalina es la imágen y resumen de mi juventud; de la época en que yo tenia, como vos ahora, fé en la virtud de las mugeres, esperanza en el amor....

—¿Y caridad con los maridos?

—No fue nunca esa mi virtud favorita: mas Catalina, volviendo á ella..... ¡Si la hubiérais conocido de niña! Era una flor en capullo, cuya belleza mas bien se adivina que se contempla, cuyo suave aroma es solo perceptible para las organizaciones privilegiadas! ¡Alegre como una mañana de primavera, triscadora como la Vicuña de los Andes, charlatana como la fuentequilla en los prados, y cariñosa como la hiedra!... Fue mi primer amor, y me inspiró un sentimiento, de cuya posibilidad hoy dudo, á pesar de haberlo experimentado, D. Fernando... ¿Qué



quereis que os diga? Luzbel era el mas bello de los Querubines antes de ser el Príncipe de las tinieblas : Catalina fue tambien ángel antes de ser una muger como..... como todas, en resúmen... Algun dia os contaré la triste historia de... de mi perdicion, Valdestillas; por hoy baste confesaros que tiene esa maldita hembra para mí un atractivo como el que cuentan de ciertas serpientes de las Indias orientales, fascinador, irresistible... ¡Ah, si ella hubiera sido buena conmigo !

—¿Es decir que la armadura es mia?

—¡No , vive Dios! Que no es á rondar á Catalina donde vamos.

—Pues digo que me tratais ni mas ni menos que la Esfinge á Edipo , y que yo soy menos afortunado que el hijo del Laio.

—¡Por el alma de mi padre , que no me hableis á mí de esos personajes *romanos* ! Ya os tengo dicho muchas veces que fui tan mal estudiante, que nunca acerté á pasar del *punte de los asnos*.

—Diréos entonces, en buen romance, que me doy por..... Pero no, pesia á mi vida! Ya di con ello: á donde vamos es á la calle de Leonor.

—Tan errado andais ahora como antes.

—¡Imposible! A Leonor la visteis por vez primera el último Domingo al salir de Misa ; es una niña de quince años.....

—Sí, pero andaluza; y aquellos ojos negros, aquella color trigueña, aquella sonrisa de sirena, encierran ya mas tretas que nunca supo tahir. El aspecto de la flor es bellissimo, pero sus emanaciones matan.....

—Sin embargo.....

—Cierto: prendéme de ella, rondé su calle, pero.....

—Hicisteis inútilmente largo *terrero*. ¡Loado sea Dios, que al cabo encontrasteis una.....!

—¡Como las otras, mancebo, como las otras! Encon-

tréme con una que, cuando yo llegué á su calle, ya llevaba ella una hora detrás de la celosía esperándome. Seis cartas tengo tuyas recibidas en tres dias.....

—¡Entonces.....!

—He presentido la vívora entre las flores; no me dejo alucinar por sus pérfidas caricias, y pienso romper así que se me presente ocasion propicia para ello.

—Perdí el potro, ó mas bien lo gané, pues que á tan buenas manos pasa.

—No seré yo quien le prive del mas gallardo ginete del suelo mejicano.

—Ni yo quien lo conserve, ya una vez perdido.

—Perdonadme; pero en toda apuesta hay que salvar la evidencia; y yo la tenia de que ni vos ni nadie adivinara á dónde vamos.

—No os entiendo.

—Ni es maravilla, porque, en verdad sea dicho, tampoco yo me entiendo mucho. D. Fernando: voy á daros una singularísima prueba de confianza revelándoos lo que á mi propio hermano no diria, aunque en Méjico estuviera.

—Yo os agradezco la merced, y espero en Dios que acertaré á cumplir con la obligacion de honra que haciéndola me imponeis.

—Así lo creo, que magüer que mozo, no sé en Méjico de hombre mas caballero, ni de mayor discrecion que vos, como vuestro padre no sea.

—Por Cristo, D. Alonso, poned término á las lisonjas y concluid de una vez de confiarme vuestro secreto.

—Antes habeis de empeñarme vuestra fé de caballero castellano de guardar en ello eterno, inviolable, secreto.

—Yo lo prometo á fé de caballero.

—Mas os pido: juradme por la fé de Cristo, que entrambos profesamos, que ni al confesor en la hora de la muerte revelareis mi secreto.

—Ved, D. Alonso, que ya tocais en lo vedado. A mi cuerpo ponedle en los riesgos que os plazca; pero de la salvacion de mi alma á Dios le debo cuenta, y.....

—Yo os prometo que no se arriesga, por guardarme el secreto que pido, vuestra salud eterna.

—Siendo así, yo lo juro como vos lo deseais.

—Pues bien, D. Fernando, la calle que vamos á rondar..... Es la mia.

—¡La vuestra! ¡En ella teneis dama!

—Tengo á mi *Esposa*.

—¡D. Alonso!!

—¡Y tengo celos!

—¡De doña Elvira!!!

—Silencio, que hemos llegado á donde habremos menester mas de las manos que de la lengua. No repitais lo que acabo de deciros á nadie, ni á mí propio; porque con amaros como os amo, pudiera..... En fin, silencio y requerid la espada.



## CAPITULO IV.

---

DE COMO DIOS CASTIGA SIN PALO NI PIEDRA ; Y EN LAS CALLES DE  
MÉJICO SE ANDABA Á ESTOCADAS ALGUNAS VECES.



PARA comprender cabalmente la importancia del secreto confiado por Avila á Valdestillas, y la impresion que al escucharle produjo en éste, necesario y hasta indispensable es que con la imaginacion retrocedamos á la época en que ocurrieron los sucesos de esta verídica aun mas que entretenida historia; porque de otro modo no es posible que demos á las cosas el valor que en sí realmente tenian entonces.

La naturaleza humana es siempre la misma; pero el medio en que habita, variando á lo infinito, segun los grados que la civilizacion alcanza, modifica, no las ideas

solas, sino que tambien los sentimientos mismos. Sucede así que tal azar de la vida que hoy lastima solo el corazon, hubo tiempo en que mancillaba la honra: ese criterio impalpable de las acciones humanas; esa ley tan vaga como severa á que, en la apariencia al menos, procuramos todos ajustarnos; ese poder invisible que nadie rige y á todos toca ejercer; ese yugo férreo, por último, que solo se sacude á costa de toda consideracion social, y que sobre el hombre pesa hasta mas allá del sepulcro. El dolor arranca á los corazones bien templados lágrimas, en ocasiones, muy amargas; pero las heridas que la honra recibe tienen de malo sobre todas, que ni llorarse pueden, y que pocas veces ó ninguna se cicatrizan, ni aun con el fuego de la venganza.

En el siglo XVI y entre gente hidalga, la honra era un ídolo de vidrio que con el aliento se empañaba, y solo con sangre podia limpiarse. Preocupacion sin duda: pero ¿Cuándo las preocupaciones no han tiranizado el universo? ¿Cuándo no les han sacrificado los hombres su vida y sosiego?

D. Alonso de Avila era en su tiempo lo que mas tarde se llamó un espíritu fuerte, un hombre despreocupado; don Alonso de Avila, estimando y respetando á su esposa doña Elvira, no la amaba, con ser ella en efecto, hermosa y discreta mas allá de todo encarecimiento, la razon no tardaremos en decirla, baste por ahora consignar que no la amaba, para que se advierta el contraste de su indiferencia con los celos reales, positivos, ardientes, dignos de Otelo, que le devoraban.

Paréceme ver en los labios de alguna de mis bellas lectoras (porque cuento con lectoras y lectoras bellas) una burlona significativa sonrisa que, traducida á mi humilde prosa, quiere decirme:—«Cándido autor, ¿Pues »no sabes tú que el riesgo de perder la joya despierta »en su dueño la codicia de poseerla? Por eso nosotras

»todas, cuál mas, cuál menos, os condimentamos la salsa del amor con su agri-dulce de coquetería.....—Lo sé, lo sé, señora mia, y sé mas, el agri-dulce acaba ordinariamente por convertirse en un ácido concentrado de.....»

Pero no es eso de lo que ahora tratamos, sino de que los celos de Avila no eran de amor, ni de miedo á perder una joya cuyo valor no apreciaba, sino celos de su honra, y por lo mismo celos de tigre.

Celos de tigre, sí, aunque cuidadosamente ocultos en lo mas íntimo del alma durante dias y meses; tan ocultos, que ni doña Elvira misma acertó á sospecharlos. Don Alonso conocia su merecida reputacion de libertinage, y tambien la aureola de santidad y martirio de que el público habia rodeado á su esposa; D. Alonso, comprendia, por tanto, que la opinion pública en cualquiera desavenencia conyugal habia de serle contraria. Y por otra parte, aunque las apariencias parecian pruebas, ¿No era fácil, ó al menos posible, que fuesen solo falaces indicios? Bastaran esas razones á aconsejarle profunda reserva, mas era máxima en su siglo, á mayor abundamiento, aquello de que los *agravios bien callados ó bien vengados*, y por conformarse á ella, resolvió guardar silencio profundo en cuanto á su presunta desdicha.

¿Por qué, entonces, se franqueó con Valdestillas, con un niño sin esperiencia de las cosas del mundo? Franqueóse porque le era absolutamente indispensable un confidente; y eligió para tal al hijo del Comunero precisamente por su juventud é inesperiencia, amen de las caballerosas dotes que en él reconocia.

Necesitaba un confidente y diremos por qué refiriendo el origen de sus celos.

Las horas de Avila eran tales como su género de vida las requeria: unas noches consumia el juego, otras el amor, y rara vez dejaba ya de apuntar el alba al tiempo

mismo que D. Alonso se retiraba á su casa. Acontecióle, empero, pocos meses antes de aquel en que nuestra accion comienza, que por accidente en la salud ó capricho de su vária condicion, se le antojase cierta noche regresar al hogar doméstico antes de la hora en que canta el gallo, y con no poca sorpresa encontró la calle ocupada por tres hombres, uno en cada extremo de ella, y el restante dentro.

En el primer momento pensó que cualquiera de las damas sus vecinas tendria, como á su entender le tenian todas las mugeres menos doña Elvira, su correspondiente galanteo; y pacífico aquella noche, por escepcion en su carácter, al *¿Quién vá?* del que guardaba el extremo de la calle por donde él iba á entrar en ella, respondió sosegadamente:—«*Un caballero, D. Alonso de Avila, que se retira á su casa, Hidalgo: hágale paso vuesa merced, que se lo agradecerá de veras.*»

A tan mesurada respuesta era de esperar que correspondiese el embozado dejando el paso libre, ó ya que á toda costa buscase camorra, disputándolo espada en mano; y sin embargo no hizo ni una ni otra cosa, sino que, dando una gran voz clamó:—«*D. Alonso de Avila!!* Y profiriéndola todavía echó á correr con la ligereza de un gamo. Otro tanto hicieron sus dos compañeros; y don Alonso que, sin perder mas tiempo que el indispensable para desembarazarse del embozo de la capa y tirar de la espada, los seguia, pudo ver distintamente los tres bultos al revolver de la esquina, mas no alcanzarlos aunque lo procuró con diligencia. Volvió, pues, pies atras para su casa, alarmado por la conducta de aquellos hombres primeramente; mas por haberles servido su propio nombre de voz alerta; y mas aún por parecerle haber oido distintamente, al pasar por delante de su habitacion, el ruido de una ventana que con prisa y estrépito se cerraba. No le ocurrió, sin embargo, recelar por

entonces de su esposa, sino de las doncellas y demas criadas que la servian; y, como en tal supuesto, el lance no afectaba á la honra, sino simplemente el decoro de la casa, conservó toda la sangre fria necesaria en semejantes casos. Nada dijo de lo acaecido, ni aunque quisiera encontrara á quien decírselo: la Señora estaba recogida; doncellas, criadas y esclavas, todas en sus aposentos; y los criados durmiendo igualmente, á escepcion de un negro sordo-mudo que á D. Alonso esperaba siempre. Al dia siguiente observó en vano con escrupulosa atencion todos los semblantes femeninos de la familia: en ningun rostro advirtió el menor síntoma de turbacion ni recelo. Para hombre tan ducho, aquellos indicios de serenidad valian poco; ya sabia él que con cinco minutos tiene de sobra la mas cándida de las hijas de Eva para ajustarse al rostro una máscara tan impenetrable como si de acero fundido fuera.

Calló, por tanto, pero durante una semana entera hizo á su calle, severa, vigilante y cautelosa ronda: fue en vano, porque nadie pareció que su habitual sosiego perturbase. Desvaneciéronse en consecuencia las sospechas de D. Alonso, ó mejor dicho, confirmóse en su primera opinion de ser aventura de lacayo y fregona la que alarmado lo habia; y volvió de nuevo á su antigua vida.

De cuando en cuando, sin embargo, sentia allá en lo recóndito de su corazon la mordedura, acre y punzante como la del áspid, del recuerdo del aquella escena que, sin que el por qué acertase, pesaba como un remordimiento sobre su conciencia. Mil veces, haciendo terrero á una dama, escalando un balcon, ó desembarazando de curiosos á cuchilladas una calle, ocurriábasele de repente que tal vez en la suya, y en su balcon, y con alguna de las mugeres de su casa, podia estar sucediendo otro tanto; y amargábasele el gusto de todos sus placeres. ¡Fenómeno á primera vista incomprensible, y natural sin embargo!



Aquel desasosiego , aquella inquietud que por el decoro de su casa tenia, descargábalos de rechazo en las damas que galanteaba , siendo con ellas tanto mas exigente y mal humorado , tanto menos rendido y tierno , cuanto mayor era la intensidad de sus recelos. Las flaquezas, los extravios , los vicios , llevan todos consigo su propio azote.

Tal era la situacion de espiritu de Avila cuando, un mes antes del 23 de abril, encontró su calle segunda vez ocupada; pero entonces, mas vigilante el centinela, dió la alarma con un silvido, y antes de que frente á su morada llegara D. Alonso, todo habia desaparecido, menos una luz que, detrás de la ventana del cuarto de doña Elvira, brilló á los ojos de su marido como el primer resplandor del fuego del Averno á los de un réprobo. Todas las demas ventanas estaban cerradas; no se oyó ruido en ninguna ; solo la de Elvira se veia abierta y con luz ; á ella, pues, buscaban los prófugos; y ella, cuando menos por curiosa , se interesaba en los que su calle rondaban.

Si el vecino volcan de *Popocatepec* se desvaneciera un dia súbitamente ante sus ojos ; si la laguna mejicana amaneciese enjuta; si una de las imágenes de la catedral, dejando su nicho, como la del Comendador famoso, le propusiera acompañarle á sus orgías, aún no fuera tanto el asombro de nuestro caballero como lo fue al aparecer en su fantasía, al mismo tiempo que su vista hirieron los rayos de la malaventurada luz , la idea de que su esposa podia ni pensar en galanteos.

Doña Elvira, en efecto, era para su marido mas bien un tipo de estatua romana que una humana hermosura. Sus formas de una perfeccion irreprehensible, el reposo de todos los lineamentos de su figura, y cierta inflexibilidad magestuosa en el aire y porte de su persona, primero imponian respeto que amor inspiraban; y la rubicundez de su dorado cabello, la blancura de un cútis

colorado de nieve y grana, al través de cuya trasparente contestura parecia verse circular en azuladas venas su noble sangre, la distinguian por último completamente de todas las damas mejicanas.

Y si de lo físico pasamos á lo moral, hallaremos diferencias no menos notables; porque la esposa de Avila era muger de pocas y medidas palabras, de pasiones ó muy profundas ó de actividad escasa, de trato ceremonioso, de índole reservada, y todo menos comunicativa.

Su padre y ella aparecieron en Méjico con mas pretensiones de hidalguía que abundancia de dineros; pagóse de ella D. Alonso, en momentos para él crueles, y de que á su tiempo hablaremos; y hallándola insensible, como si de mármol fuera, á todos los encantos de la seducción, hubo de optar entre renunciar á su posesion ó pedirla por esposa. Decidióse á lo último por no quedar desairado: recibióle el suegro á brazos abiertos, y la novia dijo *que obedecía sin repugnancia á su padre*. Con esto se hizo la boda; pero Avila se encontró poco mas ó menos como antes de casarse. Aquella muger tan hermosa, ó mas bien aquella estatua tan bella que, qual otro Prometeo, se prometia D. Alonso animar con el fuego celeste del amor, no le rehusaba los brazos, porque la Epístola de S. Pablo se lo prohibia; mas permaneció en ellos tan de hielo como antes era. Durante mas de un año apuró en vano Avila, el D. Juan Tenorio del Nuevo Mundo, cuantos recursos pudieron sugerirle el amor propio escitado, los deseos mal satisfechos, su claro ingenio, y la práctica que en galanteos tenia, que era ya consumada. Ni la ternura, ni la esquivez, ni el rigor, ni el halago, ni el lujo, hicieron mella en Elvira.

D. Alonso, bramando ya de ira, acudió, en fin, al remedio heróico, al que suele hacer brotar el amor aun en los mas áridos corazones: á los celos, digo; y tampoco á los celos halló sensible á su muger.

Los desórdenes del marido eran notorios, y doña Elvira no ignoraba ni uno solo de los mas insignificantes pormenores de sus galantes aventuras; pero jamás con él se dió por entendida; nunca, no diremos una queja, pero ni tampoco uno de esos ligeros sarcasmos con que las mugeres mas indiferentes significan que conocen las infidelidades de que son víctimas, salió de aquellos labios, perfectos, pero helados. Siempre cortés, nunca afable, su vida era regular y compasada como el movimiento de un péndulo; el lujo que la opulencia de su marido le permitia y aun mandaba, templábalo su metódica economía; el régimen interior de su casa diera envidia al monástico; y, en una palabra, *frialdad* y *orden*, resumen el carácter y vida de doña Elvira, relativamente á su esposo por lo menos.

Producto y resultado de los antecedentes que dejamos escritos, fue para nuestros dos esposos un estado, mas comun hoy que entonces, intermedio entre el divorcio y la vida conyugal. Doña Elvira ocupaba con sus criadas el piso bajo de la casa; y D. Alonso con las personas de su servicio el superior. Veíanse poco, y tratábanse con mas ceremonia que cordialidad; pero las apariencias del decoro quedaban á salvo, y eso parecia bastante entre gentes que á tal punto eran llegadas.

En tal estado de cosas y con tal muger, comprendió D. Alonso que, de darse por entendido con ella de las harto fundadas sospechas que en su corazon engendrabán los dos encuentros que el lector conoce, habia de suceder infaliblemente una de dos cosas: ó que ella se resolviese á divorciarse de él por completo, para lo cual le sobraban razones y pruebas; ó que se contentase simplemente con encerrarse en su desdeñoso habitual silencio.

En una como en otra hipótesis, amen del escándalo en la primera y del desaire en la segunda, escapábasele

á D. Alonso el asesino de su honra; porque imaginar que Elvira habia de declarar el nombre de su cómplice, fuera notorio dislate; y lo esencial (en las ideas de Avila), lo esencial era comenzar por vengarse en el adúltero amante, sin perjuicio del castigo de la culpable esposa.

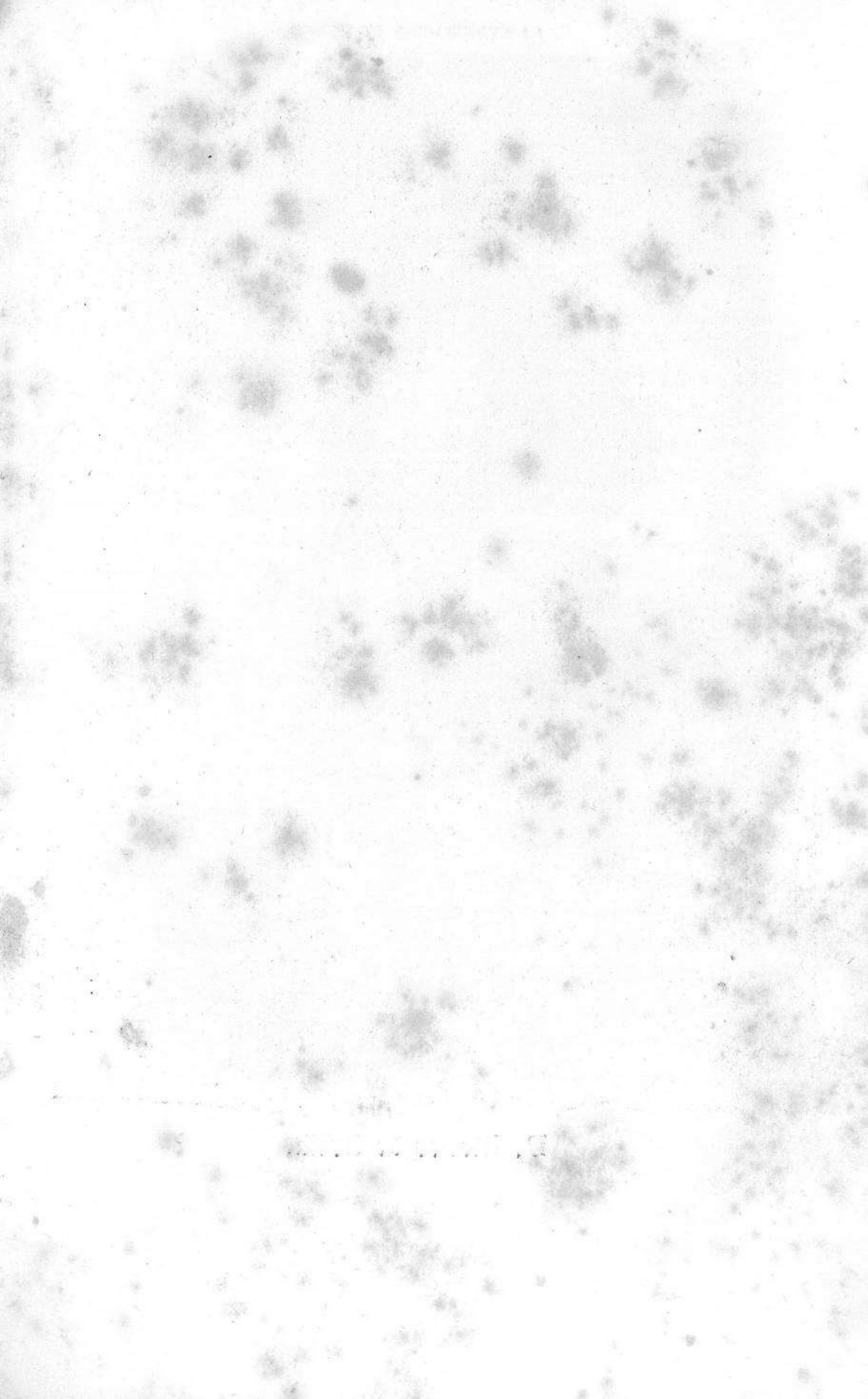
Tomó, pues, sobre sí la no fácil resolución de imponer silencio á su ira inmensa, de no decir una sola sílaba á su esposa, y aun de dejar que corriesen, sin hacer en su vida novedad alguna aparente, cuatro ó cinco dias, para que creyéndole aún ciego los amantes, procediesen como de costumbre lo tenian.

Mas para llevar á cabo su plan necesitaba la cooperacion de segunda persona, porque ya dos veces se le habian huido sus enemigos por una bocacalle mientras él desde la otra los perseguia; y esa persona no podia, no debia ser un criado, tanto por exigir el papel que le destinaba mayor y mas espontáneo esfuerzo del que entonces á la gente comun se suponía, cuanto porque en medio de todo conservaba D. Alonso cierta esperanza remota, vaga, indefinida; pero esperanza al cabo, de que las apariencias le engañasen. Asi es, asi ha sido siempre el corazón del hombre.

Probada ya la necesidad del confidente, justifiquemos la eleccion que D. Alonso hizo de Valdestillas el mozo, considerando la situacion de Avila desde su propio, personal y especialísimo punto de vista.

Amigos valientes le sobraban: la raza española no escaseó nunca los hombres que tratan su vida como si fuera alhaja fácilmente reemplazable; y en Méjico no estaban, ademas, estinguidos, ni mucho menos, el espíritu aventurero, la audacia temeraria, el desprecio á la muerte que caracterizaron á los conquistadores.

Tampoco carecia de amigos de los que se llaman íntimos, unos por la similitud de los caracteres, otros por



LA CONJURACION DE MEJICO.



D. Alonso de Avila.

la antigüedad de sus relaciones; pero este era indiscreto, burlon aquel, los mas gente alegre y regocijada, todos de profesion galantes..... ¿Cómo confiarles secreto de tal gravedad, sin correr el riesgo de que un dicho le comprometiera, una maliciosa sonrisa le agraviase, ó un *tolle-tolle* general le pusiese en ridículo?

A la verdad tenia trato con algunos caballeros de formalidad notoria y discrecion á toda prueba: mas de esos era precisamente de los que menos osaba confiarse; porque la galantería en aquellos tiempos no era incompatible con las enumeradas dotes; y, á juzgar por las apariencias, en la familia de los *mesurados* era precisamente donde Elvira debia de haber elegido su amante.

Entre otros pensó, y con mas fijeza que en ninguno, en D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, caballero de gran linage, y hombre por su reserva notable: pero la fama decia que, abrasado en amores por una dama cuyo nombre era para todos impenetrable misterio, á pesar de sus cuarenta años y de su gravedad, vivia al culto de Citeres consagrado.

«Ese misterio (pensó D. Alonso), las esquisitas precauciones que Bocanegra toma para que sus aventuras sepulte el secreto mas profundo; y el ignorar quién sea su dama yo mismo, yo, que sé de memoria los lances de amor pasados, que conozco los presentes y adivino los futuros: ¿No me están á voces diciendo que ese hombre es el que mi honor me roba?»

Dominado por esa idea, temeroso de todos, desconfiando hasta de sí propio, y en la necesidad, sin embargo, de abrir su pecho á otro hombre, pasó cerca de una semana en ansiedad indefinible, hasta que, al fin, la tarde que precedió inmediatamente á la noche en que á nuestros lectores le hemos presentado, tuvo la feliz ocurrencia (asi lo creyó) de acordarse del jóven Valdestillas.

Este daba entonces su primer vuelo al mundo, sus-

trayéndose apenas á la férula de sus preceptores ; las dotes de su alma noble y candorosa se revelaban sin artificio alguno ; y en su inesperienza era seguro que , lejos de burlarse de la angustia de su amigo , habia de compadecerle hondamente. Era ademas D. Fernando valeroso y discreto ; aún no tenia dama , sabíalo muy bien Avila ; y por consiguiente reunia todas las prendas necesarias para confidente de un marido *presunto infeliz*, y para segundo de un caballero que se proponia esterminar á sus enemigos *in virga férrea*.

Esplicadas las situaciones relativas de los principales actores, tiempo es ya de que al drama volvamos la vista de nuevo.

Al terminarse el diálogo con que dimos fin al precedente capítulo , hallábanse Avila y Valdestillas en una calle á la cual era perpendicular la que el primero habitaba , y á distancia de unos doscientos pasos de su entrada , precisamente en la esquina de otra á aquella paralela. Allí D. Alonso dijo á su jóven amigo:

—Marchad , D. Fernando , por aquí ; dad la vuelta á la manzana ; y colocándoos en la salida de mi calle , impedídsela á toda costa á los que huyendo de mi persona y espada se dirigirán , como de costumbre , por aquel punto. Pésame el comprometeros...

—No prosigais , le interrumpió el mancebo con voz entre iracunda y trémula ; no prosigais , pues ; Viven los cielos ! que aun cuando vos no quisiérais habia yo de acompañaros y serviros en esta empresa con alma y vida.

—Sois el Fénix de los amigos. ¡Ea ! Marchad , y por el cielo santo que no se os huyan los malsines.

—No harán tal , como sobre mi cadáver no pasen.

Con esto y apretarse estrechamente las manos , separáronse los dos amigos : D. Fernando á paso largo , requiriendo ya daga y espada ; D. Alonso con las mismas precauciones , pero con menos prisa , aunque no con mas



sosiego, para dar tiempo á que su segundo ocupase el puesto que señalado le habia.

Era la noche, como creo haberlo dicho, profundamente oscura: la caliente humedad del viento anunciaba una próxima tempestad, y las calles estaban desiertas de gente pacífica.

Cuando Avila juzgó que ya D. Fernando debia de haber llegado á su destino, desembarazóse de la capa echándosela á la espalda, acabó de sacar la espada, y con la daga en la mano izquierda, por medio del arroyo, encaminóse resuelto á su calle y casa.

En la esquina se hallaba el centinela de costumbre que, apenas divisó el bulto, y echando á correr, dió un agudo silbido, el cual, como si eco tuviera, se oyó repetido en la opuesta bocacalle.

Valdestillas que, en efecto, se hallaba ya á la altura conveniente cuando su amigo rompió la marcha, oyó el primer silbido, y distinguió la sombra del que en su esquina lo repetia; pero en vez de verse acometido como lo esperaba, tuvo que seguir al embozado que se internó en la calle de D. Alonso. Nada mas fácil de comprender que aquella maniobra: el principal personage estaba, segun todas las probabilidades, dentro de la calle, departiendo amorosamente con doña Elvira; los dos acompañantes, amigos ó criados que le guardaban las espaldas, al dar el uno y oír el otro la señal de alarma, se replegaban al centro de su línea de operaciones para proteger al que mas importaba; pero si, mientras D. Alonso se presentó solo, les fue útil semejante táctica, porque una vez reunidos los tres, emprendian juntos y sin obstáculos la retirada, desde el momento en que por ambos flancos fueron atacados simultáneamente, no les quedó mas arbitrio que el de acudir á las armas.

Y en efecto, mientras Avila en voz de trueno clama-

ba: *¡Sus! A ellos D. Fernando!!*—y el mancebo le respondia:—*¡Qué mueran ó se rindan!*—los tres incógnitos, desnudando con presteza los aceros, y agrupándose de espaldas unos á otros, se ponian resuelta y silenciosamente en defensa.

No omitamos una circunstancia importante: abierta estaba la reja, iluminada la estancia de doña Elvira, y ella detras de los hierros escuchando, ya que viendo no era posible, la escena de la calle con serenidad impávida.

Viéronla nuestros dos amigos, y á entrambos llenó de asombro tan pasmosa sangre fria, tan inverosímil cinismo; pero como la ocasion requería mas la obra de las manos que las consideraciones del entendimiento, despues de un instante de inevitable indecision, acometieron denodadamente á sus tres adversarios. Resistiéronse estos con valeroso esfuerzo, y con la ventaja ademas de una espada, pero sin proferir un solo acento; y como ni D. Alonso, ni don Fernando, ni doña Elvira, movian tampoco los labios, al que súbito contemplara aquel combate, pareciérale cosa de encantamento mas que efecto de humanas pasiones.

Desde los principios de la lucha comprendieron Avila y Valdestillas que las habian con caballeros tan diestros en el manejo de las armas, tan serenos en el peligro, como ellos mismos: porque ni bravos, ni mercenarios, guardarán riñendo tan profundo silencio, ni esgrimieran los aceros con el conocimiento del arte y menos con la nobleza en el ataque y defensa que ellos lo hacian.

En la penumbra que el dudoso resplandor de una sola lámpara de plata producía en la estancia de doña Elvira, dibujábase severa y magestuosa la figura de aquella dama, pálida como un cadáver, inmóvil como una estatua, impasible como el Destino: tales nos pinta la escandinava mitología á sus sombrías deidades, apare-

ciéndose en la atmósfera, oscuramente luminosa, de la luna en noches tempestuosas.

A los tres minutos de combate un ¡Ay! casi indistinto, y el sordo golpe de un cuerpo que al suelo caía, revelaron que ya el acero había hecho fructuosamente su oficio; y, en efecto, uno de los tres enemigos de don Alonso cayó herido por la espada de D. Fernando.

Entonces la esposa de aquel, no sin vacilar antes mas de una vez, llevóse á los labios el silbato de plata que pendiente de una cadena de oro llevaba al cuello, y era prenda que entonces suplía á nuestras modernas campanillas para llamar á los criados. Tres veces en tono agudísimo y particulares notas hirió al aire el son del silbato.

—¡Elvira!!! Esclamó al oirlo, en voz ronca de indignacion, uno de los dos combatientes contrarios de Avila; y este dijo al mismo tiempo á su segundo:—« ¡Vitor, mancebo esforzado: ahora ya somos tantos á tantos!»

Doña Elvira, mientras los de la calle esgrimian sin descanso las armas, repitió hasta dos veces mas sus tres silbidos, que eran, á no dudarlo, señal convenida, aunque por ahora no sepamos con quién, y fueron alarma para los criados de su casa, pues que despertando sobresaltados, comenzaron á dar tales voces como si ardiese el barrio entero. Al mismo tiempo por entrambas las bocas de la calle acudieron armados y presurosos, en número próximamente de doce, varios desconocidos.

Hasta aquel momento los dos enemigos de D. Alonso habíanse limitado á la defensa de sus vidas, mas al ver ya herido de gravedad, al parecer, á su compañero, al oir las voces de los criados, sentir los pasos de los que llegaban, y advertir que con luces comenzaban á asomarse á rejas y balcones los vecinos, comprendiendo sin duda que era llegado el momento de poner término á tal conflicto, hiciéronse á su vez agresores, y con tal denue-

do , con habilidad tan consumada en el manejo de las armas, que nuestros dos amigos hubieron menester toda su destreza y serenidad para no sucumbir en el acto. Instantánea pero terrible fue la crisis: su término el mas inesperado de los desenlaces. La espada del que con don Alonso reñia, manejada por un brazo de vigor extraordinario, en un mismo golpe desarmó al esposo de Elvira, y atravesando el recio colete como si un delgado papel fuese, hizole sentir su helado contacto en el pecho. Caer D. Alonso herido á tierra; sentirse D. Fernando levantar del suelo por dos férreos brazos que le arrebataron tan fácilmente como el huracan á las secas hojas por el suelo esparcidas ; llegar los desconocidos todos espada en mano al lugar del combate; decirles el vencedor de Avila: «*Ya es inútil: retirarse;*» y oirse una voz que clamando: *La justicia , la justicia!*» hizo el mismo efecto en combatientes y curiosos que causa la esplosion de un tiro en una banda de palomas, todo fue obra de un instante.

D. Fernando, á quien las armas se le cayeron de las manos en el momento en que su invisible conductor se apoderaba de él , iba , haciendo inútiles y desesperados esfuerzos para desasirse de las garras que aquel que llegó á juzgar demonio, por las calles de Méjico, y llevado sin saber á donde; los vecinos retiraron luces y personas de las ventanas ; los desconocidos, llevándose el cuerpo ó el cadáver de su compañero , huyeron de la calle; doña Elvira cerró su ventana; y al llegar, porque en efecto la justicia acudia, al llegar, decimos, *Manuel de Villegas*, alcalde ordinario de la ciudad, con *Juan de Samano* su alguacil mayor, solo encontraron al infeliz D. Alonso de Avila en su propia sangre bañado ; porque sus criados, gritaron sí , mas no pudieron acudir en su auxilio , por hallarse cerradas las puertas de la casa, no parecer entre ellos las llaves, y haberles faltado el tiempo necesario para pedírselas á doña Elvira.

## CAPITULO V.

### MUTACION DE ESCENA Y PERSONAS.



A misma noche del 23 de abril de 1566, en que tuvieron lugar las ocurrencias que referidas dejamos, y poco mas ó menos mientras aquellas pasaban, comenzaron á reunirse en los salones de la casa, ó mas bien palacio, del Marqués del Valle de Guaxaca, algunas y principalísimas personas de Méjico, que componian la habitual sociedad del hijo legítimo y sucesor de Hernan Cortés, y de su esposa y sobrina la señora doña Ana Ramirez de Arellano:

Era el Marqués á la sazón un hombre de treinta á treinta y cinco años, parecido á su ilustre padre, mas

como la traduccion en prosa se parece al original poema; soldado valiente, pero sin genio; aunque gran señor por su nacimiento y en sus maneras, hombre de los comunes en los pensamientos y preocupaciones; caballero por orgullo, y liberal por ostentacion; ambicioso de honores mas que de gloria; y de aquellos, en fin, que imaginan haber hecho de mas, por sí y por el mundo, con tomarse el trabajo de nacer y vivir. Crióse en Castilla, sirvió en sus mocedades en Flandes, y habiendo allá alcanzado la graduacion de *Maestre de Campo*, equivalente á la actual de nuestros Generales, y mas importante por menos prodigada, casóse con doña Ana, hija de un pariente de su madre doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga, y se retiró á Méjico poco antes de la época á que en este cuento nos referimos, para gozar en paz de la consideracion y riquezas que, á costa de heróicos esfuerzos é increíbles hazañas, conquistó su glorioso padre.

¿Es ventura ó desdicha hallarse el hombre así colocado en una posicion tan superior á sus propios merecimientos y personal capacidad? Para el necio, declaradamente necio, no hay desdicha posible mientras come y bebe; mas para esas inteligencias medias que entreven lo grande sin llegar á comprenderlo, que sienten su pequeñez sin acertar con los medios para ilustrarse, páreceme que la opulencia y la grandeza deben ser pesada carga. Eso no obstante, como el pasarlo bien será siempre el medio menos malo de pasarlo mal en este mundo, la verdad es que los caprichos de la fortuna, cuando injustamente eleva á alguno, son fatales realmente, no para el elevado, sino para aquellos que de él dependen, que en él esperan, y que su yugo moral ó efectivo á quebrantar no aciertan, ya por propio interés, ya por invencible afecto.

Tal era el caso para muchas personas en Méjico con

el Marqués del Valle : su nombre representaba allí una gloria reciente y mal pagada ; su persona era una especie de animado monumento de la conquista ; y si, como á la columna de Trajano, como á todos los trofeos posibles , le faltaba el fuego sacro , su sola presencia bastaba á encenderlo en muchos corazones , y servia de pretexto á los ambiciosos para esplotar el comun descontento.

Bandera mas que gefe de un bando , complacianle los honores que se le tributaban, y ante sus contrarios, justo es decirlo, representaba su papel digna y noblemente ; pero en la intimidad con los suyos disimulaba mal cuán pesadas le eran las contradicciones inseparables de toda lucha, y por pereza ó debilidad, ya que no abandonase el baston de mando , asíalo floja y negligentemente. En medio de eso, quisquilloso en puntos de etiqueta, como todo hombre de pocos alcances, no toleraba que se le faltase en lo mas mínimo á los ceremoniosos respetos que creia serle debidos ; y con dejarse las mas veces guiar por sus áulicos y consejeros, afectaba con ellos mismos en ademanes y palabras, una superioridad de que estaba muy lejos.

Doña Ana, su esposa, era una muger principal , como las mas de las principales de su época: ignorante, devota, de modales aristocráticos, entendimiento natural ni grande ni escaso , condicion altiva aunque piadosa,

*« Y hermosura para el gasto,  
» De su marido no mas , »*

como ha dicho cierto poeta. Jóven ademas y recién casada á la sazón , resentíase de cierto encogimiento que las mugeres solo pierden cuando , al pasar de capullos á desarrolladas flores , va el velo del pudor desvaneciéndose en su espíritu.

En el momento en que ante el lector la presentamos,

hallábase la Marquesa en el sexto mes de su primer embarazo, abultada con exceso, y torpe y desazonada en consecuencia.

No crean los que en estas líneas fijen su atención, que en el siglo XVI eran las tertulias diarias una costumbre admitida como en nuestros días. Los castellanos, en siete siglos de continuas luchas con los hijos del desierto, habíanse contaminado con muchas de sus preocupaciones, y admitido no pocos de sus hábitos, así como los moros, á su vez, tomaron algo de lo bueno y bastante de lo malo de los cristianos. Así en Castilla las casas particulares y el método de vida de las mugeres se resintieron no poco del régimen del *Harem* musulmán, y en Granada el *Harem* abrió sus celosías y relajó su claustral rigor para asemejarse á las mansiones de Toledo y Burgos. En resúmen: las damas españolas, cuanto más nobles y ricas, más retiradas vivían, por lo menos en la apariencia. Cuando no las arrastraba el coche, ó la silla de manos las trasportaba, un negro y tupido manto las envolvía en la calle; la Dueña y el Escudero eran de rigor en su acompañamiento; la morisca celosía interceptaba en sus ventanas los rayos del sol, ya que no el billete ni la persona, á veces, del amante: las visitas, fuera de los casos de solemnidad de antemano prevista y arreglada, eran entre mugeres sin mezcla de galanes; y, en una palabra: solo á hurtadillas en calles y paseos, solo de contrabando á la entrada ó salida de la iglesia, solo con riesgo del crédito en el terrero nocturno, se trataban los dos sexos fuera de la corte ó de los saraos de grande importancia.

La reunion, pues, ó la tertulia de los Marqueses del Valle, era una novedad novísima y audaz por ellos introducida en Méjico; novedad que acaso no osaran intentar ellos mismos en Castilla; y novedad, en fin, que servía de arma á los del contrario bando, de motivo de sospecha á los gobernantes, de causa de escándalo á los espí-



ritus timoratos, de perjuicio á las casas de *Conversacion* (*casinos ó clubs* de la época), y de gran contentamiento á los jóvenes de la nobleza en el bando del Marqués afiliados.

D. Martin Cortés, como ya dijimos, habia servido en Flandes en sus mocedades, y añadiremos ahora que conocia tambien la Italia y la Francia. De los Tudescos aprendió á comer y beber como la sobriedad castellana no consentia mas que á los magnates que todo pueden osarlo; de los italianos tomó aficion á la música, al campo y á las fiestas nocturnas: de los franceses, en fin, el amor á la sociedad culta, al trato fácil y elegante. Con tales inclinaciones, una vez en Méjico donde su posicion era casi régia y, por tanto, permitia sacudir hasta cierto punto el yugo de las vulgares preocupaciones, montó su casa como la de un príncipe, dió en ella suntuosos banquetes y espléndidos saraos, tuvo fiestas de campo que deslumbraron á la muchedumbre, y estableció, por último, la diaria tertulia que ha de ocuparnos.

A ella, por decontado, no era admitido el *comun de los fieles*, sino los predilectos por su importancia aristocrática, ó su popularidad notoria, ó su celo fanático por el bando; y en ella no reinaban, por cierto, la franqueza urbana, la cordialidad cortés que hoy en alguno que otro privilegiado salon madrileño.

Nada de eso, lectores míos: en aquel tiempo cada cual representaba lo que era, no era ni mas ni menos de lo que representaba, y lo era y lo representaba desde que á la luz abria los ojos por la mañana, hasta que por la noche de nuevo se arrojaba en los brazos del sueño. Ahora nosotros consideramos que cada ciudadano tiene dos entidades: una *oficial* que le sirve para desempeñar en el Estado ciertas funciones, otra *social y real* dependiente exclusivamente, supuesto ya su ingreso en la sociedad culta y los medios de fortuna necesarios para sos-

tenerse en ella , de su ingenio , educacion y buena suerte. Pero en el siglo XVI ser marqués no era nunca , en ningun caso , lo mismo que no serlo : el tratamiento , el paso , el asiento , eran accidentes esenciales é inseparables de la persona ; y la etiqueta dominaba en los actos mas íntimos de la vida , como en las ceremonias de la corte.

Por eso el magnífico salon en que los marqueses del Valle recibian , adornado con el gusto caprichosamente clásico de la época del renacimiento , estaba dividido en dos partes desiguales : la mayor , desde la puerta de ingreso , á los pies de él , hasta los dos tercios de su longitud total , enlosada de jaspes indígenas de extraordinaria belleza , y con taburetes rasos por asientos. En cuanto á la menor , el *estrado* , merece la pena de que para ella hagamos párrafo á parte.

Una tarima , elevada poco menos de media vara sobre el nivel del piso del salon , con dos grádas de longitud igual á la anchura de este para facilitar el ascenso á ella , defendida por una barandilla de plata maciza y cincelada por algun discípulo ó émulo de los *Arfes* de Córdoba , y cubierta con ciertos *Petates* ó esteras de paja y pluma , labrados con primor tan esquisito que los ojos y aun las manos se engañaban creyéndolos de fina seda , constituia la esencia del estrado , parage reservado á las divinidades de aquel templo , y á los visitantes de alta esfera ó en extremo favorecidos. Todo al rededor de los muros corrian pilas de morunos almohadones , en damasco de seda aforrados , que servian de asiento y respaldo á un tiempo , y de cómodo lecho servir pudieran tambien en caso necesario.

En el testero del salon y estrado un gran cuadro , de mano maestra por cierto , representaba , revestido de su armadura , con el baston de mando en la diestra , descubierta la cabeza , y la mano izquierda apoyada en la ci-

mera del casco, que sobre un mapa de Nueva España se figuraba sobre una mesa, al gran Conquistador de Méjico, ya nevado el cabello, ya de profundas arrugas surcada la egrégia frente, pero siempre con aquella mirada limpia, serena y trasparente, de águila imperial, siempre con aquella simpática espresion en el rostro que cautivaba á cuantos le conocian. A la derecha del de su padre estaba el retrato del Marqués, tambien armado, mas á la Chamberga; y á la izquierda otro, tan parecido al de Hernando, que sin la diferencia de los años, y la *barra de bastardía* que el blason de la casa cruzaba, fuera fácil confundirle con aquel. Era el último el retrato de D. Martin Cortés, el hijo de Marina, ya caballero del hábito de Santiago, comensal y amigo, ademas, de su menor y legítimo hermano.

D. Martin hubiera sido un fiel trasunto de aquel á quien el sér debia, si la sangre mejicana de su madre no le diera mucha mas reserva, mucha menos expansion, mas gravedad aparente, menos vuelo en la fantansía que tuvo el ilustre estremeño. Callado, grave, paciente como indio; altivo, esforzado, perseverante como castellano, mirábanle igualmente bien los indígenas, los mestizos y los castellanos. Su tierna madre le habia educado en sentimientos de amor y respeto á Hernando, tan profundos, tan intensos, que frisaban en los límites de la idolatría; y asi D. Martin recibió como graciosos dones las pocas muestras de deferencia paternal que debió al Conquistador, en sus últimos años con esceso aristocratizado, y como vergonzoso de las aventuras galantes de su juventud y edad madura, D. Martin, fiel administrador del Marqués durante su ausencia, sin esfuerzo, sin trabajo alguno, se convirtió desde la llegada de aquel en una cosa como un primer ministro, ó si tan alto no queremos volar, algo como gran senescal, ó mayordomo mayor de su palacio. Por su parte el Marqués, cuya índole era no

ble y buena , viendo á salvo el respeto debido á su persona y posicion, trataba y queria, en efecto, al hijo de la *Lengua*, como á los vínculos del estrecho parentesco que los unia era en razon debido.

Otro retrato del Marqués, y al lado el de su ilustre esposa, figuraban (volviendo al salon) en el lienzo izquierdo, mirando al estrado, y por tanto delante de los balcones abiertos en el derecho, y que caian sobre la plaza mayor frente á la iglesia catedral.

He dicho que en derredor del estrado corrian pilas de almohadones, mas conviene advertir aquí dos circunstancias, á saber: primera, que habia ademas algunas sillas y taburetes sueltos para las visitas; y segunda y principal, que bajo del retrato del gran Cortés que, á su vez, se hallaba só un pabellon que pudiera pasar por régio dosel sin grandes esfuerzos de imaginacion, figuraban dos magníficos sitiales, esto es, sillones con banquillos y almohadas á los pies, aquellos cubiertos con paños de seda, y de terciopelo los últimos.

Conviene fijar un poco en esto la atencion; porque, si hoy cada cual es dueño de arreglar su casa como le parece, y disponer para su persona, si á mano viene, un altar con tabernáculo, salvo el pasar por loco; en los dominios del rey *Prudente* era cosa peligrosísima, en vida de aquel monarca poco amigo de burlas, darse mucha importancia sus felices vasallos. Y, para decir verdad, dos sillones de madera preciosa, tallados como por *Berruguette*, con dorados adornos enriquecidos, con franjas y pasamanos tambien de oro en los asientos; los banquillos cubiertos, y encima las almohadas de terciopelo, cada cual con sus galones y borlas de aureo hilo igualmente; y todo eso sobre un estrado como aquel, y bajo el pabellon que hemos dicho, constituian un aparato que se parecia lo bastante al régio sólio para que un inocente se

engañara á primera vista, y un esbirro lo esplotase despues de bien considerado.

El alumbrado del salon consistia en bujias de esperma, cuya luz se reflejaba en cornucopias con venecianas lunas enriquecidas; y en los dos ángulos opuestos á los del estrado ardia en braserillos de oro la aromática goma del *Copalli* (*copal* la llamaban los castellanos), embalsamando suavemente la atmósfera con sus exhalaciones.

Sentada la Marquesa debajo precisamente de su propio retrato, conversaba con dos damas que á su lado tenia: la de su derecha, jóven de pocos abriles, graciosa trigueña, en cuyos negros ojos brillaba la fosfórica llama de sus nacientes pasiones; la de la izquierda una muger que pasaba de los veinte y cinco años, de belleza indisputable, pero revelando en la aguileña forma de su nariz, como en el concentrado fuego de sus penetrantes miradas, un alma volcánica, un corazon enérgico, un carácter incapaz de yugo alguno.

Llamábase la primera *Leonor*, era andaluza, y aún no habia mes y medio ó dos meses que á Méjico llegara, recién casada con Juan de Sarmiento, hidalgo ya sexagenario y antiguo capitan de caballos en Flandes, donde tuvo grande amistad con el Marqués del Valle. La razon que á pasar á la Nueva España le movió fue que en la antigua tenia Leonor, antes de casarse con él, cierto galan de pocos años y muchas gracias, á quien los padres de la doncella no quisieron dársela porque era pobre; y como á Sarmiento no se le ocultaban sus muchos años, ni la juventud de su esposa, creyó conveniente interponer los mares entre ella y su barbilindo antecesor. Obtuvo, pues, de la Corte que sobre las cajas de Méjico se le consignase la módica pension que cuarenta años de buenos servicios le habian valido, y confiado ademas en el favor del Marqués, dió consigo y con la linda andaluza en la América del Norte. El hijo de Hernan Cortés

le recibió con cordial agasajo y particular distincion , y como marido y muger eran, cual entonces se decia, de buen linage , fue la última sin dificultad admitida en la sociedad de la Marquesa.

En cuanto á la segunda de las damas de que queda hecha mencion , diremos que su nombre era el de *Catalina*, y su marido *Juan Ponce de Leon*, un caballero de gran familia, y *Encomendero* del pueblo de *Acama*, que quiere decir tanto como su señor vitalicio.

Pasando ahora á los hombres, el Marqués, en cuerpo y descubierta la cabeza , paseábase fuera del estrado, llevando á su derecha un eclesiástico y á su izquierda un seglar. Era aquel *D. Juan Chico de Molina*, Dean de la Santa metropolitana iglesia de Méjico , sacerdote con algo mas que asomos de profano , persona de buen diente y cabeza á prueba del zumo de la vid, decidior entre hombres, galan á lo teólogo con las damas , flexible , astuto , ambicioso , y ocultando bajo frívolas apariencias profundos designios.

En el seglar cualquier mejicano de la época hubiera desde luego reconocido á *D. Luis de Castilla* , uno de los caballeros mas ricos y poderosos de aquel Reino; pero solo tratándole con intimididad era posible descubrir bajo la helada corteza de su ceremonioso compasado aspecto , todo el calor que su alma atesoraba , todos los altos pensamientos que en su cabeza fermentaban. Aquellos dos hombres eran para el Marqués , despues de su hermano *D. Martin*, absolutamente indispensables; ellos puede decirse que le gobernaban , pero como el vasallo á su señor , salvando siempre las apariencias de la su-mision , guardando escrupulosamente las reglas de la etiqueta.

El eclesiástico vestia sus manteos de sarga de seda; *D. Luis* el traje severo del tiempo de Felipe II , cuya descripcion omitimos por innecesaria; el Marqués, afec-

tando siempre los hábitos de soldado, y usando de la libertad de un príncipe en su casa, iba de color á la flamenca.

Aquellas seis personas, dispuestas, como queda dicho, en dos grupos, el femenino en el estrado, y paseándose sobre el resbaladizo jaspe del pavimento el de los hombres, componian la tertulia y conversaban en voz baja en el instante en que rogamos al lector nos siga invisible, como el autor, á escuchar su plática.

—Por mas que otra cosa pretendais, señor Dean (decia el Marqués entre mohino y dudoso), lo que habemos de hacer es conformarnos con la suerte, y dejar que el *Doctor Ceinos*, el *Doctor Villalobos* y el *Doctor Orozco*, gobiernen el Reino segun mejor les parezca.....

—Pero, señor Marqués, replicó el Dean.....

—No hay *pero* que valga: eso hacen desde el año pasado de 64 en que murió el Virey D. Luis de Velasco (Dios le tenga en su gloria); y eso harán hasta que el Rey nombre quien le reemplace.

—Sí harán, interpuso gravemente D. Luis de Castilla, sí harán los señores de la Audiencia, amen de humillar á la nobleza, y oprimir á los pecheros, y vejar á los indios, y escarnecer la memoria y descendencia del Conquistador inmortal...

—¡Por el alma de mi ilustre padre! (esclamó colérico el del Valle) que si de otros labios que de los vuestros saliesen tales palabras, habian de costarle muy caras al que las profiriese en mi presencia.»

Hizo Castilla como si no hubiera oido, y el Dean, tomando de nuevo la palabra con una sonrisa indefinible, dijo:

—Pues, señor Marqués, ya que no en presencia de vueseñoría, al menos en la Audiencia y en la plaza, donde puedan oirlo muchos, y repetirse en todo el Reino, los Oidores no se muerden la lengua para decir en voz

alta que se engaña el Marqués del Valle, si presume que la vara de la justicia no alcanza hasta su cabeza.

—Dean, la justicia no tiene que hacer con un caballero tan fiel súbdito como yo lo soy del *Rey nuestro señor*.

—La justicia suele ser muchas veces la injusticia; y Felipe II está muy lejos de Nueva España para gobernarla bien. Ahora no tiene Méjico mas Rey que la junta de esos tres *sopistas capigorrones* que, salidos del polvo, quieren hacernos pagar á todos su inesperado engrandecimiento. Marqués, aquí no hay medio, ó doblar la cerviz ante la vara de los Doctores, ó... ¿Por qué he de decirlo yo, si vos no quereis oirlo?»

Al terminar D. Luis esas palabras, pronunciadas en voz baja, pero con enérgico persuasivo acento, el Marqués que estaba como en brasas, escuchando tan peligroso discurso, destacóse súbito del grupo de los hombres y encaminóse al de las damas.

Castilla, mirándole ir con lástima y desprecio, dijo al Dean:

—«¡Es inútil! ¡Tiempo perdido! ¡Ah, si ese hombre tuviera los alientos del Bastardo, ó el Bastardo fuera legítimo.....!!!»

—Tambien ese deseo es inútil, contestó imperturbable el clérigo; hay que tomar los hombres y las cosas como son. El entrará por vereda: la grandeza de nuestro plan le perturba el ánimo y ofusca los sentidos; pero cuando, poco á poco, le vaya perdiendo el miedo, vuesa merced verá que será preciso contenerle.

—¡Quizá! ¡Dios nos libre del valor de un cobarde!

—Silencio, D. Luis, no manchemos nuestra propia bandera.»

Mientras los diálogos escritos tenian lugar, versaba el de las damas sobre cosas propias de su sexo; pero si la Marquesa las trataba, por decirlo asi, de buena fé y con toda su alma, era fácil advertir que sus dos in-



terlocutoras hacian visibles y no siempre útiles esfuerzos para dominar su distraccion y preocupaciones.

Leonor se movia de continuo en su almohadon, sin hallar postura que le conviniese, y daba tales vueltas á su abanico, que las aspas de un molino de viento pudieran envidiarle la ligereza.

Catalina, mas dueña de sí misma, pero tambien mas profundamente afectada, mordíase los delgados labios hasta hacerse sangre, volviendo como á su pesar y repetidas veces la vista hácia la puerta, cual si esperase á persona determinada.

En tal situacion se hallaban las damas, cuando el Marqués se llegó á ellas con aire altaneramente galan y protectora cortesía, diciendo:—Quisiera saber, señoras mias, de qué grave asunto tratan.

—¿Y quién le ha dicho al Sr. Marqués, contestó la andaluza, que tratamos de asuntos graves?

—El Marqués (repuso este, que lo que deseaba era una conversacion cualquiera para ponerse á cubierto de las saetas del Dean y de las apasionadas razones de Castilla), el Marqués lo presume, bella Leonor, por el secreto con que ve hablar á las damas.

—Con eso no diréis de aquí en adelante, se dignó esclamar la ilustre doña Ana, que las mugeres somos indiscretas y alborotadoras.

—Nunca tal dije de vos, esposa y señora.....

—¿Con que las demas.....? Preguntó, en son de picada y haciendo un gestecillo hechicero, la bella Leonor.

—Ni de vos, bella niña, prosiguió el Marqués, ni mucho menos me atreviera á decirlo de mi señora doña Catalina, que todavía no nos ha favorecido esta noche con sola una palabra de sus bellos labios.»

En efecto, doña Catalina completamente abstraída en sus propios pensamientos, ó tal vez dominada por al-

guna involuntaria preocupacion, estaba, como vulgarmente se dice, á muchas leguas de la tertulia y estrado de los Marqueses del Valle ; pero volviendo en sí, á la manera de quien de un pesado sueño despierta, exclamó :

—¿Qué deciais, Sr. Marqués ? Perdonadme, pero estaba tan distraida.....

—Cabalmente eso decia, señora ; que esta noche vuestro hermoso cuerpo con nosotros está, pero el alma vagando por los espacios imaginarios.

—Doña Catalina, interpuso el Dean, que con Castilla acababa de subir al estrado, tiene siempre tan altos pensamientos que apenas se digna fijar la vista en nosotros, pobres mortales.

—Por Dios, Sr. Dean (replicó la interpelada, siempre con los ojos fijos en la puerta), que tenga vuesa merced caridad con una pobre muger.....

—¡Oh! Eso de pobre, dijo entonces D. Luis, mas por decir algo que porque la conversacion le interesase mucho ; eso de pobre no pasa, señora mia, que pocas en Méjico, fuera de las damas presentes, os igualan en belleza, que es el tesoro de las mugeres.

—¡Vitor por D. Luis! gritó el Marqués, gozoso con el giro que la plática tomaba. Miren si es galan y en el decir ingenioso, á pesar de su aire á veces adusto y siempre grave.

—Mas á todo esto, dijo la Marquesa, aún no sabemos lo que tiene á nuestra doña Catalina tan pensativa.

—Y con la vista siempre clavada en la puerta, añadió maliciosamente la trigueña andaluza.»

El efecto que en Catalina produjo tan brusco y directo ataque debió de ser grande, á juzgar por la palidez mate que cubrió instantáneamente su rostro, por el trémulo involuntario movimiento de sus blancos y sutiles labios, y por la mirada de vívora herida que lanzó á

Leonor, la cual le hizo frente con una sonrisa que pudiera envidiar la Esfinge misma.

Aquellas dos mugeres, adelantada la una en la carrera de la vida, pisándola apenas la otra, se habian adivinado mas bien que conocido; aquellas dos mugeres, entre las cuales no mediaron, hasta el momento á que con nuestro cuento hemos llegado, mas relaciones que trocar pocas veces la palabra entre sí, y eso en presencia de tercera persona, y de cumplimiento, se sabian la una á la otra de memoria, apreciaban con exactitud sus respectivas fuerzas, y se detestaban con toda el alma. ¿Cómo? ¿Por qué? Ellas mismas, aunque lo intentasen, no pudieran decirlo. En la muger hay mas de sensibilidad, de instinto, de intuicion, por decirlo asi, que de raciocinio y reflexion: la muger ama ó aborrece, rara vez estima ó desprecia; sus pasiones no están por regla general sujetas á cálculo; y en cambio todos sus cálculos son apasionados.

Mas, como quiera que fuese, el hecho es que la mirada de Catalina, y la sonrisa de Leonor, equivalian, y para ellas por lo menos equivalieron entonces, á una formal declaracion de guerra, y de guerra á muerte; pero, por lo mismo, entrambas pusieron cada cual su cara la mas amable, buscaron entre los tonos de sus respectivas voces el mas suave y melodioso, para continuar la conversacion pendiente.

—¿En qué pienso, y por qué miro tanto á la puerta, se me pregunta? Dijo la muger de Ponce: voy á confesarlo. Pensaba en que ya se avanza la hora, y faltan los mas de nuestros amigos.

—Cierto, faltan casi todos, exclamó no sin visos de recelo el Marqués. Castilla y el Dean cambiaron una mirada de inteligencia; y doña Catalina prosiguió:

—Ni vuestro hermano D. Martin, ni Carvajal, ni Estrada, ni Cabrera, ni Córdoba, ni.....

—Es decir, ninguno de *nuestros* amigos, interrumpió apresuradamente el Marqués, ocultando el rostro al examen de la impávida dama, cuyos ojos se fijaban malignamente en él al hacer su enumeracion; y ella entonces encarándose con Leonor, como un duelista cuando se prepara á tirar á fondo la estocada predilecta, añadió:

—Sobre todo echo de menos al galan de los galanes.....

—¡Ah! no pudo menos de esclamar la andaluza, cuya estremada juventud carecia aún del aplomo necesario en lides tales como la que imprudentemente habia provocado. Su enemiga, aprovechando diestra la ocasion, continuó diciendo:

—Y no soy yo sola quien le echa menos ¿No es cierto, doña Leonor?

—Yo, señora, no sé de quien hablais.

—¡Ah! ¿No sabeis de quién hablo? Pues voy á deciroslo.

—No digais, no digais, interpuso el Dean: el galan de los galanes no puede ser otro que *D. Alonso de Avila*.

—Precisamente, contestó Catalina, guiñando graciosa é imperceptiblemente el ojo izquierdo, para que los circunstantes fijaran la consideracion en la grana que teñia las mejillas de Leonor, porque todavía en ella la sangre ejercia su natural oficio. Sin embargo, eran tan felices las disposiciones de la jóven esposa del anciano Sarmiento, que recobrando su serenidad en breve tiempo, lanzóse resueltamente á la arena de este modo:

—Cierto que *D. Alonso* parece galan, pero no es extraño que mi inesperienza no le reconociese aún por el retrato que de él se hacia, aunque debe de ser exacto saliendo de mano tan experimentada y diestra como la de *nuestra* doña Catalina.

—En vos, Leonor bella, replicó la de Ponce de Leon, la natural perspicacia del ingenio suple ventajosamente á los *pocos años* que de ventaja os llevo.

Parecióle al Dean, único hombre que á la sazón quedaba en el grupo de las damas, habiéndose Castilla de nuevo apoderado del Marqués, que la conversacion tomaba un giro peligroso; y deseando por razones obvias que la discordia no penetrase bajo forma alguna, y menos que en otra cualquiera en la de muger hermosa, en el bando del Marqués del Valle, creyóse en el caso de terciar, diciendo:

—¡Válate Dios por niñas, y que poca consideracion tienen con los que ya doblamos el cabo de la vida! ¿Quién habla de años, señor, en presencia de un hombre, que si no es viejo, tampoco mozo, ni mucho menos? Pero el hecho es que esta noche estamos demasiado solos para que sea sin causa.

—Habránse entretenido en la *Conversacion*, con el juego; dijo la Marquesa.

—Alguno se comprenderia, pero todos es imposible, contestó Catalina, cada vez mas pálida, cada vez mordiéndose los labios mas sin misericordia.

—Ya lo oís, Marquesa, exclamó la andaluza; doña Catalina sabe que es imposible que *todos* se hayan olvidado de nosotras para atender al juego; lo cual prueba que le consta que *alguno*.....

—¿Y quién, señora, si os place? Replicó Catalina irguiendo el cuello como el áspid á quien oprime planta imprudente.....

En el mismo instante un lacayo del Marqués, abriendo de par en par las puertas del salon, como solo se hacia entonces para los personajes de mas importancia, dijo en voz sonora:

—¡D. Martin Cortés!

Los del estrado volvieron la vista al hijo de doña Marina que, con paso grave, pero con semblante alterado se les acercaba; el lacayo volvió á decir:

—D. Martin Suarez de Monroi!

Un caballero de bello aspecto y digno porte, pero ya en las canas denunciando que contaba mas dias que medio siglo, entró en pos del hermano del Marqués; y el lacayo por tercera y entonces última vez dijo:

—D. Bernardino Pacheco de Bocanegra!

Entró el anunciado, cerráronse las puertas del salon, y mientras todos miraban á los recién llegados, doña Catalina, roja como una amapola, procuraba ocultarse el rostro con el rico pañizuelo que en las manos llevaba.

## CAPITULO VI.

EN EL CUAL HALLARÁ, QUIEN LO LEYERE, QUE SE VA TRABANDO LA  
MASA GRADUAL Y SUCESIVAMENTE.



A vida la pasan en conversacion todos aquellos de entre los humanos á quienes no condena su mala suerte á improbo manual trabajo, y aun los últimos tambien hablan mientras trabajan; por manera que, descontando á los sordo-mudos....— pero tampoco á estos, pues se entienden por señas—resulta que el hombre pasa la vida en conversacion; y cuando eso digo del hombre, figúrese el lector lo que pensaré con respecto á la bella mitad de nuestro feísimo sexo.

Repito, pues, que la vida es una conversacion, y añado que, como una novela no viene á ser, ó no debe

ser por lo menos, otra cosa que un verosímil remedo de la vida de ciertos personajes, ya históricos, ya parto exclusivo de la fantasía de su autor, quien escribe novelas hace conversaciones, compone dramas; y se sigue que la novela es un drama que solo se distingue de los que en público teatro se representan, en lo complicado y vario de la accion, lo largo del tiempo, el mayor número de actores, la libertad en los episodios, y sobre todo en que la estension de las *acotaciones*, es decir, la *narracion*, escede en general al diálogo.

Paréceme que he razonado bien, tan bien como si fuera abogado, que no lo soy por desdicha; y partiendo de las premisas que sentadas dejo, concluyo que, habiendo de referir á mis lectores una larga conversacion entre muchas personas, las reunidas en el salon del Marqués del Valle, tengo por preferible la forma puramente dramática á la ordinaria de la narracion, en la cual no me es posible desaparecer tan completamente de la accion que refiero como yo quisiera y á la ilusion conviene, y por otra parte habria de repetir incesante y moleestamente las inevitables frases de *dijo fulano*, *replicó mengano*, *esclamó aquel*, *interpuso éste*, etc., etc.

En consecuencia, pues, ahora y siempre que necesario lo crea, me tomaré la libertad de dar forma puramente dramática á este escrito, que no por eso dejará de ser novela, buena ó mala, segun lo dé el asunto de sí y mi escaso ingenio alcance á escribirla.

Conocemos ya el teatro, y sabemos cuántos y cuáles son los actores que figuran en la escena, á escepcion de dos solos, cuyos retratos vamos á bosquejar ligeramente.

D. Martin Suarez de Monroi era un caballero, segun se decia, *criollo* de la Isla de Cuba, esto es, nacido en ella de padres españoles, y que llegó á Méjico unos dos años antes del de 1866, en que vamos con nuestra nar-



racion. Hombre de unos cincuenta á cincuenta y dos años, de complexion robusta, barba poblada, negra en sus tiempos y á la sazón entre cana, abundante cabellera tambien canosa, los ojos de águila, la mirada profunda aunque benévola, la boca chica y algo vueltos hácia fuera los labios, la frente espaciosa, y con un aire de cristiana conformidad, de melancólica resignacion en el conjunto de la fisonomía, que, con frisar ya el sugeto en los límites de la ancianidad, cautivaba, sin embargo, el afecto y hasta la veneracion de cuantos le veian. Debía de ser rico á juzgar por su casa, tren y liberalidad, sobre todo con los indios y los frailes de S. Francisco. Jamas hablaba de su linage, pero vestia el hábito de Santiago constantemente; conocia la Europa, la América y parte del Asia, como solo pueden conocerse los paises viajando por ellos con talento de observacion y grandes caudales; su conversacion era agradable, instructiva y siempre grave; sus relaciones con los grandes pocas, con el comun, y en particular con los indios, muchas. D. Martin Cortés y el Marqués del Valle le conocieron en la celda provincial de S. Francisco, cuyo prelado le trataba, no ya y solo con particular benevolencia, sino ademas con profundo respeto; y en breve Suarez de Monroi fue de los mas íntimos de la casa del Conquistador.

El apellido Monroi era el de la abuela materna de Hernan Cortés, y el heredero de este, como gran señor de su época, muy dado á genealógicas indagaciones, dijole un dia á la persona que nos ocupa:

—Debemos de ser parientes, D. Martin, pues que vuestro segundo apellido es el cuarto mio. Mi visabuela paterna era de la familia de los Monroies; con que, repito que debemos de ser parientes.

—Mucha honra fuera esa para mí, contestó D. Martin Suarez, haciendo una profunda reverencia; pero parien-

te ó no de useñoría, es lo cierto que nunca tendrá el Marqués del Valle ni amigo mas sincero, ni servidor mas resuelto que mi humilde persona.»

Chocóle al Marqués que aquel hombre no le diese mas importancia á la posibilidad que él admitia de contarle entre sus parientes, pero la conversacion no pasó por entonces mas adelante; y como el provincial de San Francisco y su hermano don Martin se deshacian sin cesar en elogios de Suarez, y este, como dijimos, tenia en sí el indefinible magnético don de la simpatía, el heredero de Hernan Cortés acabó por aficionarse sincera y profundamente á su persona. En cuanto al hijo de doña Marina, solo diremos que trataba á su tocayo el de Suarez y Monroi con tanta ó mayor deferencia que á su legitimo hermano.

Dos palabras ahora en cuanto á D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, que era un caballero de esclarecido linage, y cortado como de intento para protagonista de una novela inglesa del género sentimental.

Alto, bien formado, de cuerpo flexible, y con maneras tan llenas de gracia en los salones, cuanto varoniles en la arena de un torneo; pálida la color, negros y rasgados los ojos, melancólica la mirada, voluptuoso el acento, poco hablador y menos sufrido, D. Bernardino hubiera podido rivalizar y quizá ventajosamente con Alonso de Avila, si su corazon volcánico y su exaltada fantasía no le predestinarian á ser víctima de las propias pasiones mas que á sacar provecho de las ajenas.

Hasta poco tiempo antes de aquel en que pasaban los sucesos que referimos, Avila y Bocanegra habian sido íntimos amigos; repentinamente, y por parte de éste, comenzaron á enfriarse sus relaciones. ¿Por qué? Ignorábalo D. Alonso, y no lo esplicaba D. Bernardino, negando ademas el hecho, y atribuyendo, ora á forzosas ocupaciones, ora á falta de salud, y otras veces á su habitual

melancolía , el retraimiento que en él se notaba. La voz pública lo atribuía, y con visos de probabilidad, á una profunda pasión : mas quién era el ídolo de su culto todos lo ignoraban.

Aparte de las dotes y singularidades que en él hemos enumerado , Bernardino de Bocanegra era hombre en Méjico muy principal por su familia , riquezas y personal importancia : en la casa y bando del Marqués del Valle mirado con particular predilección.

Tales eran los dos caballeros que en pos de D. Martín Cortés dejamos entrando en el salón , al concluir el precedente capítulo de esta interesante , curiosa y verídica historia.

Cambiados con damas y caballeros los ceremoniosos saludos que entre gentes aristocráticas y de buena crianza ni escluyen la franqueza , ni por ella se dispensan, entablóse desde luego la conversacion siguiente :

LA MARQUESA.

¡Tarde venís esta noche, hermano D. Martín!

DON MARTIN CORTÉS.

(*Besándole la mano.*) Tarde, hermana y señora mia, y con malas nuevas, que es lo peor del cuento.

EL MARQUES.

(*Azorado.*) ¿Qué es eso de malas nuevas, D. Martín? Siempre he dicho yo que al cabo las habladurías.... Pero nadie me hace caso, y hasta que yo...

DON LUIS DE CASTILLA.

Permítanos vueseñoría que oigamos al Sr. D. Martín, y luego podrá formar su juicio.

EL DEAN.

(*Moviendo la cabeza en señal de disgusto.*) ¡Nuevas que D. Martin califica de malas!... ¡Dios nos asista!

EL MARQUES.

Hablad, pues, hermano, ¿A qué aguardais?

DON MARTIN CORTES.

Esperaba vuestra venia, señor mio.

EL MARQUES.

Por el alma de nuestro padre (Dios le tenga en su gloria) que no prolongueis el suplicio de la incertidumbre en que me tienen vuestros anuncios.

DON MARTIN CORTES.

La casa de nuestro glorioso padre, que su espada victoriosa hizo edificar sobre las ruinas del palacio de Motezuma, se halla en este momento... (*Mirando á las damas y señaladamente á la Marquesa.*) Perdonadme; pero no sé si debo decirlo.....

LA MARQUESA.

(*Poniéndose en pie con dignidad.*) Decid, decid: Doña Ana Ramirez de Arellano, aunque muger, siente circular en sus venas la noble sangre de los condes de Aguilar, y en su pecho un corazon que hará frente á cuantos riesgos puedan amenazar á su esposo.

EL MARQUES.

(*Enternecido, se acerca á su esposa, la ase por la cintura, y suavemente la obliga á sentarse de nuevo.*) Bien, mi dulce señora, bien: nadie, y yo menos que nadie, duda aquí de vuestro esfuerzo; pero el estado en que os hallais...

## LA MARQUESA.

La serenidad de ánimo en los nietos de Hernan Cortés debe preceder á la vida misma.»

Diciendo así, la Marquesa apoyaba sobre su abultado vientre la mano derecha, y con la izquierda correspondía á la cariñosa presión de las de su marido que, en pie á su lado, la contemplaba en éxtasis. D. Martin Cortés, por un movimiento involuntario, doblaba ante ella la rodilla; Suarez hizo el ademán de estrecharla contra su pecho, conteniéndose á duras penas y con los ojos arrasados en lágrimas; Castilla y el Dean mismo estaban hondamente conmovidos; Leonor y Catalina cuando menos lo aparentaban.

Es de advertir que aquel raptó de heróico esfuerzo de la Marquesa era para los circunstantes tanto mas sorprendente, cuanto que en general doña Ana vivía en prosa lisa y llana; pero si se atiende á las ideas poético-aristocráticas de la gente de alto linage en su época, al justo orgullo que debía inspirarla la esperanza de perpetuar el linage del vencedor de Otumba, y á la exaltación santa que el amor maternal enciende siempre aun en los mas helados de los femeniles pechos, comprenderáse fácilmente lo que de otro modo pareciera inverosímil prodigio.

Algunas lágrimas de ternura, unas cuantas espresivas miradas, y tal cual suspiro, desahogaron los pechos; y restablecida la calma prosiguió el diálogo.

## DON MARTIN CORTES.

Pues bien, hermana, vuestra casa se halla en este momento poco menos que cercada por los alguaciles, bravos, y otros esbirros de los Oidores y sus parciales.

## EL MARQUES.

¿Qué decis, D. Martin? Eso no es posible.

DON MARTIN SUAREZ.

Lo es, y tanto, señor Marqués, que Bocanegra ha tenido que romperle los dientes á uno de ellos con el pomo de su daga.

CASTILLA.

¡Cómo! ¿Don Bernardino, han osado amenazaros?

BOCANEGRA.

(*Volviendo en sí de su profunda distraccion.*) ¡Amenazarme! ¿Quién impunemente?

DEAN.

¡Por Jesucristo vivo, que atendais ahora á lo que se dice! Tiempo os queda despues para.....

DOÑA CATALINA.

(*Interrumpiendo bruscamente.*) Sí, D. Bernardino: contadnos lo que al entrar aquí os ha pasado.

BOCANEGRA.

La cosa, en mi entender, no vale la pena de que se hable de ella: al volver la esquina un hombre embozado se atravesó en mi camino: «¿Quién va?» le pregunto; y él, mostrando una vara, me responde: «*La Justicia: deteneos.*» Era tarde, veníamos de prisa, seguí andando, tropezaron sus dientes con el pomo de mi daga, y deben habersele roto algunos, porque el hombre salió braman-do y á la carrera como un ciervo herido.

EL MARQUES.

¡Locuras, locuras, que acabarán por perderme!!!

SUAREZ.

D. Martin, que venia de hácia la parte de la catedral,

tambien ha tropezado con una ronda; y yo , señor Marqués, que he llegado aquí por distinto camino que esos dos caballeros , he visto tambien alguaciles y gente armada.

CASTILLA.

Pues no sin causa, ó al menos sin pretesto, hace ese alarde de sus fuerzas el doctor Ceinos.

DEAN.

El doctor Ceinos es un maniquí que nuestros enemigos , es decir : los del Marqués , manejan á su guisa.

MARQUES.

Pero señor ¿por qué he de tener yo enemigos, si vivo en paz con Dios, con el Rey y con su justicia?

SUAREZ.

Porque sois el heredero y representante del inmortal Hernan Cortés.

D. MARTIN CORTES.

Porque en vos vive y se refleja la gloria de nuestro padre.

CASTILLA.

Porque sois el príncipe de la nobleza mejicana.

BOCANEGRA.

Porque de vuestra parcialidad son todo lo noble , lo grande y lo bello de este Reino.

LEONOR.

Los mas cumplidos caballeros.

CATALINA.

Los mas leales amadores.

LA MARQUESA.

Y porque en breve tendreis asegurada la descendencia.

MARQUES.

Bien, sí, todo eso está bien: pero con la alteza de mi alcurnia, la gloria heredada y la adquirida, la amistad de los nobles, el afecto de los buenos, y el favor de las damas, la verdad es que no tengo un instante de sosiego; que en mis propios Estados vivo como un bandido, siempre con zozobra, de continuo en alarma! Esta vida es insoportable, y si prosigue así me vuelvo á Castilla.»

Miráronse unos á otros todos los circunstantes al oír las últimas palabras del Marqués, como si se dijese—*¡Qué hombre! ¡Qué hombre tan inferior á su posicion!*— Mas ninguno osó romper el silencio, sabiendo por experiencia que, cuando el Marqués se hallaba en tal situacion de espíritu, era inútil obstinarse en convencerle. Su ánimo, como el de todos aquellos con quienes no anduvo el cielo muy pródigo de ingenio, una vez en él exaltado el sentimiento de la propia conservacion, encerrábase en el egoismo como la tortuga en su concha, y los tiros de la elocuencia mas sublime se estrellaban en aquella natural coraza, cual las olas del mar en la dureza de las abruptas rocas.

Callando, pues, todos, y paseándose agitado y descontento de sí propio, como del resto del universo, el ilustre Marqués del Valle, abrióse de nuevo la puerta del salon, mas aquella vez de una sola hoja, y el consabido lacayo anunció á *D. Juan Ponce de Leon*, el Encomen-



dero de Acama, el marido de doña Catalina allí presente.

Diremos en tiempo oportuno algo sobre aquel matrimonio, limitándonos ahora á indicar que vivian entre sí los dos esposos algo mas que tibiamente, y que él pasaba en el campo ó en su encomienda la mayor parte del año, mientras doña Catalina, por el contrario, rara vez salia de Méjico. Ponce de Leon era honrado y caballero, mas poco cortesano: doña Catalina, superior á su marido en talento y en instruccion, complaciase en las intrigas palaciegas y detestaba las dulzuras del campo. Asi, con ser Ponce parcial del Marqués, ó pasar á lo menos por serlo, no se le admitia á la intimidad que á su muger, la cual era tenuta en tales asuntos por mucho mas importante que el marido. D. Juan, que por algunos dias era venido á Méjico, entraba en casa del Marqués sin mas objeto que el de recoger á doña Catalina y retirarse á su casa, pues solo faltaba media hora para que la Campana de la Catedral sonase la *Queda*, señal antigua de apagar los fuegos, y entonces ya hora convenida para recogerse la gente casada y de buena vida.

Al entrar Ponce cada cual procuró desechar el aire de profunda preocupacion á que antes se abandonaba; Bocanegra palideció espantosamente, la bella Leonor, que no le perdia de vista, sonrióse como ella sabia sola sonreirse, y Catalina se mordió sangrientamente los labios. El Marqués, que no se creia obligado á dominarse por mundanales consideraciones, saludó ligeramente al recién llegado, y prosiguió paseándose sin disminuir ni una sola de las arrugas de su torvo ceño.

En aquel momento hubiera dado el hijo de Hernan Cortés una buena parte de su hacienda por hallarse en Flandes ó en Lombardía.

Dejémosle rabiar á sus anchas, y atendamos á la conversacion que se entabló en el estrado.

LA MARQUESA.

¿De dónde bueno, Sr. D. Juan?

PONCE DE LEON.

De aburrirme en la *Conversacion*, señora Marquesa.

MARQUESA.

¿Pues cómo así?

PONCE DE LEON.

Yo, señora, ya sabe vueseñoria que no soy muy cortesano: la conversacion me cansa, el juego no me divierte.

LEONOR.

¡Tanto os gusta el campo!

PONCE DE LEON.

Mas que nada: el aire allí es puro, la gente sencilla, la vida activa y compasada..... En fin, señora, si no temiera ofender á mis abuelos, diria que he nacido para labrador mas que para caballero.

DEAN.

Amigo Ponce, no estais galante.

PONCE DE LEON.

Ya lo sé, y por eso le temo á venir á Méjico, donde hay sobra de galanes intrépidos, discretos y afortunados!»

Ponce hablando así lo hacia con un acento de amarga ironia, tan mordaz y marcada, que llamó á todos la atencion. Su muger clavó en él los ojos, no acertaremos á decir si con ira ó desprecio, pero sí que fue aquella una de esas miradas de mal agüero para quien de blanco les

sirve, de que rogamos á Dios nos ponga á cubierto.

El Dean viendo el giro que aquello tomaba, que él solo entre los hombres atendia á la conversacion, y sintiendo la necesidad de evitar una escena conyugal de mala especie, tomó la palabra y dijo :

DEAN.

¿Y qué se dice de nuevo en la *Conversacion*?

PONCE DE LEON.

Ahora mismo acababa de entrar Juan de Villafaña contando estupendas novedades. ¡Delicias de las ciudades! Galanteos que á unos cuestan la vida y á otros la honra.

MARQUESA.

¿Y qué novedades son esas? Contádnoslas por vida mia.

PONCE DE LEON.

Procuraré complacer á useñoría, aunque á decir verdad no presté grande atencion á lo que decian.

CASTILLA.

(*Acercándose al grupo de las damas rápidamente*).  
Contad, contad, quizá eso nos explique.....

PONCE DE LEON.

No podrá esplicaros mas que lo que de memoria debéis ya de saber, D. Luis amigo: que no hay en Méjico casa sin reja, reja sin dama, dama sin galan, ni galan sin espada y daga. De los maridos no quiero decir...

MARQUESA.

Pero, en fin, D. Juan, ¿Quereis ó no contarnos esas novedades?

PONCE DE LEON.

Juan de Villafaña dijo allí que acababa de encontrarse al alguacil mayor de la ciudad, Juan de Samano, el cual le refirió que en la calle que habita D. Alonso de Avila.....

LEONOR.

*(Involuntariamente.)* ¡En su calle!

PONCE DE LEON.

Pues, en su calle; habia habido voces y cuchilladas, pero que al llegar Samano y el Alcalde con la ronda, solo hallaron al mismo D. Alonso bañado en su sangre y mal herido al parecer.

LEONOR.

*(Perdiendo el color.)* ¡Ah! ¡Infeliz!

CATALINA.

*(Sonriéndose y con afectada ternura.)* ¿Qué teneis, señora?

LEONOR.

*(Mordiéndose à su vez los labios.)* Nada, señora: proseguid, D. Juan.

PONCE DE LEON.

Poca cosa es lo que por decir me queda: las indagaciones de la justicia han sido hasta ahora inútiles: los maestros han dicho que D. Alonso de Avila no se halla en estado de declarar; y se le ha dejado en su propia casa preso con alguaciles de vista. La ciudad se ha puesto en vela.

EL MARQUES.

(*Suspirando como si de un gran peso le libertaran.*) Ahora ya se esplica vuestro encuentro con los alguaciles, y gracias al cielo nada tiene que ver conmigo: D. Alonso de Avila vive no lejos de esta casa. ¡Pobre mozo! Dios le saque con bien.

CATALINA.

¿Y no se ha sabido nada del origen de esa desgracia?

PONCE DE LEON.

Un mala lengua dijo allá en la conversacion, que en Méjico quien habia de velar no era la *Ciudad*, sino los maridos.

SUAREZ.

Bien decis llamando mala lengua á quien tal blasfemó en esta ocasion. La muger de D. Alonso es incapaz hasta de un mal pensamiento.

PONCE DE LEON.

Créolo porque vos lo decís, y porque basta ser él mal marido para que ella sea buena esposa.

SUAREZ.

(*Aparte al Marqués.*) Despedid, si podeis, á Ponce y á las damas, que hay mas en el negocio de lo que parece, y no es para dicho, sino con gran reserva.

MARQUES.

(*Aparte á Suarez.*) ¡D. Martin! ¿Tambien un hombre de vuestra cordura y años pretende.....

SUAREZ.

(*Siempre aparte.*) Pretendo solo serviros y ensalzáros. Haced lo que os digo, Sr. Marqués, que ha de estaros bien.»

Precisamente en aquel punto de la conversacion comenzaron á sonar los compasados golpes de la *queda*: Ponce de Leon y su muger se retiraron los primeros; Leonor, cuyo marido estaba á la sazón ausente, lo hizo en seguida en una silla de manos, alumbrada y escoltada por los criados del Marqués; la esposa de éste se retiró á su estancia mientras se disponia la cena; y los hombres se quedaron, en fin, solos en el salon.

Suarez, que esperaba impaciente aquel momento, tomó la palabra y dijo..... Pero antes de referirlo ¿No será conveniente que nos informemos de la suerte del jóven D. Fernando de Valdestillas á quien dejamos en tan singular posicion, capítulos hace? Sí, vive Dios: razon es que á él volvamos, siquiera por ser jóven, galan y valiente.

## CAPITULO VII.

---

DE UN PASEO FORZADO Á HOMBRE Ó Á DIABLO Y DE UNA CONFE-  
SION IN ARTICULO MORTIS.



IFERENTES, variados é ingeniosos medios artificiales de locomocion ha inventado el hombre, desde que de su historia conserva recuerdo hasta los venturosos tiempos que alcanzamos, con el objeto ya de economizarles trabajo á sus piernas, ya de suplirlas cuando mal ó torpemente funcionan, ora para ganar en la celeridad de la marcha lo que en la longitud del viaje se perdiera de tiempo, ora, en fin, simplemente para tener el gusto de variar de sitio y hasta de país sin esfuerzo alguno.

Los pobres patriarcas, para viajar, arregazábanse la túnica, apretábanse la cinta á las caderas, calzaban las sandalias (hoy alpargatas), asian del báculo, y llevando

las provisiones en un morral, ya estaban listos ; despues el asno, el caballo, el camello, la mula y hasta el elefante, cargaron con el hombre; las andas, el palanquin , la litera, la silla de manos, mas ó menos imperfectas, precedieron á los carros; estos, insistiendo sobre su eje, y con dos ruedas solas, han campeado siglos sin rivales, hasta que aparecieron los coches, primero modelados sobre el arca de Noé, y ya en nuestros dias cómodos, ligeros y elegantes, salvo los de alquiler; en fin, los ferro-carriles han convertido al hombre en poco menos que proyectil, que , lanzado en un wagon de París , se encuentra , sin haber tenido tiempo para comprender que viajaba , á las doce horas en la populosa capital de la soberbia Albion.

Pero á todos esos medios de locomocion ha precedido otro , destinado casi esclusivamente al uso y comodidad de la infancia, quiero decir : los brazos del hombre y mas frecuentemente los de la muger, que han servido, sirven y han de servir á los niños de carroza y cuna, desde el origen de los siglos , hasta que se invente el medio de hacer entender razon á nuestros débiles cuanto exigentes tiranuelos, los humanos en fáfara.

D. Fernando de Valdestillas, sin ser erudito, ni mucho menos , en punto á mecánica aplicada á la locomocion de los séres racionales, sabia, sin embargo, todo lo que dejamos escrito en la materia, á escepcion de lo relativo á los ferro-carriles, que aún no se habian entonces inventado : pero creyendo que los *brazos* no debian de emplearse para llevar á niños de su edad y corpulencia, no solo se desesperaba viéndose , como si fuera de leve pluma, trasportado de calle en calle y á paso de correo, sino que, dudando en su orgullo de que á criatura racional le fuera dado obrar aquel prodigio, al cabo de algunos minutos llegó á imaginar que de él se habia apoderado alguno de los ministros del enemigo comun del linage humano.



Semejante idea, que hoy avergonzara al mas menguado de los habitantes de nuestro suelo, era en aquel siglo moneda corriente y tan recibida que, con formas judiciales, religioso aparato y cristiana edificacion del vulgo, se encausaba, se daba tormento, y se quemaba en público brasero á no pocos infelices, *convictos y confesos*, que es mas, de pacto con Satanás, de volar por los aires montados en palos de escobas, y otros crímenes de no menor cuantía y verosimilitud.

Para consuelo del lector filantrópico y tierno de corazón á quien horroricen las inquisitoriales matanzas, debo decir que, como nada hay tan malo que de algo bueno carezca, tenia aquel sistema la ventaja indudable de disminuir considerablemente la plaga social conocida con el nombre de *Viejas*; porque en ellas con especialidad se reclutaba el escuadron de las encorozadas, relapsas é impenitentes brujas, al brazo seglar relajadas.

Pero, volviendo á mi asunto, Valdestillas, que no sin razon presumia de sus fuerzas y agilidad, me parece disculpable dejándose dominar en la situacion en que tan sin misericordia le tenemos, por las superticiosas ideas de su siglo, y el lector hará bien en no reirse del pobre mancebo cuando le digamos que, vista la inutilidad de sus esfuerzos para desasirse de los brazos que, como en un cepo, le sujetaban, acudió fervoroso á implorar el favor del cielo, y especialísimamente el de la *dulce señora, abogada nuestra*, de quien era particular y sincero devoto.

No avergonzaba entonces el temor de Dios á los mas valientes; la devocion, por regla general, ni se ostentaba ni se escondia, porque era el pan cotidiano, la manera de sér de todos, lo mismo del católico que del protestante, que del judío, que del mahometano. Variando la forma de espresarlo, el sentimiento en su esencia era uno mismo; la humanidad era creyente; la fé el elemento y

vínculo social mas poderoso; y el fanatismo, la intolerancia, los horrores mismos de las guerras de religion, si prueban el extravio de aquel sentimiento, no contradicen por cierto su existencia. Si hemos ganado ó perdido en que el *escepticismo*, es decir, *la duda*, reemplace á la *fé*, que es lo mismo que la *certidumbre*, exacta ó equivocada, eso al novelista no le toca resolverlo: bástale para su propósito indicar los hechos y sentar las premisas, deduzca cada cual á su placer las consecuencias.

Ello es que D. Fernando, despues de haber peleado valerosamente al lado de su amigo D. Alonso de Avila, y de hacer, aunque inútilmente, cuanto en su mano estaba para libertarse del hombre ó demonio que en sus brazos le tenia preso, todo menos dar voces, porque tal recurso le pareciera con razon indigno de hombre casi barbado, puso en Dios la confianza, y abandonando el cuerpo á su extraordinario conductor, dirigió en voz baja sus plegarias á la reina de los ángeles, amparo y consuelo de todos los afligidos.

Pero ¿Cuál seria su sorpresa, cuando al terminar la primera oracion, rezada, como dijimos, en voz baja, mas no tanto que quien en brazos le llevaba no pudiese oirla, el que á juicio de D. Fernando debia de ser espíritu de tinieblas, pronunció un devoto *amen* que pudiera envidiarle el mas cristiano de los sacristanes de Méjico?

—«Hombre, exclamó entonces Valdestillas; pues que tal eres y cristiano ademas; conjúrote por todos los santos del cielo, á que en tierra y libre me dejes; que yo te prometo no tomar venganza del agravio que me haces.»

Al oir aquel apóstrofe, que involuntariamente nos recuerda al portugués que, embarrancado en un pantano, le ofrecia á un castellano *perdonarle la vida*, si á tierra firme le sacaba, hizo alto un instante el portador de don Fernando, y creyó este que el momento de su libertad era llegado; mas el desconocido, ó lo reflexionó mejor,

ó no habiéndose parado mas que para tomar aliento , al cabo de pocos segundos emprendió de nuevo su carrera.

De diez minutos á un cuarto de hora duró aquella en su totalidad, y verdaderamente parecerá imposible que humano pulmon la resistiese con carga tan pesada y poco manuable como un robusto mozo de veinte años, mal su grado sujeto y conducido ; pero tenga el lector un poco de paciencia, que á su tiempo le satisfaremos las dudas y disiparemos los escrúpulos con hechos y razones bastantes á convencerle.

Al cabo del tiempo que indicado dejamos , en cierta oscura y no muy ancha calle del arrabal de *Tlatelolco*, cuando menos lo esperaba D. Fernando púsole en tierra su conductor con el mismo esmero y delicadeza que una cariñosa nodriza al niño que comienza á echar los primeros pasos; y dando simultáneamente un salto atras con toda la flexible ligereza del tigre mismo, quedó fuera del alcance de los brazos del hijo del Comunero.

Si aquel fuera entonces dueño de su espíritu y fuerzas, es posible que el desconocido pagase cara la burla, á no salvarle la ligereza de los pies: mas Valdestillas tenia el ánimo preocupado, la cabeza trastornada, las piernas entumidas y los brazos como paralizados.

Tuvieron, pues , la razon para hacer su oficio, y la prudencia para que su voz fuese atendida, el tiempo necesario; y asi D. Fernando, despues de un minuto de reposo rompió el silencio diciendo:

—«¿Quién eres tú que de tan estraña manera me has sacado de en medio de mis enemigos? ¿Por qué lo has hecho? ¿A dónde me has traído? Espílicate de una vez, y sepa yo cómo he de tratarte, si como favorecedor ó como adversario.»

Aunque la noche era oscura y el desconocido estaba á cuatro pasos de distancia del que le hablaba, podia este distinguir el perfil, la *Silhouette* dirian los franceses,

de un hombre apenas vestido, que apoyándose sobre sus delgadas pero nervudas piernas, á medio doblar entonces como las del silvestre Danta cuando á saltar de borde á borde de un precipicio se prepara, con los brazos caídos, las manos cruzadas, y encorvado hácia delante el cuerpo, le contemplaba fijamente con ojos cuyas pupilas, dilatándose á la manera de las del gato en las tinieblas, parecían encendidos carbones.

—«¿No me respondes? Insistió el mancebo. ¡Ah si yo tuviera mis armas!»

Apenas habia pronunciado tales palabras cuando sintió á sus pies un sonido metálico, y bajándose recogió, con la sorpresa fácil de imaginar, sus propias daga y espada, que indudablemente acababa de arrojarle el desconocido.

—«¡Mis armas! exclamó: ¿Y eres tú quien en esta soledad y al parecer desarmado me las devuelve? ¡Hombre ó demonio, quien quiera que seas, habla de una vez ó...» Un ademán de amenaza suplió la interrumpida frase; pero el desconocido ganó terreno á retraguardia, dando un enorme salto, sin perder de vista al mancebo; y este, comprendiendo que de nada la servirían los fieros con aquella criatura singular, si no sér fantástico, contúvose súbito, diciendo:

—«Detente, detente y nada temas de mí. Confiésote que hice mal en amenazarte con las armas que acabas de devolverme generosamente; pero ¿Por qué te obstinas en guardar silencio? ¿Por qué no quieres completar el beneficio que probablemente acabas de hacerme, aunque por estraños modos?»

Dió la figura incógnita dos ó tres pasos á su frente acercándose á D. Fernando, mas sin mover los labios, y sin perderle de vista ni un solo instante.

—«Bien, veo que vas teniendo en mí mas confianza; pero nada adelantamos si no me hablas. Escucha: á fé

de caballero te prometo respetar tu persona , y desde ahora te otorgo la recompensa que me pidas , como esté á mi alcance , no empezca la honra , y á la salvacion de mi alma no perjudique.

—¿Juras? Murmuró entonces mas bien que dijo el desconocido.

—Sí, respondió D. Fernando, gozoso ya con la esperanza de aclarar aquel misterio; sí, lo juro por mi fé y por mi honra. »

Apenas habia acabado el noble mancebo de pronunciar esas palabras , cuando ya el desconocido estaba á sus pies, humilde y de rodillas, diciendo en voz sumisa y con acento contrito:

—¿Amo chiquito, perdonas á pobre Cristóbal?

—¡Cómo! prorrumpió mas asombrado que nunca Valdestillas. ¿Eres tú, Cristóbal? ¿Tú has osado?... En fin, levántate y sácame del laberinto de confusiones en que me has puesto; que yo sé de tu cariño y honradez que al menos las intenciones buenas las habrás tenido.

—Cristóbal, quieres al amo chiquito , como á niño de Dios de Franciscos.

—Mal hecho, pobre ignorante; Dios ha de ser siempre antes que la criatura; pero dime, ¿Cómo supiste donde yo me hallaba esta noche ?

—¡Oh! Serpiente muy astuta ; la serpiente arrastra por suelo, siente pista.....

—¿Cristóbal, tengamos en paz la fiesta! ¿Cómo supiste donde estaba?

—Eso estar secreto de Cristóbal.

—¿Secretos para tu amo, miserable!

—Cuando indio jura, indio cumple, aunque das fuego, amo chiquito.

—¿Y has jurado no revelarme como supiste mi paradero?

—Cristóbal jura no revelar á nadie.

—Bien, no quiero yo que por mí faltes á tu juramento. Lo que no entiendo es como han podido decirte lo que yo mismo ignoraba.

—D. Alonso saber.

—A nadie mas que á mí se lo dijo.

—D. Alonso rondar calle suya muchas veces solo; hombre de calle escapar siempre porque D. Alonso solo; y cuando D. Alonso venir hoy á buscar amo chiquito, serpiente que estar astuta, comprender que D. Alonso quieres que amo chiquito acompaña.....

—Bueno es saber que la serpiente tiene tales oidos y tan perspicaz olfato para guardarse de ella. ¿Y por qué me has seguido?

—¡Oh! Serpiente saber que D. Alonso y amo chiquito encontrar con hombres que estar, como el *Tlacocelotl* (1), bravos y fieros, y querer defender amo chiquito; pero Sr. Millan querer tambien.....

—¿Con que Millan te mandó seguirme?

—¡Señor Millan, mucho bueno con amo viejo y amo chiquito!

—Bueno está; prosigue tu relacion.

—Cristóbal llegar tarde, pero ver llegar hombres armados contra amo chiquito: Cristóbal oír justicia viene, y como justicia prende, sacar amo chiquito.....

—¿Y mis armas?

Cristóbal coger del suelo al escapar; porque guerrero noble no dejar armas en el campo nunca.

—Bien, Cristóbal; pero ¿Dónde estamos?

—Estar en *Tlatelolco*, amo.

—¡En el arrabal! ¿Y por qué tan lejos?

—Alguaciles y señor alcalde correr la ciudad.

—Todo lo has previsto; y aunque no he quedado muy airoso abandonando á un amigo herido—¡Pobre don

(1) *El Tlacocelotl* es un cuadrúpedo indígena de Nueva España y casi idéntico al tigre africano.

Alonso! ¿Quién sabe si muerto?—te lo perdono en gracia de las buenas intenciones. Vamos á Méjico.

—Mucho pronto, amo: alguaciles no recoger todavía, y si encontrar amo chiquito armado.....

—¿Qué tienen que ver conmigo los alguaciles, no habiéndome encontrado en la pendencia? ¿Soy yo, por ventura, algun bandido, para no poder andar por las calles de Méjico?

—Amo chiquito mandar, Cristóbal obedecer; pero señor Alcalde no querer amo chiquito.

—¡Ola! ¿Tambien sabes eso, serpiente? ¿Quién te lo ha dicho?

—Secreto, secreto: señor Alcalde saber que amo chiquito hablar mal de Audiencia, y estar amigo de señor Marqués; y señor Alcalde sospechar que amo viejo.....

—¿Qué estas diciendo, Cristóbal? ¿Manuel de Villegas se atreverá á poner la lengua en mí y en mi padre?

—¡Oh! ¡oh! Sr. Alcalde querer poner manos, y poner grillos en amos; porque decir que estar *desleales*, como Sr. Marqués.....

—¡Infames! Acabarán con nosotros, si antes.....

—Antes, amo chiquito, antes acabar con Sr. Alcalde y con Audiencia; y ya estar tarde.....

—Silencio, Cristóbal, que eso ya de astucia de serpiente pasa á audacia de leon generoso.

—Méjico estar muy grande imperio, si Méjico tener emperador.

—Pero no le tiene.

—¡Oh! ¡Hernan Cortés estar mas grande que Moctezuma!

—¡Hernan Cortés ya no vive!!!

—Marqués estar hijo de Hernan Cortés.

—¿Y dónde está el ejército de los conquistadores?

—Valientes caballeros tener el Marqués por amigos: en Anahuac haber indios guerreros.

—Basta, Cristóbal, que las paredes oyen. Veamos ahora adonde vamos, que es lo que importa.»

Si el lector estraña la importancia de la conversacion á que se prestó D. Fernando con el pobre Cristóbal, rogámosle reflexione que el indio habia, por decirlo asi, criado al hijo del Comunero, siendo su acompañante y protector desde que salió de los brazos de la nodriza hasta que, pocos meses antes de la noche en que nos hallamos, fue por su padre emancipado hasta cierto punto. Por otra parte, Valdestillas el mozo era como todo jóven, expansivo, y él de suyo de blanda y apacible condicion; y á mayor abundamiento en aquella época, por lo mismo que las categorías sociales estaban poderosamente limitadas cada una á su esfera, sin que la confusion fuese fácil, los altos huian menos de los bajos, los grandes nada arriesgaban en familiarizarse con los pequeños. Pero hay mas: la familia conservaba entonces todavía mucho de las costumbres patriarcales, y los criados, perpetuándose, ó poco menos, en el servicio doméstico, formaban parte integrante de ella, adquiriendo asi mayor libertad en el trato con mas profundo afecto á sus amos. Hoy la servidumbre doméstica es una profesion accidental en quien la ejerce, un medio de llegar á ciertos fines; y por eso el criado considera á su amo como una mina que explota, ó una venta donde hace alto en el camino de la vida; el amo al criado como á inescusable enemigo.

Pero basta de razonamientos y digamos que, despues de una breve conferencia con Cristóbal, enderezó don Fernando los pasos, no á Méjico, sino á una casa de campo que en las cercanías poseía el Comunero; mientras el indio, ligero y con andar cual el del gato cauteloso, regresaba á la casa paterna para tranquilizar al anciano Valdestillas sobre la suerte de su hijo.

Ahora, usando de nuestro imprescriptible derecho



de vagamundos, á son de silbato, mudamos súbitamente la decoracion, y nos trasladamos á lo interior de cierta casa de Méjico, no muy distante por cierto de la de don Alonso de Avila; y en un retirado aposento de ella, hallaremos sobre cierto lecho, ni aseado ni rico, tendido á un hombre con el pecho cubierto de sangrientas vendas, trabajosa la respiracion, contraidos los músculos del semblante, lívida la color, apagado el fuego de los ojos, cárdenos los labios, con todos los síntomas, en fin, precursores de una próxima agonía.

Una sola lámpara de azófar iluminaba la estancia, emponzoñando su atmósfera con las fétidas exhalaciones del malísimo aceite que la alimentaba. A la cabecera del doliente una especie de dueña, con todas las trazas posibles de mercenaria, repasaba entre sus descarnados dedos las cuentas de un grueso rosario; y en frente al lecho, de pie, con los brazos cruzados y oculto el rostro por un antifaz negro de tafetan, habia un hombre á quien el enfermo contemplaba con el mismo espanto que si viese á Luzbel, esperando el instante del triste apartamiento del alma y el cuerpo, para apoderarse de aquella.

Esto sucedia, poco mas ó menos, á la hora de *la queda*, es decir: cuando las damas abandonaban el salon del Marqués del Valle, quedando solos en él los caballeros.

Los sordos lamentos del herido, la compasada respiracion del hombre del antifaz, acompañada de cierto movimiento acelerado de su pie izquierdo, signo visible de mal reprimida impaciencia, y una especie de graznido subterráneo con que amenizaba la dueña el repasar de las cuentas del rosario, eran los únicos rumores que el sepulcral silencio de la estancia en que ahora nos encontramos interrumpian; en el resto de la casa no debia de haber habitantes, ó si, en efecto, los

tenia , eran gentes , como los cartujos , silenciosas.

Sentiase , pues , como se dice vulgarmente , volar una mosca , y asi cuando ya despues de media hora de aquel tristísimo sosiego , sonó el rechinar de una puerta , y luego se oyeron en la escalera los pasos de dos personas , aunque aquel rumor fue casi imperceptible , y los pasos tales como un ladron nocturno los procura ; el hombre del antifaz , la dueña y el herido , fijaron simultáneamente los ojos en la entrada de la tenebrosa estancia . Sus temores ó esperanzas no salieron fallidos : pocos segundos habian pasado cuando entraron , en efecto , delante un segundo embozado con su antifaz correspondiente , detras un religioso Dominico con el hábito de su órden , y demostrando en el semblante mas inquietud por su persona que por la salud de aquel á quien á visitar iba .

—¡A Dios gracias! Dijo en tono brutal , pero en voz baja , el primero al segundo embozado . Creí que la tierra se te habia tragado , ó la semilla de los frailes desaparecido de Méjico .

—He tenido que ir lejos ; á San Francisco ya sabes que nos prohibieron.....

—Bueno , pero en cerca de dos horas , voto á Cristo...

—Los reverendos padres dormian todos á pierna suelta.....

—Echar la puerta abajo .

—¡Eso , y alborotar el barrio , y traer sobre mi alma la Ronda ! Y á fé que faltan alguaciles y soldados esta noche en las calles de Méjico ! No , amigo , no : he tenido que tomar el negocio blandamente , y ya ves que no me ha salido mal , pues aquí está el fraile .

—¡Maldita la necesidad que de él teniamos !

—Tú y yo , á Dios gracias , ninguna ; pero ese pobre...

—Lo mismo se morirá con él , que sin él .

—Cierto ; pero entre salvarse ó pasar la eternidad en las calderas de *Pedro Botero*...

—¿Qué importará un condenado mas ó menos?

—¡Impío! Los herejes de Flandes te han contaminado.....

—¡Hipócrita! ¿Cuántas veces te has bautizado ?

—Tres ó cuatro, no lo tengo ahora presente; pero ya sabes que soy buen soldado en esto de cumplir las órdenes de mis cabos y capitanes. Nuestro príncipe , que príncipe es para mí quien puntual y generosamente me paga, nos ha prevenido que no dejemos morir á ese pobre diablo sin confesion ; y antes se hubiera hundido Méjico que le faltara un fraile en sus últimos momentos.

Mientras en un ángulo de la estancia, con voz sumisa, y sirviéndose de una especie de lengua franca, que en las guerras de Flandes y de Italia habia adoptado para su uso la gente menuda de los ejércitos beligerantes, pasaba el diálogo que escrito dejamos, habíase el dominico acercado, no sin muestras inequívocas de inquietud, á la cabecera del doliente, y ocupado el asiento que le cedió la dueña con respetuosa atencion.

Incapaz el herido de mover el cuerpo , volvió la cabeza al lado del fraile , y fijó en él los débiles ojos con una espresion de angustia y espanto que suponian tanta perturbacion, por lo menos, en el alma, como daño en la parte física. Correspondióle el reverendo con una mirada entre evangélica y temerosa, mas en vez de hablarle en las cosas santas como parecia natural , asióle el pulso á guisa de médico, y quedóse en contemplacion de sus alteraciones. La verdad es que el bueno del fraile , sin que digamos que no hizo caso del enfermo , atendia mucho mas á los dos embozados , cuyas siniestras figuras le inquietaban, y no sin razon , justo es decirlo.

Imagínese el lector á un fraile que , rezadas ya sus horas canónicas, con la cena en el cuerpo, seguro de la

pitanza al siguiente dia , contando con la complacencia sentimental de mas de una devota , y sin cuidados ningunos que le turben el sueño, se entrega á él en su solitaria cómoda celda; y que súbito tiene que saltar del lecho, revestirse los hábitos, tomar el Breviario, y seguir por las calles de Méjico á un desconocido , todo en virtud de la ley de *Santa obediencia* , todo , ademas , con circunstancias de suyo poco amenas y menos propias para tranquilizar el ánimo.

Ya hemos dicho que en Méjico los frailes eran entonces otra cosa que en la antigua España: eran , al menos en su inmensa mayoría, la vanguardia de la civilizacion al mismo tiempo que los apóstoles del catolicismo; eran los tribunos de aquel pueblo , sus mediadores para con la raza castellana , sus maestros , y sus espirituales directores. Viviendo de la caridad pública, aspirando en consecuencia á la popularidad , y en rivalidad unas comunidades con otras , aunque acordes todas en dar importancia y hasta hacer preponderante el elemento teocrático en aquel naciente Reino , comprenderáse fácilmente que se veian precisados los frailes á sacrificar en América de continuo el reposo regalado , que comenzaba ya entonces en Europa á ser la esencia de la vida claustral, á las exigencias de su propio interés bien entendido y de la pública opinion. Por otra parte , y fuera injusto no consignarlo aquí, los mas de los eclesiásticos regulares que al Nuevo Mundo pasaban , hacíanlo movidos por el evangélico espíritu de la predicacion, por un celo apostólico , ferviente y sincero , y no reparaban ni en riesgos, ni en trabajos, siempre que del bien y gloria de la Religion se trataba.

Eso en general: por lo que respecta en particular á los dominicos, hay que tener primeramente en cuenta su rivalidad constante con los franciscanos ; y á mayor abundamiento, que estos, los primeros llegados á Méjico,

bajo la direccion del santo é ilustrado Fr. Martin de Valencia, siempre y especialmente protegidos por Hernan Cortés y sus parciales, y en fin, muy populares entre los indios por su pobreza y tolerancia, llevaban á sus émulos grandes ventajas en Nueva España.

Y no es de estrañar que tal sucediese, no solo por las causas que apuntadas dejamos, sino por otras dos que no menos concisamente indicaremos.

En primer lugar, por lo mismo que la parcialidad del Marqués del Valle patrocinaba á los franciscanos, el bando de la Audiencia era mas afecto á los dominicos, y estos, á su vez, no ocultaban su inclinacion á la parte de los Oidores, quienes, como sabemos, gozaban de escasa popularidad en Méjico.

La segunda y mas poderosa causa del menos crédito de los frailes de la órden de predicadores, al paso que mas profunda, era tambien mas eficaz y trascendental.

Todo el mundo sabe que el *Santo oficio de la Inquisicion* (del cual Dios nos libre á todos) tuvo su origen en Francia durante la guerra contra Raimundo, conde de Tolosa, gran protector de los Albigenses; y que el bienaventurado Santo Domingo de Guzman, por entonces canónigo, mas tarde fundador de la órden mendicante que lleva su nombre, se distinguió allí por un celo en verdad *ardiente*, tan *ardiente* que se tradujo en abrasadoras hogueras para los desdichados hereges. A eso debió la órden de predicadores que el pontífice Gregorio IX, de terrífica memoria, cometiese esclusivamente el año de 1232 á los dominicos el conocimiento de las causas de fé, en las cuales, por costumbre inmemorial de la Iglesia de Occidente, habian hasta el siglo XIII entendido exclusivamente los obispos.

Pero el celo de los prelados, sucesores directos de los apóstoles en el ejercicio de su espiritual magistratura, por el Redentor mismo instituida, y por el Espiritu Santo so-

lemne y milagrosamente confirmada en las personas de los doce primeros entre los discípulos predilectos, no pareció al Pontífice bastante *ardiente*; y, como hemos dicho, cometi6 á los hijos de Santo Domingo el cuidado de encender y atizar el fuego de los santos braseros, que desde principios del siglo XV echaron eterno borron en las páginas de nuestra española historia.

Basta lo dicho para que el lector entienda que la intolerancia religiosa estaba como vinculada en los dominicos, era su espíritu tradicional y hereditario; el alma, por decirlo así, de aquel cuerpo místico.

¿Cómo, pues, habia de ser popular allí donde se refugiaban los proscriptos judíos y hereges de Europa, sabiéndose seguros mientras no escandalizaran faltando á las esternas prácticas del culto?

¿Cómo habian de mirarla los indios que, por versatilidad en el carácter, por irresistible inclinacion á los hábitos de sus mayores, y por falta de fijeza en las ideas, apostataban recien convertidos, para convertirse de nuevo y apostatar otra y otras veces?

Eran, por tanto, los dominicos, mas temidos que amados, y sentíanlo ellos; y sintiéndolo, como entendidos, aprovechaban con ansia cuantas ocasiones se les presentaban de popularizarse, evitando con justa escrupulosa nimiedad, dar el mas mínimo pretesto á que su conducta se censurase con visos de fundamento.

Por tanto, así que el prelado supo que se le pedia confesion para un moribundo, mand6 á uno de sus religiosos que al embozado siguiese; y el bueno del padre, con ser de los mas meticulosos, y no sentir gran vocacion al martirio, hubo de resignarse á la obediencia.

En el siguiente capítulo verá el que lo leyere lo que al religioso en su espedicion le avino.

## CAPITULO VIII.

DE COMO NO HAY CAMINO SIN TROPIEZO, Y SÍ HOMBRES QUE NO SABEN NI MORIRSE DECENTEMENTE.



«OÑOLIENTO aún, destemplado el cuerpo, con el espíritu mas dispuesto al egoismo que á la caridad, el P. fray Domingo de la Anunciacion (que así se llamaba nuestro fraile) atravesó de malísima gana los umbrales de su pacífico convento, y oyó detras de él rechinar en sus goznes la pesada maciza puerta, tras de la cual quedaban sus compañeros en santo sosiego.

«¿Quién diablos se muere á estas horas, ó no se confiesa antes? Pensó el fraile: siempre será algun mala cabeza de pendenciero, y paréceme que no habia necesidad de molestar á un buen religioso para quitarle al diablo lo que es suyo.»

Por causas diferentes, caminos distintos y con fórmulas encontradas, el religioso y el embozado que primero vimos en la estancia del herido, llegaban á esta misma conclusion: « El moribundo es presa legítima de Satanás, y la confesion para él superflua.» Para el bravo encallecido la impiedad; para el fraile egoista su propia comodidad, eran razones concluyentes.

Como quiera que sea, ya una vez en la calle, á oscuras, profundamente á oscuras, y á solas con el embozado que inmediatamente le precedia, no tuvo el padre Domingo mas recurso que resignarse con la voluntad de Dios, y calándose bien la capucha para que el rocío de la noche no traspasara su afeitado cráneo, apretar debajo del brazo el Breviario, y el paso ademas, porque su conductor caminaba de prisa.

Anduvieron asi hasta trescientos ó cuatrocientos pasos en santa paz y armonía; mas ya á tal distancia del convento y en calle solitaria, paróse de repente el embozado, giró sobre sí mismo con militar desenvoltura, y encarándose con el atónito fraile, díjole en voz mas resuelta que cariñosa:

— ¡Alto, padre!

Paróse Fr. Domingo, como si súbitamente echaran sus pies raíces en el suelo, y tartamudeó estas palabras:

— «Bien, hijo, bien; ya hice alto. ¿Pero qué ocurre? ¿Qué me quiere? Yo no tengo una blanca, soy un pobre mendicante, y no faltan ricos en Méjico.....»

Echóse á reir el embozado, mas que del miedo del fraile, de la singularidad de indicarle él mismo, creyendo que de robarle trataba, que en otra parte podia hacerlo con mas fruto.

Fr. Domingo, animado por el buen humor de su acompañante, prosiguió diciendo:

— «¡Vamos! Ya comprendo: ha sido una burla. La mocedad gasta buen humor siempre, y aunque ni el parage,



ni la hora, ni la ocasion son para burlas, vaya en gracia, y prosigamos nuestro camino.

—Vamos á proseguirlo, contestó gravemente el desconocido; pero antes vuesa paternidad habrá de permitirme que le vende los ojos.

—Hijo ¡Por nuestro Santísimo Redentor Jesucristo, que se deje de chanzas intempestivas!

—Padre mio, yo me chanceo poco, y mis chanzas son pesadas cuando las gasto.

«El tiempo vuela, nuestro hombre se muere á toda prisa, y si llegamos tarde vuesa paternidad tendrá la perdicion de un alma sobre su conciencia. Con que déjese vendar....»

El embozado, acompañando la palabra con el ademan, acercóse, desplegando un pañizuelo de seda de razonables dimensiones, al temeroso fraile, quien mas mecánica que deliberadamente, tendió adelante los brazos, y dió á sus espalda dos ó tres pasos, exclamando trémulo:

—«Por los méritos de mi padre el bienaventurado Santo Domingo, hermano, que respete mi persona; mire que soy sacerdote y quedará escomulgado si me ultraja.

—Padre mio, otra vez le digo que no perdamos el tiempo. Si V. P. se deja vendar los ojos graciosamente, yo seré muy servidor suyo; si se resiste, emplearé la fuerza que Dios me ha dado.....»

—¿Y la escomunion, hijo? ¡Escomunion mayor!

—Ya buscaré quien me absuelva. Con que, padre, basta de retórica ó.....»

Como el embozado empuñó y sacó á medias de su vaina una daga, que pudiera pasar por yatagan moruno, y eso con aire tan resuelto que no daba lugar á dudas de ninguna especie, comprendió el dominico que lo mas cuerdo era resignarse con su suerte; y, en efecto, exhalando del pecho un hondo suspiro, dijo:

—«¡Pues vende, hermano, y sea todo por Dios!.....»

Con caridad no apriete tanto, que si lo hacc para que el camino no vea, con la oscuridad de la noche (y el miedo que llevo, pudiera añadir) sobra para que lo ignore, como si en las montañas de los *Chichimecas* estuviésemos!»

Mientras asi decia, ya estaban convenientemente vendados sus ojos, verificado lo cual y asiéndole del brazo el embozado, rompió el silencio diciéndole:

—«Ande, sin miedo, padre; que yo le guio y sostengo.

—En mal hora, murmuró para sus adentros el desorientado fraile, dejándose llevar mas bien que andando; en mal hora cai en la tentacion de venir á esta tierra de bárbaros. ¡Ya se ve, contaban de ella tales maravillas! En fin, si de esta salgo y no muero.... ¡Mi padre Santo Domingo me ampare y proteja! En el primer navío que salga de la Veracruz, me vuelvo á mi convento de España..... Que convierta indios el que quiera; yo allá quemaré herejes y judaizantes, que es obra á los ojos de Dios mas meritoria!»

En estas y otras análogas reflexiones, llegó el fraile á la casa donde yacia el herido; y una vez dentro del zaguan, su conductor le quitó la venda, tratándole con toda la deferencia que su carácter sacerdotal requería.

Ya en la estancia del doliente, lo primero que se le ocurrió al bueno de Fr. Domingo fue escogitar un medio oportuno para regresar á su convento lo mas pronto posible, y por eso quiso tomarle primero el pulso á la salud, que á la conciencia del herido. La práctica de agonizar, por una parte, y el amor á su individuo por otra, eran causa de que Fr. Domingo, como otros muchos religiosos, tuviera ciertas ideas mas que superficiales, aunque no muy profundas, del arte y ciencia de *Esculapio*; por manera que nuestro fraile echó de ver desde luego, y no con poco sentimiento suyo, que en efecto, si aquel hombre no se confesaba pronto, habria

de irse al otro mundo con el alma como la tuviese entonces, limpia ó sucia.

Que si hubiera podido Fr. Domingo endosarle la comision á cualquiera de entre sus compañeros, lo habria hecho de buena gana; que si previera la vendadura de los ojos, no le sacara del convento la cristianidad entera, cuando para eso solo se reuniese; que, en fin, prefiriera ayunar al traspaso una quincena, siendo gloton como pocos, á verse en aquel trance, parécennos proposiciones inconcusas; pero si era egoista y cobarde, no por eso impio, ni aun tibio en sus creencias.

Asi, una vez convencido de la urgente necesidad de su ministerio, la proximidad de la muerte del mal herido pecador que ante sus ojos via, y el presentimiento de la eternidad que le esperaba, purificando instantánea, aunque pasageramente, su alma de las fétidas exhalaciones de la levadura del viejo Adan, trocaron sus disposiciones y hasta su aspecto de una manera maravillosa.

Levantóse, pues, al terminarse el diálogo de los dos embozados, abrió su Breviario, y sacando de la manga una pequeña imágen del Redentor crucificado, dijo, echándose á la espalda la cogulla:

—«Hermanos, despejen, que voy á administrar á este hombre el sacramento de la penitencia.»

No debia la dueña de ser sorda, pues apenas terminaba el P. Domingo su apóstrofe, cuando ya ella echó á andar hácia la puerta de la estancia; mas detúvola, asiéndola brutalmente del brazo, el primer embozado, diciendo:

—Quieta, tia *Garduña*: aquí no entra ni sale nadie sino con mi vénia!

—¡Deslenguado! replicó la vieja: Tomasa me llamo:

—Silencio, interrumpió el fraile, silencio en presencia del ángel de la muerte que ya tiende sus alas sobre este desdichado.

—¡Confesion ! ; confesion ! Esclamó en voz ronca el moribundo.

—¡En el nombre de Dios, si sois cristianos, os mando que desocupeis esta estancia!

Volvió á decir el fraile, efímeramente animado por la inspiracion evangélica ; mas por efecto de una de esas reacciones irresistibles de la natural índole de cada individuo contra las ideas adquiridas y los sentimientos, por decirlo así, artificiales, viendo inmóviles á los embozados, y que el primero de ellos, sobre todo, se encogia de hombros con soberano desprecio , no pudo menos de añadir:

—«Y si no quieren irse , déjenme á mí volver á mi convento: que confesar á este hombre en público fuera sacrilegio, y yo no quiero cometerlo.

—Dejen al padre hacer su oficio , gruñó irritada la vieja ; ó sino yo le diré quien son los.....»

La mano férrea del primer desconocido cayó, como un rayo, sobre la boca de la dueña, sin dejarla concluir la frase ; el segundo , como si aquella escena estuviera prevista , le hizo y puso una especie de mordaza con el mismo pañizuelo con que al fraile habia vendado los ojos; y en seguida entrambos le ataron los brazos con el cinturon de uno de ellos. Concluida tal maniobra cargó el segundo embozado con la vieja , que pataleaba como tres ahorcados juntos; salió de la estancia con ella acuestas, y volvió solo un instante despues, diciendo: —«Está á buen recaudo.»

El enfermo , en quien visiblemente la presencia de aquellos dos hombres paralizaba lo poquísimo que de sus facultades mentales dejaba libre la muerte que, con veloces pasos, se le iba apoderando de alma y cuerpo, cerró convulsivamente los ojos; y Fr. Domingo, dejándose caer en la silla, tapóse el rostro con ambas manos, poniéndose á rezar fervorosamente , y como si él fuera el moribundo, el salmo *Miserere mei Deus*.

Todo lo que últimamente hemos referido pasó en mucho menos tiempo que en leerlo invertirá el curioso, porque los embozados se conocia que eran hombres avezados á tales aventuras y diestros en toda la estension de la palabra.

—«¿Qué hacemos ahora? preguntó al primero el segundo de los desconocidos, al regresar de su expedicion con la vieja.

—Que se vaya el fraile ó le confiese delante de nosotros.

—¡Buena confesion será con testigos! ¡Esas solo se usan en el potro!

—¿A qué diablos es hablar del potro, cuando en tan buen camino estamos para llegar á él?

—No hay justicia en la tierra, dijo allá para sus hábitos el fraile, si no os veo pronto á los dos en tan buena cabalgadura!

—En fin, replicó á su compañero el segundo embozado; los *Señores* quieren que se confiese, y confesarse en tan reducida estancia, estando nosotros en ella, es cosa imposible. La ventana, tiene reja y candado; puerta no hay mas que una.....

—¿Y si ese gallina se asoma?

—La ventana cae al patio, y ademas, si el padre cayera en la tentacion de levantar la voz demasiado, debe tener por seguro que no vuelve al convento.

—¡Oh, eso yo le juro que la oreja habia de ser su mayor tajada!

—¡El Señor me asista! murmuró el fraile estremecido hasta la médula de los huesos.

—Con que, prosiguió el segundo embozado: padre, nosotros nos vamos, pero á la cuadra inmediata. Confiese, en buen hora, á ese infeliz, pero haga las cosas pronto y silenciosamente como hombre cuerdo.

Hizo el padre Domingo una señal de aquiescencia con

la cabeza, y comenzaba á respirar con algun desahogo viendo que aquellos dos energúmenos volvian la espalda para salir de la estancia, cuando antes de llegar á la puerta el primero, variando de propósito, se acercó con paso firme á la cabecera del lecho; y allí poniéndole la mano sobre el hombro al atribulado fraile, dijo:

—Si por mí fuera, Padre, no se le molestara tan á deshoras....

—¡Ojalá! exclamó tan involuntaria como sinceramente el interpelado; y el embozado prosiguió:

—Si ese hombre tiene de que arrepentirse, y hay algo en la otra vida.....

—¡Blasfemo!!!

—¡Eh, silencio! Y no me venga á mí el fraile con alharacas. Digo que con un *¡Señor qué!* le bastaba. Pero han querido que se confiese, y probablemente lo lloraremos todos. En fin, donde hay patron no manda marinero, que se confiese y buena pró.

—¡Vámonos! interrumpió impaciente el segundo embozado.

—Espera, repuso el primero; tengo que hacerle al Padre una advertencia. Dicen que la confesion no se revela nunca: pero como hay bulas hasta para difuntos...

—¡Sacrilego!!!

—Menos palabrotas, si hemos de ser amigos. Si en cualquier tiempo que sea se le escapa una sola palabra de las sandeces que probablemente le va á contar ese menguado, puede estar seguro el Padre de que, aun cuando nunca se desnude la casulla, ni viva mas que en el altar, allí le he de arrancar la lengua y sacarle el corazon por la espalda. ¿Estamos?

«Y tú, añadió, encarándose con el herido; tú que has vivido como un hombre, y acabas como una murgercilla, si se te va la lengua, harás bien en morirte seguidamente, porque si no..... Ya tú me conoces.....

Cuidado con los nombres propios..... pronunciar el mio puede costarles caro á tus hijos! Adios.»

Dichas esas tremendas palabras con un acento, mas horrible aún que ellas, de cínica frialdad y endurecido corazon, aquel hombre de hierro salió de la estancia con la misma serenidad, con el sosiego mismo que si ceremoniosa y cortesaneamente se hubiera despedido.

El moribundo lanzó un grito de horror profundo; el fraile besó contrito el crucifijo que en las manos tenia; y hasta el segundo embozado sintió entorpecerse en sus venas el ordinario curso de la sangre, y cubrir sus miembros todos un sudor frio como el precursor de la muerte.

Triste privilegio el de las naturalezas satánicas! Ellas dominan alguna vez por efecto de especiales circunstancias; pero no solo á los buenos sino á los malos tambien, á los propios cómplices inspiran horror invencible.

Volviendo ahora á la relacion de los sucesos, no puede dudar el lector de que con gran deleite le referiríamos aquí punto por punto, con el esmero y proligidad que ya debe haber advertido en cuanto escribimos, lo que pasó entre el herido y el Padre Domingo, asi que libres se vieron de dos tan peligrosos testigos como lo eran los embozados: pero encontramos para verificarlo dos obstáculos insuperables. De ellos el primero es un escrúpulo de conciencia, pues nos parece que, aún estendiendo á los novelistas, y en su acepcion mas lata, el privilegio del *Quidlibet audendi* que Horacio ha otorgado á poetas y pintores, todavía no debe de alcanzar la licencia en las osadías á tanto que pisen la vedada tierra de las cosas santas. La confesion no es un grano de anís, y revelarla, ó suponer que se revela, aún en libros de invencion fantástica, fuera accion impropia de un católico apostólico romano.

Pero á mayor abundamiento, y aquí entra el segun-

do obstáculo, carecemos absolutamente de datos ciertos por lo que á la conferencia del dominico con su penitente respecta: por manera que, aun siendo menos timoratos y escrupulosos, que realmente lo somos, no pudiéramos cometer la punible indiscrecion que acaso exigiera de nosotros algun curioso.

Habremos, por tanto, de limitarnos á referir lo poco que desde la cuadra inmediata á la estancia del doliente oyeron nuestros embozados, sentados en ella, el primero sobre una mesa y hechas sus piernas dos péndulos, que acompasadamente movia, y el segundo en una silla, entre dormido y absorto.

Algunos minutos de silencio siguieron al momento en que la estancia mortuoria quedó libre de curiosos; sin duda el fraile en voz baja exhortaba al enfermo, ó este con apagado acento comenzaba su confesion: el hecho es que afuera nada se oía.

—¡Qué callados están! dijo el segundo embozado.

—¡Quizá se confiese por señas! replicó el primero con su sarcástico acostumbrado tono.

—¡Pobre Garci-Perez! ¡Qué estocada!

—¡Oh, eso sí, famosa! ¡De las que no han menester maestro!

—Si nos hubieran llamado antes.....

—Nos llamaron cuando se creyeron en peligro, como siempre. Créeme, *Absalon*....

—*Felipe* me llamo ahora, como nuestro católico monarca; no lo olvides *Alma-negra*.

—*Absalon* ó *Felipe*, tanto monta; pero... calla... Parece que ya dan señales de vida por allá dentro.»

En efecto, habíase sentido, primero el acento monótono del fraile, aunque las palabras no se distinguian; despues un lamento del herido, y luego otra vez la voz del dominico mas elevada que antes, aunque siempre indistinta.



Absalon, dijo entonces:

—«Debe de estarle recomendando el alma; en Italia me la recomendó á mí há diez años un Teatino...

—Que perdió el tiempo probablemente.

—Tú, Alma-negra, como no tienes religion...

—Para eso tú, Felipe ó Absalon, las has tenido ya todas...

—¿Y qué mal hay en eso? Por mucho pan...

—¡Misericordia!!! Misericordia!!! Clamó, cuando los dos malvados llegaban á ese punto de su impío diálogo, la voz cavernosa del herido, con una fuerza de que no parecia estar capaz.

—«¡Arrepiéntete sinceramente, ó no esperes misericordia!» Replicó el fraile en un tono que revelaba el inquisidor á cien leguas.

Entonces Alma-negra, poniéndose de un salto desde la mesa que le servia de asiento en la puerta de la estancia, entreabrióla, pasó por la abertura la cabeza, y dijo:

—«No den voces, que alborotarán la vecindad, y ademas harán inútil que nos hayamos salido nosotros de la estancia.»

Dichas esas palabras, retiróse, pero mas grave, menos cínico en su ateismo que antes, pues á pesar de su invencible endurecimiento habia contemplado un cuadro de esos á que no resiste en el fondo, aunque en las apariencias lo afecte, humano ninguno.

¿Qué vió, pues? Al abrir la puerta al herido mas cárdenamente lívido que nunca, con los ojos desencajados, las facciones todas descompuestas, rechinando convulsivamente los dientes, y á medio incorporar sobre su sangriento lecho; al fraile de pie, doblado el cuerpo hácia el paciente, con su mano derecha asiendo la de éste, en la izquierda mostrándole el Crucifijo, y fijando en él (el herido) una ardiente mirada, mas de buitre á su presa, que de cristiano á moribundo.

Sin embargo , Alma-negra , no queriendo dar á torcer su brazo , sentóse de nuevo sobre la mesa , y dijo á Felipe :

—Absalon , parece que la cosa se enreda por allá dentro ; ya han llegado á las manos.

—¿No tienes lástima de un camarada , de un amigo ?

—Por lo que toca á los amigos , no tengo otro mas que el dinero ; ahora , en cuanto á los camaradas , yo que lo he sido en Francia de los Hugonotes y de los del Rey ; en Flandes de los castellanos y de los tudescos ; en Italia de los franceses y de los españoles , ni mas ni menos que tú , piadoso Absalon , á quien he conocido , ademas de todas esas cosas , sucesivamente judío , católico , herege , protestante , esbirro de la inquisicion , y qué sé yo qué mas , ¿No comprendes que si me lastimara de todos aquellos de mis camaradas á quienes he visto y he de ver morir , de piedra , palo , plomo , cuerda y fuego , tendria el corazon como una criba , y de nada serviria hoy para la empresa en que nos hemos embarcado ?

—Silencio : el fraile puede oirnos , y los dominicos son nuestros enemigos.

—¿Por qué , ya que se han empeñado en traer un fraile , no ha sido un franciscano ?

—Porque esos son , segun parece , amigos , pero no cómplices.

—Que doscientos mil demonios carguen conmigo si los entiendo . ¿No comprenden que si ese hombre habla , puede perderlos ?

—No sé ; pero el *Mártir* es hombre que en tratándose de religion...

Aquí llegaban los dos aventureros cuando por segunda vez , olvidando sin duda la pasada advertencia , moribundo y agonizante les interrumpieron con sus voces.

—«La absolucion , padre mio , que me muero ; la absolucion !» decia el herido.

— «*Otorga, ó no te absuelvo!*» replicaba el confesor.

Al oír tales palabras, pusiéronse en pie los dos bravos, y Alma-negra, desenvainando el puñal, dijo á Felipe Absalon:

— «¿No te lo dije? Es preciso que ese fraile no salga de aquí vivo, ó el *Mártir* lo será muy de veras por sus necedades, y nosotros por no remediarlas.

— «Detente, repuso Absalon; para matar siempre hay tiempo.»

Sin embargo, ya entonces Felipe comenzaba á participar seriamente de los temores de su camarada, y como su mayor aparente respeto á las cosas santas no pasaba de hipocresía, resolvió entrar con él en la estancia, donde, á juzgar por lo que de oír acababan, tenia lugar una terrible escena.

Y era así realmente: el enfermo, á quien la sobre-escitacion nerviosa producida por las angustias horribles de su ánimo, prestaba por el momento fuerzas impropias de su estado, revolcábase en el lecho, movia los brazos y bramaba, arrojando sanguinolenta espuma por la boca, como un verdadero energúmeno. Mientras el fraile, siempre de pie, y sin apartarse de la cabecera, pero con los brazos cruzados, y con una espresion indefinible de cruel obstinacion en el semblante, seguia los movimientos del infeliz sin perderle un instante de vista, ni dar muestras de conmoverse.

En aquel momento Fr. Domingo no era el dominico, por regla general, indolente y bonachon, sino el inquisidor en funciones, y en funciones importantísimas, de cuyo buen desempeño pendia, á su entender, nada menos que el definitivo triunfo en Nueva España de la órden de predicadores sobre la de los franciscanos.

Así, ni su egoismo, ni la vista de las horribles angustias del moribundo, ni la entrada de Absalon y Alma-negra en la estancia, fueron parte á turbarle ni á dis-

traerle del objeto importantísimo á que se dirigia.

No respondemos, sin embargo, de que no flaqueara el fraile á prolongarse mucho aquella deplorable escena; pero felizmente para él, al entrar los dos bravos, tocaba ya á su término.

—«¡Absolucion! ¡Misericordia! ¡Absolucion!» Repetia el moribundo, acompañando ya á sus mal formadas voces en la garganta el estertor, en los ojos el ceniciento velo de la muerte.

—*¡Otorga! ¡Otorga!* O arderás en las eternas llamas! Repitió tambien con mas dureza que nunca el implacable dominico.

Entonces el herido, despues de un instante brevísimo de perplegidad, haciendo un desesperado y último esfuerzo, levantó el cuerpo del lecho, como la culebra el suyo de la tierra, apoyándose en la cabeza y pies á un tiempo, y tendiendo los brazos á su confesor, clamó:

—¡Mis hijos! ¡Mis hijos!

—*¡Otorga, ó te condenas!* Dijo de nuevo el fraile.

—*¡Otorgo, otorgo!* La absolucion que me muero! La absolucion!!!»

—*¿Ha otorgado?* preguntó el fraile con aire satisfecho á los bravos, y al propio tiempo levantaba el brazo para bendecir, sin duda, al agonizante.

—*Si ha otorgado;* respondió Alma-negra en voz sorda; pero *¿Qué es lo que ha otorgado? Yo quiero saberlo.»*

Y diciendo y haciendo asió el brazo derecho del dominico.

—«¡La absolucion!! No cesaba de clamar el moribundo.

—*¡Déjale que le absuelva!* Murmuró Absalon al oido de su compañero; que luego veremos.»

Entonces Alma-negra soltó, en efecto, el brazo del



LA CONJURACION DE MEJICO.



Muerte de Garci-Perez.

fraile; mas ya era tarde: el pecador habia espirado sin absolucion y desesperadamente.

Durante algunos minutos el estupor de la muerte aplanó á los tres vivos que en la estancia habia, no menos que al aún caliente cadáver que contemplaban. El dominico, de rodillas, rezaba. ¿En accion de gracias por el triunfo que habia conseguido, en espiacion de su falta por no haber absuelto al pecador arrepentido, ó implorando la misericordia de Dios para el alma del infeliz que de espirar acababa? No sabemos por qué, pero él rezaba.

En tanto Alma-negra y Absalon celebraban consejo en voz baja, sobre si habian de *despachar al fraile*, que era la opinion del primero, ó de volverle á su convento como lo queria el segundo.

Ni uno ni otro carecian de razones en que apoyar su sentir. Alma-negra decia: »¿Qué cosa ha podido otorgar el muerto que al fraile interese, como la licencia para revelar su confesion no sea? Y si es asi, entre que perezca el fraile ó nos perdamos todos, no cabe vacilar ni un instante.»

Absalon replicaba: «podrá ser eso, pero puede no serlo tambien, y si desaparece un dominico, los otros frailes son capaces de demoler á Méjico piedra á piedra, hasta encontrar su cadáver, y descubrir á los matadores. Entre un peligro cierto y otro contingente, escoger el segundo es lo mas cuerdo.»

Divididos asi los pareceres y no habiendo quien la discordia dirimiese, dijo Alma-negra: «Que la suerte decida! Aqui tengo dados!»

—Que me place, replicó Absalon; el que saque mayor punto dispondrá del fraile, y el otro ha de ayudarle.—Sí á fé de Alma-negra!»

Y dicho y hecho: cada cual tomó su dado, y á la luz de la lámpara arrojáronlos sucesivamente sobre la

mesa. Alma-negra fue el primero, y echó un *cinco*.

—»¡Buen punto! exclamó Absalon riéndose; á muerto me huele el Padre!»

El fraile que, hasta entonces embebido en sus oraciones, no habia prestado atencion ninguna á los dos bravos, al oir la exclamacion del ex-judio, volvió en sí como si un alacran le picara, y dijo:

—¿»Qué es eso hermanos? ¿Qué mala tentacion les acomete?

—Calle y rece, contestó brutalmente Alma-negra, que quizá le quede poco tiempo.

—¡Virgen santísima, valedme! clamó el Padre fray Domingo, justamente alarmado.

—Rece, le dijo con su habitual suavidad Absalon, moviendo en la mano su dado: rece para que yo gane, Padre, que le va la vida en ello.»

Sin acabar de comprender la horrible burla de que era objeto, dejóse sin embargo caer de nuevo sobre las rodillas el fraile, y aquella vez sí podemos asegurar que oró fervorosamente *pro vita sua*.

En tanto el tocayo del principe de los largos dorados cabellos, con una calma y un sosiego, como si de jugar algunos maravedís se tratase, arrojó su dado sobre la mesa diciendo:

—»¡Pobre fraile, si tengo la suerte que acostumbro!»

Sonó en la mal cepillada tabla el cubo de hueso, y parecióle á fray Domingo que aquel golpe le abria las puertas de la eternidad; Alma-negra examinaba la punta de su puñal, como un cirujano el corte de los instrumentos con que á operar se prepara.

—»Gané, gritó súbito Absalon: un *seis*. ¡Ea, Padre, respire!

—*Te-Deum laudamus*, murmuró el fraile, aún no muy tranquilo.

—¡Qué lástima! dijo en forma de aparte Alma-negra:



ese punto mas puede costar muchas cabezas honradas, y solo salva la fanática mal trasquilada de ese frai-luco!»

Fiel, no obstante, á lo pactado, consintió que Absalon condujese al Padre Domingo con los ojos vendados, como le trajo, hasta cerca del convento, donde le dejó proseguir su camino.

¿Y la vieja? Cierto: ya me olvidaba de ella. La vieja, á quien atada y cerrada con llave dejó Absalon en la cocina, recobró su libertad para amortajar al muerto en una de las sábanas de la cama, á fin de enterrarle con la posible decencia en el patio de la casa misma donde ocurrieron los referidos interesantes sucesos.



ese punto mas puede costar muchas espesas honradas  
 y solo salva la familia mal trasquilada de ese mal  
 ludo.  
 Fiel, no obstante, á lo pactado, consintió que Absalon  
 condujese al Padre Domingo con los ojos vendados, como  
 no le trajo; hasta cerca del convento, donde le dejó  
 proseguir su camino.  
 ¿Y la vieja? ¿dónde? ya me olvidaba de ella. La vie-

## CAPITULO IX.

DE UN HERIDO MAS CARITATIVA Y AMOROSAMENTE ASISTIDO QUE  
 EL INFELIZ GARCÍ-PÉREZ, Y DE UN DONCEL ENAMORADO Y PUDOROSO.



i todos aquellos á quienes la suerte de las armas condena á sucumbir en un combate hubiesen de terminar su carrera mortal asistidos por viejas de mala catadura, bravos sin conciencia, y dominicos fanáticos, el oficio de valiente seria perro en todos conceptos: mas, por ventura, si bien hay escuderos que son el rigor de las desdichas, no faltan ca-

balleros que como el buen *Lanzarote*

«*Cuando de Bretaña vino,*»

tienen para cuidarlos á ellos gentiles damas y apuestas

doncellas, dejando á cargo de las dueñas el regalo de sus *rocinos*.

Vamos, pues, para que se esparza el ánimo del lector benévolo, á variar de vista en esta série de cuadros de muertos que al público ofrecemos, retratando la estancia y situacion de nuestro D. Alonso de Avila, herido como sabemos, y gravemente, en el encuentro que con los desconocidos tuvo á la puerta misma de su propia casa. Manuel de Villegas y Juan de Samano, que andaban alarmados con las bravatas y fieros de los parciales del Marqués, y á quienes, á mayor abundamiento, el doctor Ceinos y sus cólegas de la Audiencia habian inoculado buena parte del sobresalto y saña que los dominaban, acudieron, ya se dijo, con ronda numerosa á la calle de D. Alonso, apenas llegó á su noticia el estrépito que en ella habia; pero con anticipacion bastante retiráronse los incógnitos, y la serpiente de Tlaxcala arrebató á don Fernando de Valdestillas, quedando solo y tendido en el campo de batalla el D. Juan Tenorio mejicano.

Mientras parte de la ronda, á fuerza de golpes é intimaciones en nombre del Rey y de la Audiencia de Nueva España, hacia que se abriesen las puertas de la posada de D. Alonso, llegó por la justicia requerido un *maestro*, como entonces llamaban á los cirujanos, el cual manifestó, prèvio un ligero reconocimiento, que ni era posible tomar declaracion al herido, ni tampoco trasladarle, cual quisieran el Alcalde y Alguacil mayor, á la casa de la ciudad en calidad de preso. En consecuencia, sus propios criados llevaron el sangriento cuerpo de Avila hasta su lecho de aparato, donde, hecha la primera cura, quedó en poder, en cuanto á la asistencia, de las criadas de su esposa, y bajo la guarda y vigilancia de dos alguaciles, centinelas de vista, para incomunicarle en lo posible.

Casi por demas nos parece decir que, aún cuando

otra hubiera sido su voluntad, no le permitiera la decencia á la bella doña Elvira permanecer estraña á la tragedia en que tan principal papel representaba su esposo; pero lo que acaso sorprenda á alguno de nuestros lectores será el decirle que aquella dama, si no era en el arte de fingir maestra consumada, se condujo en la ocasion que refiriendo vamos como debiera la mejor de las esposas. Verdad es que las lágrimas asomaban á sus ojos como furtiva y vergonzosamente; que lloraba á la manera de los hombres esforzados, y no como débil muger; que no dió gritos agudos, ni se entregó á descompuestos ademanes; pero habia tan intenso dolor retratado en su bellissimo rostro, que á saber la mitología los circunstantes, tuviéranla por una fiel reproduccion de la desdichada Niobe.

La entereza varonil de su carácter no se desmintió, sin embargo, ni un solo instante; ella asistió, alumbrando al Maestro con una bujía, al reconocimiento de la herida; ella dió y ayudó á apretar las vendas de fina holanda, por sus blancas manos cosidas, con que se sujetó el primer apósito; y ella, en fin, retirado el facultativo, quiso, y no hubo ruegos que desistir la hicieran de tal propósito, pasar el resto de la noche al lado de don Alonso para administrarle, como le administró, en efecto, á las horas marcadas, cierto cordial que el cirujano habia dispuesto. D. Alonso, privado por entonces de todo conocimiento, ignoraba cual era su propia situacion, y mas quien le cuidaba. Quizá, si le fuera dado por arte de encantamento verse á sí propio tendido en su lecho, máquina de maciza tallada caoba, con adornos embutidos y clavazon de plata y oro, su gran colcha de damasco rojo, y en vez de colgadura un mosquitero de gasa sutil; si se viera, decimos, en aquella alcoba (la conyugal) muchos meses hacia desierta, y á la cabecera del tálamo á Elvira, cubierto el rostro de palidez, y fijando

alternativamente los ojos, ya en el libro de horas con preciosas miniaturas enriquecido, que en la mano izquierda tenia, ya en el herido, cuyo pulso tomaba con la diestra, no sin señales de tierna inquietud, dijera don Alonso: «No hay cosa como estar en peligro de muerte un marido para conquistar el afecto de su esposa.» ¿Mas era aquello humanidad, compasion, amor, simple amistad, tributo ó la obligacion pagada, ó respetos mundanos puramente? Dios solo puede saberlo; nosotros, pobres mortales, por lo exterior juzgando, no podemos menos de consignar aquí que doña Elvira se condujo en todo como á dama de tan alta posicion y buena fama cumplia.

El enfermo pasó la noche en grande agitacion, y poco antes del alba se le declaró una furiosa calentura; doña Elvira atendia á su asistencia, sin que lo avanzado de la hora, el cansancio, ni la pena, la hiciesen desmayar un solo instante.

Las criadas iban y venian, relevándose, hasta la puerta exterior del salon contiguo á la alcoba, punto del cual no dejaban los alguaciles pasar, ni para dentro ni para fuera, á los sirvientes, habiéndose declarado aquella habitacion cárcel de D. Alonso.

Poco despues de amanecido volvieron el Alcalde, el Alguacil mayor y un escribano á ver al herido, con el cirujano que le habia curado: movió éste la cabeza con aire de gran desconfianza luego que hubo pulsado al paciente, y dijo:

—Ni hoy, ni en tres dias, podrá vuesa merced, señor Alcalde, tomar declaracion á este caballero.

—Pero, maestro, la justicia del Rey...

—La justicia de Dios, señor Alcalde, es antes; y ahora pesa su vara sobre D. Alonso. En este momento la calentura es tal que le tiene incapaz de oiros y mucho mas de contestaros.

—¿Tan de peligro se halla? Preguntó doña Elvira, haciendo sobre sí misma un esfuerzo sobrehumano para suprimir las lágrimas que á sus ojos se agolpaban.

—Señora, contestó el cirujano, pronunciando las palabras que decia con esa solemnidad de mal agüero que usan los facultativos para anunciarnos las infaustas nuevas; la herida es grave: en mi entender ha interesado uno de los pulmones... Segun los síntomas hay estravasacion de sangre, y si se forma un *enfisema*...

—¡Maestro, por Cristo que calle! Le interrumpió Juan de Samano, observando que la palidez de doña Elvira se iba haciendo horrorosa á medida que el cirujano soltaba impertérrito palabras técnicas; y luego volviéndose á Villegas añadió:

—No hay mas que mirar á D. Alonso para convencerse de que perdemos aquí el tiempo.

—Verdad es; pero la Audiencia...

—La Audiencia no puede pedirnos lo imposible. Oídme aparte.»

Salieron, en efecto, de la alcoba el Alguacil mayor y el Alcalde, y entrándose en el alfeizar de una de las ventanas del salon, sin duda para hablar con mas seguridad de no ser oidos, entablaron, comenzando aquel, el diálogo siguiente:

—«Erramos el golpe, Villegas; y no hay mas que resignarnos.

—Vive Dios, Samano, que no hay quien me persuade de que la pendencia de anoche no se enlaza con la traicion cuya pista seguimos.

—Es muy posible, y como vos lo creo; pero ¿qué haremos ahora? Por la ciudad se dirá que damos importancia á lo que en sí no la tiene; que todas las noches hay cuchilladas sobre mugeres ó juego, sin que por ello nos movamos, reservando el alarmarnos y dar una campanada para el momento en que vemos que nuestros

enemigos andan en la danza. ¿No comprendéis que damos armas á los descontentos, cansándonos ademas sin fruto?

—Demasiado que lo comprendo; pero el doctor Ceinos.....

—Al doctor Ceinos es preciso hacerle entender razon. Esos odores por hacer un proceso y acumular autos se mueren; y aquí, creédmelo Villegas, aquí al cabo y al fin tendremos que acudir á la espada.

—¿No hemos de tomar, al menos, declaracion á don Alonso?

—Lo primero, es cosa imposible tomársela en el estado en que se encuentra; y lo segundo, decidme: ¿Qué sacaríamos en limpio? Nos dirá que quisieron robarle, ó que no sabe por qué ni quién le acometió.

—No podrá negar que habia mas de una docena de hombres en la calle.

—¿Y medrados quedamos con que lo confiese!

—¿Qué haremos, entonces?

—Retirar los alguaciles antes de que corra la nueva y se escandalice la ciudad, sabiendo que asi se trata á tan principal caballero; hacer entender al doctor Ceinos, que á él, á nosotros y á la justicia del Rey, conviene que esta aventura se ponga en olvido, sin perjuicio de no perder de vista á los del Marqués que, confiados en nuestra aparente incuria, han de largar la rienda á sus pasiones.

—Digo, Juan de Samano, que sois hombre de tan buen consejo en los lances que requieren cordura, como de ánimo resuelto cuando no hay mas razon que la espada.

—Y yo, Manuel de Villegas, que mientras vos seais Alcalde, y yo Alguacil mayor en Méjico, segura tiene el Rey á Nueva España.»

Con esos reciprocos elogios y apretarse las manos,

volvieron nuestros dos interlocutores á la alcoba de don Alonso.

Allí, porque doña Elvira se negó resueltamente á separarse ni un instante de la cabecera del herido mientras en tan grave peligro continuase, el Alcalde y el Escribano, por no perder del todo el viaje, tomaron sumaria declaracion á la bella afligida señora; la cual limitóse á decir que, rezando en su aposento, oyó voces y cuchilladas en la calle; pero no pudiendo ni remotamente imaginar que en la pendencia figurase su marido, á quien creia recogido hacia ya horas (el Escribano mismo no pudo menos de sonreirse oyendo decir tal cosa de un hombre como D. Alonso), lo primero de que habia cuidado era de que se cerrasen las puertas, tanto para preservarse de cualquier tropelía, cuanto para impedir que su esposo, valiente de sobra (un signo de aquiescencia de Samano y Villegas confirmó la opinion de doña Elvira), ó los criados saliesen á tomar parte en aquel escándalo.

Preguntóle el Alcalde si no se habia asomado á la reja de su habitacion, y conocido á alguno de los que reñian en la calle; Elvira concedió lo primero, mas negó lo segundo, esplicando y confirmando su dicho con la oscuridad de la noche, la confusion de la escena, y el sobresalto consiguiente en que se hallaba.

No crea el lector que omitió el Escribano el preguntar á la dama si sabia ó sospechaba que su marido tuviese enemigos á quienes pudiese achacarse haberle provocado, ó el propósito de asesinarle alevosamente.

—No le faltarán enemigos á D. Alonso, respondió altiva doña Elvira: ¿Qué caballero, de buen linage y prendas como las de *mi señor* y esposo, no los tiene en Méjico? Pero los que yo le conozco, no son gentes de acometerle con la espada, ni aun alevosamente.»

Para pronunciar esas palabras habíase puesto de pie



la hermosa señora, apoyaba la siniestra mano en la mesa donde el Escribano emborronaba el papel, tendia la diestra magestuosamente hácia Villegas y Samano, y con una mirada de reina contra rebeldes súbditos en ira encendida, obligábales á que bajasen los ojos á aquellos dos hombres tan poco poéticos como accesibles, generalmente hablando, á temor alguno.

El maestro, que á quien atendia era á su herido, creyó notar cuando hablaba doña Elvira alguna agitacion en su pulso; mas no osó afirmar que fuese casual efecto de origen desconocido, ni negar que pudo, en un breve lucido intervalo de la fiebre, oir D. Alonso como su esposa trataba á los de justicia.

Estos, como quiera que sea, no hallando que objetar racionalmente á la declaracion de aquella señora, declaracion que, sobre ser en sí verosímil, estaba de todo punto conforme con las de sus criadas y criados, asi como con las que prestaron los vecinos todos de la calle, hubieron al fin de resolverse á retirar los alguaciles de vista y dejar libre á D. Alonso en su casa, si libre puede llamarse al hombre, cuando, esclavo del dolor, yace por él postrado.

No pienso que haya español ninguno á quien asombre que entre tantos testigos presenciales del lance en cuestion como fueron por el Alcalde examinados, ni uno solo hubiera que se prestase á darle algun indicio de cosas ó personas á la justicia: esta ha sido tal entre nosotros, hasta los felicísimos tiempos que corren, que hay hombre que no se moviera para huir de un ladron, y quisiera tener las alas del Boreas para que no le alcanzasen nunca los agentes de la fuerza pública.

¿En qué consistirá? Indudablemente en lo cortés de las formas, lo blando de las costumbres, y lo suave de las maneras de los ministros subalternos de los tribunales; y en la seguridad que tuvo siempre en España el

inocente de libertarse mas dificilmente de las garras de la justicia que si culpable fuera.

Entiéndase que nos referimos á tres siglos hace, pues ahora... lo que es ahora hay quien dice que la justicia se ha suprimido como artículo de lujo en la moderna sociedad; por eso nadie la teme, ni la espera tampoco.

Pero volvamos á nuestro cuento: mientras la justicia estuvo dentro de la casa de Avila, ni pariente, ni amigo, ni curioso, que es mas, hubo que osara acercarse á sus umbrales: á la hora de haberse retirado los alguaciles, la calle pudiera pasar por una romería, la casa por un jubileo. Todo Méjico, sin distincion de clases y ni aun de bandos, se creyó en la obligacion de acudir, personalmente los amigos, por medio de criados los contrarios, á informarse de la situacion del herido; y como aún no se habia inventado el expediente del papel ó lista en que cada cual apunta su nombre, y que se encabeza con el Boletin oficial del estado de la salud del enfermo, no se daban mano los criados á responder á unos y á otros, y á todos, y veinte veces en un minuto:

—»Su merced está bastante grave.—El maestro no se aparta de su lado.

—La Señora le ha velado toda la noche, y aun prosigue á su cabecera.

—Dios nos conserve tan buen amo, etc., etc.»

En cuanto á doña Elvira, negóse á recibir visitas rotundamente, aunque por la ausencia de su cuñado Gil Gonzalez de Avila, hermano de su marido, no tenia á la sazón quien en aquel cargo la reemplazase.

Dejémosla, abatida por el cansancio y los padecimientos, aletargarse un momento, reclinando la cabeza sobre el extremo de la almohada misma en que la suya apoyaba el herido; y hablemos, si el lector no lo ha por enojo, de nuestro jóven D. Fernando de Valdestiel

llas, á quien dejamos al separarse del indio Cristóbal, su fidelísimo criado.

Fácilmente se comprenderá que no halló el mancebo medio de reposar aquella noche: lo ocurrido con Alonso de Avila le agitaba en mas de un concepto, poniendo en sordo movimiento y mal reprimida efervescencia los gérmenes todos de sus violentas pasiones; y por si algo le faltaba para llegar al apogeo de la irritabilidad nerviosa, la última parte de su diálogo con Cristóbal habia herido una de sus fibras mas sensibles.

—«¿Qué será de D. Alonso? ¿Qué se dirá de mí cuando se sepa que sano y salvo he salido dejándole á él, que me habia confiado la mitad de su honra, tendido en el campo de batalla? ¿Es posible que doña Elvira sea culpable? Tanta belleza, tan serena frente, porte tan magestuoso, no son compatibles con crimen alguno; y sin embargo, mis ojos, mis propios ojos, han visto abierta su reja, un hombre al pie con todos los visos posibles de galán favorecido, y á ella contemplando impávida el combate! ¿No fue tambien ella quien llamó sobre nosotros el aluvion de los embozados? ¡Oh! Sí; es culpable... Imposible, Dios no puede haber encerrado un alma pérfida en tan bello cuerpo!!!»

Dado el tema, conocido el hombre, sabiéndose que tenia pocos años, corazón ardiente, exaltada fantasía, y caballerosas ideas, ¿Habremos menester detenernos á encarecer, ni á pintar siquiera el horrible tormento que padeció en aquella funesta noche el hijo del Comunero? Inútil nos parece de todo punto insistir mas en la materia. Baste decir que, si por temor, santo y noble temor ciertamente, á causar un profundo disgusto á su anciano padre no fuese, nada en el mundo hubiera podido impedirle que aquella misma noche penetrase en la casa de Avila, tanto para asistirle á él, quanto para pedir á

su muger esplicaciones á que no tenia derecho, sin duda alguna, pero que para vivir necesitaba.

Porque D. Fernando estaba enamorado de Elvira; mal decimos: idolatraba con exaltado delirio á la esposa de su amigo. Aquella altiva hermosura fue la que con la honda impresion que en él produjo, le reveló que habia salvado la distancia que separa á la infancia de la juventud; distancia que parece breve y es inmensa: la que hay del limbo de los justos ó el Eden de los elegidos, al Tártaro de los réprobos.

En verla se cifraba para D. Fernando el bien supremo, cuando lejos la tenia; y viéndola era el mas desdichado de los hombres. Piadoso mas todavía que devoto, consideraba su amor, aunque exento de toda impureza, como un crimen contra Dios, como alevosa ofensa á su amigo. Por eso huia de Elvira y de su casa; por eso, cabalgando con frecuencia al amanecer, dejaba el hogar paterno y llevaba durante dias y semanas sus tristezas, no á esparcir las, sino á cebarse en ellas en la soledad magestuosa de los campos del Nuevo Mundo.

Por eso otras veces intentaba lanzarse á cuerpo perdido en las disoluciones mismas de que Alonso de Avila le daba deplorable ejemplo: mas todo era inútil. Ni el campo tenia para él encantos, ni las cortesanas atractivos, ni la equitacion placeres, ni la sociedad distracciones. La imágen severa á par que bella de Elvira, sus miradas penetrantes, sus acentos graves y sonoros, hasta aquella especie de embalsamada atmósfera que rodea siempre el objeto amado, y cuya aspiracion nos embriaga y emponzoña el alma, perseguian al jóven donde quiera, y siempre, y á todas horas, cuando despierto como vision fantástica, cuando dormido como tenaz pesadilla.

No era aquello solo amar y amar sin correspondencia, y hasta sin esperanza de conseguirla; era amar

contra la propia voluntad , era arrojarse con los ojos abiertos al precipicio , era , en fin , delinquir , idolatrando la virtud , sin embargo.

Con tales antecedentes , es fácil comprender cuán profundo y cruel efecto causaria en Valdestillas la confianza de D. Alonso , y realmente no sabemos á quién compadecer mas en aquel lance , si al esposo en la honra ofendido , ó al amante en sus ilusiones engañado.

Pasó , pues , la noche en la mas amarga de las situaciones imaginables , luchando consigo mismo para arrancarse del corazon el emponzoñado dardo que se lo destrozaba , y consiguiendo solo con sus inútiles desesperados esfuerzos hacer mas honda , mas dolorosa la herida. ¡Oh! Cuando con el alma inesperta , cuando con el corazon aún entero , somos presa de una pasion sincera y profunda ; cuando esa pasion hace que se rebelen los naturales instintos contra las barreras que la moral , las leyes y las costumbres han elevado entre el hombre y sus aspiraciones ; cuando , en fin , eso nos acontece no habiendo todavía abierto brecha la práctica del mundo en el santuario de la conciencia : entonces la vida es un anticipado infierno.... ¿Y qué es la vida cuando callan las pasiones en el pecho , y el cálculo domina la fantasía ? Tambien un infierno , pero un infierno en que el hielo reemplaza al fuego. ¡Donosa alternativa , por cierto ! Arder ó helarse. ¡La vida es una gran cosa , digan lo que quieran !

En fin , el pobre Fernando maldijo cien veces á Elvira , y otras ciento se arrepintió de haber blasfemado de su ídolo : juróse á sí mismo no amarla ya , y simultáneamente defenderla de la ira de D. Alonso aún á costa de su propia vida ; y creyendo haber hallado con tal resolucion el *non plus ultra* de la humana filosofía , destrozado el cuerpo , abatida el alma , y en pedazos deshecho el corazon , á las primeras luces de la aurora ,

montó á caballo para regresar á Méjico y al hogar paterno.

Sin que la causa sepamos, es fenómeno constante que la casa de la señora de sus pensamientos está siempre, para todo enamorado, en buen camino para todas partes. De hombre sabemos en Madrid que, teniendo que ir desde la Puerta del Sol á Palacio, sostenia que el camino mas corto y mas directo era pasando por la Puerta de Santa Bárbara; y lo mismo sostuviera de Cádiz si allá viviese su amada. D. Fernando, pues, creyendo de buena fé que por Elvira no lo hacia, dirigióse á la calle de Avila, aunque llegara mucho mas pronto á casa de su padre por cualquiera de otros dos ó tres caminos: pero todo estaba desierto en torno de la mansion del herido, esceptuando dos ó tres alguaciles que, á manera de los cuervos cuando huelen carne muerta, daban incesantes vueltas en torno de la posada del mal trecho D. Alonso. Todas las ventanas tambien estaban cerradas, y Valdestillas se sintió indignado al contemplar el sosiego, la frialdad de cuanto miraba, mientras en su corazon se concentraba un fuego inmenso. No otro fuera el sentimiento de un volcan, si animado fuese, al considerar la ingénita frialdad de las rocas que en su centro le aprisionan. Volviendo á nuestro D. Fernando, no comprendia el pobre niño aún que el mayor de los suplicios de un pecho apasionado es la absoluta general disonancia en que se encuentra con los objetos externos. ¿Cuántas veces, bella lectora, te habrá acontecido asistir á un baile, cubierta de rosas, de gasas vestida, aparentando la insustancial alegría que es de rigor, y con el alma angustiada por una reciente perfidia, un amor contrariado, ó un remordimiento invencible? Y entonces, dime, asi tal desdicha no vuelva á acontecerte, aquella muchedumbre bulliciosa, la música, los perfumes, las galanterías mismas, ¿No te han

parecido otros tantos sarcasmos á tu pena? ¿No has odiado cordialmente á los alegres, detestado á los indiferentes, y aborrecido hasta los objetos materiales é inanimados? Pues tal era la situacion de D. Fernando, no como quiera insensible á las bellezas de la aurora al tender sus dedos de rosa sobre los verdes lozanos campos del clima mejicano, no como quiera indiferente á la magestad de los edificios de la metrópoli del Anahuac, sino indignado de que la ciudad no se estremeciese, las piedras permanecieran frias, y el sol osara lucir, cuando en su alma se eclipsaba la estrella del porvenir, y para el mundo la virtud de Elvira. Y consistia en que la pasion de Valdestillas no era un deseo de los sentidos, ni una preferencia del gusto, ni una aspiracion del orgullo, sino toda su vida y alma, un destello del fuego celeste, una fórmula en que toda la poesía, toda la grandeza, toda la abnegacion posibles en un sér humano se concentraban.

¿Sabia doña Elvira que de tal culto era objeto? Aunque jóven, pues apenas contaba algun año mas que el mismo D. Fernando, su sexo, carácter y posicion, la hacian capaz de mas esperiencia y penetracion en la materia, que el jóven podia tener.

D. Fernando, considerado por Avila casi como un niño, aunque precoz y caballeresco, entraba y salia en casa de aquel con libertad raras veces concedida en aquella época aún á los parientes mas cercanos. Doña Elvira se complacia en departir con él, porque Valdestillas, creyente en todo y en todo tambien entusiasta, conversaba como agrada en general á las mugeres, y debia agradar singularmente á la altiva dama, vaciada sin duda en el molde de aquellas que, para mirar benévolas á un hombre, le exigen antes (segun los libros de la caballería) hazañas prodigiosas, pruebas increíbles de discrecion, y en resúmen, que sean en todo entes escepcio-

nales. Poco le faltaba á D. Fernando para realizar un ensueño de esa especie, muy poco, quizá solo que la fortuna le deparase ocasion oportuna para revelarse al mundo; pero esa ocasion no era llegada, y lo mas que podemos suponer es que Elvira adivinase en él los gérmenes de la heroicidad. Por eso, ó por natural indulgencia con sus pocos años, tratábale benévola, aunque con cierta afectacion de maternales aires, que á veces irritaba al enamorado mancebo. En tales ocasiones el orgullo irritado sobreponíase al temor de revelar su secreto, y parécenos imposible que de las muchas indiscreciones del doncel, asi como de su aspecto turbado y de sus ojos fijos de ordinario en el suelo, pero alzados alguna vez involuntariamente y entonces lanzando ardientes miradas, no dedujese doña Elvira que el jóven amigo de su esposo no era nada menos que indiferente á sus encantos. Todavía nos atrevemos á arriesgar otra conjetura, á saber: que la altiva belleza, segura de que aquel niño jamas osaria pronunciar una sílaba ó hacer un ademan que su pasion confesara, pudo muy bien divertirse, inocentemente sin duda, lo mas inocentemente del mundo; pero divertirse en atizar el fuego de la mal oculta hoguera, ya con insignificantes favores, ya con infundados desdenes. En resúmen, no estamos lejos de presumir que *coquetease* digna, grave, compasadamente; pero en fin que *coquetease* con el pobre hijo del Comunero.

No sabemos mas en la materia: el curioso lector deducirá lo que á su juicio parezca bien.

El hecho es que D. Fernando llegó á su casa, donde ya levantado, vestido, y disponiéndose para salir á misa le esperaba su padre, quien, despues de haberle dado á besar la mano, le dijo:

—Sé que habeis cumplido vuestra obligacion como buen caballero, D. Fernando, y aunque me pesa de que



arriesgueis así la persona sin causa justificada y grave, no quiero reñiros, que al cabo no pudisteis negaros á un amigo: supongo que el motivo de la pendencia no será.....

—Ruego á vuesa merced, padre y señor, que no me lo pregunte. D. Alonso tuvo razon bastante para tirar la espada, y yo para asistirle con la mia; pero la causa es un secreto.....

—Basta, hijo; y aún habeis dicho de mas revelándome que hay secreto. Lo que se ha de callar, callarlo por entero.

—Está bien, señor.

—Idos á descansar, que traeis descompuesto el semblante. ¿Llamaremos al doctor, D. Fernando?

—No se acuite vuesa merced, que no he menester doctores, ni aun sosiego del cuerpo.

—Si el ánimo traeis turbado, ya que la obligacion del secreto no os da licencia para desahogaros con vuestro mejor amigo, D. Fernando, con vuestro padre, acudid al que lo es de todos; que como vos le pidais con humilde ruego, él enviará su santa paz á vuestro espíritu.

—Para decir á vuesa merced la verdad, padre, no me siento ahora en disposicion de orar: las cosas del mundo me ocupan demasiado, y.....

—Yo oraré por entrambos, mancebo: en tanto reposad y esperadme en casa.

—Quisiera, con vuestra licencia, ir á informarme del estado de la salud de D. Alonso.

Millan, presente á la conversacion, enteró á D. Fernando de la ocupacion de la casa del herido por la justicia, añadiendo:

—Cristóbal ha tomado á su cargo espiar lo que por allá pase, y venir á dar cuenta de ello á vuestas mercedes cuando la cosa merezca la pena.

— ¡Buen Cristóbal! Dijo D. Fernando, gozoso de que el indio le hubiera adivinado el pensamiento.

— ¡Es un fiel servidor, D. Fernando, ó mas bien un amigo á toda prueba, á ejemplo de nuestro Millan; pero el uno y el otro son con vos de sobra complacientes, replicó D. Pedro; á lo cual el mancebo, abrazándole cariñosamente, repuso á su vez:

— ¿Y qué han de hacer, padre mio, sino aprender del ejemplo que les da vuesa merced?»

¿Y qué habia de hacer, preguntamos nosotros, el bueno del padre, mas que dejarse abrazar, y ocultando su enternecimiento, por conservar la compostura y gravedad, salir á buen paso camino del convento de San Francisco? Eso hizo, y no sabemos que otra cosa hacer pudiera.

Por lo que respecta á D. Fernando, *velis nolis*, tuvo, entregándose á discrecion en poder de Millan, que dejarse desarmar, vestir de nuevo, y hasta..... Casi no nos atrevemos á decirlo..... Tuvo que almorzar y bien, á pesar de sus melancolías. A los veinte años el estómago reclama y sostiene sus derechos con una energia verdaderamente revolucionaria.

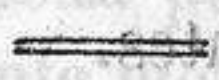
Pero hay mas: una vez cometido el delito de almorzar, obligóle su tirano á tenderse sobre un mullido lecho, donde con mil protestas de no cerrar los ojos, hallóse dormido sin saber cómo, y soñando que Elvira era inocente, y soltera, y que le amaba.

Dejémosle dormir, y quiera el cielo que tarde en salir de tan venturoso sueño.

Verdad es que hay ensueños crueles, mas esa es la  
 excepcion, no la regla; y por tanto, anduvo errado nues-  
 tro poeta, celebre y todo, y tenemos razon nosotros,  
 escritureros escritores, en decir resueltamente que el  
 sueño es un don celeste, que la omnipotente paternal  
 sabiduria nos ha otorgado para hacernos mas llevadera  
 ó menos penosa la peregrinacion por este escabroso y  
 lóbrego valle de lagrimas que llamamos la vida.

¿Quién muere de sueños? Los bienaventurados en un

## CAPITULO X.



EN QUE SE PRUEBA QUE EL HAMBRE Y EL SUEÑO SON COMPATIBLES  
 CON EL AMOR, Y QUE EN MÉJICO ABUNDABAN LAS TAPADAS.



OR QUE RAZON habrá un célebre poe-  
 ta castellano llamado *cruel* al sue-  
 ño, en el mismo verso en que dice  
 ser *imagen de la muerte*, no lo al-  
 canzamos; porque, si el *sueño*, en  
 verdad, es remedo de la muerte en  
 cuanto para los *despiertos* el *dor-  
 mido* se asemeja mucho á lo que es  
 el *muerto* para los *vivos*; el mo-  
 mento de dormirse, lejos de ser pe-  
 noso, es uno de los mas puros go-  
 ces que el hombre tiene, y la accion de dormir en sí  
 misma, conforta el cuerpo y vigoriza el alma, reparan-  
 do las gastadas fuerzas de aquel, y apartando el espiri-  
 tu de la consideracion de los propios males.

Verdad es que hay ensueños crueles, mas esa es la escepcion, no la regla; y, por tanto, anduvo errado nuestro poeta, célebre y todo, y tenemos razon nosotros, oscurísimos escritores, en decir resueltamente que el sueño es un don celeste, que la omnipotente paternal sabiduría nos ha otorgado para hacernos mas llevadera ó menos penosa la peregrinacion por este escabroso y lóbrego valle de lágrimas que llamamos *la vida*.

¿Quién muere de sueño? Los bienaventurados en un éxtasis; los gastrónomos en una apoplejía.

¿Quién de vigilia? Los hambrientos, las víctimas de las pasiones, y los dementes.

Digámoslo, pues, otra vez: el sueño es un celestial presente, y Dios nos lo conceda siempre, profundo, largo y tranquilo, ó amenizado con visiones como las que acariciaban la virginal fantasía del hijo del Comunero.

Y no quisiéramos desprestigiarle con nuestras amables lectoras; pero el pobre mozo que, sin cenar ni dormir, habia comenzado la noche con una racion mas que mediana de tajos y mandobles, estocadas y quites, y terminádola con un paseo nocturno de mas de media legua á pie y andando; con los vapores del succulento almuerzo, en el cual figuró como debia cierto vino castellano, poco comun entonces en Nueva España, cayó en letargo tan profundo, que era pasado el sol del Meridiano cuando despertó, ó mejor dicho, le despertaron para acompañar á su padre en la mesa.

Hagámosle justicia: fue su primer movimiento el de una santa indignacion contra sí mismo por haber cedido cobardemente á la fuerza de los brutales apetitos de la carne. El segundo ponerse, empero, de pie y sentirse, con involuntaria satisfaccion, ágil, robusto, con alientos bastantes á emprenderlo todo.

—«¿Ha venido Cristóbal? Fueron sus primeras palabras.

—No ha venido aún, le contestó Millan; de venir ya yo os hubiera despertado, D. Fernando.»

Consoló aquella respuesta al mancebo, porque, en efecto, seguro de la lealtad y astucia del indio, díjose que, cuando él no habia vuelto, la entrada en casa de D. Alonso debia de ser aún cosa imposible.

Seguro, pues, de no estar en retraso con aquella principal obligacion, resignóse á comer con su padre, y siguiendo los consejos de éste, acabada la comida salió, para no llamar la atencion con afectado intempestivo retiro, á dar una vuelta por la plaza mayor, como era costumbre de la gente moza á la hora de visperas. Millan prometió enviarle á Cristóbal apenas á casa regresara, y con eso fuese en lo posible tranquilo nuestro enamorado.

Para que el lector no estrañe la tardanza del indio, ó de indolente le culpe, bueno será advertir aquí, que el Alcalde ordinario de Méjico no levantó el bloqueo de la casa de D. Alonso, sino prévias dos circunstancias que omitimos al hablar del asunto especialmente, y son: primera, tomar y formalizar, ademas de la declaracion de doña Elvira, las de toda su servidumbre que era numerosa; y segunda, consultar, por medio de mensajero, con el doctor Ceinos, presidente de la Audiencia. Para lo uno y lo otro hubo menester tiempo, y asi se explica que habiendo comenzado sus operaciones al rayar el dia, no las terminase hasta la misma hora de visperas, poco mas ó menos. A esta salia D. Fernando de su casa, y á la misma Cristóbal, despues de asegurarse de que estaba espedito el campo, iba tambien á darle el oportuno aviso.

D. Fernando halló en la plaza á varios caballeros de Méjico paseándose delante de la Iglesia mayor, situada donde actualmente la catedral; todos trataban de las ocurrencias de la noche anterior, con mas ó menos fue

go, segun la condicion y circunstancias de cada uno de ellos. Hizose el mozo de nuevas, diciendo con naturalidad que habia pasado tarde y noche en el campo, y disputáronse dos ó tres *noticieros* el placer de referirle lo acaecido. Triunfó el de mas pulmones, y dueño del campo, hizo un relato tan exagerado, tan burlescamente poético, que llegó D. Fernando á preguntarse á sí mismo si el lance de que se hablaba era ó no aquel en que tan principalmente habia él figurado.

Asegurábase que las cuchilladas duraron *dos horas*, que los muertos *no bajaban de cuatro*, y los heridos ascendian á una *docena*; que los frailes dominicos habian confesado á *siete ú ocho* de ellos, y que hasta dos religiosos estaban de resultas gravemente enfermos.

Pero eso era tortas y pan pintado para el resto; porque los *noticieros* de alta esfera, los que remontaban al origen de las cosas, desdeñando los accidentes esteriore, habian descubierto las causas de aquel *gran suceso*.—¡Causas gravísimas! Segun unos (partidarios de la Audiencia), el Marqués del Valle, de quien Avila era *agente* (*agente*, en vez de *amigo*), tenia dispuesta la sublevacion general de los indios de *Tlatelolco*: pero los Oidores que tenian noticia de aquel designio, al salir de su casa D. Alonso para ir á ponerse al frente de la rebelion, mandaron una ronda que le prendiese: resistióse, pelearon, y de ahí los muertos, heridos y frailes maltratados, que ya sabemos.

La version de los parciales del Marqués era distinta: D. Alonso se retiraba pacíficamente á su casa, pero atacado de improviso por *diez bravos*, enviados al efecto por los Oidores que se habian propuesto acabar así con la nobleza mejicana, tuvo que defenderse, y en consecuencia tambien los muertos, los heridos y los frailes moribundos.

La verdad nadie la sabia, ni sospechaba siquiera: á

nadie se le ocurrió que la causa mas natural de la riña, tratándose de un libertino de oficio, eran las mugeres: menos todavía pensó ninguno, y esto con gran satisfacción de Valdestillas, en pronunciar para nada el nombre de doña Elvira.

A mayor abundamiento, así los gefes del bando del Marqués como los del de la Audiencia, habíanse propuesto guardar sobre el lance que nos ocupa profundo silencio; aquellos por no aparecer en él complicados, los últimos desesperando de dar con los verdaderos culpables, y en la esperanza de que ellos mismos se vendieran.

Por tanto, libre completamente el campo á las conjeturas y aún á la invención, despacháronse á su sabor los noticieros, y tuvo el jóven D. Fernando el placer de oír cosas estupendas sobre sus propias nocturnas aventuras, pues nadie sospechaba que en ellas tuviera parte.

Así las cosas y terminadas las visperas, salió de la catedral el Dean con paso diligente y aire risueño, contestando ya con un: *No sabia nada*; ya con un simple *¡Bah!* á las preguntas ó reflexiones que sobre el asunto del dia se le hicieron; y al mismo tiempo de las casas del Marqués del Valle una magnífica, dorada y estofada silla de manos, llevada por cuatro robustos indios *Tamenes*, ó de carga, y escoltada por el Marqués mismo y su hermano D. Martin, que á caballo entrambos iban á sus portezuelas, siguiéndoles cuatro criados tambien ginetes y ademas armados. Dentro de la silla presumieron, y con razon, los circunstantes que ibria, como iba, la Marquesa del Valle.

Escusado es decir si llamaria la atención de los ociosos aquella comitiva; y no por su pompa y armas, que pocas veces se mostraban en público los Marqueses sin tal acompañamiento; sino por lo inusitado de la hora y por ignorarse completamente su destino.

El Dean, que en aquel momento daba la mano y acariciaba á nuestro doncel, conocido en el *bando* por su celo y resolucion, díjole al oido: Mucho me engaño si los Marqueses no van á visitar á D. Alonso!

—¡Cómo! contestó con viveza, pero en el mismo tono en que se le hablaba, D. Fernando: ¿Es ya posible verle?

—¡Ola! ¿Con que sabiais que le tenían preso? Esclamó el clérigo fijando en los ojos del jóven una mirada escudriñadora. ¡Vaya, vaya, D. Fernando, vos fuisteis de los de la pendencia de anoche!

—Sr. Dean, ahora lo que deseo saber es si la casa de D. Alonso está libre de alguaciles.

—Lo está hace apenas un cuarto de hora: á mí me lo han avisado, quiero decir: lo he sabido en el coro, y es probable que á noticia del Marqués haya llegado al mismo tiempo.

—Pues con vuestra licencia, corro...

—Perdonadme, D. Fernando, pero no os apresureis: mejor será dar tiempo á que los Marqueses terminen su visita.

Paróse un momento á reflexionar el jóven, y al cabo dijo:

—Teneis razon, Sr. Dean: mejor es que yo aguarde á que la casa se despeje.

Despidiéronse, hablando asi, D. Fernando para salirle al encuentro al indio Cristóbal que en la plaza entraba buscándole; el clérigo, como si á su casa se retirase; pero en realidad para ir á la de Avila por calles escusadas y llamando la atencion lo menos posible.

Cristóbal llegaba tarde sin culpa suya, porque tuvo primero que ir á casa de sus amos, y luego que pasar á la plaza; sus noticias eran las mismas que las del Dean, si bien con algunos más pormenores, como, por ejemplo, el de no haberse separado ni un punto doña Elyra de la cabecera del herido.



»¿Es posible? se preguntó á sí mismo Fernando, lleno de asombro.—¿Habré yo soñado, creyendo verla y oirla anoche en su reja; ó es dable que la misma muger que sobre nosotros descargó una nube de asesinos lleve la hipocresía á tan alto grado?»

En aquel momento estuvo para atropellar por todo, correr á la casa de Avila, y allí, en presencia de los Marqueses, arrancar á la pérfida el disfraz con que se ocultaba: por dicha ó el amor ó la reflexion le contuvieron, y mantúvose en su propósito de aguardar el regreso de los hijos de Cortés para hacer él su visita. Despachó, pues, á Cristóbal, y volvió á pasearse como antes por la plaza: pero apenas habria dado dos vueltas, cuando una *tapada*, cruzando por entre los paseantes á manera de exhalacion, le dijo en voz suave y baja:

—«Si sois tan caballero como galan, seguidme.»

Una muger, aunque envuelta en un manto, con esos síntomas de hermosa que nadie podrá definir, pero que existen y se sienten; y una muger con voz de Sirena, y que á un mozo de veinte años llama galan, no puede ser desairada; y la nuestra no lo fue por D. Fernando.

Diciéndose, pues, á sí mismo:—«¿Qué me importan á mí todas las mugeres del mundo, si Elvira es liviana? ¿Qué tengo yo que ver con la tapada?» — Siguióla puntualísimamente por la plaza, y luego al pórtico de la Iglesia mayor, donde, poniéndose la desconocida al abrigo de las miradas de los curiosos, paróse y dijo:

—«Caballero: mi *ama*, que es una *principal señora*, os ruega que procureis poner pronto este billete en manos de D. Alonso de Avila.

—¿Soy yo correo ó mandadero, por ventura, para que por una criada desconocida se me encarguen asi tales comisiones? Esclamó el mancebo, picado tal vez de que por otro y para otro se le buscasse; pero la tapada sin desconcertarse, replicó:

— «No se enoje vuesa merced, señor galan, que solo á caballero de sus prendas confiara mi ama su honra en esta carta; y en cuanto á venir el mensaje por manos de criada, paréceme que las mias no han de espantarle, ni por lo negras ni por lo sucias.»

Diciendo y haciendo, sacó la tapada de debajo del manto una mano desnuda del guante, tan perfecta en el dibujo, tan blanca y perfumada, que un ciego la conociera desde luego por mano aristocrática, si nunca las hubo. Nuestro D. Fernando, á pesar de su mal humor, no pudo resistirse, por no parecer descortés, á tomar entre las suyas la linda mano que le tendian; y como los efectos magnéticos son independientes de la voluntad (todo el mundo lo sabe), al contacto de la misma susodicha mano se le ablandó el corazon de manera que, con cierta involuntaria emocion, dijo:— ¡Y qué tal debe de ser vuestra señora cuando tales criadas tiene!

Presumimos que el *involuntario* efecto magnético hubo tambien de estenderse á la tapada, pues dejándose complacientemente acariciar la mano, respondió conmovida:

— No se trata ahora de eso, gentil mancebo, sino de saber si querrá vuesa merced entregarle esa carta á don Alonso. Mi señora sabe que sois su mejor amigo...

— ¿Y es ella tambien su mejor amiga?

— Mas de lo que él merece seguramente..... En fin, ¿Tomais ó no el encargo?

— ¿Estais de prisa?

— Como quien arriesga la honra.

— La vida direis, porque la honra una criada...

— Sea como fuere, D. Fernando, una muger os ruega ¿Podreis resistiros?

— No, á fé mia: venga la carta, pero ya sabeis el estado de D. Alonso.

— Demasiado; y eso me... eso desespera á mi señora.

Dadle la carta cuando esté capaz de leerla, y luego que de palabra ó por escrito os diere respuesta, venid á la catedral á misa mayor, y con la gorra quitada, que será la señal, esperad en la puerta á que todos salgan del templo. A la noche siguiente vendré yo á recibir la respuesta, antes de las ánimas, en este mismo paraje.

—¡Bien por Dios! Ya estoy hecho un *tercero* en toda regla. ¿Qué voy ganando?

—El agradecimiento de una muger, que dicen es hermosa.

—Pero dama de un amigo.

— Si el amigo no estuviera ahora herido.... En fin, D. Fernando, vos sois galan, ella tierna... Dad tiempo al tiempo.»

Al concluir esas palabras deslizóse la tapada, como una sombra, en torno del templo, y pronto desapareció entre la muchedumbre de los paseantes.

Nuestro doncel, que tenia poca práctica de tales aventuras, quedó, no acertamos á decir si conmovido ó escitado; el hecho es que no tranquilo y sí pesoso.

Como quiera que fuese, iba ya á mezclarse con los demas que allí paseaban, cuando, sintiendo el contacto de una mano en su espalda, volvió de súbito la cabeza y hallóse frente á frente otra vez con la tapada, ó al menos con una muger cubierta igualmente que la que de hablarle acababa.

Creyendo que era ella, preguntóle D. Fernando:

—«¿Háseos olvidado alguna cosa, que tan pronto estais de vuelta?

— Caballero, replicó una voz con evidencia disfrazada, y aunque agradable, mucho mas entera que la anterior; me equivocais con otra y no lo extraño...

—En ese caso perdonad, señora; creí que érais vos quien me llamaba.

—Yo soy, en efecto; pero antes, al menos hoy, no os he hablado.

—Sea. ¿En qué puedo servirlos?

—Vuestro amigo D. Alonso...

—¡Cuerpo de Cristo, con D. Alonso! Yo creo que todas las mugeres de Méjico están en correspondencia con él, pensó Valdestillas; y en alta voz dijo:—Mi amigo don Alonso parece que está gravemente herido.

—¿Ireis á verle?

—Sin que se tarde mucho.

—¿Quereis entregarle este billete?

—¿De parte de quién?

—El lo adivinará en sus cláusulas.

—¿Tiene respuesta?

—El verá si la tiene.

—¿Con que mi encargo se limita á entregarlo?

—Cabalmente.

—Sois laeónica.

—¿A qué son palabras ociosas? D. Fernando, solo á vos confiaria yo ese papel; dádselo, pues, á D. Alonso, y aconsejadle que lo queme una vez leído. En pago del servicio que vais á hacerme, quiero daros un consejo; oidme. Dos sentimientos os dominan; si no quereis ser víctima, acaso de entrambos, dominadlos vos á ellos.

—No os entiendo, por vida mia, misteriosa dama; ni acierto la causa del interés que me mostrais.

—Sois mozo, casi niño, sois simpático, D. Fernando; y yo una muger cuyo corazon es de sobra ardiente...

—¡Señora!

—No vayais á imaginar que os amo, no, D. Fernando: el cielo os preserve de semejante desdicha...

—¿Estais demente, señora?

—Quizá, cuando el interés que me inspirais me obliga á detenerme en este sitio, arriesgando lo poco que ya me queda: mas, pues he comenzado, quiero concluir.

D. Fernando, vos aspirais á redimir á Méjico del yugo...

—¿Qué estais diciendo?

—Y no lo ocultais: la Audiencia y sus partidarios os vigilan de cerca; los indios de Tlatelolco os aman, y ese es otro crimen; mas aún correis otro riesgo.

—¿Será preciso que os advierta que no sé que cosa sea el miedo?

—No, porque lo sé, y sé tambien que sois ardiente y entusiasta, que es la razon del peligro de que os hablabá. Cuando se conjura, quien corre mas riesgo es aquel que mejor fé y mas corazon tiene: guardaos, no seais víctima de vuestros propios amigos.

—No os entiendo mas que si en hebreo me hablarais.

—Y yo no os pregunto vuestros secretos; cuando os aconsejo que los guardéis de todos, hasta de los amigos. Hablemos ya del segundo sentimiento, en vuestro corazon el primero: vos amais...

—¿Será á vos?

—No á mí, ni quiera el cielo que tal sea nunca vuestra desdicha: vos amais á la esposa...

—Tened la lengua: yo no codicio la muger del prógimo, yo...

—Vos..... vos amais á Elvira..... y no se lo habeis dicho; pensais que jamas se lo direis á ella; apenas os atreveis á confesaroslo á vos mismo.

—¿Por cuál arte diabólico, entonces?...

—Una sola vez os he visto en su presencia; y vuestros ojos os han vendido. Escuchadme: huid de Elvira, esa muger os será funesta; quizá no es su corazon tan insensible como parece, pero entonces será su amor una llama volcánica que os consuma; y si, en efecto, es incapaz de amar, ¿Qué esperais? Huid de Elvira como de mí. ¡Adios!»

Atónito D. Fernando con tal lenguaje y tan misteriosas advertencias, dejó marcharse á la segunda tapada,

sin que se le ocurriese por el momento la idea de seguirla, que se presentó á su mente cuando ya para verificarlo era demasiado tarde.

Por dicha, que dicha es siempre cuanto á desagradables cavilaciones nos arranca, á pocos minutos de haber desaparecido aquella profetisa de mal agüero, asomó por una de las bocacalles de la plaza la comitiva de los Marqueses del Valle, quienes terminada la visita que, en efecto, hicieron á D. Alonso, regresaban á su casa.

Divisó el Marqués al jóven Valdestillas entre los que se paseaban, y parando el caballo, distincion señalada, llamóle afectuosamente.

Apresuróse D. Fernando á corresponder á tal merced, y á vista de todos el Marqués y su hermano D. Martin estrecharon la mano del entonces azorado mancebo, llevándole despues á la silla de manos, cuya cortina se dignó levantar la ilustre doña Ana, para saludarle con amabilidad notable.

Regocijéronse los partidarios del Marqués con el afectuoso acogimiento que al jóven se hacia, y los esbirros que en observacion tenia la Audiencia, confirmáronse en su opinion de que D. Fernando era uno de los mas temibles instrumentos de los conspiradores. En cuanto al mismo D. Fernando, faltariamos á la verdad y á la verosimilitud históricas, si no digésemos que al verse tan honrado por aquel príncipe de la nobleza mejicana, experimentó un sentimiento de noble orgullo, diciéndose:—«Preciso es que en algo se tengan mi linage y persona, cuando aun tan mozo que muchos me llaman niño, con tal indulgencia me tratan los mas grandes señores de este Reino.» La juventud se paga de esterioridades, tomándolas por moneda de buena ley; y los hábiles con caricias y elogios hacen su agosto.

Sin embargo, Valdestillas no acertaba á deshechar de sí ni el recuerdo de las escenas de la noche anterior,

ni lo que la tapada acababa de decirle, revelándole que era conocido un sentimiento cuya existencia creia él completamente ignorada hasta entonces; y agregándose á la accion de esas memorias la del impaciente deseo de ver á su mal herido amigo y á la que era causa de la herida de D. Alonso y de sus propias ansias, determináronle á usar parcamente del favor que los Marqueses le concedian.

Fue, pues, *sirviendo*, como entonces se decia, á la Marquesa hasta que tuvo la honra en el zaguan del palacio de darle la mano para salir de la silla, y despidiéndose entonces con razones corteses á par que discretas de la noble compañía, echó á andar presuroso, y latándole el corazon violentamente hácia la casa de Avila.

Doblaba ya la esquina para entrar en la calle en que aquel vivia, cuando le atajó el paso, rápido como una exhalacion, cierto page en hábito escolar, el cual con gentil desembarazo, presentándole un billete—¡Un tercer billete!—le dijo:

—«Para D. Alonso de Avila, si es vuesa merced servido.» Y sin aguardar respuesta tomó las de Villadiego, ó mas bien desapareció ante el atónito caballero.»

—¡Habrá duende! Esclamó D. Fernando, riéndose á pesar suyo:—Decididamente yo soy la estafeta de todas las damas galantes de esta imperial ciudad!»

Con razon lo decia, pues apenas anduvo veinte pasos, aparecióse un escudero con mas años que Matusalen, y una cara tan de... un escritor del siglo XVI pudiera estamparlo; á mí no me lo permiten los escrúpulos de nuestra pudorosa época: figúrese el lector de qué tendria cara el tal escudero. Pero de cualquiera especie que la tuviese, el hecho es que con la gorra en la mano, y haciendo con el cuerpo una profunda reverencia, y con piernas y brazos los ademanes de un mono viejo, acercóse á D. Fernando y le dijo:

—Señor caballero, mi ama que es una bella y noble señora, me manda entregar á vuesa merced esta misiva: tómela y no se olvide su generosidad del portador.

—Razon es, pensó D. Fernando, que haya siquiera uno para mí entre tantos papeles como esta tarde he recibido.

Y por efecto de su condicion generosa en gran parte, y por satisfaccion del amor propio en otra no pequeña, dió un *castellano de oro* al escudero, quien, redoblando las contorsiones y reverencias, volvió la espalda, y marchóse con gentil compás de pies.

Miró entonces D. Fernando el sobrescrito, y viendo que era para él, abrió la carta, dentro de la cual encontróse con otro billete. El exterior decia: «Señor D. Fernando: la mucha discrecion de vuesa merced no es- trañará que los afectos de un corazon llagado, contaminando el juicio, arrastren la honra á ponerse en grave peligro...»

—Que me maten, si esta no es la hija del Doctor! pensó, interrumpiendo su lectura, Valdestillas; y luego prosiguió leyendo:

«El ciego Dios me hizo su esclava, encadenándome á vuestro amigo D. Alonso...»

No quiso leer mas D. Fernando, sino que guardando aquella nueva carta, apresuróse á entrar en la casa de Avila, diciendo:

—«Entremos pronto, que basta y aún sobra con cuatro papeles. ¿Habrá quien crea que un mozo de veinte años, ni cojo ni tuerto, recibe en una tarde tantos billetes y todos como tercero? ¿Pero á mí que me importa? La única muger... Silencio, corazon, silencio; ya sabes que hay quien adivina hasta tus palpitaciones. ¡Oh Elvira, Elvira! ¿Serás, en efecto culpable?»

Tales pensamientos le asaltaban mientras, guiado por un servidor de D. Alonso, se encaminaba con



silenciosos pasos á la habitacion que aquel ocupaba.

Aunque á solos los hijos de Hernan Cortés y á la Marquesa se habia hasta entonces permitido la entrada en la estancia del herido, D. Fernando era tan de casa, que no vacilaron los criados ni un solo instante en llevarle cerca de su amo.

Entró, pues, en la sala, donde de guardia estaban las doncellas de Elvira, y despues en la alcoba, donde aquella dama proseguia siempre á la cabecera del doliente.



silenciosos pasos á la habitación que aquel ocupaba. Aunque á solos los hijos de Hernán Cortés y á la Marquesa se había hasta entonces permitido la entrada en la estancia del herido, D. Fernando era tan de casa, que no vacilaron los criados ni un solo instante en dejarle cerca de su amo.

Entró, pues, en la sala, donde de guardia estaban las doncellas de Elvira, y después en la alcoba, donde aque-

## CAPITULO XI.

D. FERNANDO DE VALDESTILLAS APRENDE QUE LA MUGER ES, ENTRE TODOS LOS SERES DE LA CREACION, EL MAS SERENO EN CIERTOS LANCES.



UANDO por las puertas de la alcoba y procurando hacer el menor ruido posible entró D. Fernando, con la alteracion y alarma que cualquiera adivinará fácilmente, estábase doña Elvira con los brazos cruzados sobre el pecho, fijos en el suelo los ojos, abatida la egregia frente, demudada la color, y en tan honda preocupacion sumida, que tuvo espacio el mancebo para llegar hasta los pies de la cama, asirse á una de sus columnas, porque las piernas se negaban á sostenerle sin aquel apoyo, y contemplar algunos instantes al herido, todo sin que la dama le viese.

El amor platónico que pasa por una simpleza, cuando no por un quimérico sentimiento, tiene, sin embargo, para las almas á él dispuestas, ciertos goces inefables, que les son, á aquellos que á sensaciones físicas lo reducen todo, completamente desconocidos; y nuestro joven, todo poesía, todo espíritu, contemplando en mudo éxtasis á la señora de sus pensamientos, devorándola con sus ardientes miradas, aspirando, por decirlo así, las respiraciones de aquel pecho que á su pasión creía inespugnable, gozó, en efecto, mas quizá que pudiera el mas voluptuoso de los turcos, en el mas y mejor poblado de los serrallos imaginables.

¡Oh juventud bienaventurada! ¡Oh ilusiones inhallables una vez perdidas! ¿Quién os iguala en pureza, en vehemencia, en sentimiento?... Pero ¿qué escribo?—Soy incurable, lector amado, en esto de las declamatorias digresiones, y te aconsejo que las llesves con resignacion, así como yo me resigno á escribir para tu solaz y entretenimiento. Vuelvo á la narracion.

D. Fernando al contemplar á Elvira, olvidando no solo cuanto le habia ocurrido la noche anterior, sino al universo entero, y á sí mismo por añadidura, estaba como pudiera el feliz mortal súbitamente arrebatado al quinto cielo, considerando en toda su gloria y grandeza la obra perfecta de la perfeccion misma.

Verdad es que la Elvira que miraba entonces era un sér completamente distinto del que hasta aquel momento viera; su belleza allí estaba, pero espiritualizada; su magestad no habia desaparecido, pero templábala el sentimiento. En pocas palabras: Elvira se creia á solas, y al aparato, ordinariamente un poco teatral, de su hermosura, reemplazaban á la sazón el dulce abandono de la melancolía, el encanto irresistible que la expansion de los afectos del alma comunica al rostro humano. Así se le habia aparecido en sus ensueños á Fernando la imágen

de su Elvira; tal la deseaba su corazon: muger angélica sí, pero muger, con la ternura, que es su arma poderosa, con el sello de la debilidad, que es su fuerza irresistible. ¿Hay nada que tan dulce efecto nos produzca como la realizacion de nuestros amantes ensueños? Pocos son los que tal dicha logran; y entre esos pocos, menos aún los que apreciarla saben.

En fin, Fernando fue feliz, completamente feliz, como los elegidos deben serlo en presencia del trono de Dios, durante el tiempo que, sin saberlo Elvira, pudo contemplarla tal cual la naturaleza la habia creado, no tal como á fuerza de arte parecer queria y lograba.

Pero aquel tiempo fue corto: D. Alonso hizo un movimiento para variar de postura, crugió el lecho, volvió Elvira de su éxtasis y alzando los ojos vió á don Fernando.

Ruborizóse el mancebo, cual si cometiendo un hurto le sorprendieran: tambien á las pálidas mejillas de la dama se asomaron efimeros encendidos colores, mas recobrándose instantáneamente, dijole serena:

—«Ya era tiempo, D. Fernando: ayudadme á volverle.»

Hubo en aquellas breves palabras un acento indefinible de esos que revelan, en medio de la mas íntima familiaridad, cierto encogimiento debido á causas del momento; pero tales observaciones no están al alcance de la juventud, ni mucho menos de la juventud enamorada.

Asi Valdestillas, ateniéndose al literal sentido de las palabras, maravillóse de que una muger que en su concepto no podia ignorar la parte que él habia tenido en la pendencia famosa, ni por consiguiente que era sabedor de su origen, le tratase con el mismo desembarazo que si sucesos tan grandes no hubiesen ocurrido. Sin embargo, obedeciendo lo que se le mandaba, dejó el sombrero y la espada, y acudió á ausiliar á doña Elvira en la

operacion de dar vuelta al herido. Dos ó tres veces, involuntariamente, se encontraron las manos de entrambos, ya sobre el cuerpo mismo de D. Alonso, ya al arreglar la ropa de la cama: las de D. Fernando abrasadas y palpitantes, tambien las de Elvira calenturientas; pero él miraba al suelo, y ella le observaba á él cuidadosamente.

El herido, que seguia con gran fiebre, no dió señal de conocer á los que le asistian.

Una vez concluida la operacion, D. Fernando volvió á ceñir la espada, y á colocarse silenciosamente á los pies de la cama; mientras la dama, sentándose de nuevo, le seguia tenazmente con la vista, y sin perder ni uno solo de sus gestos ó movimientos. Ella fue quien rompió el silencio preguntándole la causa de su tardanza; esplicóla él como pudo, y volvieron entrambos á callar durante media hora á lo menos.

Situacion tan embarazosa no podia prolongarse mucho tiempo; mas, por una singularidad notable, el mas impaciente no era D. Fernando que, tímido, supeditado, anhelante, hubiera podido padecer aquel suplicio durante largas horas, sin que sus labios profiriesen una queja. La esposa de Avila era la que visiblemente sufría impaciente; y ella tambien la que al cabo, levantándose, pasó al salon, y despues de hablar en voz baja algunos instantes con una de sus dueñas que, en consecuencia sin duda, entró á reemplazarla en la alcoba, dijo desde la puerta de esta:

—«¡D. Fernando, seguidme!»

Tanto como lacónico é imperioso el precepto, fue pronta la obediencia: el mancebo, sin dar mas respuesta que un profundo saludo, echó á andar en pos de la dama, mas á manera de víctima al sacrificio resignada, que como galan que á su amada sigue; y es que se dijo: «*El momento de las esplicaciones es llegado!*» momento que para él era el supremo de su vida.

Doña Elvira, precedida de una doncella que alumbraba, porque ya era de noche, caminó con paso firme hasta su propia estancia, la misma desde cuya reja había presenciado el combate de Avila y Valdestillas contra los desconocidos, contra su amante y sus criados, creía el mancebo. Una vez allí, con una seña mandó á la criada que, dejando la luz, se retirase; con otra hizo sentarse en un sitial al atónito jóven; y ella, cruzando los brazos, comenzó á pasearse aceleradamente de uno á otro de dos opuestos ángulos de la habitacion.

Esta ofrecia en su conjunto y pormenores singulares contrastes que merecen nos detengamos á considerarlos. Componiase de cuatro piezas, á saber: la antecámara, la sala, la alcoba con su retrete, y un oratorio. Desde la primera se notaba que allí presidian mas bien el espíritu de órden, y la severidad de elevadas ideas, que el gusto delicado y el primor esquisito. La tapiceria representaba los triunfos de Alejandro; los muebles, limpios como espejos, tenían cierto aspecto de tristeza que se siente mejor que se define. A la verdad se veian allí dos escaparates de maderas indígenas, conteniendo el uno cristaleria y búcaros, y una bajilla de plata el otro; pero sobraba en el metódico arreglo de aquellos objetos el órden, faltando la coqueteria que las mugeres imprimen, por regla general, en cuanto personalmente les atañe. Ni al entrar en el salón, *cámara* de doña Elvira, como en la casa se llamaba, se advertia tampoco ningun síntoma de afeminacion: el tocador, sencillo aunque rico y cubierto de magníficos encajes, relegado á un ángulo de la estancia, sin que en él figurasen ni el *soliman* ni algun otro de los cosméticos de la época, revelaba que para la divinidad de aquel templo el afeite y compostura de la persona figuraban muy en segunda linea. El primer término lo ocupaba un magnífico escaparate cargado de libros, sí, lector, de libros. ¡Y qué libros! Crónicas, ro-

mances heróicos, libros de caballería, de geografía y de historia, con razonable cantidad de otros ascéticos y religiosos. A vueltas de una que otra imágen devota, no mal pintada, cubrian las paredes mapas de Europa y América de los mejores que entonces se conocian, siendo lo mas notable, en aquella parte del adorno, un lienzo en que se figuraba á Hernan Cortés en el momento de apoderarse de la persona de Motezuma y trasladarla al alojamiento de los castellanos. Un bufete, cargado tambien de mapas, papeles y libros, oscurecia, por decirlo asi, otra mesilla, que debiera en el cuarto de una dama ocupar puesto mas importante, pues que sobre ella estaban los utensilios propios para las labores del sexo débil. No negamos, sin embargo, que doña Elvira, al cabo hija de Eva, tenia en su habitacion dos espejos, uno en el tocador de gran precio, como luna veneciana llevada al Nuevo Mundo: otro sobre la mesa, volante y no de cristal, sino de la negra reluciente *obsidiana*, piedra negra capaz de tal pulimento y transparencia que, con no tener para contemplar sus encantos otro instrumento las damas mejicanas hasta despues de la conquista, cuentan las crónicas que no deseaban siquiera mas fiel consejero.

No hablamos de varias curiosidades indígenas del Anahuac, como armas antiguas, tejidos de plumas, etc., etc., por no hacer mas prolija esta descripcion; y pasando á la alcoba diremos, que un lecho de virginales dimensiones y sencillo ornato, un Crucifijo de oro y marfil, con su pililla de agua bendita al pie, un reclinatorio con su libro de horas, y dos ó tres sillones componian su mueblaje. El retrete contenia, ademas de un grande armario con las ropas de uso continuo de doña Elvira, cuanto al aseo de su persona era concerniente; y el oratorio, en fin, era digno de su objeto. Ocupaba uno de los ángulos del edificio, y dióle el arquitecto la forma octógona, construyendo en cada uno de sus ángulos una

pilastra con su basa y capitel de órden corintio, y coronando el todo con una elegante ligera cúpula, octaedra tambien. De los ocho planos curvos de esta, en cuatro se abrieron lucernas, por donde, al través de pintados vidrios, penetraba apenas la claridad del sol cuando mas radiante; y en los otros cuatro pintáronse al fresco historias sacras.

Ocupaba el altar, donde es casi inútil decir que por Breve pontificio podia celebrarse misa, uno de los planos laterales: era de maciza plata el retablo, y los adornos é imágenes de que abundaba de oro, enriquecidos con esmeraldas, amatistas y rubies. La imagen del Santo Rey conquistador de Sevilla era la que en primer término figuraba en el magnífico retablo. Los otros siete planos del oratorio, que como las pilastras eran de jaspe, contenian bajos relieves, representando (¡Estraña mezcla de lo profano con lo sacro!): la quema de las naves por Hernan Cortés: el castigo de Cholula: su primera entrada en Méjico: la prision de Motezuma: la batalla de Otumba: el asalto de la ciudad; y, por último, su definitiva rendicion.

Dos opulentos y cómodos reclinatorios, colocados de frente al retablo, marcaban los sitios que en los dias festivos ocupar debian D. Alonso y su esposa; una pequeña y adyacente cámara, sirviendo de sacristía, encerraba los ornamentos y adminículos al culto necesarios, todos ricos, todos para su época de escelente gusto.

Tal era la habitacion especial de doña Elvira, á la cual estaban inmediatas y anejas las de sus criadas; volvamos ahora á hablar de ella misma y de su tímido enamorado.

Cualquiera que en el momento en que los dejamos, sin noticia de los antecedentes que el lector conoce, contemplase sus respectivas actitudes, viendo que él, osando apenas insistir sobre su asiento, ruborizado el semblante,



agitada la respiracion y humilde la postura , no alzaba del suelo los ojos; y que ella, por el contrario, iba y venia, como leona del desierto á servidumbre reducida, sufriéndola impaciente; cualquiera, decimos, ante aquel cuadro creyera que un amante culpable, sorprendido en el momento de consumir la mas páfida de las infidelidades, aguardaba trémulo el fallo de la justa indignacion de su ofendida dama. Engañárase el observador juzgando así, ya lo sabemos: pues si la situacion no era precisamente la inversa , porque D. Fernando amaba á Elvira, mas sin ser ni lo que se llama su amante ni aún su declarado galan, por lo menos sobre aquella muger pesaban sospechas tales , que les faltaba muy poco para evidencias de culpabilidad.

D. Alonso de Avila , ó cualquiera otro hombre de mundo, en la situacion de Valdestillas , hubiera quizás admirado el aplomo de doña Elvira , sin sorprenderle empero el fenómeno ; porque los seductores de oficio saben que la muger con el riesgo *se crece* , y nunca es mas altiva, nunca mas audaz que en el momento mismo en que, por los acontecimientos ostigada, siente que va á rasgarse el artificioso velo con que de ordinario encubre sus habituales fragilidades. Pero el pobre Fernando habia de tal modo confundido y aunado hasta entonces en su fantasia estas dos ideas: *Angel* y *Elvira* , que la contemplaba con aquel doloroso asombro que debió causar, sin duda, en los espíritus fieles la sacrílega rebelion de los que hoy son impuros príncipes del averno.

Si Elvira, cobarde y confesando su falta, le pidiera proteccion contra las iras de Avila , el jóven, sin negársela, es probable que la despreciara; si en aquellos rasgados bellísimos ojos viera las ardientes lágrimas que á la Magdalena arrancó el arrepentimiento , su blando corazon se enterneciera ; el cinismo y la corrupcion endurecida le irritaran ; pero aquellos aires de dignidad

ofendida, aquel orgullo propio solo de la virtud mas entera, aquella colérica serenidad que la persona y ademanes de la esposa de D. Alonso revelaban tan á las claras, confundian, ruborizaban, anonadaban, por decirlo asi, al inesperto jóven. El avergonzado, el trémulo, el cobarde era él, inocente víctima; la altiva, la resuelta, la valerosa, ella, causa y origen del peligro de Avila y de los tormentos de D. Fernando.

Cuatro ó cinco minutos, y no menos, estuvieron nuestros dos personajes en la relativa posicion que nos ocupa, guardando el uno y el otro profundo silencio: rompióle Elvira, parándose súbito en medio de uno de sus paseos, encarándose con D. Fernando, fijando en él sus indignados ojos, y pronunciando las palabras con un acento que á definir no acertamos, tales eran la emocion, la cólera que en él se revelaban.

— «¿Con que, en fin (dijo mas bien como prosiguiendo un monólogo interno, que empezando una conversacion); con que, en fin, D. Fernando, vos me teneis por una de tantas livianas hembras como en Méjico abundan?»

Aterrado por tan furibunda como inesperada interpelacion, dudó el mancebo algunos instantes de sí mismo.

— «¿Habré hablado, se decia, sin quererlo ni saberlo? ¿Habré cometido alguna descortesía con ella, ó de dónde saca esta muger que yo la condeno?» — Absorto en tales reflexiones, no acertaba D. Fernando, ni á formular una sílaba; y Elvira impaciente, prosiguió diciendo:

— «¿No acertais á responderme? ¿No osais revelarme vuestro pensamiento? Prueba de que no me engaño...

— Yo, señora (tartamudeó, mas bien que dijo el turbado doncel), ¿Qué derecho tengo á juzgaros?

— ¿Qué derecho? Replicó la dama iracunda; el que tenemos todos á juzgarnos unos á otros. ¿Qué derecho? El que constituye la fama. ¿Qué derecho? El que dan la

amistad y estimacion que debemos á una persona; el que procede del afecto que á cualquiera profesamos.

—Y bien, señora, si me concedéis ese derecho...

—Cuando yo no le conceda, vos le teneis, vos le usais, vos me habeis juzgado...!

—Sabe el cielo, y solo el cielo, doña Elvira, el suplicio en que vivo desde anoche acá: los tormentos del infierno no pueden ser mas atroces que los que yo padezco.

—¿Y qué diré yo, D. Fernando, qué diré yo, si eso decís vos?

—¡Oh, señora, para vos hay sin duda compensaciones!!!»

Al esclamar así, habia tantas lágrimas en la voz del mancebo, en su acento dolor tan intenso, que á pesar del paroxismo de irritacion nerviosa en que Elvira se encontraba, penetró hasta su corazon el eco de las angustias de aquella alma enamorada; y mirándole entonces con inefable ternura, como á su pesar, exclamó tambien:

—¡Pobre niño! ¿Por qué fatalidad...!»

La chispa eléctrica en la nube, la llama en la pólvora, no producen efecto ni mas hondo, ni mas súbito que aquella tierna y no acabada frase en el alma de Fernando: entreabrióse á sus ojos el paraiso, desaparecieron de su mente obstáculos, quejas, escrúpulos, todo menos Elvira con él compasiva, todo menos su corazon por un amor inmenso devorado.

Apenas, pues, habia la dama cesado de hablar, cuando el doncel estaba á sus pies, deshechos en lágrimas los ojos, asida una de las manos de Elvira, y en ella clavadas sus delirantes miradas.

—No, señora, dijo, no señora, no sois, no podeis ser culpable. Lo que hemos visto fue un sueño, ó lo vimos mal; sois inocente, sois pura, sois santa, sois vos sola el

cielo entero : perdonad un momento de error á mi inesperienza, y perdonadme tambien que os adore, y que ose deciroslo!»

El corazon de Elvira latia con tal fuerza que, al parecer, incapaz ya de contenerlo, iba á romperse en mil pedazos el bellissimo seno que le encerraba: su mano izquierda apartaba blandamente de sí la abrasada frente del jóven, la derecha éste la tenia aprisionada entre las suyas ; quisiera indignarse y no pudo... No pudo, no: sus ojos... sus ojos la vendieron un instante : con una sola mirada, involuntaria pero irresistible, trocó la sangre de Fernando en un torrente de abrasadora lava... Otra, y su timidez desapareciera : mas la debilidad en la esposa de D. Alonso solo podia ser instantánea. Hizo, pues, sobre sí misma un esfuerzo mas que humano, y encadenando con hercúleo poder el leon que en su pecho rugia, arrancóse de los brazos de Valdestillas, que ya su cintura enlazaban, y le señaló la silla que antes ocupaba con un ademan tan noble, tan imperioso, si bien tierno todavia, que el pobre mozo volvió aterrado á su asiento.

Una muger vulgar hubiera en tan crítico momento apurado el diccionario de las morales vaciedades con que defienden su virtud vacilante aquellas que temen las consecuencias del pecado mas que su fealdad abominan ; una muger sentimental hubiera agotado el manantial de sus fáciles lágrimas para llorar la osadía del mancebo; una muger necia, acudiera á las injurias; una muger de sí misma temerosa, diera voces pidiendo auxilio ; y una coqueta, resuelta á resistirse, pusiera en ridiculo la pasion misma de que era objeto. Doña Elvira, no siendo ni vulgar, ni sentimental, ni necia, ni cobarde, ni mas coqueta que lo absolutamente indispensable para no dejar de pertenecer á su sexo, tampoco hizo frases, ni vertió lágrimas, ni prorrumpió en injurias, ni

apellidó defensa en altas voces, ni acertó á reirse del que la amaba.

Quiere la verdad histórica que confesemos que la lucha fue en su corazón terrible; pero también exige que de esa debilidad la justifiquemos.

Elvira doncella, no tuvo galanteos; esposa, si tuvo un marido infiel, galán de todas, libertino declarado; y sin embargo, en el momento á que nos referimos, con justicia cuando menos aparente, aquel mismo esposo pudiera, con universal aplauso, arrancarle la vida, y arrancársela por infiel. ¿No era seguro que D. Alonso, á no ser por la herida á cuyo rigor yacía postrado, hubiera ya dado muerte á su *infidel* consorte? ¿No era mas que probable, que apenas restablecido—¿Qué decimos restablecido!—apenas en disposición de pronunciar dos palabras, esas serian la sentencia de Elvira?

En tal situación, pues, un hombre joven, bello, simpático, y testigo de *su delito*, llegando á sus pies, declarándola inocente sin aguardar á que se justificase, confesando un amor delirante sin exigir recompensa, ofreciéndosele, en fin, con alma y vida: francamente, señores moralistas, ¿No era una tentación terrible? ¿Cuántos de ustedes la resistirian, si á D. Fernando reemplazásemos con una linda muchacha de quince años?

Para apartar de sí aquel cáliz de voluptuosidad y consuelo, ¿Qué mucho que la carne diese alguna muestra de flaqueza?

El espíritu, empero, se mantuvo fuerte: Elvira triunfó de sí misma, y cuanto mas empeñada la lucha, tanto mas gloriosa la victoria.

No osaba D. Fernando ni mirarla siquiera: ella, dejándose caer en un sillón, como abrumada por el peso de tantas emociones, tomóse algunos instantes para serenar al menos la voz, ya que el corazón no fuese posible, y despues dijo:

—Cuanto estimo vuestra opinion, D. Fernando, no tengo para qué encarecerlo; baste á probároslo el continuar esta conversacion en tales momentos...

—¡Oh, perdonadme, perdonadme! exclamó el jóven: olvidad, señora, que mi temeridad osó revelaros...

—Nada me habeis revelado que yo no supiese, nada, Fernando. A vuestra edad y debiendo al cielo el noble corazon que en vuestro pecho alienta, no se oculta á los ojos de una muger el amor sincero, por respetuoso que sea. Sabia yo que vos me amábais, y os agradecia que me lo calláseis...

—¿Y no os dignareis perdonarme?...

—A condicion de que no vuelva á hablarse entre nosotros de tales delirios. Amar á una muger no es un crimen: solicitar la de un amigo seria una infamia, y esa infamia inútil conmigo...

—¡Ah sí, seria inútil: vuestro corazon ya no os pertenece!»

Fernando, á medida que Elvira recobraba la serenidad y con ella su habitual imperioso tono, iba el infeliz volviendo á considerar las cosas como realmente eran; por eso al escuchar que se le prohibia hasta que de su amor hablase, no pudo menos de decirse:—«¿Cómo ha de amarme á mí, si ya es dama de otro?»—De tal reflexion procedió la réplica que dejamos escrita; réplica que fue para el corazon de la esposa de D. Alonso un nuevo golpe, y amargo por cierto: mas ya estaba dispuesta á apurar el cáliz hasta las heces, y contentóse con decir:

—Mancebo, vuestra candidez es mas cruel conmigo que lo fuera la venganza de D. Alonso. No importa: comprendo lo que padeceis y os perdono la injusticia.

—Y bien, señora, ¿Por qué habeis provocado esta conversacion? Yo no tengo derecho á juzgaros, ya os lo he

dicho ; cuando le tuviera, me siento incapaz de usarlo. Dejarme ser en paz desdichado.

—No, Fernando, no; lo que me pedís es ya un sacrificio superior á mis fuerzas. Desde que abrí á la luz los ojos soy desdichada : no sé que cosa son las caricias de una madre ; de mi padre... de mi padre es inútil hablar, nació, como su hija, predestinado al martirio. Amor... ó no le conozco ó debo renunciar á sus delicias. Como esposa , vos conocéis mi suerte... Creí hallar en vos un *amigo*...

—La *amistad*, Elvira, la *amistad*...

—Es el único lazo posible entre nosotros , Fernando: el delirio de la pasión sería posible que arrastrase á Elvira *libre* á ser la dama de un hombre ; pero Elvira *esposa* es incapaz de rebajarse hasta acariciar con una mano al marido que deshonorara, mientras la otra tendía al adúltero amante. No, Fernando, no: antes arrancarme yo misma con mis propias manos el corazón del pecho!»

La exaltación del más noble orgullo brillaba en el rostro de la triste dama al pronunciar aquellas palabras; en su acento se advertía la más honda convicción; en toda su persona la satisfacción de la propia conciencia.— ¿Cómo conciliar tales síntomas con la escena de la noche anterior ? Negarse á la evidencia de los hechos parecía locura, resistir á la mágica elocuencia de aquella muger era en realidad casi imposible. ¡Pobre Fernando! ¡Pobre Fernando!!

A la agitación del amor infeliz se acumuló el delirio de las ideas estraviadas , y hubo un momento en que el vértigo que le dominaba, tanto creció de punto, que estuvo á pique de convertirse en declarada demencia. Súbito , pues, desaparecieron su timidez y encogimiento; y levantándose del asiento con un aire varonilmente resuelto, que Elvira no le conocía, acercóse á ella y mirándola con tenaz fijeza, exclamó:

—«¿Y si eso es así, doña Elvira; si la elevación de vuestros pensamientos, si lo inflexible de vuestra virtud, os revelan hasta contra un amor puro y casto, que solo aspira á consagraros toda la hoy naciente vida de un hombre, sin pedir mas recompensa que la de ser tolerado, ¿Por qué, decidme, ya que para juzgaros me dais derecho, porque yace D. Alonso atravesado el pecho moribundo quizás, en su cama? ¿Por qué Fernando de Valdestillas tan desdichado es que le envidia la cruel estocada á vuestro esposo? Niño soy, doña Elvira, inesperto, y ciego por vos; pero necesito mas que palabras para salir de dudas.»

Mas tiempo, de quererlo, pudiera hablar D. Fernando, sin que se lo estorbase la dama; porque fue tal su sorpresa ante aquel repentino cambio, que apenas acertaba á coordinar sus ideas, menos á formularlas en palabras.

Achaque ordinario á las mugeres, aun las mas discretas: contando siempre demasiado con el poder de fascinación que realmente tienen, tanto usan y abusan de él que llega al cabo un momento en que, rompiendo los diques la cólera del hombre, se encuentran ellas en una situación embarazosa, cuando no insuperable.

Elvira pudo, hasta el momento á que con la narración hemos llegado, despedir á Valdestillas, si no satisfecho, por lo menos sumiso, con una simple protesta de inocencia, con tal que la apoyase en el mas leve, en el mas inocente de los favores imaginables: no quiso hacerlo. ¿Y qué le avino? Que al verse el mancebo sin misericordia desahuciado de toda esperanza, al contemplar para su corazón un porvenir de penas, para su amor propio un horizonte de desaires preñado, y al mismo tiempo considerar que, en apoyo de tan inflexible orgullo, no aducia Elvira contra el testimonio de los sentidos de Fernando mas que su propia palabra, dijese aquel:



—«Ya que todo se ha perdido, salvemos al menos la dignidad: sepa esta muger que no me engaña.»

El combate, en consecuencia, se trasladó á nueva arena; la posicion de los combatientes varió por completo.

—¡Fernando! ¡Fernando! Esclamó Elvira, acudiendo mas por instinto que por reflexion, á la ternura, ya que la razon no estaba de su parte.

—Doña Elvira (replicó él, cerrando los ojos para que la vista de la que idolatraba no le hiciese flaquear), doña Elvira, si os place callar, no tengo derecho á exigiros lo contrario; pero sufrid entonces que yo tambien guarde silencio. Si he de confesar vuestra inocencia, probadme que no he visto, ó que he visto mal.»

—¿Pues no confesabais ha un instante?...

—Ha un instante, señora, no estaba en mí, y vos rechazando mis palabras, ordenándome sin misericordia que renuncie á un sentimiento, de que no puedo, de que no quiero desprenderme sino con la vida, vos misma me habeis dicho que deliraba. Ya estoy sereno, Elvira; ya soy lo que quereis que sea: un hombre que discurre en vez de sentir; y el que discurre, para creer lo contrario de lo que ha visto, pruebas necesita.

—Que asi me hablara D. Alonso, el burlador, el libertino, el que no ve en su esposa mas que uno de los cuarteles de su blason, no me sorprendiera, Fernando; pero vos, vos á quien yo creía...

—¿Qué me creíais, qué podeis creerme mas que lo que soy, un niño que os adora con fé ciega? Pero si Elvira desdeña mi adoracion, si reniega de mi fé, ¿Por qué no he de ser lo que ella quiere?

—¡Ah, Fernando, Fernando, algun dia os arrepentireis de tan cruel proceder!!»

Elvira, exclamando asi con amargo doloroso acento, tenia tanta razon como su enamorado la tuvo perdiendo antes los estribos y la paciencia.

Ella abusó primero de su poder; él despues, con esa cruel obstinacion de los niños, que á veces arrancan pluma á pluma cuantas tiene el infeliz pajarillo que en sus manos cae, él, decimos, abusando de la superioridad que momentáneamente tenia, dábale insoportable tormento á la pobre señora.

Por dicha esta le miraba con esa indulgencia que la primera juventud alcanza casi siempre de los corazones generosos; tenia tambien algun año mas que él, y á mayor abundamiento, el lector ha debido comprender que no era tan insensible al amor del noble mancebo como aparentarlo deseaba.

Díjole, pues, al cabo de algunos momentos de reflexion, sentándose y recobrando su serenidad entera.

—Os he dicho que creí haber hallado en vos un amigo. No me importa que os obstineis en amarme de otro modo: nunca sereis mi galan, nunca hallareis en mí mas que una amiga, pero esa siempre sincera, esa tan tierna como una madre, tan..... En fin, soy vuestra amiga; me importa que no me creais liviana, mas aún, atendedme bien: mas que justificarme con D. Alonso. Este tiene derechos en cuanto á la honra, vos en el corazon...

—¡Elvira! ¡Elvira mia! Interrumpió Fernando, otra vez subyugado, porque otra vez entrevió el paraiso de su anhelada bienaventuranza.

—¡Callad, por Dios, niño! Esclamó ella con dolorosa impaciencia. Cuando mi corazon fuera lo que vos deseais, ¿consiguiérais otra cosa que estar cierto de mi desdicha? Fernando, seamos lo que podemos ser: amigos, y no mas que amigos; y ahora oidme. A pesar de lo que habeis anoche visto, y de lo que podais ver en lo sucesivo, estoy inocente, no tengo galanteos; no puedo tenerlos cuando á vos mismo os rechazo inflexible.»

Al decir asi Elvira, miraba á Fernando con inefable

ternura, y le tendió su bella mano ; él , llevándola á sus abrasados labios , sintiendo que el corazon se le partia , comprendió sin embargo que aquella muger hablaba sinceramente , por el momento al menos.

—¿Quereis creerme bajo mi palabra y juramento (prosiguió la esposa de D. Alonso) hasta que me sea lícito revelaros un secreto que hoy os callo porque á mí sola no me pertenece ? Yo os juro ante esa divina imagen.....

—Teneos, señora, no mas: yo os creo. ¿Pero querreis otorgarme á mí un don que...

—No acabeis tampoco: otorgo sin mas esplicaciones.

—Generosa Elvira, el cielo os premie tanta bondad.

—El dón, Fernando, el dón.

—Prometedme no exigir de mí nunca que deje de amaros.

—¡Niño!

—Esperad , que aún no he concluido : prometedme tambien que si , como un presentimiento vago me lo anuncia , el secreto que no os pregunto ni preguntaré jamas , encierra riesgos y promete glorias...

—D. Fernando...

—No me interrumpais, señora; prometedme que contareis con D. Fernando de Valdestillas, caballero, aunque niño.

—Fernando , mirad que la vida comienza para vos; mirad que sois la vida de vuestro padre.

—Elvira, habeis otorgado y no faltareis á vuestra promesa. ¿No os he dado yo el ejemplo de la sumision ?

—Sea, pues que lo exigís; pero...

—¡Oh! sin restricciones. Vuestra mano, señora.

—Tomadla, y no mas entrevistas sin testigos, Fernando. Id y cuidad de D. Alonso.

—¿Creeis que sea tan fácil de convencer como yo?

—No por cierto; pero su opinion no me importa lo que

la vuestra... Idos, idos; que D. Alonso aprenderá pronto á conocer á su esposa.»

Besando por tercera y última vez aquella noche la mano de Elvira, volvió D. Fernando á la alcoba del herido; la dama apenas se vió sola, dejóse caer en un sitial, como quien sale de encarnizada lucha, exclamando: —«¡Dios mio, Dios mio, dadme fuerzas para resistir al fuego que me abrasa!»

Si Fernando la escuchara fuera el mas feliz de los mortales; pero no la oia el pobre mozo.

## CAPITULO XII.

DON FERNANDO DE VALDESTILLAS SE PERSUADE DE QUE NO ES IMPOSIBLE QUE UN HERIDO SE AGRAVE MIENTRAS SU MUGER OYE UNA DECLARACION DE AMOR Ó SE PASEA Á DESHORAS CON UN EMBOZADO Y UN FRAILE.



EGRESÓ D. Fernando á la alcoba donde yacia maltrecho el mísero don Alonso, convencido de que debia convencerse de la inocencia de Elvira, sin embargo de lo que el testimonio de sus ojos y oidos le probaba en contrario; y preciso es confesar que tal situacion tenia poquísimo de placentero para nuestro mancebo. Su inesperienza le hacia creer, como en los artículos de la fé, en que le era forzoso renunciar hasta á la esperanza de ver pagada su ardiente pasion; pasion que él mismo

condenaba, y que á costa de cualquier sacrificio quisiera sofocar en el pecho : pero al mismo tiempo comprendia que Elvira, amante de cualquier otro hombre, seria para él un espectáculo insoportable. Delante de ella, oyendo su voz, respirando su atmósfera, creia mas las palabras de la hechicera que el testimonio de sus sentidos; pero una vez fuera del círculo mágico, una vez libre de la fascinacion, recobraba el raciocinio su natural imperio, reproducíanse vigorosos y ácrés los recuerdos de los recientes sucesos, y alzaba su venenosa cabeza la *Duda*, ese enemigo de nuestro reposo, rémora de nuestros placeres, arpía de los mas opíparos festines de la flaca humanidad.

¡Dudar!—Dudar es peor que no ser; es fluctuar entre la nada y lo positivo, es entregarse á un tiempo al mal y al bien, sin aprovecharse de lo bueno ni de lo malo; es convertirse en uno de esos cuerpos leves que el huracan arrebatá en su desenfrenada carrera, para arrastrarlos sin término ni objeto por el ámbito infinito de los inconmensurables espacios.

Dudar, para un amante, es vacilar entre la fé y el ateismo, entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte, viviendo en agonía interminable, agonizando con vida bastante para sentir las angustias de la muerte.

Y tal era el estado de D. Fernando á la cabecera de la cama de su amigo, cuya dolencia, entre tanto, empeoraba sucesiva y rápidamente.

La calentura, en efecto, progresaba con terribles síntomas inflamatorios; la respiracion iba haciéndose cada vez mas difícil y laboriosa; la postracion del enfermo presagiaba, ademas, una congestion cerebral, harto esplicable por el estado de sobrecitacion nerviosa en que al ser herido y de muchos dias antes se encontraba.

Llamóle sobre ello la atencion á Valdestillas la dueña que habia reemplazado á doña Elvira á la cabecera

de la cama; púsose el jóven á observar á D. Alonso, y halló que realmente su estado era alarmante en sumo grado. Hagámosle justicia: su noble corazon, incapaz de ningun sentimiento bastardo ni egoista, se sintió hondamente conmovido al ver el riesgo de Avila, como si Elvira no existiese, ó no fuera su esposa: creyó, pues, de su obligacion avisar á la última, y mandóla á llamar por la dueña consabida.

¿Cuál seria su sorpresa, cuando á los cuatro ó cinco minutos volvió la mensagera, no sin señales de asombro en el semblante, á decirle que la señora no se hallaba en su estancia, ni nadie sabia su paradero en la casa? Palideció Fernando horribilmente al escuchar tan inesperada nueva; hubo un instante en que, agolpándosele toda la sangre al corazon, creyó espirar por ella sofocado: mas sacando fuerzas de flaqueza, y recordando su reciente promesa de creer á Elvira inocente, no sólo á pesar de lo que habia visto, sino de cuanto ver pudiera, respondió á la dueña:

—La culpa es mia, que no recordé, al enviaros, que doña Elvira me habia prevenido que iba á encerrarse en su oratorio y deseaba no ser interrumpida.»

Buena era la intencion del acuitado caballero, pero el medio que adoptó para realizarla no pudo ser mas infeliz; porque la criada acababa de registrar en la habitacion de su señora hasta los últimos rincones, incluso oratorio y retrete, y echado de ver que en este faltaba el mas negro, tupido y largo de los mantos de doña Elvira. Calló, sin embargo, como muger de esperiencia, contentándose con poner una cara de hipócrita credulidad que acabó de desconcertar á D. Fernando.

Asi las cosas, D. Alonso empeoraba por minutos y sin que nadie tratase de estorbárselo, pues el mancebo, preocupado con sus celos, olvidó por algun tiempo el temor que el estado de su amigo le inspiraba; y la dueña,

creyendo, por una parte, haber descargado su conciencia con avisar del riesgo que su amo corria; y por otra, visto que la señora desaparecia en tales circunstancias, y que el galan no pronunciaba palabra, dijo para sus tocas: «Con su pan se lo coman, que en boca cerrada no entran moscas, y no quiero yo que por meter la hoz en mies agena, se diga de mí aquello de que cuidados agenos, etc.»

Por manera que, como dijimos, D. Alonso hubiera podido empeorar á su sabor, y aún morirse tranquila ó penosamente, sin que nadie por el momento se lo embarazase con prolijos cuidados, si por dicha suya no se le antojase al *Maestro*, que no le curaba, visitarle como cosa de una hora despues de terminarse la conversacion que dió materia á nuestro anterior capítulo.

Entró, empero, en la alcoba el discípulo de Esculapio, tan reverendo y grave como su enfermo estaba de mal parado, y en la persuasion de que sus medicamentos debian de haber hecho prodigios; mas era el peligro de D. Alonso en aquel momento tan claro, tan inminente, que apenas le hubo tomado el pulso el *Maestro*, cuando despues de una tos artificial de malísimo agüero, y alargando la cara mas que sus cuentas un usurero, dijo:

— Quisiera ver y hablar á mi señora doña Elvira.

— Mi señora... Comenzó á responder la dueña que conocemos; pero D. Fernando con generosidad sin límites, le atajó la palabra, diciendo:

— Doña Elvira, fatigada por cerca de veinticuatro horas de continua vela, se ha retirado á reposar un instante, despues de encomendarse á Dios en su oratorio.

— Mucho me pesa (repuso el cirujano, melancolizando cada vez mas su mortuorio semblante) interrumpir el sosiego de esa mi señora; pero el caso es urgente, y para mí obligacion de conciencia....

— Entonces (insistió la dueña á quien el demonio de



la curiosidad poseía en aquel momento) entonces voy á buscarla.»

Y haciendo como lo decía, volvió la espalda para marcharse. Detúvola D. Fernando, asiéndola brusca-mente del brazo, y al mismo tiempo dijo:

—Estaos queda, pesia mi vida, que no ganará gran cosa la salud de D. Alonso con que á su esposa molesteis. Y vos, señor doctor, haced cuenta que hablando conmigo lo haceis con doña Elvira en persona.

—Sea en buen hora, señor D. Fernando; y confiésoos que no me pesa el trueque, pues al cabo la sensibilidad femenina mas irritable y pronta...

—Doctor, por el cielo santo, que ahorremos palabras. O yo me engaño mucho, ó lo que vais á decirme es que D. Alonso...

—D. Alonso, noble mancebo, rebelde á la ciencia....

—Está en grave riesgo, ¿No es eso?

—Tan grave, que urge ya que atienda mas al cuidado de su alma que al de su cuerpo.

—¿Santo cielo! ¿Será posible?

—Las heridas causadas por un instrumento punzante en el pecho, cuando interesan el aparato respiratorio...

—¿Pues no dijisteis anoche, segun me han referido, y esta mañana misma, que...?

—Mis anteriores *pronósticos* fundados en *síntomas*...

—Pero en fin, ¿Es verdad que la ciencia ha agotado ya todos sus recursos?

—La verdad que repito es que, si D. Alonso ha de morir cristianamente, conviene no perder un solo instante en administrarle los santos Sacramentos.

—Se hará, doctor, se hará: mas en tanto bien pudiérais ensayar algun remedio. ¿Dejaremos morir asi á este pobre caballero?

—La inflamacion es tal, que nos priva de toda esperanza: seria ya inútil sangrarle..... En fin, ya estais ad-

vertido; á mí solo me queda que rogar á Dios por su alma.»

Con tan consoladora frase, y dejando aterrados al amigo y criadas del enfermo, salió el *Maestro* de la alcoba, del salon y de la casa, pensando en anotar aquel caso entre los mas curiosos que en su larga práctica le habian ocurrido.

Por lo que respecta al jóven Valdestillas, su situacion, moralmente hablando, era mil veces peor que la del herido mismo, pues al cabo D. Alonso privado de conocimiento, ibase muriendo sin sentirlo, mientras que Fernando con los ojos abiertos y entera la sensibilidad, desdichas y solo desdichas via en torno de su persona, penas y solo penas dentro de su pecho hallaba.

—«¿Dónde puede estar Elvira en tales momentos? ¿Qué pretesto, qué causa, por poderosa que sea, puede justificar su desaparicion del hogar doméstico cuando tal se encuentra su marido? ¿Qué puedo yo hacer en tan amargo trance? Esperar en la inaccion que Elvira vuelva, es esponer la eterna salvacion de un alma pecadora, por mundanas consideraciones; disponer ahora que se pidan los santos Sacramentos para D. Alonso, revelar á toda la ciudad la conducta, cuando menos estraña, de su esposa. En mal hora he conocido á tal muger; en mal hora la hizo el cielo tan bella; y razon tiene la tapada que me ha predicho, que me ha de ser funesto el invencible amor que ella me inspira.»

Tales, en sustancia, fueron las consideraciones y quejas que asaltaron á Valdestillas durante mas de un cuarto de hora de amarga indecision, y en este intervalo el enfermo caminaba á pasos agigantados hácia el fin y término de las humanas miserias.

Figúrese el lector qué de gestos, malignos comentarios, y exagerados aspavientos harian las dueñas y doncellas; y gracias que la presencia de D. Fernando

las contuvo, que de no, alborotáran el barrio con sus lamentaciones, echando para siempre al suelo la reputación de su señora, hasta entonces libre de toda mancha y aún sospecha.

¿Qué era en tanto de doña Elvira?—Envuelta en su manto, sola, presurosa, anhelante el pecho, vertiginosa la cabeza, deslizándose por las calles como las sombras de los insepultos en las orillas del flamígero río, esquivando con el silencio ó con la fuga las persecuciones de los galanes cazadores de gangas que al paso hallaba, la esposa de Avila corria á cierta casa solitaria del barrio de Tlatelolco, entraba en ella y desaparecia en su oscuro zaguan, cerrándose la puerta en pos de su persona.

Pocos minutos despues, de la misma casa salia un indio, medio desnudo, apenas civilizado, cuyos ojos redondos y pequeños parecian en su bronceado rostro dos chispas de fuego eléctrico, mientras con toda la soltura de un ciervo corria en direccion á Méjico.

Al salir el indio asomóse al balcon sobre la puerta de la casa colocado, y entreabrió la celosía un bulto negro; cuando aquel desapareció de la calle, la celosía volvió á cerrarse, y el bulto ó se retiró ó se hizo invisible. Pero á los pocos minutos se entreabrió de nuevo la celosía para volver á cerrarse y volver á entreabrirse á desiguales cortos intervalos, dejando siempre ver el mismo bulto negro de que hemos hablado. El observador mas negado adivinara fácilmente que el bulto era el de una muger, y de muger que con impaciencia esperaba ó la vuelta del indio, ó la llegada de cualquiera otra persona: nosotros añadiremos que, casi con evidencia, nos parece que la muger impaciente era nuestra doña Elvira en persona.

Fuese la que fuere la causa que á barrio tan extraño á la gente noble, á tales horas, y en tan intempestivos momentos la llevase, claro es que, cuando la concien-

cia no, el miedo por lo menos debia de tenerla sobresaltada, pues á persona tan discreta como ella no podia ocultársele, que faltar de su casa cuando D. Alonso tenia en peligro la vida, era como arrojar voluntariamente al abismo de la murmuracion toda su honra.

Debió, pues, de padecer insoportable suplicio durante cerca tres cuartos de hora que, sin quitarse el manto, tomar asiento, ni apartarse de la celosía, estuvo en el balcon, fijos los ojos en el oscuro ámbito de la calle, y contando los instantes por los febriles latidos de su angustiado corazon.

Si un amor criminal la condujo á Tlatelolco, ¿Cuáles debian de ser sus remordimientos? Si fatalidad, para nosotros ahora inesplicable, la arrancó de su casa, ¿Qué angustias serán comparables á las suyas? Porque, si para la delincuente que ama contra ley, pero cuyo espíritu no se halla aún del todo pervertido, la idea de la pública deshonra es mas cruel que la perspectiva de la muerte misma, ¿Qué ha de ser para la inculpada á quien las apariencias condenan? ¡Pobre, infeliz Elvira, si fue debil! ¡Mas infeliz aún, si obedecia solo á decretos inflexibles del Destino!

Simultáneamente con la llegada del cirujano á la alcoba de D. Alonso, sobre poco mas ó menos, aparecieron en el arrabal mejicano, y en la calle donde la casa de que hemos hablado se encontraba, cuatro personajes cuya reunion pudiera parecer rara á un europeo, mas no lo era en la metrópoli del Anahuac en aquella época, si bien á tales horas debemos decir que no se veia con frecuencia.

Presentóse el primero el indio consabido, á buen paso, mas con ese aire de indolencia propio del salvaje cuando regresa de una expedicion consumada; á corta distancia seguian un castellano embozado hasta los ojos, por bajo de cuya capa se dejaba ver formidable tizona,

y á su lado un religioso de la órden de San Francisco, calada la cogulla, y cruzados los brazos sobre el pecho; por último, cerraba la marcha otro fraile de la misma órden, que por lo craso del hábito y grosero porte olia á lego de legua y media.

Cuando á los oídos de Elvira llegó el rumor de los pasos de aquellos hombres, tendió el cuello como la cierva que amamantando su cachorro oye súbito el eco de la trompa en los bosques; y un instante despues, no pudiendo contenerse, abrió de par en par la celosía, y asomó fuera del balcon todo lo que pudo de su cuerpo, doblándose hácia abajo con tal vehemencia que pudiera creerse que intentaba arrojarse á la calle. No era así, lo que queria era cerciorarse de quiénes llegaban; y cuando ya lo hubo conseguido exclamó:

—¿Sois vos, señor mio? ¿Sois vos?

—¡Imprudente! Contestó el caballero. Sí; yo soy, callad, por vida mia, que allá vamos.

—No subais, no subais (interpuso con atribulado acento la dama); yo bajaré, que demasiado tiempo hemos perdido.»

Y sin aguardar respuesta retiróse del balcon, y con tal prisa bajó las escaleras, que antes que los recién llegados tuvieran tiempo de proferir un solo acento, ya Elvira estaba entre ellos.

—Seguidme, les dijo, andando mientras hablaba; hace ya mas de una hora que estoy fuera de mi casa, y D. Alonso...

—Ni Don... comenzó á decir el fraile; pero le atajó rápidamente el caballero para evitar, sin duda, que su nombre pronunciase, con estas palabras:

—Es inútil pronunciar aquí nombres propios, padre mio.—Y dirigiéndose á Elvira, que no cesaba de caminar, prosiguió:

—No estábamos en el convento ni el Padre, ni yo, cuando enviásteis vuestro mensajero.

—¡Desdicha mia!

—Habíamos ido donde nos llamaban atenciones graves. El encuentro de anoche es una gran desdicha.

—¡Funesto encuentro! Sus consecuencias serán acaso para mí irreparables.

—Tened confianza en Dios, señora (interpuso el religioso); su misericordia no les falta nunca á los que con piadoso corazon y ánimo humilde la imploran.

—¡Ah, padre mio! Replicó Elvira; ¿Quién la ha menester mas que esta infeliz muger?

—En fin, Elvira, ¿Para qué con tal priesa nos habeis llamado á estas horas? Importante debe ser la causa para que en tales momentos os aparteis de D. Alonso.

A esa pregunta del caballero respondió la dama, despues de vacilar un solo instante, de este modo:

—D. Alonso, señor, ó esta noche mejora, ó esta noche sale del mundo.

—¡Elvira, exclamó el embozado, por vida vuestra que no digais tal! ¡Nunca me consolaria de tamaña desdicha, nunca! ¿Creeis, padre mio, que pudiera Dios perdonarme?

—¿Qué culpa no borra el arrepentimiento? ¿Qué pecado escede la piedad de aquel que por salvarnos murió en la cruz? Dudar de la misericordia de Dios es el mayor, el mas culpable de los delirios. Llorad y esperad, que las lágrimas son las que nos abren las puertas del cielo.

—¿Fue culpa vuestra, por ventura? Dijo á su vez Elvira, con un acento de conviccion tan profunda, que dudamos de que fuera grato á D. Alonso si aquella conversacion escuchara.

—Pero, volvió á decir el embozado, dejando á la mano de Dios lo que á mi persona atañe, decidme, Elvira, de una vez á qué nos llamais.

—Os he dicho que esta noche va á ser mi vida ó mi

muerte. D. Alonso me cree culpable: si mejora, vos que sois tan caballero, adivináis fácilmente mi suerte...

—;Pero, Elvira, vos estais inocente!

—¿Y qué importa, si lo contrario parezco? No es hombre D. Alonso á quien protestas ni juramentos satisfagan, no. Viviendo siempre entre mugeres livianas, livianas son para él las mugeres todas; y solo ha creido en mi virtud mientras me juzgó de mármol.»

Un hondo suspiro en el cual iba envuelta toda una pasion volcánica por la imperiosa voz del deber sofocada, interrumpió momentáneamente aquel discurso, que fue así continuado:

—«Desde ayer espero en vano noticias vuestras..... Comprendo bien por qué no las tuve: pero, en fin, señor, yo no puedo, yo no quiero, perdonad que asi os hable, no puedo resignarme á que mi esposo, viviendo, me trate como á culpada, ó al espirar me maldiga; no, señor, no lo puedo, no lo debo, no lo quiero; y no porque la muerte tema, sábelo el cielo, sino porque la honra es antes que todo.»

¿Por qué, al pronunciar las frases que escritas dejamos, y pronunciarlas resuelta y apasionadamente, hubo sin embargo en la voz de Elvira un ligero temblor, una espresion indefinible, no de duda, pero sí de vacilacion? Porque tras del pensamiento real, positivo y honrado, que sus labios sinceramente espresaban, habia una razon de sentimiento que aquel animaba, siendo el secreto y mas poderoso resorte que acciones y palabras la inspiraba. La honra y la vida algo pesaban, mucho, si se quiere, en la resolucion de doña Elvira; pero mas, infinitamente mas el amor, para ella misma oculto y disfrazado con el nombre de amistad, que Fernando encendió en su pecho.

D. Alonso no habia cesado un solo instante de estar en grave peligro desde que fue herido; no se le ocurrió

sin embargo á su esposa que era urgente, indispensable, tener derecho á justificarse, medios para lograrlo, hasta inmediatamente despues de su conversacion con el jóven Valdestillas.

La razon es obvia: de parte de su marido no corrian riesgo mas que la vida y la fama: pero que Fernando la creyese culpada era para su corazon un golpe intolérable.

Hechas esas esplicaciones, necesarias para comprender cabalmente el sentido de la conversacion que ibamos refiriendo, prosigamos la interrumpida tarea.

—¿Qué decís á esto, padre? Esclamó el caballero, dirigiéndose al religioso, cuando acabó de hablar Elvira.

—Digo que, mas tarde ó mas temprano, D. Alonso habia de saber un secreto que acaso ha sido imprudente ocultarle tanto tiempo...

—¿No sabeis lo estragado de su vida? ¿Ignorais la ligereza de su carácter?

—Es caballero y buen cristiano, aunque gran pecador, insistió el fraile.

—Y tiene incontestable derecho, añadió Elvira, á ver probada la inocencia de su esposa, ó á castigarla como culpable.

—¡Elvira! ¡Elvira! Dijo con acento amargo el embozado; ¡me estais destrozando el pecho! ¿Quién os ama, quién puede amaros como yo? Y sin embargo, vacilo, no me atrevo á confiar *nuestro secreto* á ese hombre: preveo, no sé por qué, pero en fin, preveo que él ha de ser la perdicion de todos nosotros.

—¿Y por qué? Preguntó el fraile, que no acertaba á comprender la obstinacion de aquel hombre. Cuando D. Alonso quisiera abusar de vuestra confianza, faltándole los papeles para justificar...

—No es eso, Padre mio; lo que yo temo, no es eso. Si de mí y de Elvira se tratase solamente, ni un momen-



to vacilaria en abrirle mi pecho á D. Alonso, por mas que sienta verle tan mal esposo: pero cuando se trata de tantas y tan ilustres vidas...

—¡Ah! (Esclamó dolorosamente el religioso). No me engañaban mis recelos. ¿Tambien vos, el varon prudente, el justo por escelencia: tambien vos teneis parte en esos culpables delirios....?

—Padre mio, perdonad que no os hable mas en esa materia: el sacerdote no comprenderia nunca al soldado; al hombre, y eso bien lo sabeis, que todo, todo lo ha sacrificado á un solo pensamiento. El secó en la infancia las lágrimas de mi horfandad; él me hizo arrojar impávido la tierra sobre el cadáver de mi santa madre; él ha consumido mi juventud; á él he consagrado hasta á mi *Elvira*, en este mundo mi solo amor, mi esperanza única. ¿Querriais que ahora renunciase á la próxima realizacion de aquello á que tantos sacrificios tengo hechos? No, Padre mio, no, y mil veces no. Ya conoceis mi sincero temor á Dios, pues creo...

—¡Basta! repuso severamente el religioso; basta y no hablemos mas en eso. Quiera Dios que algun dia no os arrepintais, cuando sea tarde, de vuestra ciega obstinacion.

—Vamos á llegar á mi casa (dijo entonces *Elvira*). ¿Qué resolveis, señor?»

Paróse un momento el embozado como luchando consigo mismo, y en fin contestó:

—No me resuelvo á revelarle á D. Alonso...

—Pues yo, señor, que no acierto á vivir sin honra, sabré entonces morir.

—*Elvira*, callad; decidle, padre mio, que no es de cristianos ese language.

—Cierto que no es de alma cristiana el pensamiento criminal de avanzarle el término natural á nuestra breve vida; pero tampoco es de cristiano esa obstinacion

que coloca á una flaca muger en la espantosa alternativa de elegir entre la infamia en este mundo, y el infierno en el otro.»

A esa réplica del religioso, réplica en sí misma razonable, y pronunciada ademas en tono de ascética autoridad, no acertó á oponer objecion alguna el desconocido; porque, en efecto, para Elvira no habia medio entre los dos horribles extremos por el fraile indicados, mas que el de revelar á su marido el secreto que ignoramos aún, pero del cual podemos presumir que fuese bastante á justificarla.

No será quizás inútil advertir, para mejor inteligencia de nuestra narracion, que estando las calles ya solas y habiéndose quedado el indio y el lego á larga distancia detrás de nuestros interlocutores, podian estos conversar y aun accionar libremente sin que nadie se lo estorbase; y tanto era así, que despues de un breve espacio de silenciosa marcha, doña Elvira, poniéndose súbito delante del embozado, dejóse caer de hinojos, y abrazándole las rodillas, exclamó:

—«Si no podeis, señor, resolveros á justificarme, sea en buen hora: hoy, como siempre, mi voluntad será la vuestra: pero como no podeis tampoco querer que vuestra Elvira viva deshonorada, dadme la muerte, os ruego, con esa daga; que viniendo el golpe de vuestra mano, con agradecimiento lo recibirá mi pecho.»

Es probable que, si D. Fernando acertara por desdicha suya á ver el grupo singularísimo que componian, á deshora de la noche y en una calle solitaria, el desconocido, trémulo y hondamente conmovido; Elvira á sus pies, sin lágrimas en los ojos, pero con la cárdena palidez de la muerte en el rostro; y el fraile pugnando en vano con caritativa solicitud por levantarla; es probable, decimos, que si tal viera D. Fernando, ó el dolor le matara en el acto, ó se arrojase sobre el embozado co-

mo la hembra del tigre sobre el cazador que sus cachorros le roba.

Pero D. Fernando no veia nada de aquello, y estábase á la sazón midiendo á pasos largos y con rabioso porte la alcoba de su mal herido amigo.

En tanto el desconocido, alzando del suelo á la bellísima afligida señora, estrechándola contra su corazón, y lo que es mas (casi nos causa rubor el decirlo) besándola en la frente con indecible ternura, todo á ciencia y paciencia del fraile, y sin que éste, al parecer, se escandalizase, permaneció en tal postura poco mas de un minuto; y al cabo dijo:

—No, Elvira, no: sosegaos, que yo haré, cuéstemelo que me costare, que aprenda D. Alonso á respetaros, ya que hasta aquí no supo apreciar el tesoro de que es dueño...

—¡Ah señor! Esclamó la dama con un acento de júbilo y gratitud profundísimos.

—Silencio, le interrumpió el desconocido; llegamos á vuestra casa, y ahora ya son inútiles las reflexiones. Dentro de breves instantes se habrán logrado vuestros deseos; y suceda despues lo que Dios fuere servido de ordenar.»

Abrió Elvira la puerta, con llave que al efecto llevaba, entraron con ella en la casa el castellano y el fraile; tomó la luz que en su estancia habia quedado ardiendo, y sin quitarse el manto siquiera, guió á los que la acompañaban á la habitacion de D. Alonso.

Al verla entrar las criadas, que ya por la dueña sabian su desaparicion, prorumpieron en un grito que manifestaba á un tiempo sorpresa y angustia. Ella tendiendo la vista sobre aquella grey de curiosas, pronunció solas estas palabras:

—«Silencio—Despejad!»

Pero con tal aire dichas, que, como con el *fiat lux*

del Eterno, el silencio y la soledad en el salon se hicieron apenas pronunciadas.

El grito de las criadas atrajo fuera de la alcoba á D. Fernando, quien al ver delante de sí á su amada, y con el manto aún pendiente de los hombros, no pudo contenerse, y en tono de dolorosa reconvencion, le dijo:

—«¡Elvira, Elvira! ¿Es posible?»

La dama en vez de contestarle, tendió su mano hácia la puerta del salon en el momento en que por ella entraban siguiéndola el fraile y el desconocido.

Verlos D. Fernando, y esclamar asombrado:

—«¡D. Martin Suarez de Monroi! ¡El Padre Provincial de S. Francisco!»

Fue todo una misma cosa; y en verdad que habia de qué admirarse; porque D. Martin, ya lo dijimos, pasaba de los cincuenta años, con ser mas jóven que el prelado que le acompañaba, y ni el mismo D. Alonso de Avila osara sospechar que con ninguno de tales dos hombres podia tratarse cosa que honesta y santa no fuese.

¿Qué intereses podian ligar á Elvira con D. Martin y con el Provincial de S. Francisco?

## CAPITULO XIII.

BIOGRAFIA DE UN BIENAVENTURADO, Y PRINCIPIO DE UNA DISCUSION MEDICO-TEOLÓGICA ENTRE UNA DAMA, UN FRAILE Y DOS CABALLEROS.



RA á la sazón décimotercio *Ministro* de la provincia del *Santo evangelio* en Nueva España, el padre Fr. Diego de Olarte, de cuya venerable persona nos permitirá el lector que hagamos especial mencion en mas de un concepto.

Natural de Medellin, aunque descendiente de cántabros, fue paisano de Hernan Cortés, y su amigo desde los primeros años. Verosimilmente pasó con él á las Antillas, y es probado que hizo parte del pequeño ejército que, embarcándose en Santiago de Cuba, conquistó á Méjico.—Que nació hidalgo no admite

duda con solo fijar la consideracion en su apellido ; porque , en efecto , *Olarte* es el nombre de una de las feligresías del Valle de Orozco en Vizcaya , y sabe el universo que aquella provincia apenas contó pechero entre sus hijos. Con todo eso, Diego no solo fué simple soldado , que por ahí empezaban en aquella época hasta los mas encopetados , sino que sirvió inmediata y personalmente al Conquistador , llamándose *su criado* y honrándose constantemente de haberlo sido. Advirtamos aquí, para inteligencia clara de las situaciones respectivas, que en el siglo XVI la condicion de criado admitia diversas gerarquías, segun el amo ó principal; que un grande contaba en su servidumbre en calidad de gentiles-hombres ó pages , á hidalgos de escasa fortuna , caballeros segundos de sus casas , y hasta hijos de otros próceres que á la sombra del magnate se educaban; y finalmente, que desde el principio mismo de la conquista hasta su muerte, no hubo para Nueva España, Grande mas grande que el inmortal Hernando. No supone, pues, servidumbre doméstica en la acepcion que hoy tiene esa palabra, el haber sido Fr. Diego criado del primer Marqués del Valle , sino que logró la honra de merecer su confianza, asistiéndole, como hoy lo hacen , por ejemplo , los ayudantes de campo á nuestros Generales con mando.

Fue Fr. Diego, dice un cronista de su órden, escribiendo á principios del siglo XVII , y por tanto casi contemporáneo de aquel provincial ; fue « *hombre de mucha suerte en el mundo y valeroso soldado en la guerra;* » y poco despues añade: « *no aprendió el siervo de Dios muchas letras, porque era soldado cuando entró en religion y hombre de dias.* »

Por manera que sin gran violencia podemos conjeturar que , enviado á Salamanca en compañía de Cortés, porque el caudal de la familia de éste no alcanzaba entonces á darle tales criados , estudiase allí tambien con

Hernando la latinidad , y como su condiscipulo abandonase en tal punto los estudios para seguirle en busca de las aventuras que tan gloriosas encontraron. Confírmase esa conjetura, reflexionando que, si Fr. Diego no supiera latin, imposible le fuera ordenarse de sacerdote, y que en Méjico no pudo aprenderlo , ni antes de tomar el hábito, porque los afanes de la campaña no lo permitieran , ni despues de ser fraile , pues segun el cronista ya citado, *en aquella sazon en esta tierra ( Nueva España ) habia poco ejercicio de letras, porque todos los religiosos, por falta de ministros se ejercitaban en la conversion de los indios , y asi no habia lugar de estudiar.*

Como quiera que fuese, el que habia de ser Fr. Diego militó valerosa y afortunadamente hasta que se ganó á Méjico. Ningun revés de fortuna, ninguna desgracia, ni siquiera los padecimientos de una herida, fueron los que, como al famoso fundador de la demasiado célebre compañía de Jesus , le inspiraron el pensamiento de hacerse religioso. Su vocacion fue espontánea , exenta de toda causa mundana, sin mezcla ni aún de ese egoismo ascético en virtud del cual, el hastío de los hombres y de las cosas, llevó al desierto durante el siglo de oro de la Iglesia á los espíritus ardientes ó contemplativos. El soldado trocó la coraza por el sayal, no para vivir en pacífico retiro, no para meditar en la soledad del claustro, no para imponerse estériles mortificaciones, sino para seguir militando en Méjico ; pero entonces en gloria de la fé de Cristo, en pro de la civilizacion, en bien y amparo de los indios, cuyo constante protector y misionero fue en los cuarenta años que duró su apostolado. Insistimos en esto, porque enemigos , como lo somos por conviccion íntima y razonada , de la holganza y sibaritismo monástico, cúmplenos por lo mismo hacer completa justicia á las instituciones y á los hombres, reconociendo y proclamando sinceramente que , en la época á que nos referimos,

la órden de San Francisco en Méjico, muchos, los mas de sus individuos, y singularmente el prelado que nos ocupa, merecieron bien de la humanidad y de la civilizacion.

Volviendo á Fr. Diego, aún hecha la parte de las ideas del siglo y de lo místico de la crianza de los hijos de familia, hay siempre mucho de singular y hasta de providencial, diremos resueltamente, en su vocacion religiosa.

Méjico acababa de conquistarse; el último, el menos venturoso de los soldados españoles era entonces rico con su parte de botin; un hombre *afortunado* y al inmediato servicio de Cortés, y su amigo, y su protegido, debia de serlo mucho mas. Comenzaban á hacerse los repartimientos de los indios; en el campo habia heredades, en las provincias encomiendas, en la ciudad cargos de justicia, y hasta *barrios* para los conquistadores. ¿Por qué trueca Diego, no ya la perspectiva, sino la posesion, el goce de tantos y tales bienes, cuya sola esperanza, ó mas bien deseo, le ha movido á dejar la patria, atravesar los mares, empuñar la espada, y lanzarse á tan desesperada incomprendible hazaña como lo fue la guerra del Anahuac? ¿Por qué? Vamos á verlo, con permiso del lector, á quien nos hemos propuesto dar en este libro, no solo entretenimiento para la imaginacion, sino que tambien alguna noticia útil de la patria historia.

El año mismo de la toma de Méjico, es decir: á fines de 1521, llegaron allá doce frailes franciscanos, haciendo cabeza de ellos el venerable *Fr. Martin de Valencia de D. Juan*, que ya contaba entonces en España treinta años de religion. La naturaleza habia modelado de intento á aquel hombre para la obra á que le llamaba su destino; y obsérvese que en las épocas en que la humanidad se trasforma, por decirlo asi, la Providencia cuida siempre de preparar los instrumentos necesarios



á la ejecucion de sus altos designios. Sin Cortés, sin los Pizarros, sin aquella generacion de intrépidos aventureros, de soldados temerarios, de capitanes por intuicion, ¿De qué sirvieran, en efecto, los descubrimientos del inmortal genovés?—Pero volviendo á Fr. Martin, la obra de la conversion requería un espíritu ardiente, un entusiasmo inestinguible, una fé hondamente sentida, una palabra elocuente, una humildad altivamente sincera, un ascetismo ingénito y perseverante, y un cuerpo capaz de soportar un dia y otro y siempre las penitencias, el ayuno, los cilicios y los trabajos, la aspereza de los caminos y los ardores del sol. Pues todas esas dotes, y todas en alto grado las poseía el gefe de la apostólica mision. El y sus once compañeros, en medio de una nacion idólatra, que con prevencion de mala especie los miraba como á ministros de un culto enemigo, y habiendo de luchar contra la codicia de los conquistadores triunfantes, la brutalidad del soldado vencedor, y el desenfreno de aventureros súbitamente enriquecidos, supieron en breve tiempo, no solo hacerse bien quistos de los indios, convertir á muchos sin comprender aún su lengua, y conservar intacta la severidad de su propia ascética disciplina, sino, lo que es mas, infinitamente mas, constituirse en escudo de los vencidos, imponer siempre respeto, muchas veces sumision á los castellanos mismos.

Jamás como entonces y en Méjico lucharon el espíritu con la materia, la inteligencia con la fuerza, la moralidad con la relajacion, en circunstancias menos favorables para el espíritu, la inteligencia y la moralidad, que sin embargo triunfaron de sus enemigos.

Verdad es que Hernan Cortés, sin ser un cenobita, con tener todos los instintos de la voluptuosidad, todo el amor á los goces materiales de que, por regla general, adolecen los grandes capitanes, comprendiendo tambien desde luego que la conquista por él comenzada, la civi-

lizacion sola podia terminarla; y que civilizacion sin moralidad, moralidad sin religion, cuando de pueblos se trata, son aspiraciones absurdas, protejió á los misioneros, con toda la eficacia de su poder, con toda la energia de sus convicciones.

No es de nuestro propósito hacer la historia del apostolado de Fr. Martin de Valencia; pero debíamos indicar aquí, como ya lo hemos hecho, la magnitud de su empresa, y las dotes singulares, las altas virtudes con que se arrojó á ella. Ilustrado, ardiente en su celo, mas aún en su caridad evangélica; descendiendo á enseñar á los niños semi-salvages el abecedario, rebajando su ciencia al nivel de aquellos débiles entendimientos; viviendo en benévola fraternidad con los pobres, los desvalidos y oprimidos, la gran figura de Fr. Martin, por la penitencia y el ayuno consumida, se alzaba severa, imperiosa, amenazadora, ante el rico, el noble, el poderoso, el opresor y el juez tirano. Así predicaba el evangelio al indio, destruía sus ídolos, y fundaba monasterios, como se oponia á las depredaciones del *oficial real* ó del *encomendero*, á las violencias del capitan, y á las demasias jurídicas de los oidores.

Sus labios y su pluma consagrados, como su corazon y su pensamiento, á la difusion de la verdad sacra ó profana, á la defensa de los débiles, y á la censura de los fuertes, no se emplearon nunca mas que en tan santo ministerio, nunca, ni aún ante el trono, dejaron de cumplirlo. Y en tanto, cuando su solo nombre era para los unos inefable consuelo, para los otros tremebunda amenaza, el venerable apóstol, desnudos los pies, maceradas las carnes, vestido el áspero cilicio, sin mas armas que su fé, sin mas acompañamiento que otro pobre fraile, sin mas pompa que la resplandeciente aureola de sus virtudes, recorria incesantemente el ámbito de la mejicana monarquía para propagar, tanto con su buen ejem-

plo como con su elocuencia, los dogmas de la fé cristiana. ¡Santa vida, noble exaltacion, filantropia sincera, y lástima grande que la incuria española deje en el olvido sepultada la memoria de ese y otros ilustres varones, que en diferentes carreras y por distintos caminos inmortalizaron su nombre, y ser debieran glorioso timbre de su patria!

La vida, pues, que Olarte abrazó, no fué, y ya lo dijimos, un retiro en que descansar de sus fatigas de soldado: una nueva y mas penosa milicia le recibió en su seno, y en ella fue tan buen guerrero como en la primera. Fiel imitador y aprovechado discípulo del venerable Fr. Martin, nuestro Fr. Diego ni desnudó el cilicio, ni calzó nunca sus pies; jamás el que tantos años fue ginete volvió á cabalgar desde su toma de hábito; abstúvose de carnes y de vino escrupulosamente, y para que la mortificacion fuera mas grande, llevaba siempre consigo, cuando iba de camino, una botella de aquel licor con el cual obligaba á confortarse á sus compañeros. Generoso y cordial con sus huéspedes, cuidaba de obsequiarlos con mesa abundante y de bien sazonados manjares; asistia al banquete para hacer los honores; y cuando el convidado, por cortesía, se negaba á comer porque el fraile ayunaba, éste llevaba la complacencia hasta tomar un bocado, pero uno solo, del plato desairado.

Era Fr. Diego ignorante, como hemos dicho; pero su fé y su celo, supliendo á los conocimientos adquiridos, y sobre todo la posesion del idioma mejicano, le hicieron predicador elocuente y de los mas útiles en la conversion de los indios. Por eso á pesar de su incontestable, profunda humildad, quizás á causa de ella, fue varias veces Guardian del convento de Méjico, luego Definidor de la Orden, y últimamente electo Provincial en el Capítulo celebrado el año 1564. No podemos decir á punto fijo su edad; pero recordando que cuando mas

pronto, tomaria el hábito en 1522, y que entonces *era ya entrado en dias*, asi como que le suponemos fundamentalmente coetáneo de Hernan Cortés, nada aventuramos asegurando que no contaria, en el momento en que á nuestros lectores le presentamos, menos de 74 á 78 años.

Figúrese ahora el lector el justo asombro de D. Fernando de Valdestillas que, preocupado con sus celos, se figuraba á la pérfida Elvira en brazos de algun galan caballero mientras su marido agonizaba, viéndola entrar acompañada de un hombre de edad tan madura y representacion tan respetable como D. Martin Suarez, y del santo anciano Fr. Diego de Olarte.

Las ideas del acuitado mancebo se trastornaron instantáneamente: al furor celoso, sucedió el vértigo de la duda; su cabeza, en una palabra, pasó por uno de esos desvanecimientos que acometen al viagero imprudente que ya en la cima del Pirineo vuelve la vista á contemplar el precipicio que bajo sus plantas se abre. Incapaz de raciocinio, mas incapaz aún de formular un pensamiento, quedóse el pobre amante clavado en el sitio en que la *vision* (tal le parecia) le encontrara, y sabe el cielo cuánto tiempo hubiera pasado de aquella suerte, si Elvira no entablase la conversacion, preguntándole:

—«¿Y bien, Fernando, como va nuestro enfermo?»

Esperó en vano la dama que el galan respondiese: Valdestillas oia el ruido de la voz sin comprender el sentido de las palabras.

—«Sr. D. Fernando, dijo entonces Monroi, vuestro silencio nos aterra. Decidnos por vida vuestra, como está D. Alonso.»

Si la voz de Elvira no le hacia efecto ¿Cuál pudiera conmoverle? Valdestillas siguió callando.

—«¡Hijo! Esclamó á su vez el Provincial que, por decirlo asi, le habia educado:—Hijo, Fernando, por el santo nombre de Dios te conjuro á que nos respondas.»

Pero como el mozo no diese mas señales de vida que si de piedra fuera, acercósele Fr. Diego, y no hubo menester mucho tiempo para advertir el estado de enagenamiento en que se encontraba. Echóle entonces cariñosamente los brazos al cuello, como su propio padre lo hiciera, estrechóle contra su pecho, y con dulce caritativo acento, le dijo:

—«Vamos, hijo, vuelve en tí. ¿No conoces, Fernando, la voz de Fr. Diego, de tu padre espiritual, de tu amigo? ¿Qué es lo que tienes Fernando?»

Monroi y Elvira se habian acercado al grupo que el fraile y el mancebo formaban, y asiendo á éste de los brazos, sentáronle en un sillón, desabrocharonle el jubon, rociaron su rostro con agua, y consiguieron al cabo que, exhalando del pecho un hondo suspiro, recobrase los sentidos. El pobre D. Alonso volvió á ser olvidado: duraba sin duda la influencia de la mala estrella que la noche anterior le hizo sucumbir en el combate.

Elvira..... Elvira no se acordaba en aquel momento mas que de la situacion de Fernando, y como sin ser profetisa pudo adivinar que ella era la causa de aquel deliquio, cumplia, á su entender, con una simple obligacion *de caridad*, asistiéndole con todo el esmero imaginable. La intencion era santa, pero el demonio ha sido siempre astuto en aprovechar las ocasiones; y como es imposible que un hombre tenga para abrochar y desabrochar agujetas ó botones la maña que una muger, Elvira fue la que abrió el jubon de Fernando; y como no hay medio de abrir un jubon, sobre todo con prisa y azoradamente, sin que las manos se rocen con el pecho del que el jubon lleva, las manos de Elvira tocaron, sí, tocaron, aunque involuntaria, ligera y rápidamente, el pecho de Fernando; y como el fluido magnético entre una muger bella y de veinticinco años, y un mozo gentil y apuesto de solos veinte, se comunica con la rapidez de

la chispa eléctrica, Fernando apenas desabrochado, volvió en sí para fijar una indefinible mirada de gratitud y de amor ardiente en la caritativa dama; y Elvira, roja como una amapola, creyó que iba á perder á su vez el sentido; y el Provincial alabó á Dios por el restablecimiento de su hijo espiritual; y D. Martin, que era hombre de los que nunca pierden la brújula, observó con alarmada curiosidad á los dos amantes.

Pero todo eso sucedió rápida é instantáneamente: Elvira, que era hija de Eva, conociendo lo arriesgado y escabroso de tal situacion, acudió al interés por su marido, y una vez puesta la conversacion en tal terreno, cada cual recobró su serenidad. ¡Ya se ve, solo se trataba de si se moriria ó no un marido! Y no se escandalice nadie, allí solo Fernando queria sinceramente á D. Alonso, y Fernando no podia menos de ver en él un obstáculo invencible para su felicidad: á Elvira, la humanidad y el sentimiento de las conveniencias sociales, únicamente, le hablaban en favor de su esposo; D. Martin no le amaba, ni mucho menos; y el fraile, no habia tenido tiempo siquiera para enterarse de su estado.

Sin embargo, luego que habiendo Valdestillas hecho relacion de la visita del cirujano, y por el exámen que del paciente hicieron Monroi y Fr. Diego, no les quedó duda alguna de que el peligro era inminente y grave, á tal punto que pudiera morirse D. Alonso, hasta sin mas sacramento que el de la *Estrema-Uncion*, por hallarse incapaz de recibir los otros, es justo decir que la consternacion mas profunda afligió los espíritus de todos nuestros personajes. Pero como con lágrimas no habia medio de salvarle, ocupóse cada cual en escógitar el espediente que, segun sus particulares luces, podia producir mejores resultados.

Fr. Diego, despues de mandar á su lego al convento á pedir con toda urgencia la Uncion santa, púsose á orar

fervorosamente, aunque sin estrépito, á la cabecera del enfermo. D. Fernando le pulsaba sin cesar, mientras Elvira le ponía paños refrigerantes sobre la abrasada frente; y D. Martin paseábase inquieto y meditabundo.

Así se pasaron algunos minutos, hasta que Monroi, con ese acento de autoridad que el hombre sereno toma siempre en las grandes aflicciones, dijo:

—Elvira, Fr. Diego, D. Fernando: dejad, señores, un instante al enfermo, á quien no salvará vuestra asistencia, y escuchadme, que acaso, porque la misericordia de Dios es infinita, logremos arrancarle de las garras de la muerte.

ELVIRA.

¿En tal estado le creéis, señor?

DON MARTIN.

Muchas veces he contemplado la muerte, muchas, Elvira, en el desierto y en poblado, en los campos de batalla y en las ciudades; pocas he visto tan declarados los síntomas que la anuncian, como ahora en vuestro esposo.

FR. DIEGO.

La vida y la muerte están en manos del que todo lo puede; quizá vos ó yo, que parecemos sanos, estamos ahora mas próximos á nuestro fin que ese mal herido caballero.

DON MARTIN.

Así es verdad, padre mio; pero humanamente hablando, D. Alonso se muere por instantes.

DON FERNANDO.

¿Y no habrá medio de salvarle? ¡A costa de mi vida rescataria yo la suya!

Una tierna mirada de Elvira, sin interrumpir la conversacion y solo para el interesado perceptible, recompensó aquel sincerísimo cuanto generoso rasgo del hijo del Comunero.

FR. DIEGO.

¿No nos has dicho tú, hijo mio, que el Maestro le ha desahuciado?

DON FERNANDO.

Razon tiene vuesa paternidad; pero ¿No hay otros Maestros en Méjico? Si enviásemos á llamar á alguno...

ELVIRA.

(*Levantándose.*) ¡Oh! Sí. No perdamos tiempo.

DON MARTIN.

(*Deteniéndola.*) Seria inútil, Elvira: la ciencia de nuestros cirujanos no alcanza á mas de lo que han hecho: hay en la herida de D. Alonso algo que ellos no comprenden y en que acaso no creen.

ELVIRA.

Me aterráis, señor: acabad de esplicaros.

FR. DIEGO.

Si el arma de un indio hubiese abierto esa herida...

DON MARTIN.

Vuestra observacion es juiciosa, Fr. Diego: el Provincial no ha olvidado completamente lo que aprendió el Conquistador.

FR. DIEGO.

¡Oh! por desdicha, aún vive en el pobre fraile el orgulloso é incorregible soldado.



DON FERNANDO.

Os calumniais, padre mio; pero no se trata ahora de eso, sino de D. Alonso.

ELVIRA.

Sí, sí, de D. Alonso, de salvarle si es posible. Deciais, padre mio, que si el arma de un indio hubiese abierto esa herida...

FR. DIEGO.

No queráis saber mas, señora: harta es ya vuestra desdicha; Dios os dé fuerzas para llevarla cristianamente.

ELVIRA.

La incertidumbre en que me teneis es ya un suplicio insoportable: explicaos, Fr. Diego, que la realidad no será peor que mis dudas.

DON MARTIN.

Teneis razon, Elvira; mas preparad todas las fuerzas de vuestro espíritu para resistir al golpe que os amenaza. ¡Golpe terrible! (Fijando los ojos significativamente en la dama y en D. Fernando.) ¡Golpe terrible, sí! Porque D. Alonso, *vuestro esposo*, el hombre á quien estais irrevocablemente unida, aquel de quien *debeis* de ser como la carne á los huesos de un mismo cuerpo, don Alonso, Elvira, está herido por un arma sin duda *emponzoñada*, y vos sabeis por qué mano!!!»

Si no supiéramos que las fuerzas morales del hombre son para el dolor infinitas, parecerianos imposible que doña Elvira soportara la angustia que en su espíritu produjeron las terribles palabras de D. Martin; pero aquella muger, nacida para padecer, tenia, como todos los seres al salir de manos del Omnipotente, cuantas dotes les son

necesarias para que sus altos fines se cumplan. El alma de la esposa de Avila era para el dolor elástica: cuanto mas padecia, mas capaz de padecer quedaba. Dobló, pues, un instante la cabeza, como la caña en el desierto al pasar el huracán; pero volvió á levantarla instantáneamente, y aunque descompuesto el rostro, dijo con entereza:

—«Que la voluntad de Dios se cumpla: si D. Alonso muere, un claustro será mi mansion hasta que suene la hora del eterno descanso para la infeliz Elvira.»

A su vez Fernando sintió entonces desgarrársele el corazon en mil pedazos; y no osando desahogar á las claras su desesperacion, levantóse, y puesta la mano en la cruz de la espada, con voz por el dolor sofocada, exclamó:

—«Si D. Alonso muere, por la cruz de esta espada, que es la de un buen caballero castellano, por la salvacion de mi alma juro...»

No dijo mas, porque á un tiempo, si bien por diferentes sentimientos impulsados, se le arrojaron literalmente encima el Provincial y doña Elvira, aquel levantándole la mano que en la cruz de la espada apoyaba, ella poniéndole (¡deliciosa mordaza!) la suya en la boca.

FR. DIEGO.

¡Fernando, Fernando! ¡No jurarás mi santo nombre en vano!

ELVIRA.

No, Fernando, nó; os prohibo... es decir: os ruego que no habéis de venganza. La que nos amenaza es una gran desdicha, pero ofrezcámosela á Dios en descuento de nuestras culpas.

FR. DIEGO.

Si, Fernando; y tú eres demasiado buen cristiano para...

CONDENABAN? UN SENTIMIENTO QUE DEBÍAN HABER ESPERADO  
MENTAR EN EL MISMO OTRAS INTENCIONES GRABADAS EN EL HONORABLE

DON FERNANDO.

(*Con despecho.*) ¡Es un asesinato, una horrible ale-  
vosía! ¡Combatir con armas envenenadas! ¡Oh! Si yo  
conozco algún día al asesino...

Por grandes que fueran y grande mucho el escándalo  
y la inesperada del crimen cometido por el asesino

DON MARTIN.

(*Con acento doloroso.*) Debiérais compadecerle en  
vez de maldecirle. ¿Sabeis vos si él conocia el arma  
que usó? ¿Sabeis si, aún ahora mismo, hace mas que  
sospechar la horrible desdicha de que es causa involun-  
taria? ¿Sabeis, en fin, si la deplora tanto ó mas sincera-  
mente que vos? Sois aún muy niño para juzgar al prójimo  
tan sin misericordia.

habia sido hecha con arma preparada á la usanza de los  
indios, con ciertas sustancias venenosas, cuya acción en

FR. DIEGO.

Basta de esto: yo conozco á mi Fernando, y sé de su  
cristiana condicion que ha de pesarle lo que ahora le  
hace decir la cólera.

años á aquellas partes, admitiendo en ellas el paso de  
tal, aunque con pena. A la vez no se le ocurría dudar

ELVIRA.

Si, basta, señor: yo tambien respondo de Fernando.

posición de juzgar por sí de modo que, en resumen, son  
de Monroy y el trile pedía escusivamente dirección

DON MARTIN.

Pensemos, pues, en el remedio de D. Alonso si ha-  
berlo puede.»

Detengámonos un momento á considerar la situacion  
de Valdestillas, que por lo singular lo merece.

Un caballero del hábito de Santiago, y de buena  
fama; un religioso de santa vida, y á quien desde sus  
mas tiernos años aprendió á venerar como amigo íntimo  
de su padre y director espiritual de entrambos; y, en fin,  
la muger que amaba, esposa ademas del moribundo don  
Alonso; todos tres de consuno condenaban en él, ¿Qué

condenaban? un sentimiento que debieran ellos experimentar en el mismo ó mas intenso grado: el horror á un crimen tan bajo como inícuo, el de combatir con armas emponzoñadas, costumbre apenas disculpable en salvajes, digna del mas severo castigo en hombres civilizados.

Por grandes que fueran, y éranlo mucho, el candor y la inesperienza del enamorado doncel, la singularidad de tal conducta estaba tan patente, que un ciego la viera; pero como ni su posicion, ni su carácter, ni la ocasion lo consentian, guardóse por entonces de manifestar toda su estrañeza, y dejó que la conversacion prosiguiese su curso natural y lógico.

D. Martin, por datos para nosotros desconocidos, ó por el aspecto del enfermo, comprendió que su herida habia sido hecha con arma preparada, á la usanza de los indios, con ciertas sustancias venenosas, cuya accion en la llaga la hacia mortifera en los mas de los casos. Fray Diego, antiguo soldado, habitante de Méjico, y en comunicacion continua con los indigenas, de mas de cuarenta años á aquella parte, admitia tal hipótesis sin dificultad, aunque con pena. A Elvira no se le ocurría dudar siquiera de una desdicha; y Fernando no estaba en disposicion de juzgar por sí: de modo que, en resúmen, sobre Monroi y el fraile pesaba esclusivamente la direccion de aquel negocio.

Pero ¿qué direccion darle? A entrambos simultáneamente se les ocurrió el pensamiento mismo, mas el seglar por respeto, si no miedo, al religioso, y éste por temor de que aquel se escandalizase, repugnaban igualmente proponer su idea. Mirábanse, pues, de hito en hito el uno al otro: D. Martin tosía con cierta impaciencia; el fraile suspiraba compungido; y en tanto Elvira marchita, como el lirio en dia de vendaval, y Fernando tascando el freno á su cólera puesto, como el potro á medio desbravar, apenas tenian la conciencia de sus padecimientos, mien-

tras que el burlador D. Alonso caminaba á encontrarse probablemente con su predecesor y modelo D. Juan Tenorio.

Es de advertir que la noche, insensible á las penas, preocupaciones, aventuras y negocios de los mortales, habia seguido su ordinario curso, cuidándose poco de lo que en casa de Avila pasaba; y que D. Pedro de Valdés-tillas, despues de haber rezado el rosario sin su hijo, sin cólera, aunque con disgusto, haciéndose cargo de que en tal ocasion no era extraño que faltase un tanto á la disciplina doméstica, como oyese tocar á las ánimas sin que Fernando diera noticia de su persona, dijose á sí mismo que aquello ya pasaba de castaño oscuro, y mandó á Cristóbal que saliese en busca de *amo chiquito*, como el indio le llamaba.

Sucedíale al bueno de Cristóbal lo que al ciervo domesticado, que si se aviene al establo, á la vista del campo siente retozarle el alma en el cuerpo. Servia el indio con amor á sus dueños dentro de casa, pero su delicia era correr las calles, y mas los campos; asi, pues, no bien hubo oido la órden de D. Pedro, cuando ya habia salido del patio á la calle, y pocos minutos despues entraba en la casa de Avila. A la puerta encontró á su paisano el otro indio que á D. Martin y á Elvira habia acompañado; hablaron entre sí algunos instantes los dos indigenas, como gentes que se conocen y á media palabra se entienden; y poco menos que al corriente de lo que pasaba, penetró entonces Cristóbal por el zaguan adelante en busca de su amo el mozo.

Las criadas, desorientadas aquella noche, y de malísimo humor porque no hallaban medio alguno de satisfacer la impertinente curiosidad que las devoraba, vengáronse en no permitir á nuestro indio que llegase á la estancia del herido, negándose ademas á pasar recado, so pretesto de que les estaba prohibido. Pero como Cristóbal

no era hombre de darse fácilmente por vencido, insistió una y mas veces en su pretension; la grey femenina, no menos obstinada, formóse en batallon cerrado para defender el paso; el indio tuvo la insolencia de acudir á las manos para allanar aquel estorbo; y, finalmente, el tiple fresco de las doncellas jóvenes, el contralto de las que no lo eran tanto, y el bajo cascado y vidrioso de las dueñas, prorumpieron simultáneamente en tan destemplado coro, que los padres del Limbo lo oyeran, cuanto mas los mortales que en la estancia de D. Alonso se encontraban.

Salió Elvira al estrépito de aquellas voces; informóse de su origen, y reprendiendo con la severidad propia de aquel altivo carácter á sus criadas, mandó á Cristóbal que la siguiese, como en efecto lo hizo, hasta donde don Fernando se encontraba.

Cuando el indio entró en la sala estaban nuestros personajes en la perplejidad que dijimos hace poco, y como en tales situaciones el menor incidente se acoge con cierta esperanza supersticiosa de que contribuya al desenlace de la crisis, D. Martin, Fr. Diego y hasta Elvira, sin darse cuenta á sí mismos de la causa, vieron con cierto indefinible placer al indio.

En cuanto al hijo del Comunero, el aspecto de aquel su fiel servidor fue para sus ojos lo que á veces el fulgor del relámpago para el desorientado caminante, un rayo de luz inesperada que, revelándole el punto en que se encuentra, le da medio para llegar al que es objeto de su viaje.

Asi fue que, apenas divisó D. Fernando al indio, exclamó gozoso, y adelantándose á recibirle:

«¡Nos hemos salvado, Elvira! ¡Nos hemos salvado! Ven ¡Cristóbal, ven conmigo!»

Y diciendo y haciendo, entróse con él en la alcoba del herido. Cristóbal estaba tan habituado á los arrebatos

de entusiasmo ó de ira de *amo chiquito*, como una nodriza á los caprichos del muñeco que amamanta: no dió, pues, la menor señal de asombro y acercóse á D. Alonso como si á eso solo fuera entrado en aquella casa.

—«¡Nos hemos salvado!!!»—Seguia diciendo Fernando, y aquel *nos* era en su boca altamente significativo, porque morir Avila equivalia á que Elvira entrase en el claustro, y entrar Elvira en el claustro, era abrirle á él la sepultura; por tanto, salvarse D. Alonso, parecíale con razon á Fernando que era salvarse todos.

Al oír aquella exclamacion miráronse uno á otro don Martin y Fr. Diego con aquella espresion que suele advertirse en el rostro de los doctores cuando un ignorante se les adelanta en la resolucion de alguna grave científica dificultad, y en la fisonomía de los ancianos cuando un mozo les dá una inocente leccion de cordura, ó en la cara de una madre veterana cuando su hija inesperta la engaña con imprevista astucia. Miráronse, en fin, aquellos dos hombres como quien dice:—«¡Nos lucimos! Este barbilampiño nos ha tomado la delantera.»

En el próximo capítulo, Dios mediante, veremos la esplicacion de tal misterio.



## CAPITULO XIV.

DONDE SE PROSIGUE Y TERMINA EL ASUNTO DEL ANTERIOR ; SE DAN NOTICIAS POSITIVAS SOBRE EL ESTADO DE LA SALUD DE D. ALONSO ; Y SE TRATA DE UN MEDICO QUE ABORRECIA EL DINERO.



RISTOBAL, como habrá echado ya de ver el lector, era un indio de aquellos en quienes la sorpresa hace poca mella: *no asombrarse de nada* pasaba, en su concepto, por la máxima fundamental de la vida; y á sus ojos, como á los de casi todos sus compatriotas, rebajaba no poco el prestigio de los castellanos la movilidad de las impresiones de estos ó mas bien la vehemencia con que sus efectos espresaban. Generalmente hablando, desde el salvaje hasta el señorito de lugar, cuanto mas ignorante, cuanto menos esperto el hombre en las cosas del mun-



do, tanto mayor es su afán de aparecer lo contrario precisamente. Confesar con franqueza que un objeto ó un fenómeno sorprenden, supone, al menos, la instrucción bastante para no imaginar que todo se sabe.

Así, pues, Cristóbal, á quien solo llevó á casa de Avila la obligacion de buscar á D. Fernando, al oír á este esclamar:—«*Nos hemos salvado*—y ver que además le llevaba á la alcoba del herido, hizo como si todo aquello le pareciera naturalísimo, y permaneció en respetuoso silencio esperando las órdenes de su amo, quien por su parte no se las hizo aguardar mucho tiempo. Y:—

—«Cristóbal, le dijo, ¿Tú has militado con los tlaxcaltecas tus paisanos allá en tus mocedades?»

—Cristóbal (respondió el interpelado) guerrero de Xicotencal y Hernan Cortés.

—¿Y habrás visto heridos con armas emponzoñadas?

—Haber visto muchos.

—Examina á D. Alonso, pues; y dime si crees que con arma semejante se le haya herido.»

Elvira, que con Fr. Diego y D. Martin Suarez habia seguido á D. Fernando y á su servidor, acercóse entonces á la cama con una luz, á beneficio de la cual el indio, con gravedad, aplomo y atención científico-pedantesca, dignas de cualquier doctor de Salamanca, examinó, en efecto, minuciosamente al desdichado D. Alonso. El aspecto del pobre caballero no es para descrito, pues visiblemente y por instantes se iba agravando con síntomas de muerte. En consecuencia el rostro de Cristóbal, mal que le pesara á su estóica gravedad, nublábase á medida que en su exámen adelantaba, hasta que por fin volviéndose á D. Fernando, y con voz lúgubre, exclamó:

—«D. Alonso, estar herido con veneno: D. Alonso, morir, si no curar pronto, pronto.... Puede ser que tarde ya....»

Por mas preparados que en realidad debiesen estar á tal noticia, por poca autoridad que á quien entonces la daba quisieran concederle, la confirmacion esplicita y terminante de sus temores afligió hondamente el ánimo de todos y cada uno de los cuatro personajes que en la alcoba asistian en aquel momento.

D. Fernando, sin embargo, como no habia llevado á Cristóbal á ver á su maltrecho amigo solo para que le confirmase lo que ya él se sabia demasiado bien, volvió á decirle:

—«¿Y crees posible que se cure?»

—«Dios puede todo.» Replicó lacónicamente el indio, fijándose en Fr. Diego, quien con una mirada paternal le aprobó la respuesta, añadiendo, sin embargo, como por via de comentario y no sin cierta timidez, estas palabras:

—«Tienes razon, Cristóbal; pero Dios permite y manda al hombre que atienda á la conservacion de su vida, empleando para ello los recursos de la ciencia.»

A su vez el tlaxcalteca, tomando un aire devoto y compungido, repuso:

—«¡Pobre indio mucho ignorante!»

Pero habia mas de socarronería que de verdadera humildad en aquellas palabras, y echándolo de ver el jóven Valdestillas, dijo:

—«Cristóbal, no son estos momentos para perder el tiempo. Por la vida de D. Alonso diera yo mil veces la mia, salvarle es salvarme, ¿Lo entiendes?»?

Hizo el indio una señal afirmativa con la cabeza, y prosiguió el mozo:

—«¿Tiene cura esa herida, ó no la tiene?»

—Cristóbal teme que tarde, si no.....

—¿La tendria?»

—Cristóbal ver curar otras peores.

—¿Cómo? ¿Por quién?»

—Veneno curas con *contra-yerba*. —

—¿Sabes aplicarla?

—¡Oh! No, amo chiquito: Cristóbal no estar tan sábio; y Cristóbal estar cristiano, buen cristiano!»

Miráronse entonces D. Martin y el Provincial como quien dice:

—«Ya tocamos con el obstáculo.—Por eso no nos atrevíamos á hablar ni el uno ni el otro.»

Para Elvira las palabras del indio fueron un rayo de luz, y así exclamó:

—«¿Qué puede estorbarte el ser cristiano para salvar á mi esposo? Al contrario Cristobal, ¿No es cierto, fray Diego, que la caridad con el prójimo es un precepto de nuestra sagrada religion?»

—Cierto, señora (contestó el fraile); y Cristobal, discípulo de los hijos de mi padre San Francisco, y discípulo aprovechado en verdad, no puede ignorarlo.

—Ya saber Cristóbal que buen cristiano ser caritativo.

—¿Qué te detiene entonces? Insistió la dama.

—Cristóbal no saber cómo curar heridas.

—Pero Cristobal sabe quien las cura;» dijo entonces D. Martin Suarez, tomando parte por vez primera en la conversacion.

El indio que, ó no le habia hasta entonces visto, ó que no creyó oportuno darse por entendido de su presencia, al oír aquella positiva afirmacion, alzó los ojos al rostro de D. Martin, y encontrándose con una mirada tan serena como imperiosa, hubo de bajar la cabeza, diciendo:

—«Cristóbal sabe!»

—Vamos, pues, á buscar á ese hombre, exclamó don Fernando.

—Ese hombre estar indio, dijo Cristóbal.

—¿Qué importa? dijo Elvira.

—Estar..... No estar cristiano!!! Tartamudeó entonces Cristóbal. »

Volviéronse á mirar D. Martin y el fraile; y aquella mirada ya decia claramente:

—¿Qué haremos?

Elvira, á quien el negocio interesaba mas de cerca que á nadie de los allí presentes, fue la que volvió á entablar la conversacion un momento interrumpida.

ELVIRA.

¿Qué mal puede haber en que D. Alonso sea curado aún por manos de un idólatra?

FERNANDO.

Ninguno, señora, ninguno. Vamos Cristóbal; vamos en busca de ese indio.

CRISTOBAL.

*(Deteniéndose y mirando alternativamente á don Martin y al Provincial.)* Hombre que cura haber sido sacerdote de Satanás.

FERNANDO.

¡Dios nos asista!

ELVIRA.

Y cuando eso sea así, ¿Ha de morirse D. Alonso sin que lo intentemos todo para restituirle la salud? Ese indio ha sido sacerdote de los falsos dioses mejicanos; pero, conociendo la índole de la ponzoña con que los indios envenenaban sus armas, sabe tambien el antídoto. Solo él, ó los que en su caso se encuentran, lo conocen. Mi esposo está casi agonizante, ¿Debo dejarle espirar por un vano escrúpulo? Decidme, Fernando; responded, se-

ñor (à D. Martin); y vos padre mio ( al Provincial) venid en mi auxilio.

FR. DIEGO.

¡El caso señora , es grave!

D. MARTIN.

En tales curas los idólatras acuden á conjuros y vanos ritos.

D. FERNANDO.

Si son vanos como vos decís, y yo creo, ¿Qué importa que los empleen? Su ignorancia supersticiosa les hace creer que las ceremonias é invocaciones á los ídolos contribuyen á la cura , cuando esta la operan los simples que á las llagas aplican.

FR. DIEGO.

Fernando: el enemigo comun oye esas invocaciones y saca de ellas gran fruto para la perdicion de las almas.

D. MARTIN.

Por mi parte, como lego que soy y humilde hijo de la Iglesia nuestra madre , me remito á lo que vuesa paternidad resuelva.

ELVIRA.

Ni la Iglesia, ni Dios mismo pueden querer que don Alonso perezca, incapaz de sacramentos como ahora lo está, con riesgo inminente de que su alma se pierda.

FR. DIEGO.

¡Dios me ilumine! ¡Dios me ilumine! Que en verdad mi ignorancia no acierta á resolverse!

D. FERNANDO.

Y bien, padre mio; y bien señora, yo tomo sobre mi conciencia la responsabilidad del caso, y la tomo con derecho, como amigo de D. Alonso y su segundo que he sido en el fatal combate que tal le tiene. Cristóbal: te mando, y no me repliques, por vida de mi padre y señor! te mando que busques y traigas á esta casa y al punto á ese curandero, siquiera sea el mismo Belzebuth. Parte; y cuenta con que se tarde tu vuelta ó sea sin el hombre que esperamos!»

Aún no habia el hijo del Comunero terminado de hablar, cuando ya tenia al indio fuera de la estancia, impleándole por los hombros para que con mayor velocidad caminase.

En cuanto á los demas circunstancias, debemos decir, en honor de la verdad, que todos le agradecieron su resolucion; porque Elvira, con la voluntad de tomarla, no podia por el momento hacerlo; D. Martin, penetrado de que solo un indio y un indio como el que Cristóbal habia indicado podia salvar á D. Alonso, y deseando salvarle á toda costa, no osaba en presencia del venerable Provincial dar muestras de flaqueza en materias religiosas; y fray Diego, sabiendo por esperiencia propia que para tales heridas no habia otros maestros que los idólatras, escrupulizaba, sin embargo, sinceramente de acudir á ellos.

Por tanto, si D. Fernando, en quien la pasion y la fogosidad de los primeros años ahogaron la voz de todo género de consideraciones, no se resolviese á echar, como vulgarmente se dice, por la calle de enmedio, don Alonso espirara aquella noche en el abandono mas lastimoso.

Convencidos de esa verdad, agradeciéronle todos al doncel su energía; pero sola Elvira tuvo bastante fran-

queza para confesarlo, con una mirada y presion de mano tan cariñosas como incendiarias.

D. Martin salió de nuevo á la sala, y púsose á pasear como antes; el fraile oró junto al herido; y la dama quedóse acompañándole.

Entre tanto Cristóbal caminaba á paso largo, ó por mejor decir á carrera tendida, por las calles de Méjico, atravesando la ciudad desde su centro, próximamente, á su extremo oriental, ó lo que es lo mismo, en direccion á la laguna de *Tezcuco*. Desaparecian en pos del indio diligente los edificios, las calles, los barrios, como si alas llevara en las ágiles plantas: ya se encuentra en la *albarrada* ó malecon de San Lázaro, construido como segundo reparo contra el furor de las inundaciones; ya allí, en la orilla del punto donde se mezclan y confunden con las amargas aguas del lago de Tezcuco las dulces del Chalco, desatando un *Acal* ó canoa que amarrado al muro estaba, y asiendo los remos con vigorosos puños, endereza el rumbo á la antigua *albarrada de los indios*, primero y mas avanzado dique por aquella parte; ya, en fin, llega palpitante y en sudor bañado, pero sin decaer de ánimo, al pie del *Peñol de Baños*, escollo que levanta su abrupta cúspide sobre el nivel de las lagunas, precisamente en el arranque de la curva cuya caprichosa forma dá un aspecto al conjunto de aquellos dos grandes naturales estanques, muy semejante á la proyeccion ó sombra del perfil de un camello.

La noche era oscura, la estacion la de las lluvias, y la hora tan avanzada que la necesidad ó la demencia podian solas conducir á nadie á surcar los lagos. Cristóbal, pues, no podia temer encuentro alguno que le estorbase el camino; y sin embargo, apenas á la altura del Peñol de Baños, moderando el movimiento de sus brazos, si continuó remando, fue con blandura tal que las alas de un avion, rasando el agua, en su rápido vue-

lo, la agitaran quizá mas y seguramente no menos.

¿Qué podia temer? En realidad nada; pero el indio es naturalmente cauteloso, y Cristóbal, á quien su nombre cristiano estaba lejos de hacerle olvidar el de *Serpiente tlaxcalteca* que llevó durante su gentilidad, cifraba su orgullo en proceder siempre, en todo y por todo con mas mesura, con mas precauciones que otro alguno. Por otra parte, aunque la fé le habia iluminado, aquel hombre era indio de origen, raza, nacimiento y educacion primera: supersticioso, pues, antes de ingresar en el *Giron* de la Iglesia, éralo tambien despues de bautizado, si bien de otra manera y bajo distintas formas, en la esencia realmente lo mismo que en sus primeros años. Y á mayor abundamiento, la mision que su amo el mozo le habia mas impuesto que confiado, estaba erizada en todos conceptos, preciso es confesarlo, de riesgos y dificultades gravísimos.

Tratábase, en primer lugar, de una herida *envenenada* por el arma misma que la hizo; y aquella arma Cristóbal tenia sus razones para presumir que fue manejada por mano de un hombre importantísimo, y aún mas que importante, á sus ojos respetable y hasta temible, para decirlo de una vez y sin rodeos—«¿Quién le habia metido á él (Cristóbal), se preguntaba nuestro indio, en revelar lo que los demas callaban? ¿Cuáles podrian ser, mas que para su persona funestas, las consecuencias de su indiscrecion?»

Pero, en fin, esa estaba ya cometida, y no tenia remedio; lo temible era zozobrar, como parecia casi inevitable, en lo que por hacer le quedaba.

Y en efecto, Cristóbal no estaba seguro de encontrar al que buscaba; dado que le encontrase, era todavia mas que problemático que el idólatra consintiese en salvar al cristiano; y aunque á ello se decidiera, ¿No podia errar la cura? ¿No podia, aún acertando con la



aplicacion de los remedios, estrellarse su ciencia contra la gravedad de la herida, la intensidad del veneno, ó el poder de los ya desarrollados síntomas en el paciente?

Pues ora el indio no pareciese, ora se negase á visitar á D. Alonso, ora, en fin, el último por una ú otra causa muriese de su herida, Cristóbal iba á ser responsable y á pagar cara la pena de una desdicha en cuyo origen ninguna parte tenia. Confesemos que para el que blasonaba de astuta *serpiente*, la situacion era poco menos que desesperada.

No obstante, como retroceder fuese cosa imposible, vogaba el indio al compás de sus dudas mismas, y vogaba hábilmente en medio del laberinto de *Acales* y *Chinampas* que la superficie del lago cubrian casi totalmente. Ya nuestros lectores saben que los *Acales* eran unos barquichuelos como los que los indigenas de las Antillas llamaban *Canoas* ó *Piraguas*, hechos socavando el grueso tronco de un árbol por medio unas veces de instrumentos de piedra cortante, y las mas por la accion del fuego. Su forma exterior, prolongada y análoga á la de una lanzadera, recordaba la de las venecianas *góndolas*, y las hacia tan andadoras en el agua como fáciles de volcar al menor obstáculo que encontrasen. Los mejicanos, tambien lo hemos dicho, usaban mucho por placer y necesidad de las tales embarcaciones.

En cuanto á las *Chinampas* eran una especie de huertos esclusivamente peculiares á la tierra de Anahuac; al menos no ha llegado á nuestro conocimiento que en otra alguna fuesen conocidos. *Chinampa*, dicen los autores competentes, significa *surco en el agua* en el idioma mejicano; y, en efecto, consistian las *Chinampas* á que nos referimos, en ciertas balsas ó zarzos, formados tejiendo y entrelazando unos *juncos* del pais llamados *Totoras*, flexibles y ligeros, que el ganado come,

y que los salvages, y singularmente los *Uros* en el Perú, usaban como materia primera para hacer sus casas y embarcaciones. Sobre esos zarzos, que botaban al agua de las lagunas, en las cuales flotaban en razon de lo ténue de su gravedad específica, tendian los mejicanos una gruesa capa de tierra vegetal, conteniéndola dentro de la balsa por medio de un cerco del mismo tejido que la base; y labrando aquel huerto artificial, sembraban en él hortaliza y flores de que el mercado de la ciudad surtian. Vese, pues, que con razon llamaban *Chinampas* ó surcos en el agua á sus jardines flotantes, y réstanos solo decir en la materia, que unas eran fijas, y esas, las mayores, inmediatas y amarradas á las orillas de los lagos; y otras movibles, las mas pequeñas, que sus dueños gobernaban por medio de remos y de una larga percha como la que nuestros marinos llaman *bichero*.

Hecha esa necesaria esplicacion, volvamos á Cristóbal que, desliziéndose con su Acal rápida y silenciosamente por entre las demas canoas y las *Chinampas*, enderezaba el rumbo, dejando primero á su izquierda y despues á la espalda el Peñol de Baños, hácia la orilla meridional de la gran laguna. Por aquella parte y en tal direccion se estiende el curvo contorno del lago de Tezcucuo hácia el mediodia, y por lo tanto, aproximándose al lago de Chalco, quedan ambos divididos por una lengua de tierra firme, de legua y media próximamente de ancho de Norte á Sur, y de cinco y media á seis leguas de largo, de Occidente á Oriente. En esa lengua de tierra hay varias poblaciones, siendo entre ellas la mas notable, históricamente hablando, la de *Iztapalápan*, ciudad rica, floreciente y poderosa al aportar los españoles por vez primera al suelo mejicano. El número de sus vecinos ascendia á diez mil; darte de ella, como la Metrópoli, estaba fundada en la

tierra firme, parte en el agua; sus edificios eran muchos y bellos; pero entre todos descollaban los palacios de su señor, *Cuitlahuatzin*, hermano del Emperador Motezuma, y por los suyos elegido para sucederle á la muerte de aquel desdichado Monarca. Glorioso, aunque breve, fue su reinado: organizó, en efecto, vigorosamente la defensa contra los españoles; mas las viruelas pusieron á pocos dias término á su resistencia y vida. Sin embargo, su memoria era cara á los indios que aun conservaban restos de amor á la perdida independendencia de su pueblo, y que, como todos los desdichados, procurando con ilusiones consolar la realidad de sus males, solian decir que si *Cuitlahuatzin* viviera, no entraran nunca en Méjico los castellanos.

Asi, pues, aunque *Iztapalápan* se habia rendido á Cortés, y no solo rendido, sino con él confederado, asistiéndole con una flotilla de *Acales* y el competente número de guerreros para tripularla, antes de terminarse el sitio de Méjico; tenia su nombre cierto prestigio entre los indios mal contentos y por la idolatría fanáticos, prestigio que movió al ex-sacerdote, á quien Cristóbal buscaba, á establecer su mansion en una Chinampa fija á la orilla meridional del Tezcucó, y como media legua mas al occidente; por manera, que todavía distaba del Peñol de Baños, por la línea recta, legua y media muy larga.

Asi, cuando el servidor de D. Fernando de Valdestillas llegó á emparejar con la Chinampa del sacerdote, era ya la media noche, hora para los espíritus supersticiosos crítica, hora solemne siempre y mas solemne que nunca y en ningun otro punto, cuando el cielo está nublado, silenciosa la tierra, y al solitario navegante asalta. Cristóbal, soltando un instante los remos de las manos y dejando á la canoa abatir el rumbo á merced del viento y la corriente, sacó del pecho con respetuosa veneracion un rosario tocado al santo sepulcro, presente de

los franciscanos sus catequistas, y que él estimaba en tanto como un persa el mas precioso de los talismanes. Besada la cruz devotamente, y puesto de rodillas en el centro de su esquife, el bueno del indio encomendó su alma á Dios con el mismo fervor que si en la agonía estuviese, pidiéndole le libertase de las asechanzas del *Demonio*, por cuyo ministro tenia al curandero á quien á buscar iba; y por añadidura que permitiese la curacion de D. Alonso de Avila, libertándole asi á él del peso enorme de la responsabilidad que sobre sus débiles hombros pesaba.

Luego que hubo terminado su oracion, que fue mas ardiente que larga, sintiéndose ya sereno y á todo resuelto tomó Cristóbal de nuevo los remos, y en dos vogas aportó finalmente á la famosa Chinampa.

Las dimensiones de esta escedian á las de las ordinarias: su aspecto tenia poco de florido y menos de grato. En el centro se alzaba una choza de *Totoras*, cubierta con paja y hojas de árboles, capaz para estrecha habitacion de su dueño; en torno un pequeño espacio sembrado de maiz y otro de *cacao*, formaban la única parte aparentemente útil de aquel huerto, cuya restante superficie se miraba cubierta de plantas extrañas, ninguna de ellas comestible, pero todas en realidad medicinales.

Alguno que otro arbusto amenizaba apenas el monótono severo aspecto de la Chinampa; y sus solos moradores eran el ex-sacerdote de los idolos, y un cuadrúpedo de pequeñas dimensiones, perteneciente á cierta especie tan parecida á la del perro que con ella la confundieron los españoles, no sin fundamento, pues que no solo en la figura, sino en otras muchas dotes le era semejante. En efecto, el *Alco* ó *Techichi*, que entrambos nombres se daban en el Nuevo Mundo al cuadrúpedo de que tratamos, era un animal doméstico, inseparable compañero del hombre, sumiso á su voluntad, fiel á su ca-

riño y de apacible condicion, prendas todas que en el perro concurren; pero diferenciábase de este, no solo en su menor desarrollo, sino que tambien en ser completamente mudo, y en que su carne, blanda y sabrosa, le hacia sobradamente á propósito para alimento humano. Cebábanle los indios, como nosotros á los corderillos, para los banquetes de las grandes solemnidades; vendíase en el público mercado ó *Tianquez*, para abastecer las mesas de los ricos; cada vez que un hombre, de mediana posicion social siquiera, fallecia, mataban un *Alco* «para que le guiase en los malos pasos de aquella su postrer jornada;» y sin embargo de tan gran consumo, conservábase y prosperaba la especie, sin duda porque la miseria de la mayor parte del pueblo no consentia tan suculento manjar, sino porque su precio estimulase la codicia de los criadores. En los tiempos que á la conquista siguieron, y hasta la aclimatacion del ganado lanar y vacuno europeo, diéronse los españoles á comer el *Techichi*, y ya sea por ese aumento de consumidores menos párcos siempre, y entonces mas ricos que el comun de los indios, ya porque estos descuidasen la conservacion y aumento de la casta, ó por entrambas causas reunidas, el hecho es que muy pronto desapareció en su totalidad, ó poco menos, la especie á que nos referimos.

Por tanto, ya en el año de 1566, que es aquel en que lo que refiriendo vamos acontecia, era el *Techichi* animal raro, cuya posesion suponía ó medios de fortuna para satisfacer caprichos, ó aficion exagerada á las cosas de la madre patria.

La última razon, y casi inútil es decirlo, era la que al ex-sacerdote movia á conservar el animal de que hemos hablado, y conservarlo á pesar de que mas de una vez en los cuarenta y cinco años, ya largos, trascurridos desde la ruina del imperio de Motezuma, el

hambre le habia provocado á satisfacer con el manjar que podia proporcionarle la necesidad que le aquejaba. Pero espliquémonos, no crea el lector que la vida del perro mudo era tan larga como la del hombre, pues le engañaríamos groseramente diciéndoselo: el Techichi que vió Cristóbal era cuarto ó quinto nieto y último descendiente de los que en su poder tenia el sacerdote en el momento en que Hernan Cortés entró en Méjico. Huyó entonces aquel hombre fanático á los bosques; peregrinó de region en region, de provincia en provincia, siempre declamando contra la fé de Cristo, siempre contra los españoles concitando los ánimos. Las armas vencedoras, la política inteligente del sagaz estremeño, hicieron inútiles la predicacion y la lucha, y el cetro de Castilla sometió á sus leyes el ámbito completo de Nueva España. Una á una, y siempre dolorosamente, fuéronse desvaneciendo las temerarias esperanzas del sacerdote; cada dia le anunciaba una nueva sumision; cada hora una apostasia del culto de los ídolos; cada minuto le mostraba una Cruz alzándose victoriosa sobre las ruinas de la idolatría; y sin embargo, durante mas de treinta años pugnó con tenaz empeño, con perseverancia asombrosa, por resucitar lo que era para siempre muerto, por destruir lo que era indestructible.

Interminable y fuera de propósito seria enumerar aquí las locas empresas, los inauditos trabajos, las penalidades asombrosas, los riesgos inminentes de aquel hombre durante su larga lucha contra la civilizacion. Baste solo decir que, habiéndose salvado mas de una vez milagrosamente del arcabuz, de la espada, del tormento, y de la horca, viejo, casi centenario, pobre como el último de los mendigos, misántropo como la desgracia misma, pero aun con el alma entera, aun con el cuerpo capaz de las mas duras faenas, apareció de nuevo en Méjico, pocos años antes del que ahora nos ocupa.

10 Su nombre se habia olvidado, apenas quedaba algun viejo caduco que en sus mocedades le hubiese conocido, y su miseria, ademas, le ponía á cubierto de toda sospecha: pudo, pues, establecerse libremente en la Chinampa que sabemos, y vivir en ella con la misma independencia que en lo mas intrincado de una selva virgen.

11 Su fama, sin embargo, tardó poco en estenderse por todos los confines de entrambas lagunas, y su Chinampa era visitada, aunque en secreto, y con precauciones esquisitas, no solamente por concurso numeroso de indios, sino ademas por algunos europeos, y singularmente mugeres. ¿Por qué? ¿Para qué? Preguntará el lector: justa curiosidad que vamos á procurar satisfacerle.

12 El sacerdocio entre los indios mejicanos, como entre los antiguos egipcios, como entre todos los pueblos que comienzan á iniciarse en la civilizacion y carecen, por tanto, de medios fáciles y económicos para difundir en su seno la instruccion; el sacerdocio, decimos, monopolizaba en Méjico, no solo, que eso se comprende, todo lo relativo al dogma, á sus misterios y al culto, sino ademas la profesion de las ciencias, entre las cuales el arte de curar y la mágia, ó sea conocimiento de las causas ocultas y sus maravillosos efectos.

13 Cada fenómeno natural, de los que hoy apenas nos curamos, es para un pueblo infante un verdadero prodigio; el sacerdocio se apodera de ellos, aumenta con sus enfáticas misteriosas esplicaciones las tinieblas en que yace el espíritu del vulgo, y deslumbrándole luego con predicciones ambiguas que el resultado ha de justificar en todo evento, ó con otras fáciles de hacer á golpe seguro por quien algo sabe, apodérase de los ánimos, los encadena con los vínculos de la supersticion, y á su sabor los explota.

14 Considérese la distancia infinita entre las dos civiliza-

ciones, Europea y Mejicana, en el siglo XVI, y con solo recordar que aún se creia en hechizos, maleficios, demoníacos y brujas, en el antiguo Mundo, se comprenderá fácilmente el grado de supersticion de los indios y el poder que sobre ellos ejercian los sacerdotes.

Siendo estos sus médicos casi exclusivos, y habiendo hecho de la medicina una especie de arte cabalístico en que la aplicacion de los simples, cordiales y apósitos, iba siempre envuelta en ritos sacros, invocaciones misteriosas, y prácticas incomprensibles, ¿Qué mucho que los enfermos y sus parientes acudiesen á ellos, aún reducidos á la última miseria? Pero, á mayor abundamiento, entre las flaquezas de la humanidad se ha contado siempre el ansia de rasgar el velo con que la Providencia nos oculta sábiamente el porvenir; y entonces, como despues, como aún hoy mismo, no hay género de extravagancia que no se intentara por saber aquello que ignorar nos conviene.

El hombre, y mas aún la muger, cuando se apasionan quieren poner de su parte al cielo mismo; así los griegos consultaban el oráculo; los romanos las entrañas de las víctimas, el vuelo de las aves, la voz también de las pitonisas; los cristianos de la edad media á los astrólogos y á los alquimistas, ¿Por qué extrañar que en Méjico los indios ignorantes y los castellanos mas civilizados, pero no mucho menos supersticiosos, acudiesen con frecuencia al sacerdote idólatra?

Pero que se estrañe ó no, ello era así; y mas de una dama de hidalga cuna, aunque de tierno corazon, habia acudido ocultamente al proscrito para inquirir si su amante ausente volveria pronto, ó si, infiel, tardaria en arrepentirse. No siempre, justo es decirlo, hallaron la respuesta que buscaban; las mas veces el tenaz idólatra rehusaba satisfacer la curiosidad de las mugeres de la raza enemiga; mas en otras ocasiones ó la eficacia del



ruego le ablandaba, ó la predisposicion de su ánimo le inclinaba á ser mas complaciente. Entonces á ningun astrólogo europeo, por adelantado que fuese, tenia que envidar el indio mejicano, ni en prosopopeya, ni en lenguaje oscuro, preñadas razones, y fatídicos acentos. Sus oráculos, ambiguos todos, todos en realidad incomprendibles, estaban formulados de manera que por el pronto lisonjeaban la pasion del postulante, y si luego el éxito era contrario, fácilmente justificaba el haberlo previsto.

Mas, en honor de la verdad, si como adivino no pasaba de un ser charlatan cual todos los de su oficio, como curandero, no osamos decir médico por respeto á la Facultad, poseía gran dosis de razonada esperiencia, conocimiento profundo de los fenómenos fisiológicos, ya que no de sus causas, y un caudal asombroso de ciencia en cuanto á las virtudes medicinales de las plantas indígenas que, convenientemente preparadas por sus propias manos, aplicaba á las úlceras ó heridas, y administraba á los enfermos con tino maravilloso.

Parecia natural que con tales conocimientos, y aplicándolos frecuente y aprovechadamente, hubiese aquel hombre enriquecido en poco tiempo; y asi hubiera sido si lo quisiera, mas no lo quiso.

En la tierra del oro el uso de la moneda era completamente desconocido antes de la conquista; cada cual trocaba su sobrante por lo que necesitaba, y ser rico consistia en necesitar de poco, ó en tener de sobra lo que á adquirir el objeto deseado bastase. Nacido y educado en tal régimen, enemigo mortal, ademas, de los que con él habian concluido, nuestro sacerdote idólatra odiaba de muerte el *dinero*, considerándolo como un signo de degradacion y envilecimiento para su pais; por eso, y porque en realidad tenia ese desprendimiento que rara vez falta á los hombres criados en grande abundan-

cia, jamás aceptó presente en moneda ó joya de persona á quien sirviese. Algunos alimentos menos groseros que los suyos ordinarios, una manta fina de algodón, un petate de lujo, una petaca ( baul ) de maderas embutidas, eran las únicas recompensas que aceptaba, y aún esas no sin esquivarlo antes cuanto le era posible.

Tal era el hombre á quien buscaba Cristóbal, y en cuyos dominios se disponía á sentar el pie, en el momento en que la última vez le nombramos.

LA GOVERNACION DE MEXICO 259

triste privilegio de una ardiente fantasía, compaña á los  
ta de su ventura en la tierra la estéril fama que sus se-  
pulos corona algunas veces.  
Y lo que de esos seres de escopcion decimos, pro-  
porcionalmente es aplicable á todos los racionales que  
no satisfechos al parecer con las penas parto positivas que  
en su peregrinacion por el escabroso sendero de la vida  
encuentran, complácese en torjar fantasmas que les  
alteren y desconcierten cuando la realidad de las cosas les  
permite algun momento de calma, hombre  
valeroso, que en los campos de batalla habia muchas ve-  
ces, infantes, arrojado la muerte con heroica impavi-  
dez, y espúesose á espirar en medio de los mas atroces  
tormentos, que indubitablemente le esperaban, si en manos  
DE COMO, Á CONSECUENCIA DE UNA CONVERSACION POLÍTICA ENTRE  
DOS INDIOS, SE CONCIBIERON ESPERANZAS DE SALVAR LA VIDA Á  
DON ALONSO DE AVILA.



o tiene el hombre mayor enemigo que su imaginacion : ella rebaja siempre los goces presentes, exagerando el valor de los pasados, y los quilates de los que se esperan ó desean; ella turba la posesion, acibarra los recuerdos, y disipa las esperanzas ; ella abulta los riesgos y achica los triunfos; ella, en fin, aspirando siempre á quiméricas alturas, hace mas profunda esta sima de contrariedades y penas que llamamos la vida. Por eso los *tontos*, es decir : los hombres sin imaginacion, son los únicos que lo pasan bien ó medianamente, cuando menos, en este picaro mundo ; por eso los que gozan el

triste privilegio de una ardiente fantasía, compran á costa de su ventura en la tierra la estéril fama que sus sepulcros corona algunas veces.

Y lo que de esos seres de escepcion decimos, proporcionalmente es aplicable á todos los racionales que, no satisfechos al parecer con las penas harto positivas que en su peregrinacion por el escabroso sendero de la vida encuentran, complácense en forjar fantasmas que les aterren y acongojen, cuando la realidad de las cosas les permite algun sosiego. Asi nuestro Cristóbal, hombre valeroso, que en los campos de batalla habia muchas veces, infinitas, arrostrado la muerte con heróica impavidez, y espúéstose á espirar en medio de los mas atroces tormentos, que infaliblemente le esperaban, si en manos de sus enemigos cayese, solo por no abandonar el cadáver de un amigo ó por recoger los sangrientos despojos de un enemigo; nuestro Cristóbal, decimos, víctima de su imaginacion, temblaba como la hoja en el árbol al poner la planta en la chinampa del idólatra.

¿Por qué? La razon se alcanza fácilmente: el servidor de los Valdestillas, en la sinceridad de su corazon convertido al cristianismo, creia firmemente que los ídolos, objeto de su adoracion antes de la conquista, no pasaban de ser imágenes de falsos Dioses; pero tambien que toda aquella máquina de mentida religion era obra del Demonio, quien, en ocasiones, animaba los ídolos, frecuentemente hablaba por su boca, y siempre atendia á propagar su culto. Tal era la doctrina de los misioneros, tal por consiguiente la creencia del neófito; y de ahí resultaba que con la fé en los sublimes misterios de la religion de Cristo se aunase la mas ciega supersticion en su alma.

En efecto, supuesta la posibilidad de que los espíritus de tinieblas animasen los ídolos y en su nombre obrasen horrendos prodigios; supuesto el poder de hacer mal del

rebelde Querube, aún negándole sinceramente un lugar en los altares, y detestando de corazón su abominable culto, natural era temer las consecuencias de su enojo; y Cristóbal iba á provocarlo.

«Yo he renegado (se decia) de los falsos dioses, abrazando la verdadera religion: luego el Demonio es mi encarnizado enemigo; luego aprovechará cuantas ocasiones se le presenten de atormentarme y de inducirme en tentacion. Verdad es que soy cristiano: pero, ¿Sóilo tan bueno que cuente con la gracia suficiente para resistir á la fuerza del comun enemigo? ¿Ahora mismo, viniendo á implorar el auxilio de un tenaz adorador de los ídolos, no me espongo gratuitamente á las asechanzas de Satanás? Y si asi no fuese, claro está que Fr. Diego de Olarte me autorizara espresamente á dar este paso, en vez de guardar un silencio de mal agüero en el asunto..... Pero yo al cabo soy criado de don Fernando, y obedeciendo sus órdenes cumplo mi obligacion..... No, Cristóbal, no; cuando se trata de la salvacion del alma no hay amo que valga: cada uno será juzgado segun sus obras y.... Nada, perdone D. Alonso, y perdóneme mi amo, que no he de perder mi alma por ellos, ni por nadie.»

El monólogo que dejamos escrito hacíalo Cristóbal con un pie en su *Acal* y otro en la Chinampa; y al terminarlo, retirando el último, asió los remos con deliberada intencion de volverse por donde habia venido, y dejar en manos de la suerte las consecuencias de aquel paso, que equivalia á condenar á inevitable muerte al esposo de Elvira y atraer sobre su propia cabeza el implacable enojo del ardiente mancebo D. Fernando de Valdestillas. Asi el pobre tlaxcalteca, colocado entre dos escollos inaccesibles, sudaba de angustia y congoja en el fondo de su fragil navecilla, como quizá no lo hiciera ni á vista del *potro*, si para su cuerpo le viese dispuesto.

No osando, pues, ni arribar á la Chinampa, ni vogar hácia Méjico, fluctuaba en un mar de confusiones tales, que llegaron á sugerirle el descabellado proyecto de enderezar su rumbo al Norte, desembarcar al extremo de la calzada del lago de *San Cristóbal*, y siguiendo por tierra la misma direccion, ir á ocultarse para siempre en las montañas de los salvages Zacatecas.

La hora, la oscuridad de la noche, las circunstancias del caso, la candidez supersticiosa de sus creencias, y el temor tanto al infierno como á disgustar á su amo el mozo, á quien hasta entonces habia servido con amor ciego, esplican mas que suficientemente las dudas, temores y divagaciones del pobre Cristóbal, que pasó aquella noche el rato mas amargo de su azarosa y ya larga vida. Y en efecto, la perplejidad, la incertidumbre son para el hombre el mas cruel de los suplicios. Adoptada una resolucion, buena ó mala, los esfuerzos para llevarla á cabo necesarios entretienen el ánimo, y alejan los fantasmas de la imaginacion: escabroso puede ser el camino, lleno de obstáculos, sembrado de precipicios, pero como el término se divisa mas ó menos remoto, la esperanza nos alienta y sostiene. Mientras dudamos, por el contrario, la inaccion nos devora, robusteciendo el peligro; y cuantos pasos damos, ó son en realidad, ó á nosotros nos parecen, otros tantos esfuerzos en favor del enemigo consumados.

Nuestro Cristóbal que, como el lector se lo figurará fácilmente, no estaba en disposicion de entregarse á filosóficas consideraciones, sudaba sangre, como vulgarmente se dice; sentia erizársele los cabellos sobre la ardiente cabeza, y helársele al propio tiempo la sangre en las venas, sin acertar no obstante á tomar resolucion alguna; y sabe el cielo cuántas horas hubiera podido pasar sentado en su canoa, empuñados los remos, palpitante el pecho, trabajosa la respiracion, y conturbado el

ánimo, si por dicha la suerte no tuviese ordenado que el alba no le sorprendiera en tan calamitoso estado.

El *perro-mudo*, ó sea el *Techichi*, fiel y viejo compañero del centenario sacerdote, habia visto á Cristóbal con un pie ya puesto en la Chinampa, retirarlo despues y permanecer, sin embargo, á sus inmediaciones; y como la naturaleza, que rara vez deja de compensar una facultad que niega con la perfeccion de otra dote instintiva que aquella remplace, al privarle de la voz le habia dado medios de suplirla, el inteligente animal, abandonando la orilla de los dominios de su dueño, corrió diligente á la Choza á donde aquel sobre un petate se entregaba al reposo.

A la edad de *Poyahuitl*, que asi se llamaba el sacerdote, no suele ser el sueño ni largo ni pesado; asi que, apenas el doméstico cuadrúpedo le hubo, con instinto admirable, tirado primero de la manta de algodón que le cubria el cuerpo, y luego urgado en los pies repetidamente, incorporóse en el lecho con la presteza y serenidad de un hombre durante largos años acostumbrado á continuas alarmas, y con la gravedad, sin embargo, propia de un indio de su alto carácter revestido.

—«¿Qué hay, *Techichi*? Esclamó encarándose con el perro-mudo. ¿Qué hay? ¿No quieren los ambiciosos cristianos que aún aquí, pobre y ya caduco, descanse en paz el indio proscrito?»

El animalejo, como si comprendiese la amarga esclamacion de su dueño, despues de gruñir sordamente y de lamerle cariñoso la mano, asió con los dientes la manta, y arrastrándola, se encaminó con ella hácia la puerta de la choza, sin salir, empero, de sus límites.

Despues de observar atentamente aquella espresiva pantomima, dijo *Poyahuitl*, poniéndose de pie, envolviéndose en su manto de algodón y pluma, regalo de un

doliente recién curado, y asiendo el báculo su ordinario apoyo:

—«Ya te entiendo, *Techichi*, algún malaventurado compatriota, si no algún supersticioso castellano, viene á interrumpir á deshora el sueño del anciano, para que alivie sus males ó satisfaga su indiscreta curiosidad.— ¡Oh Dioses! ¿Hasta cuándo consentireis la presencia de los odiosos extranjeros en el suelo de Anahuac! Que vuestra maldición los confunda, como mi corazón los abomina!»

Y dichas esas palabras que, variadas, pero expresando siempre las mismas ideas, eran el tema habitual de su vida y pensamientos, salió de su choza, siguiendo los pasos del perro, que directamente se encaminó al punto á cuya inmediación proseguía el irresoluto Cristóbal en sus dudas y amargas perplejidades sumido.

Los pasos del *Techichi* y los de su dueño eran tan cautelosos, que el oído más atento y fino los percibiera difícilmente, mucho menos, por consiguiente, podía oírlos nuestro indio, que por el momento no se hallaba en disposición de percibir ni acaso el estrépito de la artillería aunque á su inmediación tronase. Por tanto tuvo Poyahuitl todo el tiempo necesario para cerciorarse, á pesar de la oscuridad, de que una sola persona, y esa de su nación, era la que su reposo turbaba. Familiarizado el sacerdote con la debilidad é inconsecuencias de los hombres, por haber visto temblar y retroceder, ya ante su sola presencia, ya ante las ceremonias extrañas de sus misteriosos ritos, á indios y castellanos, que con afán, pertinacia, y anhelante solicitud le habían buscado, comprendió al primer golpe de vista la situación de Cristóbal.

Si este fuera ó pareciese castellano, Poyahuitl le dejara atormentarse á su sabor, complaciéndose en la contemplación de sus temores: mas como el servidor de los



Valdestillas solo habia aumentado á la sencilla desnudez del traje indígena, un ligero calzon de lienzo, muy parecido á los zaragüelles de nuestros valencianos, y en consecuencia no era posible confundirle con la raza europea, el sacerdote que, por simpatía y otras miras ulteriores, hacia particular estudio para popularizarse entre sus compatriotas, dolióse de su congoja y díjole:

—«Hermano, ¿Por qué vacilas?—Deja el Acal y salta á la Chinampa.—Si tu cuerpo está enfermo, Poyahuitl posee el secreto de las virtudes de las plantas y el favor de los Dioses; ven y serás curado. Si pretendes penetrar los arcanos del Porvenir, el sacerdote sacrificará por ti en las aras de las patrias divinidades. Ven, hermano, ven: Poyahuitl te tiende los brazos.»

Esas palabras, dichas en la mas pura lengua mejicana, y pronunciadas con enfática unción, sacaron á Cristóbal á un tiempo de sus dudas y de su amilanamiento.

—«Ya (se dijo) no es tiempo de retroceder: Jesus me valga; y sea lo que su santa voluntad ordene.»

Hecha esa reflexion mental, al propio tiempo que devotamente se persignaba, saltó Cristóbal, como un soldado se arroja á la brecha, á la Chinampa del sacerdote, y hallóse con él frente á frente.

No se habia escapado á la perspicaz observadora vista de Poyahuitl la accion cristiana del servidor de D. Fernando, y casi le pesó al verla de haberle invitado á que en sus dominios entrase: mas, por una parte, ya la cosa no tenia remedio; y por otra sabia, por repetidas esperiencias, que los indios pasaban con facilidad suma, ya de la idolatría al cristianismo, ya del cristianismo á la idolatría. Recuerde el lector que anteriormente se lo hemos dicho ya nosotros, asi como que tal versatilidad en los sentimientos religiosos era triste achaque, tan inherente á la naturaleza de aquellos indígenas, tan como incurable considerado por los conquis-

tadores mismos, que al establecerse en la América española el horrendo tribunal del Santo Oficio, se eximió á los indios de su jurisdicción, para que con ellos no acabase.

Con todo eso, las benévolas disposiciones de Poyahuitl respecto á su huésped se modificaron notablemente, y no en bien, al reconocer que aquel era cristiano; y en consecuencia, de la afabilidad espontánea con que habia comenzado, retrocedió á la reserva cortés y grave que le era habitual.

Por su parte Cristóbal que, deseando despachar su espinosa comision lo mas pronto posible, no acertaba, sin embargo, con la fórmula conveniente á entablar el diálogo, permaneció á dos ó tres pasos del sacerdote, en pie, silencioso, inmóvil, la vista levantada al cielo, mas como centinela avanzada en los bosques, que como hombre que á otro busca para comunicarle su pensamiento.

Poyahuitl, deseando tambien terminar, y visto que su huésped parecia mudo, pues hasta entonces no habia desplegado los labios, resolvióse á entablar el diálogo, y entablólo, en efecto, de esta manera:

—¿Y bien, buscas á Poyahuitl, ó no le buscas?

—Busco á Poyahuitl, respondió Cristóbal, volviendo en sí.

—Aquí le tienes, yo soy. Cuando á tales horas, y en tal noche te arrojaste al lago y á mi Chinampa arribaste, debe ser urgente tu necesidad. Expílicate, pues; las horas del descanso vuelan, y el anciano que vive del trabajo de sus manos, descanso ha menester.

—Poyahuitl: un hombre se muere en Méjico, herido por un arma emponzoñada: tú sólo eres capaz de curarle. ¿Le dejarás morir?

—¿Y ese hombre es un mejicano?

—Es un hombre, Poyahuitl; es un hermano nuestro.

—Los *Aztecas*, los *verdaderos Aztecas* que no han renegado de su Patria, ni de los Dioses de sus mayores, son mis solos hermanos. ¿Eres tú de los míos?

—Soy Azteca.

—¿Mejicano?

—Tlaxcalteca.

—¡Ah, sí! Ya comprendo; y serás también cristiano; porque vosotros, *tlaxcaltecas*, vosotros sois los autores de la ruina del Imperio de Motezuma, de la devastacion de la tierra feracísima del Anahuac, de la destruccion de nuestros templos, del aniquilamiento de nuestras leyes y costumbres!

«Tlaxcalteca renegado: vuélvete por donde has venido; y deja en paz al anciano fiel á su Patria y á sus Dioses.»

La vehemente declamacion del sacerdote sorprendió poco á Cristóbal: los mejicanos, siempre enemigos de Tlaxcala, nunca habian podido perdonar á aquella República, en lo antiguo, sus fueros de independendencia valerosamente sustentados; en lo moderno, su alianza, fiel y utilísima á Cortés, con los conquistadores castellanos. Pero si el servidor de los Valdestillas escuchó sin sorpresa aquellas palabras, no por eso dejaron de encenderle la sangre en las venas, y olvidando á su impulso, tanto los temores que un momento antes le dominaban, cuanto el objeto esclusivo de su viaje á la Chinampa, replicó iracundo:

—«Poyahuitl, tus años solos te libran de morir ahogado en este instante por la *Serpiente de Tlaxcala*!»

—La *Serpiente de Tlaxcala* ya mató con su ponzoña la Monarquía mejicana.

—Acusa á Motezuma, acusa á los grandes y á los sacerdotes mejicanos que, oprimiendo á los pueblos y reduciéndolos á la miseria, los incapacitaron para la defensa, y no á los *tlaxcaltecas* que pelearon contra vos-

otros sí, mas como leales enemigos: cuerpo á cuerpo, y en rasa campaña.

—Tlaxcalteca, sal de mi Chinampa, respeta mi reposo y mi pobreza, y vete á gozar entre los castellanos del fruto de tu traicion á la Patria.

—Anciano, tú no conoces á la *Serpiente*: servidor de una noble familia antes de la conquista, su servidor es ahora.

—Poco me importa lo que seas: vuélvete por tu camino: déjame en paz.

—Tu corazon, Poyahuitl, es mas duro que la *obsidiana*, si dejas morir á un valiente guerrero sin procurar salvarle.

—Tlaxcalteca, Poyahuitl no deja perecer á ningun guerrero de su nacion sin asistirle.

—¿Y dónde está ahora tu nacion? ¿Dónde sus guerreros? ¿Piensas que lo serán esos míseros esclavos de los castellanos, que para ellos trabajan dia y noche? Si Poyahuitl desea ver un imperio en Anahuac, su sabiduría está dormida; porque yerra la senda.

—Serpiente de Tlaxcala, tu astucia no basta para sorprender al *Tlacelottl* (tigre) mejicano.

—Oyeme, anciano: ya no hay Méjico, ya no hay tlaxcaltecas: hace años que solo existe *Nueva España*.

—¿Y qué es *Nueva España*?—Una miserable provincia de un imperio, cuya metrópoli yace á millares de leguas al Oriente, en un pais del cual nos separa la inmensidad de los mares.—¿Qué somos nosotros todos?—Víctimas de los castellanos, sus esclavos, sus acémilas y no otra cosa. El oro y la plata, esos funestos metales de que los Dioses en su cólera dotaron abundantemente las entrañas del Anahuac, son el cebo que atrae á nuestros perseguidores, y nosotros los instrumentos para saciar su codicia.

—La sabiduria habla por la boca de Poyahuitl: sus

palabras pintan la verdad con vivos colores; pero ¿Por qué rehusa el remedio del mal que conoce?

—La astucia de la Serpiente es mucha: el Tlacelotl, aunque astuto tambien, no comprende sus designios.

—Oyeme, Poyahuitl, y que mi franqueza logre inspirar la confianza á tu espíritu. Mientras el Anahuac sea provincia de un imperio, cuyo soberano resida al Oriente del mar grande, los indios serán esclavos; pero los indios no bastan á quebrantar el yugo que los oprime.

—¡Oh, si todos tuviesen mi espíritu!

—No lo tienen, anciano, ni pueden tenerlo. ¿Quién recuerda hoy la grandeza de este imperio? Unos cuantos viejos sin fuerzas, como tú y como yo: los mancebos nacieron ya esclavos: los niños no sospechan qué cosa sea la libertad. Nuestra salud ha de venir de donde el mal vino, Poyahuitl: *de los castellanos mismos.*

—No esperes de ellos nada bueno.

—La pasion te ciega: hay castellanos guerreros esforzados, generosos, nunca crueles con los Aztecas, amigos del pobre, defensores del débil: hay españoles, en fin, que ya son mejicanos, y que sufren impacientes la dominacion española. ¿No comprendes, Poyahuitl, todo el partido que de esas disposiciones podemos sacar?—  
¿No ves que para pelear contra los soldados de su Rey habrán menester el auxilio de los Aztecas, y que entonces los Aztecas pondrán condiciones?

—Tlascalteca, ¿La curacion del herido es un pretesto para hablarme de tus proyectos?

—Te engañas: trájome á tu Chinampa el objeto que te dije, y vuelvo á rogarte que conmigo te vengas. Tu resistencia me ha hecho decir mas que debiera.

—¿Y qué pruebas tendré yo de la sinceridad de la Serpiente? ¿Cómo sabré que no se propone entregarme al verdugo de los castellanos?

—¡Anciano desconfiado! ¿Qué bien pudiera resultar-

me de tu ruina? Si quisiera perderte, tiempo há que pudiera conseguirlo. ¿Parécete que te hubiera revelado mi pensamiento á no saber quien eres? Ninguna de tus acciones me es desconocida, ni tus visitas á *Tlatelolco* y á *Iztapapálan*; ni tus mensajes á los *Zacatecas*; ni los *sacrificios* en los bosques.....

—¿Silencio, tlascalteca: silencio, si no quieres perderme!

—No, Poyahuitl, no: por el contrario, quiero salvarte, quiero salvar el Anahuac.

—Y bien, Serpiente, cuando el Tigre te conozca mejor, entonces acaso...

—Las horas del herido están contadas: la muerte le cubre ya con su negro manto: Poyahuitl, mi Acal nos aguarda.

—Poyahuitl no dejará su Chinampa por asistir á un enemigo.

—¿Hombre obstinado! Ese, á quien llamas enemigo, detesta á los que tiranizan hoy el Anahuac, y es por ellos detestado. Su muerte será una victoria para los que aborrecer debemos; salvarle es derrotarlos.

—¿No es un castellano?

—Sí: un castellano, noble, rico, valeroso, enemigo de los hombres de la *vara* y del *verdugo*, parcial de los hijos de Hernan Cortés, y por él se interesa el hombre de quien mas deben esperar los indios. ¿No has oido hablar del *Mártir* á los de *Tlatelolco*?

—¿Del *Mártir*? Si; un hombre misterioso venido de Oriente...

—Un hombre que reparte sus inmensas riquezas con los desvalidos indios; que se interpone entre ellos y el látigo del *Encomendero*; que en secreto los organiza; y en secreto prepara la independencia del Anahuac. Pues bien, Poyahuitl, ese hombre daría hoy su vida por rescatar la del herido para quien te imploro. Si quieres ga-

nar su amistad , si quieres contribuir por tu parte á la santa empresa , toma tus bálsamos , prepara tus yerbas , y partamos.»

Algunos instantes estuvo aún confuso y dubitativo el anciano sacerdote; mas al cabo, hondamente conmovido por las apasionadas frases de Cristóbal, resolvióse y dijo: —«Los dias del anciano ya son pocos ; triste gloria seria la de la *Serpiente* abreviándolos. Voy á seguirte, tlascalteca; voy á emplear , por vez primera , la ciencia sacra en favor de un castellano ; que los Dioses me lo perdonen si yerro, que mi intencion es servirlos.»

Cristóbal, ébrio de gozo por el inesperado feliz éxito de su mas que difícil comision , agradeció con sentidas razones su complacencia al sacerdote , y ayudándole á reunir los simples y demas adminículos que para la cura de D. Alonso eran necesarios , cinco minutos despues entraba con él en la canoa.

En hora y media estuvieron en la Albarrada de San Lázaro; con tal vigor remó el triunfante Cristóbal.

Los primeros albores del crepúsculo matutino comenzaban á iluminar el horizonte cuando Cristóbal y Poyahuitl, esperados con la impaciencia que es fácil de imaginar, llegaron á la morada del moribundo D. Alonso de Avila.

Durante el camino, disipado el temor y recobrada por consiguiente la serenidad, reflexionó el trascalteca á sangre fria y con detenimiento sobre la situacion en que se encontraba, y hubo de confesarse á sí mismo que, si bien habia superado un obstáculo de primer orden venciendo la resistencia del sacerdote á emplearse en favor de un castellano , todavia le quedaban que vencer dificultades no menos importantes , que salvar pasos terriblemente escabrosos.

En la alcoba del doliente el primer objeto que iba á herir la vista de Poyahuitl era el Provincial de S. Fran-

cisco, esto es: su capital enemigo, y no por ofensas personales, no porque Fr. Diego de Olarte fuese intolerante, hostil á la raza indígena, ni perseguidor de los mas tenaces idólatras, ni aún de los apóstatas mismos, no; las causas del ódio del sacerdote de los ídolos al del Ungido, eran precisamente las contrarias á las que de indicar acabamos. El conquistador franciscano convertia mas indios que con su predicacion, con la caridad ardiente, continúa é incansable que le animaba; afirmábalos en la fé con el ejemplo de su vida pobre, humilde y bienhechora; y ganábase su amor con la mansedumbre del carácter y con el celo que desplegaba para defenderlos de toda persecucion. Sucedia, pues, que los esfuerzos de Poyahuitl en favor de la idolatría se estrellaban un dia y otro, y siempre, y repetidamente, contra el apóstólico trabajo de Fr. Diego, á quien detestaba en consecuencia, temiéndole en el fondo de su corazon, porque su superioridad reconocia.

Mas, en todo caso, temia Cristóbal, y cuerdamente, que apenas viese al Provincial en la estancia de don Alonso, despertándose mas robustos que nunca en su espíritu los mal ahogados recelos, se retractase de su promesa, y dejara sin curar al maltrecho D. Alonso.

Y no era eso todo lo temible: dado que Poyahuitl prescindiese de la presencia del fraile, que no era probable, ¿Prescindiria el misionero de las paganas ceremonias, de las idólatras imprecaciones, inevitables en la curacion en forma de ensalmo que Poyahuitl iba á emprender? Seguramente que no, y aún del mismo don Martin Suarez era de temer que se opusiera, en parte, á los procedimientos del sacerdote mejicano, resultando de todo ello que, á pesar de la voluntad de doña Elvira y de D. Fernando, parecia probable que D. Alonso se viese abandonado, dejando á las cosas seguir su curso natural y lógico.



Ahora bien: ya hemos visto que Cristóbal abrigaba proyectos mucho mas altos de lo que su doméstica condicion pudiera prometerlos, y que no en vano se habia llamado la *Serpiente tlascalteca*, pues por su astucia y flexibilidad era digno de tal nombre. Mas instruido que nosotros, hasta ahora, en los secretos de los personajes que en escena hemos puesto, daba el indio á la persona de D. Alonso de Avila importancia grande, superior sin duda á la que en concepto de muchos tenia, y la muerte de aquel caballero fuera á sus ojos una calamidad irreparable para sus designios. A mayor abundamiento, Cristóbal tambien sabia que para D. Martin Suarez de Monroi la curacion de D. Alonso era negocio de gran consecuencia; que doña Elvira, aunque muger persona de gran cuenta, podia inutilizarse con la muerte de su esposo; y últimamente, que *amo chiquito* estaba interesadísimo en el mismo objeto, y tambien, muriendo su amigo, era de temer que se inutilizara.

Por tanto, para Cristóbal era negocio de vida ó muerte, como hoy se dice, disponer las cosas de manera que Poyahuitl curase á D. Alonso, dado que fuera posible salvarle, sin luchar con mas obstáculos que los sobradamente formidables que la herida, el veneno, la inflamacion, y lo errado de la primera cura, iban á oponer á su ciencia y práctica. Puso, pues, en prensa su ingenio durante el camino, y formado un plan completo de operaciones, al llegar á la casa de Avila encomendóse á Dios con todas veras, y contando no poco con la fortuna, lanzóse resueltamente á la palestra.

Lo primero que hizo fue depositar á Poyahuitl en la antecámara de la estancia de doña Elvira, y luego mandar á un criado para que rogase á aquella señora que saliese del cuarto del enfermo, bajo cualquier pretesto; pero cuidando de que todos los demas allí reunidos, ignorasen por el momento la llegada del sacerdote y del

mismo Cristóbal. Este necesitaba ponerse de acuerdo con la dama antes de dar paso alguno, y para ello que ni su amo mismo supiese que ya estaba de vuelta de su expedición.

Una vez á solas con doña Elvira, espúsole el indio con claridad y precision sumas el estado de las cosas, y la conveniencia ó mas bien necesidad de confiar el herido esclusiva y absolutamente á los cuidados de Poyahuitl; y como, en efecto, eran evidentemente incompatibles los cristianos, y sobre todo el Provincial, con el sacerdote idólatra, la noble dama convino en todo con el diligente servidor de Valdestillas.—La ejecucion del plan formado por Cristóbal no era fácil: pero precisamente lo difícil es aquello que con mas amor emprenden los espíritus superiores.

Elvira, pues, regresando á la habitacion de su marido, y haciendo retirar á las criadas, convocó á consejo en un ángulo de la sala á Fr. Diego de Olarte, á don Martin Suarez y á D. Fernando, y díjoles resueltamente:

—«Cristóbal acaba de mandarme un mensajero.

DON FERNANDO.

¿Y por qué no ha venido él en persona? Dios le maldiga.

FR. DIEGO.

¡Fernando! ¡Fernando!

ELVIRA.

Escuchadme, ante todo; Cristóbal ha encontrado al hombre que buscaba, y ese, no sin grandes dificultades, parece que al fin se presta á emprender la cura de don Alonso. ¿Créisla posible por otro medio, señores?

DON MARTIN.

Yo no lo alcanzo.

DON FERNANDO.

Harto sabemos que no.»

El fraile no dió mas respuesta que la de mover tristemente la cabeza y exhalar un hondo suspiro ; doña Elvira prosiguió entonces:

—«Pues siendo asi, claro está que sin faltar yo á mis obligaciones de esposa ; vos, padre mio (dirigiéndose al Provincial), á las de la caridad evangélica ; vos, señor (á D. Martin), á las que sabeis ; y vos, en fin, D. Fernando, á las de amigo, no podemos en manera alguna oponernos á que el hombre buscado trate de salvarle la vida á D. Alonso.»

La proposicion era tan evidente que, por lo mismo, no pudieron escucharla sin asombro aquellos á quienes se dirigia: miráronse, pues, recíprocamente con aire de admiracion, y luego haciendo con las cabezas una señal de aquiescencia, esperaron á que á la dama continuara pluguiese, que lo hizo á poco, diciendo:

—«Y como rechazar las condiciones que el indio exige, seria lo mismo que oponernos directamente á la cura, claro está, señores, que nos es forzoso aceptar aquellas.»

Comenzaron en esto los circunstantes á comprender el exordio de doña Elvira: D. Martin miraba al fraile, buscando en sus ojos la respuesta que de dar habia: el fraile fijaba la vista en el suelo, repasando maquinalmente las cuentas de su rosario, para que en sus ojos no se leyese respuesta alguna ; solo D. Fernando osó contestar á su amada y dijo:

—«Eso es tan claro, señora, que no admite la menor duda: cuanto el indio pida será poco si á D. Alonso salva.»

ELVIRA.

No es eso, D. Fernando ; las condiciones del curan-

dero no son de interés, no: lo que quiere es..... es, en fin, que se le entregue exclusivamente el enfermo.

DON FERNANDO.

¿Y qué duda tiene que, si ha de curarle, preciso es que él solo ordene y los demas ejecutemos?

DON MARTIN.

Eso es evidente.

ELVIRA.

Todavía no lo habeis entendido, y será preciso explicarme sin rodeos de ninguna clase; el indio quiere que solos Cristóbal y yo estemos presentes cuando á don Alonso cure.»

Al oír tales palabras, levantóse Fr. Diego de Olarte de su asiento, y con voz serena, pero con autorizado y grave acento, dijo:

—«Señora, como esposa y cristiana, teneis ahora á vuestro cargo la salud temporal y la espiritual tambien de D. Alonso. Siempre os tuve y os tengo por buena y humilde hija de la Iglesia nuestra madre: conciliad lo que á ella debeis con lo que el estado de vuestro marido reclame, y vuestro sea el premio si acertáreis; Dios os mire misericordioso, si errais el camino. A nadie mas que á vos, á nadie, ni al mismo D. Martin aquí presente, le es dado resolver este negocio: retirémonos, pues, á rogar al que todo lo puede que con su gracia os ilumine, y del enfermo disponga como á sus santos, inescrutables designios mejor cuadre.»

Al terminar su breve discurso, encaminábase el Provincial á la puerta, y D. Martin, mas que satisfecho de que de toda responsabilidad le eximiese aquella determinacion, se preparaba ya á seguirle; pero doña Elvira deteniéndolos, exclamó:

—«Deteneos un instante, señores: yo tomo sobre mis flacos hombros la carga que el Señor me envía, y en gracia de lo recto y santo de las intenciones, confío que los yerros del entendimiento, si los hubiese, me serán perdonados. Mas no me abandoneis por completo. Vos, fray Diego, idos enhorabuena á descansar á vuestro convento, pero sea con promesa de volver así que os llame. Vos, señor (á D. Martín), no os apartéis de esta casa ni un solo instante, si en aquel en que D. Alonso recobre el sentido, no he de huir ó perecer yo en ella. Y vos, don Fernando.....»

DON FERNANDO.

Yo, señora, en vuestro zaguan, ó en la calle, donde queráis, aguardaré el resultado de la primera cura: ya mi señor padre está advertido de que no me apartaré de esta casa mientras el peligro de D. Alonso no cese.»

En resúmen: Fr. Diego se retiró á su convento; don Martín Suarez, con el indio que le acompañaba, á uno de los muchos aposentos que para huéspedes tenía la casa; D. Fernando... D. Fernando á la propia estancia de Elvira, favor que agradeció con una espresiva y no perdida mirada, y la dama con Poyahuitl y Cristóbal, tomaron posesion esclusiva de la alcoba del herido.

Pocos minutos bastaron al sacerdote mejicano para reconocer á D. Alonso, y declarar que, en efecto, el arma con que le hirieron estaba emponzoñada con el zumo de ciertas yerbas del pais, cuya accion era mortífera.

—No fue, dijo, la *Macana del Anahuac* la que abrió esta herida; pues su abertura es la que produce la espada castellana; pero el metal de que las armas de los cristianos se forjan no admite la ponzoña...

—Aguardad, exclamó Cristóbal, no sabéis que algunos de nuestros compatriotas han hecho por curiosidad hojas de espada de la madera que llaman los españoles *palo de hierro*?

—Cierto, replicó Poyahuitl; Serpiente de Tlaxcala, tu sagacidad dió con el verdadero instrumento que abrió esta herida. Esa madera admite y conserva el veneno; pero los Dioses me han revelado á mí el antidoto.

—¿Le salvareis? Preguntó Elvira, que escuchaba el diálogo de los dos indios, con la ansiedad que es fácil de comprender.

—¿Amais mucho á vuestro esposo? Preguntó el sacerdote en vez de contestar.

—Os pregunto si le salvareis; replicó Elvira, no queriendo ni mentir, ni hacer su confidente de aquel hombre.

—El sacerdote, repuso Poyahuitl, ha prometido hacer cuanto sepa y pueda por salvar á ese castellano, y lo cumplirá: los Dioses son los que dan la vida y envían la muerte.»

Terminada así la conversacion, empleó el sacerdote, auxiliado por Cristóbal, poco mas de un cuarto de hora en preparar los simples que al efecto llevaba consigo; primeramente un apósito para la herida, sobre las hojas de cierto árbol en su mística farmacopea señalado para tal fin; y luego una bebida, con la *contra-yerba* ó antidoto, que dispuso en las dos vacías medias cáscaras de un coco, primorosamente talladas y de plata guarnecidas.

Sacando luego un incensario de mano, hecho de barro en forma de cuchara, con el remate hueco, y dentro de él unas bolitas del mismo barro, que sonaban á manera de cascabeles, ó como las cadenas de los incensarios que se usan en nuestras iglesias, y echadas en él algunas ascuas, mientras pronunciaba ciertas oraciones de su liturgia sacadas, puso despues en aquel fuego algunos granos del *inciense* llamado por los indios *Chapopotli*, especie de goma ó betun negro que el mar arroja en ciertos parages á la orilla, y recogido se consagraba especialmente por los idólatras al culto de *Huitzilpuchtli*, Dios de las batallas, ó *Marte* mejicano. Digamos, de pa-

so, que el olor ácre, intenso y desagradable además, del *Chapopotli*, que el olfato europeo no puede soportar, era para los sacerdotes del antiguo *Anahuac* sin duda el mas regalado, puesto que para una de sus principales divinidades lo reservaban.

Doña Elvira y Cristóbal, ambos mas al corriente que nosotros de las costumbres de aquellos indigenas, dejaron pacíficamente á Poyahuitl dar ciertas vueltas por la estancia, puesto sobre su cabeza el manto, echado atras el cabello, los ojos como espantados, el incensario en la mano, y siempre murmurando sus oraciones, ya al cielo (tal como él le comprendia) dirigidas, ya sobre el apósito, ya en fin sobre el brebaje para D. Alonso dispuesto.

Terminados aquellos místicos preparativos, á que no sin emocion asistiera cualquier europeo, porque además de lo que en sí llevaban de singular y cabalístico, por la figura del indio anciano, por la media oscuridad de la habitacion, por la ansiedad en que los dos asistentes se encontraban y en sus rostros pintada se via, y, en fin, porque todo ello tenia lugar alrededor del lecho de un hombre aún jóven, pocas horas antes lleno de vida y lozanía, y entonces moribundo; terminados, repetimos, aquellos preliminares que consumieron otro cuarto de hora, llegó el momento de la verdadera cura, que era en realidad lo importante.

Poyahuitl, con una destreza y serenidad que hicieran honor aún al mas afamado de los cirujanos ingleses, que pasan, si no nos engañamos, por los mas diestros, serenos é inteligentes de Europa, levantado que hubo el antiguo bendaje, y limpia la herida con primor tan sutil que no dió el paciente muestra de sensacion alguna, aplicó su apósito con un aire de seguridad de tan buen agüero, que no solo Cristóbal, sino la misma doña Elvira, sintió renacer en su pecho la marchita esperanza.

Lo mas difícil era hacerle tragar la bebida á un

hombre que solo en la escasa respiracion daba muestras de vida; y al mismo tiempo que lo mas dificil, era aquello lo mas importante de la cura, segun el mismo Poyahuitl; porque en las veinticuatro horas trascurridas desde que D. Alonso recibió su herida, parecia seguro que desde esta, el veneno se habria difundido en gran parte al resto de su sangre.

Al cabo, y despues de repetidas, inútiles tentativas para que Avila bebiese el licor en cuya eficacia estribaba su salvacion, la ingeniosa *Serpiente tlascalteca* hizo de una delgada y hueca caña un pistero improvisado; y merced á aquel instrumento, gota á gota, y con impropio trabajo, se logró infiltrar, mas bien que otra cosa, en D. Alonso la salutífera bebida.—«Ahora,» dijo Poyahuitl envolviéndose en su manto, y tendiéndose sobre la estera que al lado de la cama del herido habia; «ahora dejemos obrar á los Dioses: dentro de seis horas podré decir si hay ó no esperanzas de salvar al castellano.»

Doña Elvira, llamando á una dueña para que á su lado asistiese, reclinóse, vestida como estaba, en una hamaca que en la sala de su marido habia; Cristóbal fue á dar nuevas á su amo el mozo del estado de las cosas.

Al medio dia, sobre poco mas ó menos, despertando Poyahuitl, levantóse para ver el estado del paciente.

—«¿A dónde estoy? ¿Quién eres tú?» Le preguntó don Alonso aún no limpio de calentura, pero ya recobrado el sentido.

—«¡Vivirás, castellano!» Esclamó el sacerdote con cierto orgullo propio de la ciencia triunfante.

—«¡Alabado sea Dios!» Esclamaron á un tiempo Elvira, Fernando, D. Martin Suarez y Cristóbal, que en la sala, y llenos de mortal zozobra, aguardaban aquel crítico instante.



# INDICE

## DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN EL TOMO I.

### INTRODUCCION HISTORICA.

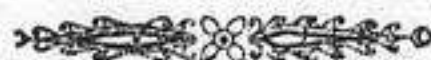
	<u>Pág.</u>
<b>CAPÍTULO I.</b> De como hay desdichas que no son en España cosa nueva. . . . .	v
<b>II.</b> Que los héroes, cuando no fabulosos, suelen ser de carne y hueso como cada hijo de vecino. . . . .	XXVI
<b>III.</b> Donde prosiguiendo la materia del anterior, se trata de la india doña Marina, y de varias otras cosas de sabroso entretenimiento. . . . .	XLVI
<b>IV.</b> Del castigo de Cholula. . . . .	LXVI
<b>V.</b> Que supone leídos los cuatro anteriores, y teniendo todavía mas de historia que de Novela, termina esta introduccion. . . . .	LXXVIII

### PARTE PRIMERA.

<b>CAPÍTULO I.</b> Que da principio á la Novela histórica. . . . .	1
<b>II.</b> Donde se presenta en escena un nuevo é interesante personaje. . . . .	12
<b>III.</b> Qué cosa era el pueblo de Méjico en aquella época, y cómo se paseaban por sus calles los galanes nocturnos. . . . .	25
<b>IV.</b> De como Dios castiga sin palo ni piedra; y en las calles de Méjico se andaba á estocadas algunas veces. . . . .	42
<b>V.</b> Mutacion de escena y personas. . . . .	57

<b>CAPÍTULO VI.</b>	En el cual hallará quien lo leyere, que se va trabando la masa gradual y sucesivamente. . . . .	75
<b>VII.</b>	De un paseo forzado á-hombre ó á-diablo; y de una confesion <i>in articulo mortis</i> . . . . .	91
<b>VIII.</b>	De como no hay camino sin tropiezo; y sí hombres que no saben morirse decentemente. . . . .	107
<b>IX.</b>	De un herido mas caritativa y amorosamente asistido que el infeliz Garci-Perez; y de un doncel enamorado y pudoroso. . . . .	124
<b>X.</b>	En que se prueba que el hambre y el sueño son compatibles con el amor; y que en Méjico abundaban las tapadas. . . . .	141
<b>XI.</b>	D. Fernando de Valdestillas aprende que la muger es, entre todos los seres de la creacion, el mas sereno en ciertos lances. . . . .	156
<b>XII.</b>	D. Fernando de Valdestillas se persuade de que no es imposible que un herido se agrave mientras su muger oye una declaracion de amor, ó se pasea á deshoras con un embozado y un fraile. . . . .	175
<b>XIII.</b>	Biografía de un Bienaventurado y principio de un discusión médico-teológica entre una dama, un fraile y dos caballeros. . . . .	191
<b>XIV.</b>	Donde se prosigue y termina el asunto del anterior, se dan noticias positivas sobre el estado de D. Alonso de Avila, y se trata de un médico que aborrecia el dinero. . . . .	210
<b>XV.</b>	De como á consecuencia de una conversacion política entre dos indios se concibieron esperanzas de salvar la vida á D. Alonso de Avila. . . . .	229

# ERRATAS NOTABLES DEL TOMO PRIMERO.



## INTRODUCCION.

PAGINA.	LINEA.	DICE.	LEASE.
I.	última	sin <i>rembargo</i>	sin embargo
XXVII.	3. <sup>a</sup>	habremos <i>que</i> suprimir	habremos de suprimir
XXVIII.	1. <sup>a</sup>	no <i>le</i> es	no les es
XLVIII.	22	<i>cualquier</i> senescal	cualque senescal
LI.	12	<i>Coatzacualco</i>	<i>Coatzacoalco</i>
LXXVI.	6. <sup>a</sup>	humildes <i>de</i> razones	humildes razones

## PARTE PRIMERA.

38	15	á doblar	á doblar la quincena
39	15	<i>Laio</i>	Layo
46	24	<i>lo</i> habia	le habia
ibid.	27	<i>del</i> aquella	de aquella
47	31	irreprensible	incomprensible
56	22	<i>que</i> aquel	de aquel
77	35	abuela <i>materna</i>	abuela paterna
105	23	<i>mendicante</i>	monacal
165	16	paraxismo	paroxismo
220]	última	darte	parte

ERRATAS NOTABLES DEL TOMO PRIMERO

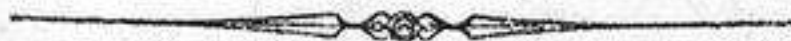
... y laudat...  
 ...  
 VII. De un... hombre ó diablo...  
 ...  
 VIII. De un...  
 ...

PAGINA.	LINEA.	DICE.	DEBE.
I.	última	sin embargo	sin embargo
XIV.	3.	habremos que suprimir	habremos de suprimir
XV.	11.	no les es	no les es
XVI.	22	cuadrar senescal	cuadrar senescal
XVII.	12	Contacoolco	Contacoolco
XVIII.	8	similiter de razones	similiter razones
XIX.		D. Fernando de Valdeavellano	D. Fernando de Valdeavellano
XX.	15	debe de	debe de
XXI.	24	lo habido	lo habido
XXII.	27	del aquilón	del aquilón
XXIII.	31	incompreensible	incompreensible
XXIV.	32	de aquel	de aquel
XXV.	33	apela paterna	apela paterna
XXVI.	23	mendicante	mendicante
XXVII.	16	paroxismo	paroxismo
XXVIII.	última	parte	parte
XXIX.			
XXX.			
XXXI.			
XXXII.			
XXXIII.			
XXXIV.			
XXXV.			

# PLANTILLA

## PARA LA COLOCACION DE LAS ESTAMPAS

### DEL TOMO PRIMERO.



- 1.<sup>a</sup> Hernan Cortés , frente á la página I de la Introducción.
- 2.<sup>a</sup> Castigo de Cholula , id. á la LXXV de la misma.
- 3.<sup>a</sup> D. Alonso de Avila , id. á la 51 de la Parte primera.
- 4.<sup>a</sup> Muerte de Garci-Perez , id á la 121 idem.



PLANTILLA

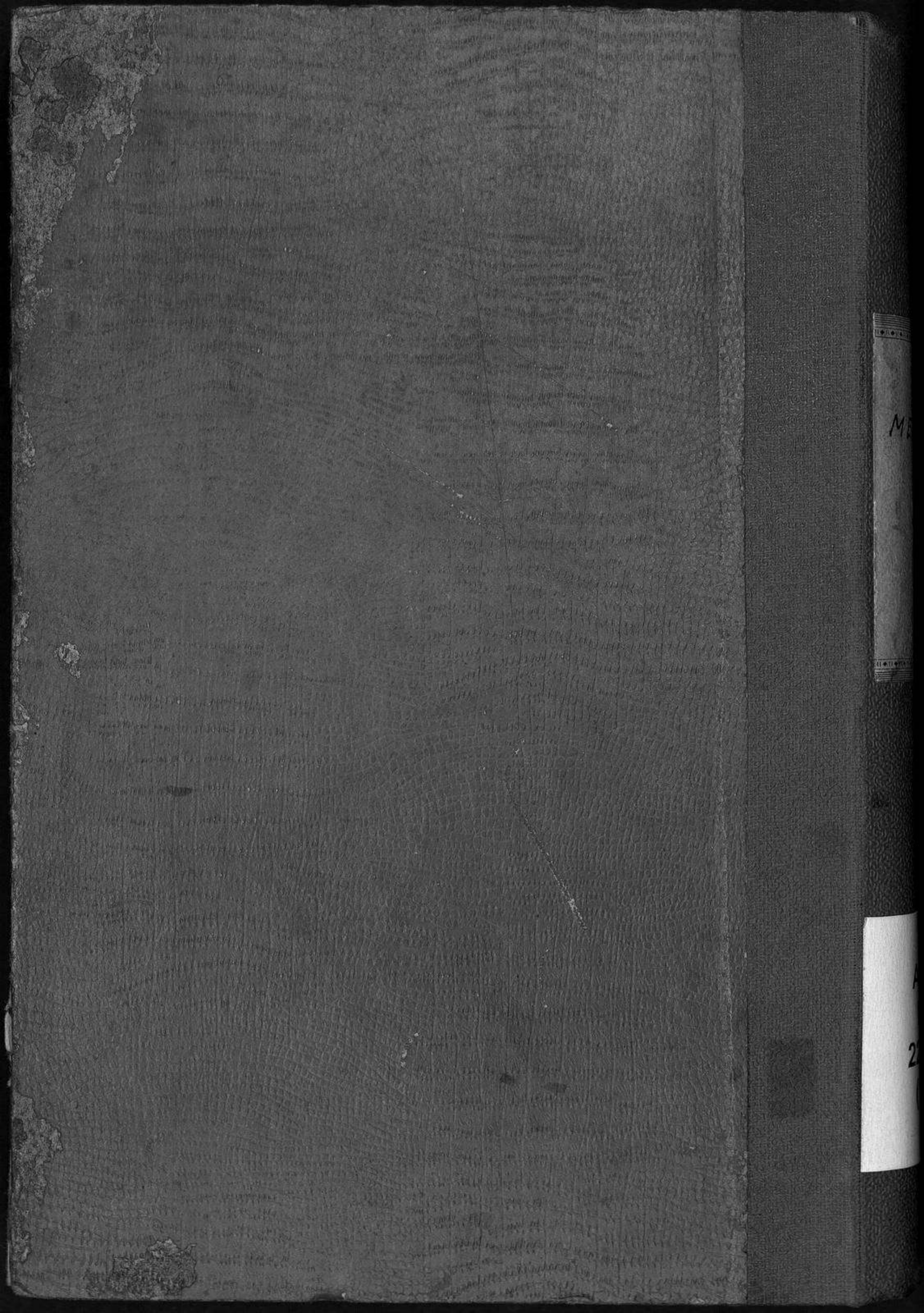
PARA LA COLOCACION DE LAS ESTAMPAS

DEL TOMO PRIMERO.

---

- 1.<sup>a</sup> Herman Cortés, frente a la página I de la Introducción.
- 2.<sup>a</sup> Castigo de Cholula, id. a la LXXV de la misma.
- 3.<sup>a</sup> D. Alonso de Avila, id. a la 51 de la Parte primera.
- 4.<sup>a</sup> Muerte de Garci-Berz, id. a la 121 idem.

BIBLIOTECA PROVINCIAL  
13P.106,228  
Reg.  
COLLECCIO PIA CATALUNYA



10101010  
M

2



MEJICO

I

**Ast**

**R**

**2238**

**(1)**